

Selección RNR

DÍAZ DE TUESTA

Una mañana  
en el  
Támesis



Romance Histórico

Una mañana en el Támesis  
SERIE «UN DÍA EN EL TÁMESIS»

1

*Díaz de Tuesta*



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017 by Díaz de Tuesta

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-815-0

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

Portadilla

Créditos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Promoción

## PRÓLOGO

—¡Ya lo tengo! —exclamó Arthur Ravenscroft, primogénito del duque de Manderland y marqués de Badfields, mientras se dirigía al rincón del salón del club Brooks's en el que sus amigos, James Keeling, duque de Gysforth, y Edward Truswell, marqués de Rutshore, tomaban un té y leían el periódico.

Ambos le miraron divertidos.

—Buenos días también a ti, Badfields —le dijo James. Dejó el periódico sobre sus rodillas y le hizo una señal a uno de los criados, para que trajesen una nueva taza de té. Iba a necesitarla para afrontar la sesión en la Cámara de los Lores a la que tenía que asistir en poco más de una hora. Después de haber acompañado a sus hermanas de fiesta en fiesta hasta altas horas de la noche, lo único que le apetecía era echarse a dormir un rato—. Veo que el entusiasmo te ha hecho madrugar hoy.

—Vamos, que por una vez, algo te ha hecho madrugar —añadió Edward con sorna—. ¿Dónde está Henson? Habría que tomar buena nota en los anales del club.

—¡Ah, señores, soy inmune al sarcasmo, sobre todo a estas horas, deberíais saberlo! —Arthur se dejó caer en el sillón libre y cruzó las piernas, todo en un movimiento elegante que hubiese aplaudido el mismísimo *Beau Brummell*—. Pero bueno, a lo que importa: ¿recordáis lo que comentamos el otro día sobre que los retos del libro de este club no podían haberse vuelto más tediosos?

Se refería al libro de apuestas de esa institución, en el que los miembros anotaban los desafíos que se les ocurrían, sobre cualquier clase de temas: el tiempo, los deportes, las circunstancias políticas...

Y las mujeres, claro. Siempre las mujeres.

—Por supuesto —asintió James—. Se apuesta por apostar. Por lo general, no hay modo de influir en el resultado. Es un tema que no tiene mayor gracia.

—Tedioso es el término. —Arthur sonrió de oreja a oreja—. Pues aquí tenéis mi propuesta, la solución: ¡un paseo por el Támesis! ¡En barca!

—¿En barca? —repitió Edward.

—Sí. Desde el embarcadero de la casita de Sleeping Oak. No te importa, ¿verdad, Gysforth? —le preguntó, ya que se trataba de una de sus propiedades en el campo—. Es el lugar ideal.

James y Arthur intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

—No, importarme no, en absoluto —dijo James—. Pero ¿eso es lo que entiendes por un reto motivador, Badfields? ¿En serio?

—Sí, porque añadiremos ciertas condiciones. —Alzó un dedo en el aire—. Primero, y obvio, la joven debe ir voluntariamente. Nada de secuestrar a nadie.

Hubo un instante incómodo, porque precisamente la hermana pequeña de Arthur había desaparecido cinco años antes, tras escapar de su casa por culpa de una discusión con sus padres. Los duques de Manderland se habían empeñado en establecer un compromiso matrimonial para ella con alguien que le resultaba detestable. La joven Minerva, que era tan testaruda como su hermano, no se lo pensó dos veces y salió por la ventana de su dormitorio, una medianoche.

Desde entonces, nadie había vuelto a verla.

Arthur estaba convencido de que su hermana había acabado mal, atrapada en las redes de las bandas criminales del Londres más oscuro. De otro modo, tras pasarse su primer disgusto, se hubiese puesto en contacto con él, sin duda alguna. Pero no lo hizo y, a pesar de todo su empeño, del poder del duque de Manderland y de la cooperación completa de las fuerzas de la Guardia y el apoyo del propio rey, todavía no habían logrado encontrarla.

Seguro que, tras decir aquello del secuestro, Arthur pensó en Minerva, porque parpadeó ligeramente y se apresuró a seguir hablando para olvidarlo, levantando otro dedo.

—Segundo: debe ser una desconocida a la que no hayamos visto nunca hasta llegar allí. —Sí, eso lo complicaba bastante, aceptó James. Así ya lo

veía muy difícil de lograr. Y eso que todavía quedaban a saber cuántos dedos—. Tercero: no podemos pagarle para que vaya, obvio también, sería demasiado fácil.

—Así que no podemos contratar una prostituta.

Arthur se echó a reír.

—No, Gysforth. Ni siquiera una damisela que trabaje en una fábrica y que necesite un par de libras para comprarse un sombrero nuevo.

—O comer bien por una vez en su vida —gruñó Edward, algo molesto por la falta de sensibilidad de su amigo—. O una medicina para sus pulmones, o lo que sea. Ni te imaginas cómo vive alguna gente.

—Bueno, sí. Sí que lo sé, hombre, no te pongas así. —Arthur agitó la cabeza—. No empecemos, lord Rutshore, caballero de las causas perdidas. No quise parecer inhumano.

Era cierto, Arthur no era particularmente inhumano, solo un hijo de su tiempo y su clase. Indolente, cínico, egoísta, hedonista... Pero no era malvado. Hasta podía preocuparle la vida de las gentes amontonadas en las zonas más oscuras de Londres, sin esperanza alguna de mejorar, o la de los trabajadores de las fábricas, que se dejaban la salud día a día para que se enriqueciesen otros; eso sí, solo lo lamentaba durante los pocos segundos que desperdiciaba pensando en ellos. Su único punto realmente sensible era, y seguiría siendo siempre, Minerva.

Edward, por su parte, tenía mucha más conciencia social y solía participar en actividades para la mejora de la vida de los más desfavorecidos. Quizá ese querer a la gente era lo que le había hecho inclinarse por el estudio del ser humano a lo largo del tiempo. Con los años, se había convertido en un buen historiador, como lo había sido su padre, y colaboraba con distintas universidades, como Oxford o Cambridge, y con el Museo Británico.

James, y también Arthur, se sentían muy orgullosos de él. Edward se estaba haciendo un nombre entre los círculos más eruditos. Claro que, por eso, últimamente se pasaba la mayor parte del año viajando por toda Europa, entre conferencias, investigaciones y visitas a museos, y se le echaba mucho



de menos.

En cualquier caso, no sería la primera vez que Arthur y Edward se enzarzaban en una estéril discusión sobre la situación del Londres trabajador. James consideró que era mejor intervenir.

—Pero, si no la hemos visto nunca y no podemos contratarla, ¿cómo demonios vamos a invitarla?

Arthur alzó ambas manos mientras se encogía de hombros.

—A mí no me preguntéis, caramba. Ahí entra el ingenio de cada uno, caballeros. Y esperad, que todavía no he terminado. —Alzó un dedo más—. Cuarto: en la barca, solo pueden estar dos personas: aquel de nosotros que esté llevando la apuesta, y la dama conseguida. Ni doncellas, ni familiares, ni... ni un ahogado en el Támesis al que se ha de recoger para salvarle la vida, caramba. Nadie.

—¡Peor me lo pones! —exclamó James—. ¿Qué dama respetable va a aceptar estar así a solas con un desconocido?

—Pensad, pensad. Es un reto, un desafío. ¿Os interesa?

—No está mal —admitió Edward a regañadientes—. ¿Algún plazo en concreto? ¿Quizá una semana, para lograrlo?

—No lo había pensado, pero me parece bien.

—No sé. —James dudó—. A diferencia de otros, yo soy un hombre ocupado. Una semana me parece poco tiempo, si tengo que ingeniármelas para hacer llegar la invitación a una mujer que todavía no sé ni quién podrá ser.

—Muy bien. Pongamos que hay que conseguirlo en un mes. Si se necesita más tiempo, se dice. Estoy seguro de que todos sabremos ser comprensivos. —Los otros dos asintieron, satisfechos con la idea—. Además, para añadir emoción a nuestras monótonas vidas, daremos ese paseo por turnos: uno de nosotros lo hará por la mañana, otro por la tarde y otro por la noche.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo decidiremos eso?

—Sencillo. He venido preparado. —Sacó tres piedras pequeñas del

bolsillo, del tamaño de unos dados. Una era blanca, otra gris y otra negra. Todas habían sido bien lavadas y pulidas. Arthur era muy puntilloso en los detalles—. La blanca será la mañana. La gris, la tarde, y la negra, la noche. Eso mismo decidirá los turnos. El de la mañana será el primero.

James bufó.

—Pero, hombre, al pobre que le toque la noche, le va a resultar imposible.

—Para algunos, quizá —replicó Arthur, con una sonrisa petulante—. La cuestión es, ¿te tocará a ti, Gysforth? ¿Estás dispuesto a arriesgarte? ¿Y tú, Rutshore? ¿O no os seduce la apuesta?

James y Edward volvieron a intercambiar una mirada.

—Siempre has sido ingenioso, Badfields, lo reconozco —admitió Edward—. Y, total, no perdemos nada por probar, quizá hasta sea divertido. Por mí, perfecto. Adelante.

—Por mí, también. —James asintió, aunque más que nada porque les vio interesados en la idea. Ni siquiera sabía si iba a poder cumplir. Últimamente andaba muy ocupado con los temas políticos, por no hablar de que su tía Hetty estaba empeñada en organizarle también un matrimonio a él, esa misma temporada. Bueno, edad tenía, porque estaba a punto de cumplir los veintiocho años. Ya era hora de sentar la cabeza y dar un heredero al ducado—. Veamos adónde nos lleva todo esto.

Arthur rio.

—Al Támesis, por supuesto. —Miró alrededor, fue hacia la chimenea y cogió uno de los jarrones—. ¡Henson! ¡Señor Henson!

—Excelencia... —dijo el camarero jefe de Brooks's, mientras se acercaba con aquella asombrosa combinación de servicial dignidad tan habitual en él.

—Por favor, ¿puede hacernos los honores? —Le entregó el jarrón y las tres piedras—. Tenemos que sacar una cada uno.

—Por supuesto, milord. Deje que le felicite por su buen gusto en porcelanas. Este Josiah Wedgwood es una pieza exquisita, sumamente delicada.

—Ha cogido un jarrón cualquiera, dudo que se diera cuenta de ese detalle, Henson —replicó Edward—. O que sepa siquiera quién fue Wedgwood.

Arthur rio.

—Si está muerto, como la mayor parte de tus conocidos, ni siquiera me interesa saberlo. —Hizo un gesto de disculpa hacia el empleado del club—. Pero, gracias, Henson, prometemos no romper el jarrón.

—Nunca me hubiese atrevido a mencionar semejante posibilidad, excelencia —replicó imperturbable el camarero.

—Desde luego, desde luego. Vamos a proceder a...

—Pero, espera, espera un momento, Badfields —le cortó James—. Antes de nada... ¿qué nos apostamos?

Arthur le miró desconcertado.

—¡Pero hombre! Eso es lo de menos, lo que cuenta es ganar.

—Ah, bueno, supongo... Pero algo habrá que poner, ¿no? ¿Usted qué opina, Henson?

El hombre asintió, muy serio.

—Sería lo apropiado, desde luego, excelencia.

—Está bien. —Arthur se encogió de hombros—. Pues, no sé... ¿Mil libras a cada uno de los otros dos?

—Caramba. Para no importar qué se podía ganar, has puesto una buena suma.

—Tampoco es tanto. Solo suficiente para recordarlo. Bien, ¿vamos a ello? Henson, proceda usted mismo, en el orden que quiera.

El camarero jefe cogió el jarrón, lo puso boca abajo para que se viera bien que estaba vacío, depositó en su interior las tres piedras y lo agitó apenas, levantando un sonido tintineante de cerámica. Luego, se lo ofreció a Edward.

—La mano extendida, lord Rutshore. Y aparte la manga, por favor.

—Henson, por Dios... Ah, está bien. —Edward metió la mano como indicaban y sacó una piedra. Era la gris—. Ajá, perfecto. Ni pronto ni tarde, el momento justo. Como a mí me gusta.

—Eres un hombre poco emocionante —afirmó Arthur. Cuando Henson le tendió el jarrón, sacó la piedra negra—. Al contrario que yo.

—Sí, ¿eh? Me encantará ver cómo convences a una dama para ir al Támesis a dar un paseo de noche. A solas.

Arthur se echó a reír.

—A mí también.

Henson se volvió hacia James.

—Su turno, lord Gysforth.

James arqueó una ceja.

—Hombre, Henson, solo queda una piedra. No creo que sea necesario... Oh, como quiera —claudicó, al ver la expresión del hombre, que no se movió, ni siquiera pestañeó, mientras le ofrecía el jarrón—. A ver, veamos qué me ha tocado... ¡Vaya, qué sorpresa! —Sacó su piedra. Era la blanca—. Una mañana en el Támesis.

## CAPÍTULO 1

Aquel día hubo una sesión doble en el Parlamento, con discusiones muy tensas, tal y como había esperado. Por esa razón, James no volvió al club hasta bien entrada la tarde y, para entonces, hasta se había olvidado de su apuesta. La recordó al ver a Henson, ocupado en asegurarse de que todos los caballeros presentes estaban debidamente servidos.

—Bienvenido, lord Gysforth —saludó, tan cortés y tan serio como siempre. Le ayudó a quitarse el abrigo y tomó también su bastón y su sombrero. Se los pasó a uno de los criados—. ¿Va a cenar con nosotros esta noche?

—No, gracias, Henson. Ya he comido algo de camino y me retiraré temprano. Tengo que recoger a mis hermanas y a mi tía en su casa, para acompañarlas a la fiesta de lady Wallace. —Suspiró—. Ojalá no estuvieran en plena temporada. Hoy me siento agotado.

—Sí, tiene cara de cansancio, si me permite decirlo, excelencia. ¿Han dado mucha guerra esos malditos *tories*?

James se echó a reír. Le vino a la cabeza un tory en concreto, lord Dankworth, que era su adversario directo en el tema de lograr organizar una policía moderna en Londres. En esos momentos, ese era el proyecto principal de James, pero también luchaba por ampliar el derecho a voto a los propietarios de inmuebles con una renta mayor de diez libras anuales, lo que no aumentaría mucho el número de votantes, pero sí permitiría que empezasen a salir adelante leyes con mayores avances sociales.

—Por supuesto —replicó—. Tanta como los *whigs*. Combates sin tregua en el campo de batalla, señor Henson. Lo de siempre. —Ambos hombres se miraron a los ojos y cabecearon, como veteranos de guerra que compartieran la misma experiencia—. ¿Están aquí lord Badfields o lord Rutshore?

—Solo lord Badfields, milord. Lord Rutshore cenó pronto y se excusó,

dado que mañana temprano debe asistir a una conferencia sobre algún tema de gran relevancia científica, según tuvo a bien informarme. —Señaló pasillo adelante con la cabeza—. Lord Badfields, sin embargo, todavía nos acompaña. Está en la salita real, ocupado en una partida de *whist*.

«Ocupado». James no pudo evitar sonreír. Henson era Henson, y nunca cambiaría. Consideraba igual de importante discutir una nueva ley en el Parlamento que dar un paseo, asistir a una conferencia, elegir una corbata, leer un libro o jugar a las cartas o a los dados. Tal como se refería a ello, daba la impresión de que todo lo que decidiese hacer un miembro de la nobleza inglesa con su tiempo, era una labor vital para el destino del imperio. Quizá tuviera razón.

—Gracias, Henson. Muy amable.

James siguió pasillo adelante, con tranquilidad, saludando a diestro y siniestro a los caballeros con los que se iba cruzando. Los conocía prácticamente a todos, y a los que no, tenían menos relevancia social y estaban deseando conocerle a él. Con unos simpatizaba más que con otros, pero todos ellos pertenecían a lo mejor de la sociedad británica... y los únicos que podían permitirse las más de veinte mil libras que costaba la inscripción de Brooks's al año.

Eso para empezar, por supuesto. Luego estaban los gastos habituales y las grandes cantidades que se movían de manos en las mesas del club, sobre todo en partidas de *whist*, la principal afición por la que se había hecho famoso. Muchos caballeros, entre ellos el padre del propio James, se habían cambiado en su momento del club White's al Brooks's por las muchas limitaciones al juego que habían empezado a darse en el primero. Que también lo hubiesen hecho el rey George IV, cuando era príncipe regente, y su amigo *Beau* Brummell, había terminado de sellar su éxito.

La salita real era una de las más pequeñas y tranquilas del local, reservada a miembros especiales. Decorada en dorado con cortinas y adornos magenta, en ella solo había una mesa, un aparador y un mueble con diversas bebidas, para que si los miembros del club querían servirse ellos mismos, no tuvieran

que llamar a ningún camarero. De todos modos, siempre rondaba alguno por allí, tratando de agradar a los insignes huéspedes.

El lugar llevaba ese nombre precisamente por el hecho de que el rey, desde siempre, le gustaba mucho jugar en ella. Allí, a veces a puerta cerrada, se celebraban partidas privadas entre los más ricos del imperio, en las que se intercambiaban grandes sumas de dinero, sin ningún límite ni control. Como esa noche.

La mesa estaba llena y rodeada de un nutrido público, lo que indicaba que las apuestas estaban subiendo y poniéndose interesantes.

Vio a Arthur sentado a ella. Estaba jugando al *whist* con dos caballeros de mediana edad, ambos de sobra conocidos, y otro joven, de poco más de veinte años. Un auténtico aspirante a dandi, algo fácil de deducir por los muchos rizos que llevaba bien dispuestos sobre la frente, pero sin el suficiente gusto a la hora de vestirse o de combinar los complementos.

Observó el temblor de sus muñecas mientras cogía las cartas. El modo nervioso con que estudiaba todo a su alrededor...

—¿Desea tomar algo, lord Gysforth? —le preguntó un camarero, sacándole de sus cavilaciones.

—Sí, por favor, Anthony. Un whisky. —Señaló la mesa con un gesto discreto—. ¿Quién es el joven?

—El conde de Saxonshare, milord. Por lo que tengo entendido, lleva poco tiempo en Londres.

—Oh, sí. He oído hablar de él. Gracias.

Así que aquel era el famoso Frederick Howland, el muchacho con aire atormentado y ojos de ángel que acababa de heredar el título de conde de Saxonshare tras la muerte de su tío...

James estaba al tanto de aquello porque, ni dos días antes, sus tres hermanas habían hablado hasta hartarle sobre lo injusto de la situación de esa familia. Al parecer, el difunto lord Saxonshare tenía una hija dos años mayor que su sobrino, pero, mientras él era ya mayor de edad, a ella todavía se la consideraba una niña, y había sido puesta bajo su tutela.

Por si eso no fuera suficiente, sin herederos varones directos, el título y las propiedades de Saxonshare habían terminado yendo a parar a manos de aquel muchacho que ya se había ganado fama de atolondrado en las noches londinenses, sobre todo por sus grandes pérdidas en el juego.

A pesar de todo, sus hermanas pequeñas, Lizzie y Lettie, las gemelas, juraban estar muy enamoradas de él desde que le vieron en una de las fiestas de la temporada. Decían que tenía unos ojos bellísimos, unos ojos de ángel, y les encantaba su aire atormentado. Despertaba sus instintos más protectores.

«Menudo par de tontas», pensó James. No era extraño que estuviese atormentado. Tras ver el modo peculiar en que vivía la partida en la que se encontraba en ese momento, James estaba por asegurar que todo aquello se había convertido en un serio problema para él.

Con el vaso de whisky en la mano, se acercó a la mesa.

—Gysforth, buenas noches —le dijo Arthur. James vio que estaba jugueteando con la piedrecilla negra de la apuesta de la mañana y sonrió. Se había olvidado de aquello. Bueno, tenía todo un mes para superar la prueba. Y si no se le ocurría nada, pues pagaría con gusto las dos mil libras. Qué se le iba a hacer. Con suerte, tampoco sus amigos podrían cumplir y al final quedaría la cosa en tablas, sin pérdida alguna.

—Badfields. Señores... —saludó en general—. ¿Qué tal? ¿Se está dando bien la noche?

—Algunos no nos podemos quejar, su excelencia —dijo sir John Middleton, sheriff de la Guardia en la zona y muy amigo de Arthur desde el asunto de Minerva—, pero yo ya me retiro, lamentablemente. Ocupe mi sitio, si le parece, y así juega de pareja con lord Badfields.

—¿De verdad? No se moleste por mí, no pensaba quedarme mucho y no quisiera interrumpir...

—No lo hace, se lo aseguro. —Sir John vació su copa de un solo trago. Era un hombre rubicundo y risueño, siempre agradable, incluso cuando tenía que acusar a alguien de cualquier fechoría—. Hoy es mi trigésimo aniversario de boda, milores. Si llego tarde a la cena, les aseguro que mi esposa cometerá



un crimen. ¡Y a ver entonces quién la detiene!

Todos rieron la broma y despidieron a sir John, felicitándole y deseándole lo mejor. Visto lo visto, James tomó asiento frente a Arthur, que le miró con sorna.

—Hazme feliz y dime que te has aprendido por fin las reglas del *whist*, mi querido Gysforth.

—Muy gracioso. Sobre todo teniendo en cuenta que tú, precisamente tú, no me has ganado nunca.

Arthur rio.

—Porque tengo el buen tino, o la buena suerte, de jugar siempre de pareja contigo, lo admito. —Señaló al muchacho—. ¿Conoces a lord Saxonshare?

—No personalmente, pero me han hablado de él. —Le saludó cortés con la cabeza—. Lamento mucho la pérdida de su tío, milord.

—Gracias, excelencia —replicó Saxonshare, con un gesto similar—. Es un honor conocerle.

—Le aconsejo que no lo diga demasiado rápido. Me temo que, esta noche, somos adversarios. —Todos rieron, el muchacho de un modo algo nervioso. Se repartieron las cartas y jugaron un par de bazas antes de seguir hablando—. Y, dígame, ¿le gusta Londres?

—Mucho. Mucho.

—¿Han venido para la temporada? ¿Quizá va a presentar a su prima?

—No. —Pareció avergonzado. Ya se lo podía imaginar. Viendo el modo en que jugaba, y lo que había oído, no debían quedarles muchos recursos para temporadas de ninguna clase—. Le toca, su excelencia.

—Oh, sí. Disculpe.

De modo que no tenía ganas de hablar. Bueno, pues no hablaría. Tampoco sentía gran interés por su persona, ni por el destino de su familia. Si se quedaba un rato era por Arthur, juntos hacían una buena pareja de *whist*. Además, le convenía jugar un poco, entretenerse y olvidarse de todos los problemas del día, o se pasaría horas dándoles vueltas en la fiesta con sus

hermanas y luego en la cama.

Durante la hora siguiente jugaron fuerte y llegó a la conclusión que ya tenía: aquel muchacho iba a quedarse en la ruina antes de tener edad suficiente para peinar una posible barba. Era un auténtico adicto al juego, como otros lo eran al opio o a otras sustancias del estilo. Tras perder ante un *gran slam* conseguido por Arthur y James al ganar las trece bazas seguidas, se empeñó en subir la apuesta, para ver si conseguía remontar, y no pudo irle peor.

—¡No puede ser! Tiene que darme la revancha, lord Gysforth —dijo al final, cuando se quedó sin nada.

—Oh, por favor —el que habló fue su compañero, el barón de Shattherey, un hombre que, bien lo sabía James, era ya de por sí demasiado aficionado al juego. Pero estar con Saxonshare le había superado por completo. Se puso en pie disgustado—. Lo siento, lord Saxonshare, yo me retiro

—¡No! —exclamó el conde—. ¡Todavía no terminamos!

—Ya lo creo que sí. Al menos, yo. —Hizo un gesto para que el camarero anotase lo consumido en su cuenta, se despidió de todos y salió. Saxonshare se agarró al borde de la mesa.

—Señores, por favor, tienen que darme la revancha...

Parecía tan desesperado, que James titubeó. Intercambió una mirada con Arthur, pero este negó discretamente con la cabeza porque opinaba como él: aquel pardillo no sabía controlarse. Le habían ganado todo, hasta el alfiler de corbata con la S de diamantes que había puesto sobre la mesa con un aire dramático digno del escenario del Covent Garden. No tenía ni idea de cómo salvarle de sí mismo, y seguir desplumándole de semejante modo no resultaría honorable.

—Sería mejor no cont... —empezó, pero el otro se puso en pie de un brinco, sobresaltándole.

—¡Por favor! Si les preocupa que no pueda pagar, les informo de que todavía tengo mi casa, mi mansión aquí en Londres. Puedo traerles las escrituras mañana sin falta. —Se estiró, hasta parecer pomposo, de puros

nervios—. Supongo que se fiarán de mí. Soy un caballero, excelencias. Considero las deudas del juego unas deudas de honor.

«Rayos», pensó James, de un modo que hubiese hecho fruncir el ceño a su tía Hetty. Y Arthur, cómo no, había torcido la boca de un modo peligroso mientras seguía jugando con la piedrecilla negra.

Verla, de pronto, le sugirió una idea.

Sí, por qué no. Podía funcionar.

—Está bien —le dijo a Saxonshare—. Entiendo su preocupación ante tantas pérdidas, pero no es necesario que sigamos jugando. Estoy dispuesto a hacer un intercambio justo con usted. Le devolveré mi parte de lo que hay sobre la mesa —era una buena cantidad, alfiler de corbata incluido—, a cambio de un pequeño favor. Algo sencillo.

—¿Gysforth...? —empezó Arthur, confuso. James sonrió y le señaló la piedrita negra con las pupilas—. Oh, entiendo —Por los ojos de su amigo pasó un brillo de diversión—. ¿Estás seguro?

—Completamente. —James sintió una absurda efervescencia en la sangre, como si se encontrase embarcado en alguna clase de carrera contra el tiempo.

Pensándolo bien, de algún modo lo estaba.

—Bien, entonces. Adelante.

Saxonshare les contemplaba con sospecha.

—¿De qué hablan?

—Nada, no se preocupe. Eso eran cosas nuestras. Repito que solo quiero pedirle un favor muy sencillo.

—¿Y qué puede ser? —replicó el joven, con recelo—. Comprenderá que tiene que decírmelo antes.

—No hay inconveniente, no se preocupe, no es nada inmoral ni tengo nada que esconder. —A pesar de lo dicho, dudó sobre el modo de exponerlo—. Por lo que tengo entendido, tiene usted una prima...

—Sí, lady Bethany Howland —asintió Saxonshare—. Tras la muerte de mi tío, ha quedado bajo mi tutela.

«Pobre desdichada», pensó James, que estaba más de acuerdo que nunca con sus hermanas. Excepto en lo de los ojos de ángel.

—Bien. Verá, lo único que quiero es que la convenza para que dé un paseo en barca conmigo, digamos... —Hizo un rápido repaso de su agenda. Esperaba no estar metiendo la pata, pena de no poder consultar con su secretario—. ¿Les vendría bien pasado mañana por la mañana?

Ahora, el muchacho le miraba desconcertado. Normal.

—Supongo que sí... No tengo ninguna obligación, ni ella tampoco.

—Perfecto. Entonces, enviaré un coche a buscarles a su domicilio para llevarles a un lugar llamado Sleeping Oak, una casita junto al Támesis, con embarcadero. Una vez demos el paseo, podrán optar por regresar con ese mismo coche a su casa, o haré que les lleven donde deseen. Será una excursión agradable, sin más.

Saxonshare seguía atónito. Miró la cantidad sobre la mesa y volvió a girar las pupilas hacia James.

—¿Todo esto a cambio de un paseo en barca con mi prima Bethany? ¿En serio? —Frunció ligeramente el ceño—. ¿O es una broma?

—En absoluto. No es mi estilo bromear de semejante forma. Pero quiero dar un paseo en barca con su prima, es lo único que deseo, a cambio de devolverle todo lo que ha apostado. —Empujó su parte de ganancias por la mesa. El alfiler giró sobre sí mismo y sus diamantes brillaron a la luz de las velas—. Pero tendría que confirmármelo cuanto antes, porque tiene que ser pasado mañana por la mañana, sin falta. No puedo demorarlo de ningún modo, soy un hombre muy ocupado. ¿Está de acuerdo?

Saxonshare se lo pensó un momento.

—Según entiendo, acepta que yo la acompañe... —tanteó. James asintió. No tenía ningún problema con eso. Hasta lo prefería, antes de tener que lidiar a solas con una joven desconocida por la que no sentía el más mínimo interés.

—Por supuesto, si lo desea. Eso sí, en el bote pasaremos su prima y yo, a solas. Forma parte del acuerdo. —Sonrió a Arthur, que estaba al acecho de una infracción en las normas. Su amigo le devolvió la sonrisa, con

ecuanimidad—. Por supuesto, podrá observarnos en todo momento desde la orilla. Y le doy mi palabra de honor de que seré muy correcto.

El muchacho se lo pensó aún un momento, pero asintió.

—Siendo así, muy bien. Cuente con su paseo por el Támesis, lord Gysforth.

## CAPÍTULO 2

—Milady, su primo acaba de llegar y desea verla en el despacho antes del desayuno.

Sobresaltada, Bethany apartó la vista del espejo del tocador y se volvió hacia la puerta de su dormitorio. Claire, su doncella personal, y única doncella de la casa a esas alturas, le devolvió la mirada con cara de circunstancias.

—Está bien, gracias, Claire. Ahora mismo bajo.

—¿Quiere que la peine yo?

—No, no es necesario. Me las arreglaré. Bastante tarea tienes ya.

La muchacha titubeó.

—¿Le dirá lo que le comenté anoche, milady?

—Eh, sí... Sí, desde luego. —Que si no le pagaban los tres meses de sueldo que ya le debían, tendría que irse. Ella y su padre, el señor Briggs, el que había sido mayordomo de los Saxonshare durante muchos años, toda la vida de Bethany y más. Lógico, no podían hacer otra cosa. Si trabajaban, era para ganar dinero, no por el anhelo vital de mantener impecables los cuellos de las camisas de Freddy—. No te preocupes, Claire, se lo diré. Y no te disgustes, que lo entiendo. Pase lo que pase, yo siempre os estaré agradecida, a ti y tu padre. Bastante habéis hecho por la familia.

Claire oprimió los labios, con gesto apesadumbrado.

—Me duele mucho tener que irme, milady, mucho, usted lo sabe, pero nosotros no tenemos nada en la vida, solo lo que sacamos con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo, y debemos pensar en el futuro.

—Por supuesto —replicó, avergonzada. Maldito Freddy, le odiaba por ponerla en esa situación—. Lo comprendo perfectamente. Vete tranquila.

Cuando se quedó sola, Bethany suspiró, dejó el cepillo con el que se había estado peinando, se recogió el cabello rubio, de un suave tono trigueño, en un

moño bajo y pulcro que realzaba la elegancia de su rostro y se contempló en el espejo del tocador.

Sabía que era una mujer hermosa, aunque no se ufanaba de ello, su padre le había enseñado a no encontrar ningún mérito en lo que le había venido dado, sin necesidad de esfuerzo por su parte. En todo caso, se sentía agradecida por su suerte. Los grandes ojos azules, la nariz levemente respingona y los labios generosos y bien perfilados, eran herencia de su madre, por completo, y estaba muy satisfecha de ellos, igual que se alegraba de haber salido alta y delgada como su padre.

Lástima de vestido. Se pasó una mano por la pechera, intentando colocar los volantes de tal modo que no se notase tanto la tela desgastada. El que llevaba puesto era el que usaba prácticamente de continuo desde hacía cinco años, siempre que estaba dentro de la casa. Solo tenía otros dos en condiciones para las salidas, y algo le decía que no iba a estrenar nada en años.

En Saxonshare Manor, como vivía prácticamente recluida atendiendo a su padre enfermo, no había importado, por lo que hacía mucho tiempo que no se hacía nada nuevo. ¿Para qué? Apenas salían más allá del jardín, no iba a ninguna parte excepto a alguna reunión esporádica con viejos amigos, gente de campo a los que no les importaba qué llevaba puesto.

Al llegar a Londres, había pensado encargarse algún vestido, pero en los primeros momentos no hubo ocasión, y menos mal, porque, visto lo visto, no hubieran podido pagarlos. Maldito Freddy... ¿Qué querría aquel tarambana ahora? A saber. Esperaba que al menos no estuviese borracho. La última vez, la situación fue bastante desagradable.

¿Por qué hacía eso? Estaba irreconocible. Desde que llegaron a Londres, parecía haber caído bajo alguna clase de hechizo, algo que le había cambiado completamente el carácter. De ser un chico un poco atolondrado, pero amable y cariñoso, el Freddy de siempre que se había criado con ella, se había vuelto esquivo y ruin, y con su obsesión por el juego les estaba llevando a la ruina.

Ojalá no hubieran ido a Londres. Ojalá no hubiese ido a aquel maldito

club. El antiguo conde de Saxonshare, el padre de Bethany, había sido miembro de Brooks's. Al heredar el título, Freddy había solicitado su entrada, y se la habían concedido. Había hecho aquello como había pedido que se le mantuviesen los mismos palcos en el teatro, simplemente por seguir los pasos de su tío, al que admiraba.

Pero, en cuanto pasó una noche en el club, cambió por completo.

Ahora, vivía para los naipes y los dados. Había sido un proceso progresivo, pero rápido. Un día llegó entusiasmado, porque le había encantado el club y había ganado varias partidas. Luego, pasó un tiempo en el que no era realmente consciente de las pérdidas, vivía solo obsesionado por las ganancias, se deleitaba con ellas. Solo cuando la cosa se agravó empezó a estar desquiciado porque la suerte le había dado la espalda, pero se mantenía seguro de que volvería a estar en racha en cualquier momento. Era algo que repetía de continuo, y para poder llegar a esa nueva etapa de buena suerte debía seguir apostando. Seguir arruinándoles a ambos...

Desde entonces, Freddy se había apartado de Bethany y hacía vida nocturna, por completo. Salía inmediatamente después de cenar y no volvía hasta el desayuno, o más tarde todavía, la mayor parte de las veces muy borracho. Por lo general, se metía directamente en la cama, en la que dormía hasta la hora del té o más allá, hasta una nueva cena.

Y algo más que Bethany no podía perdonarle era que no le hubiese hablado de esas grandes pérdidas en las mesas de juego. En lo que atañía a Freddy, ella hubiese podido no enterarse de nada hasta encontrarse ya en la calle, sin un techo sobre su cabeza. Pero, para su desgracia, dos semanas atrás había empezado a llamar a su puerta una auténtica procesión de acreedores. Ahora, raro era el momento en que no había tres o cuatro estacionados fuera, en el jardín delantero, dando voces o simplemente mirando mal hacia la casa. Escandalizando a los vecinos y avergonzándola a ella. Y cada día eran más.

Y Briggs. Y Claire...

¿Qué podía hacer con él? ¡Si hasta se había atrevido a llevar a casa a una prostituta! Menos mal que ella no había llegado a verla, o se hubiera muerto



del espanto. Claire le contó que el señor Briggs la había acompañado personalmente a la puerta, después de encontrarla rondando por las habitaciones de la planta baja, con varios objetos de valor en los bolsillos. Al parecer, Freddy se había quedado dormido nada más tumbarse en la cama y la chica no quería hacer la visita en balde.

—Debimos quedarnos en Mauve Meadow... —se dijo, en un susurro.

Así se llamaba el pequeño pueblo de Berkshire en el que había crecido, donde estaba Saxonshare Manor, la gran casa de sus ancestros, que parecía construida con piedra gris y hiedra a partes iguales. Le había dolido mucho tener que dejarla, pero Freddy había insistido en que fuera a Londres con él, cuando todavía era el joven encantador y tímido que se sentía amedrentado por la gran ciudad.

Y, total, había llegado la hora de asumir la realidad. El título, y su fortuna en tierras y edificaciones, habían pasado a su primo. Saxonshare Manor ya no era su casa, el hogar de la pequeña Bethy, era una de las muchas propiedades de Freddy. Tarde o temprano, su primo se casaría y habría otra mujer en sus salones, una auténtica lady Saxonshare que diría qué flores había que poner y qué menús se debían servir.

Bethany suspiró. Al menos, aunque lamentaba las muchas pérdidas sufridas y le preocupaba su presente, no temía por su futuro. Su padre había tenido el buen tino de hacerse un seguro de vida nombrándola beneficiaria, y en su testamento había establecido que esa cantidad fuese la base de una renta vitalicia sustanciosa para Bethany, un dinero que empezaría a recibir cuando cumplierse los veinticinco años o cuando se casase, lo que ocurriese antes. Los dedos pródigos de Freddy no podrían tocarla.

Pero, definitivamente, debía establecerse en otro lado. Y, en su momento, Londres parecía tan buen sitio como cualquier otro y mejor que muchos.

Eso sí, de haber sabido lo que le esperaba...

Tenía que hacer algo con Freddy. Quizá pudiera convencerle para que volviese a Mauve Meadow, últimamente se le veía muy apesadumbrado por las pérdidas. Si pudiese hacerle recapacitar, que se diera cuenta de que, como

en casa, no iba a estar en ninguna parte...

En compensación, podía ofrecerle vender algunas de las joyas de su madre, había varias muy valiosas. Freddy las custodiaba hasta que ella fuese mayor de edad pero, ¿qué sentido tenía conservarlas, encontrándose en esa situación? Por mucho que le doliera, estaba dispuesta a vender una parte para saldar las deudas de su primo y pagar los sueldos de Briggs y Claire, que no tuvieran que irse sin nada a buscar trabajo en otro lado. Al menos, habría sido por una buena causa.

Bethany suspiró, volviendo a la realidad. Llegaba tarde, de modo que dio un último repaso a su aspecto, salió del dormitorio, bajó las escaleras y se dirigió al despacho, a ver qué quería Freddy, el loco Freddy.

«Ay, Señor», pensó con un suspiro. En otra época, hasta le había querido como un hermano y de niños siempre jugaban juntos. Al ser el único hijo de su tío Andrew, el hermano pequeño de su padre, les había visitado en innumerables ocasiones y durante largas temporadas, quizá previendo ya que todo cuanto veían en las tierras de Saxonshare iba a ser suyo. Luego, tras la muerte de tío Andrew, cuando Freddy tenía trece años, fue a vivir con ellos, de forma definitiva.

Qué injusticia. Freddy era dos años menor que ella, pero ya era mayor de edad, mientras que Bethany tenía que esperar todavía otros tantos hasta conseguir ser considerada legalmente adulta. ¡Le habían hecho su tutor! ¡Por Dios! ¡A él, a quien tenía que estar diciendo a cada momento que se atase bien los zapatos o que comiese como era debido!

No era más que un crío, y todo aquello le había quedado demasiado grande.

Se detuvo ante la puerta del despacho y llamó, tensa. Desde la última discusión se le habían quitado las ganas de hablar con su primo. Pero no le quedaba más remedio. Al margen de lo que él tuviera que decir, había que resolver el asunto de Claire y de su padre.

—Adelante —oyó.

Bethany abrió y entró en el despacho. Por suerte, era el de la ciudad, a la

que ella solo había ido un par de veces de pequeña, apenas recordaba detalles y no tenía establecidos vínculos afectivos con ningún rincón de la casa. De haber sido el de Saxonshare Manor, la visión de Freddy junto a la mesita de las bebidas hubiese sido mucho más amarga. Siempre le ocurría lo mismo: en el comedor, en la sala de estar, incluso en las caballerizas. Verle tocar las cosas de su padre con la satisfacción de un propietario, era algo que no había llevado nada bien.

Por fin encontró algo positivo de su estancia en Londres.

—¿Querías verme? —preguntó. Freddy dio un trago y la miró con sarcasmo.

—¿No vas a decirme que es demasiado temprano para beber?

—No. De decir algo, diría que es demasiado tarde como para llegar a casa pensando en acostarse. Porque de aquí te irás a la cama, ¿no?

Aquello no le gustó, pero como siempre, no supo seguir con la cadena de pullas. Freddy no era un hombre ingenioso.

—No seas descarada —se limitó a decir. Señaló uno de los sillones—. Siéntate, anda.

—No hace falta. Seguramente serás breve.

—Seguramente —gruñó, y luego trató de componer un gesto menos adusto—. Solo quería decirte que mañana tienes una cita.

—¿Una cita? ¿Yo?

Pensó que le había entendido mal, que él la iba a mirar sorprendido, se iba a reír y a decir otra cosa, pero no.

—Sí, eso he dicho. Aunque yo te acompañaré, no te preocupes. Tenemos que estar preparados a las ocho de la mañana, en punto. A esa hora vendrá un coche a recogernos.

Como dio la impresión de que eso era todo, que no pensaba explicar más, Bethany decidió empezar un interrogatorio.

—¿Qué significa esto, Freddy? —preguntó, advirtiendo con el tono que no iba a dejarlo estar sin recibir respuestas—. ¿Un coche, de quién? ¿Y a dónde

pretende llevarme? ¿O llevarnos?

—A una casita de las afueras, a orillas del Támesis. Sleeping Oak, creo que se llama. El propio lord Gysforth es su propietario.

—¿Lord Gysforth?

—Eso es. Él es quien me ha pedido que interceda en su nombre para esta cita.

Bethany parpadeó, sorprendida y... algo más. Ilusionada, sí, ese era el término, aunque no se atrevía a creer que estuviera ocurriendo aquello. Había visto pocos días antes a lord Gysforth, en los Jardines de Vauxhall, el único lujo que se había permitido desde su llegada a la ciudad. No le hacía gracia gastar el dinero en una entrada, pero recordaba haber estado allí de niña, con su padre, cuando representaron la batalla de Waterloo, y quería recordar aquellos momentos felices.

Estaba cerca de la tienda turca cuando oyó que unas damas mencionaban al duque de Gysforth y miró hacia allí con curiosidad, porque había oído hablar mucho de él, incluso cuando estaba en Mauve Meadow. Sus amigas, hijas de caballeros locales, solían ir a Londres de compras o por pura diversión, sobre todo cuando ya tuvieron edad para ser presentadas en la temporada, y siempre volvían con grandes historias que la llenaban de envidia. Gysforth solía formar parte de la mayor parte de ellas. Tenía fama de ser muy atractivo, además de enormemente rico y poderoso.

De lo último podían seguir quedándole dudas, pero de lo primero, en absoluto. ¡Qué hombre más guapo! Qué alto, qué elegante y atractivo era, con aquel rostro perfecto de sonrisa carismática.

Cuando le vio, él estaba saludando a dos caballeros y una dama, y Bethany sintió que el corazón le daba un vuelco completo dentro del pecho. Los ojos de Gysforth, de un gris muy claro, que casi parecía plata, eran el complemento perfecto para su abundante cabello negro. Ese contraste fue lo primero que le llamó la atención. La había enamorado, por completo.

«¡Enamorado!», pensó, escandalizada por el término elegido. «Menuda tontería, Beth». Simplemente era guapísimo y ella, que había tratado a pocos

hombres fuera de su familia y ninguno como ese, se había sentido fascinada. Pensó que no la había visto, porque había mucha gente por allí en medio, el parque estaba muy concurrido en aquellos momentos. Además, no se conocían de nada, no habían sido presentados, ¿cómo iba a saber quién era ella?

Pero ¿y si se había fijado, pese a todo? ¿Y si había preguntado a alguien por quién podía ser aquella desconocida que le admiraba embobada, completamente sola en la multitud? Quizá lo había hecho, y había habido suerte y alguien la conocía, por eso había buscado el modo de reunirse con ella...

«Demasiada suerte». Ella no solía ser tan afortunada. Por lo general, su papel era el de espectadora del mundo, testigo de la alegría de otros. Como en Vauxhall. Como luego, cuando, impulsada por aquel sentimiento absurdo, había buscando información sobre Gysforth y había paseado por el frente de su casa, la impresionante Gysforth House, situada entre el Pall Mall y el Mall, en el distrito St. James, muy cerca de Carlton House, la mansión que ocupó el rey cuando era príncipe regente.

Si era imposible que alguien como James Keeling, duque de Gysforth, se fijara en ella, lo era mil veces más el hecho de que alguien situado a tales alturas sociales, fuera a considerarla adecuada para una relación respetable. Debía ser cauta: de buscar algo con ella, no sería nada decente, sino algo que la hija del conde de Saxonshare no podría aceptar, jamás.

Pero, a su pesar, su corazón empezó a latir, esperanzado.

Gysforth quería verla...

—¿Estás seguro de que no hay ningún error, Freddy? ¿De verdad? ¿Era conmigo con quien quería citarse?

—Desde luego. Pronunció tu nombre con toda claridad. No te preocupes —repitió, preocupándola más todavía—. Por lo que tengo entendido, lo único que desea es dar un paseo en barca contigo.

Aquello la dejó más estupefacta aún.

—¿Un paseo en barca?

—Sí. Vamos, Beth, no pongas esa cara. No te preocupes. —¡La tercera vez! Se acercaba el fin del mundo, seguro—. ¿Qué puede haber más inocente que una mañana en el Támesis?

—No sé...

Freddy se echó a reír.

—Mira, le conozco poco, pero me consta que es un hombre de éxito entre las mujeres, no le veo necesitando forzar una situación de este modo, para nada. —Le guiñó un ojo—. Sinceramente, yo creo que te ha visto en alguna parte y que es una excusa para concertar un encuentro privado.

—¿Tú crees?

¡Entonces, la había visto en Vauxhall! ¡Definitivamente, la había visto! ¡No podía creer en su buena suerte! Aquel hombre maravilloso se había fijado en ella y había organizado ese encuentro tan peculiar para poder hablarle a solas, y en un ambiente romántico, lejos del bullicio de Londres. Y, además, a la vista de su primo, como dictaba la moral, de modo que, quizá, lo que fuera que quería decirle, pudiera ser algo respetable. ¡Tenía que serlo!

—Está bien, iré —aceptó, con el alma en vilo—. Pero no te entusiasmes —se apresuró a advertirle, al verle sonreír. Ella también sabía jugar y aprovechar una ventaja. Freddy no tenía por qué saber lo feliz que estaba por la idea de reunirse con Gysforth—. Reconozco que siento curiosidad por saber qué quiere, pero solo lo haré si aceptas cumplir dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Primera: hoy mismo pagarás al señor Briggs y a Claire lo que se les debe. Todo. No les escatimarás ni un penique.

Freddy dudó.

—Está bien. No sé si hoy, porque estoy cansado y preferiría irme a dormir. —Iba a insistir, porque no se fiaba ni un poco, pero él fue más rápido—. ¡Por favor, Bethy, ten compasión, estoy agotado! Mañana sin falta, cuando volvamos del paseo con Gysforth, pasaré por el banco, te lo prometo. Hasta puedes venir conmigo si lo deseas. ¡Y luego iremos de compras a Bond Street! ¿Qué te parece? Ya es hora de que te encargues un vestido nuevo.

Qué generoso estaba. Así que también tenía grandes esperanzas puestas en aquel paseo por el Támesis. Ojalá todo saliera bien... Bethany se mordisqueó nerviosa el labio inferior. Bueno, no era una demora tan grande. Si el señor Briggs y Claire habían esperado meses para cobrar sus sueldos, bien podían esperar un día más. Así, de paso, podría comprobar en el banco cómo iban las cosas.

—De acuerdo, está bien. Mañana sin falta. —Freddy sonrió victorioso por segunda vez—. Espera, espera, que todavía queda la otra condición. —Se cruzó de brazos, adoptando una expresión dura—. Tienes que prometerme no volver a jugar nunca más. Nunca, Freddy.

Él bufó, como siempre que sacaba el tema.

—¡Qué empeño!

—Freddy...

—No empieces, Bethany. Me parece absurdo, jugar es una actividad de caballeros. Además, no sé qué pretendes que haga entonces con mi tiempo. ¿Visitar burdeles?

—Ah. ¿Otra actividad de caballeros?

Al menos, se ruborizó.

—Bethany, de verdad que entiendo que estés preocupada, pero es evidente que esta mala racha tiene que cambiar en cualquier momento, y nos vendría bien ganar unos cuantos miles de libras...

—¡Freddy!

—¡Por Dios! ¡Está bien! ¡Te lo prometo!

No le creía, como no le había creído antes, en otras ocasiones, y bien que había hecho. Pero, lamentablemente, no quedaba otro remedio. Al menos, conseguiría el dinero para Claire y su padre. Y escucharía lo que lord Gysforth quería decirle. Eso, al menos, la llenaba de esperanzas.

—Está bien —dijo, sintiéndose más contenta que nunca desde su llegada a Londres—. Iré a dar ese paseo por el Támesis.

## CAPÍTULO 3

—Ahí llega, milord —dijo George Speechley, el secretario personal de James, señalando la dirección con un gesto. Este asintió, cerrando nervioso la tapa del reloj de bolsillo. El coche que había enviado a buscar a Saxonshare y a su prima acababa de aparecer por detrás del grupo de árboles que marcaba el inicio de sus tierras, siguiendo el camino que bordeaba el río.

—Eso significa que estuvo lista a las ocho en punto —dijo Arthur, con ligera burla, elegantemente apoyado en su bastón—. ¡La primera virtud conocida de lady Bethany!

Edward y él también se encontraban presentes esa mañana, con la excusa de que debían certificar el final victorioso de su apuesta, aunque la realidad era que hubiesen aceptado la palabra de James sin dudarle ni un solo momento. Simplemente tenían curiosidad y querían ver cómo era la chica y cómo iba la cosa.

Además, de alguna manera, aquello formaba parte de la larga noche de diversión que habían tenido. James se había resistido todo lo posible a semejante locura, bastante falta de sueño arrastraba por las continuas salidas con sus hermanas, pero Edward y Arthur prácticamente le habían secuestrado, y él era un hombre débil. Desde que ocupó su puesto en la Cámara de los Lores, disponía de poco tiempo para entretenerse con sus amigos, cada vez menos, y era algo que siempre le había apetecido mucho. Acabó cediendo.

Por eso, pese a que en su caso era una enorme imprudencia, porque le esperaba un día con mucho trabajo, los tres habían deambulado de un lado a otro por las fiestas del Londres elegante, bailando con mujeres hermosas y bebiendo champán, y luego estuvieron fumando y jugando en el club hasta que se hizo la hora de ir a la casita de Sleeping Oak.

Como bien había expresado Arthur, no tenía sentido sufrir por madrugar



tanto, cuando podían ir directamente, estar allí en el momento adecuado y dormir después durante todo el día.

Por eso habían hecho que les siguiera el coche de Edward, para marcharse luego ellos dos en él y que James pudiera volver a sus tareas. Hasta aquello había merecido la pena, porque fue un trayecto muy animado. ¡Cómo habían cantado de camino! Repitieron una y otra vez un sonsonete de su inventiva, hasta casi quedar afónicos: *tres amigos, dos coches y una botella de champán*.

—¡Lord Badfields, tan burlón como siempre! —Edward sonrió—. Pero es cierto. No se puede negar que la dama es muy puntual.

—Muy agradecidos, pero no estoy para bromas —replicó James. Quizá fuera el cansancio, y lo mucho que llevaba bebido, pero ahora que llegaba el momento de conocer a la muchacha en cuestión, lamentaba enormemente haber empezado con todo aquello—. De verdad, todavía no entiendo cómo permití que me enredaseis en semejante locura.

—¡Bah! Locura que vas a ganar —sentenció Arthur, con un gesto indolente—. Y a ti siempre te ha gustado ganar.

—No le incordies más, Badfields —intercedió Edward—. Ya sabes cómo es.

Arthur arqueó ambas cejas.

—¿Aburrido?

—Y fastidioso.

—Demasiado serio.

—Demasiado raro.

James se echó a reír.

—Menudo par de idiotas. Estáis molestos porque, cuando termine todo esto, vais a pagarme mil libras cada uno.

—Eso todavía está por ver —dijo Edward—. Puede que tengamos tu misma suerte y pillemos nuestra propia primita en apuros. Además, tú aún tienes que subirla a la barca. Y, que yo sepa, es la única hija del conde de

Saxonshare. Dudo mucho que acepte ir sin su doncella.

—No tardarás en verlo. —James comprobó el nudo de su corbata, aunque sabía que estaba impecable, como siempre. Apenas se le notaba que estaba un poco achispado. Mejor, porque tenía varias reuniones a lo largo del día, asuntos políticos que no podían demorarse. De hecho, si ese paseo se alargaba mucho, iba a andar justo de tiempo para la primera. Ojalá pudiera librarse pronto de... ¿cómo había dicho Saxonshare que se llamaba su prima? ¡Ah, sí! Lady Bethany. El nombre, al menos, le gustaba—. George, ¿recuerdas las instrucciones?

—Por supuesto, milord —respondió el joven, y sonrió, con su habitual expresión agradable. James le conocía de toda la vida y le apreciaba sinceramente. George era hijo de sir Robert Speechley, que fue durante muchos años amigo del padre de James, el general John Keeling, duque de Gysforth. De hecho, sirvió a sus órdenes como capitán y obtuvo la dignidad de baronet al salvarle la vida durante la batalla de Waterloo. Podría parecer una gran recompensa de no ser porque, en aquel mismo enfrentamiento, el general Keeling, que no había salvado a nadie ni tuvo más mérito que ser derribado por la onda expansiva de un cañón, recibió a su vez el título de Caballero de la Orden del Baño. La tía Hetty, que le adoraba, siempre repetía que había derramado su sangre para conseguir que sus hijos tuviesen la posibilidad de casarse en la abadía de Westminster—. Si veo que levanta la mano derecha, cogeré la otra barca y acudiré lo más rápido que pueda a decirle que su tía Hetty ha sufrido un vahído y que han enviado a buscarle.

—Bien. —No imaginaba a su tía sufriendo vahído alguno, pero la excusa podría servir—. Con un poco de suerte, no desperdiciaremos toda la mañana en esta soberana tontería.

—Quién sabe —dijo Edward, conteniendo un bostezo—. Puede tratarse de una mujer interesante.

—Eso —apoyó Arthur. Señaló con la punta del bastón hacia los parterres de la casa, cuidadosamente atendidos por el matrimonio de guardeses que trabajaban para James. Esa mañana no estaban. James se había ocupado de

enviarles a Londres, a pasar un par de días de vacaciones con su hijo—. Las flores del campo suelen ser las más aromáticas.

James le miró con ironía.

—Creí que eras más de las de jardín de ciudad.

Arthur sonrió.

—A veces. A veces no.

—Ya.

Le hubiese contestado algo más, pero no hubo tiempo. El coche se detuvo y George se apresuró a ayudar con la puerta y la escalerilla. James esperaba ver de inmediato a Saxonshare, pero no. La primera en salir fue una doncella, una muchacha menuda de rostro redondo y aire tímido. Pisó el suelo con un saltito, evitando miradas, y se giró para ayudar a bajar a su señora.

Del coche surgió entonces una joven rubia, alta y delgada; llevaba un vestido de muselina blanca y una chaqueta Spencer de terciopelo castaño. Miró a los cuatro hombres con sorpresa y cautela, mucha cautela; luego, sin apartar los ojos de James, abrió la sombrilla, blanca, con una cenefa de hojas de otoño bordadas, del mismo tono que su chaqueta, y se protegió del sol primaveral.

Él se quedó paralizado. ¿Aquella belleza era la prima de Saxonshare? ¡Por Dios, nunca hubiera imaginado que pudiese tener tanta suerte! Era una auténtica preciosidad. A decir verdad, no recordaba haberse sentido así de atraído por una mujer, jamás, y menos de buenas a primeras, nada más verla. De crío, creyó haberse enamorado de la segunda esposa de su padre, Evelyn, en el mismo instante en que la vio, pero aquello no fue más que una chiquillada, y nadie llegó a saberlo nunca. Ni siquiera necesitó compartirlo con ella.

Al pensarlo, se dio cuenta de que aquella joven se parecía físicamente a Evelyn, y mucho. Estaba claro que tenía preferencia por las rubias delicadas como piezas de porcelana.

Tras aquel amor inocente, James no había vuelto a sentir nada realmente intenso por ninguna mujer. En su vida, solo había habido amigas de paso y un

par de amantes establecidas, aunque hacía ya tiempo de la última, porque no tenía paciencia para esa clase de relaciones. Como siempre había sabido que su matrimonio sería un deber familiar, el tema femenino no había supuesto un factor importante para él. James anhelaba el amor y esperaba sentirlo en algún momento, como todos, pero no era un hombre enamorado.

Por eso, no supo qué hacer con lo que sintió al ver a Bethany Howland.

—¿Milord? —preguntó George, sorprendido. James reaccionó, llamándose tonto por quedarse allí parado. Fue hacia la muchacha y se detuvo a un par de pasos, para hacer un saludo elegante.

Captó su aroma, un perfume de violetas dulce y embriagador. Maravilloso.

—Lady Bethany, muchísimas gracias por venir. Permita que me presente: soy James Keeling, lord Gysforth.

Ella permitió que le besase la mano y le estudió con sus enormes ojos azules, del color del cielo. Esos sí que eran ojos de ángel, y no los del tonto de Saxonshare. ¿Se había ruborizado? Diría que sí, de una forma encantadora.

—Encantada, milord, pese a lo poco apropiado de la situación.

—Digamos que es algo poco habitual, sí. Aunque, siendo indulgentes con nosotros mismos, podríamos considerar que nos ha presentado su primo. — Ella sonrió y James se quedó pensando en que tenía una boca maravillosa. El deseo de besarla se volvió casi obsesivo. Carraspeó, tratando de superar la fascinación—. Y, hablando de lord Saxonshare, ¿su primo, no ha podido venir?

Lady Bethany apretó los labios y él percibió su enojo. Qué habría hecho Saxonshare ahora... Seguramente no aparecer para las ocho de la mañana, o llegar a casa demasiado borracho como para ir a ninguna parte.

—Me temo que se encuentra indispuesto —se limitó a decir ella—. Consideré la idea de enviarle una nota con el coche y quedarme en casa, pero admito que sentía auténtica curiosidad por escuchar lo que tiene usted que decirme, así que vine solo con mi doncella.

¿Lo que tenía que decirle? ¿Y eso? James titubeó. Quizá Saxonshare había

inventado algo al respecto, para convencerla de ir a la cita.

—Ha hecho bien —replicó, escogiendo con cuidado las palabras. Lo mejor sería esquivar él también ese tema, al menos hasta estar en el bote—. Bueno, lamento la ausencia de lord Saxonshare, pero su presencia tampoco resultaba imprescindible. —Como ella no dijo nada, se giró a medias hacia Arthur y Edward y prosiguió—. Permita que le presente a mis amigos, lord Badfields y lord Rutshore. Han tenido la cortesía de acompañarme hasta aquí.

—Milady... —dijo Edward, cortés. La reverencia de Arthur fue mucho más exagerada.

—Encantado hasta límites indescritibles —aportó, besando su mano con la gracia de un príncipe oscuro—. Y envidioso hasta mucho más allá.

James carraspeó y se interpuso para llevarse a lady Bethany lejos de su influencia.

—Será mejor que nos despedamos ya. ¿Verdad, Badfields? Rutshore y tú ya os estabais yendo. Te recuerdo que tenéis mucha prisa por... por llegar a algún lado.

—Oh, sí, es realmente lamentable. —Arthur agitó la cabeza—. Ese soy yo, siempre corriendo de un sitio a otro, como un... bueno, como algo que corre de un sitio a otro. Además, tengo la fea costumbre de irme siempre antes de que me echen. ¿Vamos, Rutshore?

—Sí, por supuesto. —Edward volvió a saludar mientras se retiraba—. Que disfrute del paseo, milady.

—Gracias, lord Rutshore. Lord Badfields...

James siguió con los ojos a sus dos amigos en su camino hacia el vehículo de Edward. Cuando comprobó que subían, se volvió hacia la muchacha y buscó rápidamente algo que decir.

—¿Ha venido cómoda en el coche?

—Sí, gracias. De hecho, nunca había viajado en uno tan confortable.

—Me alegro. Pues, si le parece, vayamos ya al bote. Aprovechemos esta deliciosa mañana. —Hizo un gesto hacia el muelle, para animarla a ir hacia

allí. Ella empezó a caminar—. Luego, podríamos desayunar en el jardín.

—Ya desayuné, antes de salir.

—¡Qué temprano! Pues puede acompañarme en un segundo desayuno. Su doncella puede ayudar a supervisarlo mientras espera. Mi secretario, el señor Speechley, se encargará de todo.

George le miró sorprendido, pero asintió.

—Por supuesto, milord. Será un placer.

—¡Oh, no! —Bethany abrió los ojos con escándalo—. Pero ¿qué dice? Mi doncella debe venir conmigo, milord.

Él se echó a reír.

—¿No se fía de mí? —Se llevó una mano al corazón—. Estoy a nada de sentirme ofendido.

—Discúlpeme, no es mi intención, pero sabe tan bien como yo que ir solos no resultaría apropiado.

—¡Pero si estaremos a la vista de su doncella en todo momento, le doy mi palabra! Solo es un paseo inocente en barca, lady Bethany, para hablar a solas. Y no se preocupe. Esta casa es de mi propiedad, y es muy tranquila, nadie vendrá por aquí. El Támesis será nuestro único testigo.

Lady Bethany intercambió una mirada con su doncella. La muchacha dibujó un «no» casi imperceptible con la cabeza. Pero lady Bethany se lo pensó, apretó los labios y le hizo frente.

—Está bien, lord Gysforth, confiaré en usted. Demos ese paseo a solas. Quiero escuchar lo que tiene que decirme.

Se dirigieron hacia el muelle. Mientras ayudaba a lady Bethany a subir a uno de los dos botes amarrados, vio que Arthur y Edward miraban desde el coche. Le hicieron un gesto de victoria y despedida, y el vehículo se puso en marcha.

## CAPÍTULO 4

Minutos después, James y Bethany estaban sentados a solas en la barca. Él remaba con ganas, porque quería llegar cuanto antes al centro del Támesis, al punto exacto que le encantaba desde crío. Qué cosas, no se había acordado de aquello en años, pero aparecía aquella mujer y era lo primero en lo que pensaba, enseñarle el lugar desde donde el bosque de chopos negros cubiertos de musgo, el gran roble y la casita, formaban una especie de entorno de cuento de hadas.

Las orillas estaban cerca, pero también lo bastante lejos, y el mundo parecía iluminarse más todavía con el reflejo del sol en el agua. ¡Había tanta calma! Y, en esa época del año, la campiña inglesa se veía preciosa.

—Venía mucho por aquí cuando iba a Eton. —Miró en dirección a donde quedaba el colegio, bastante cerca—. Alguna vez solo, pero casi siempre con mis amigos, Rutshore y Badfields, los dos caballeros que le he presentado antes. Pescábamos, nos dábamos un baño, subíamos a los árboles, corríamos por el bosque... Cosas de niños, ya sabe.

—Es un lugar precioso —murmuró ella. Sus ojos habían adquirido un aire soñador que James encontró fascinante—. Desde luego, es el entorno ideal para esa casita encantadora. ¡Casi parece haber sido construida por elfos!

—Gracias —replicó, absurdamente contento de que le gustara—. Era de mi abuelo. La levantó para mi abuela. «Un lugar fuera del tiempo y a un paso de la magia», solía decir. Cuando ella murió, él vivió aquí sus últimos años, retirado por completo de todo compromiso público. Ambos están enterrados detrás de la casa —señaló con un gesto de la cabeza hacia el enorme roble que sobresalía desde la parte trasera del edificio, tras una barrera de madreselvas y rosales silvestres cuajados de escaramujos—, a los pies del árbol que le da nombre.

—Qué romántico.

—Sí, lo es. —Su tono se volvió reflexivo—. Yo tenía catorce años cuando murió mi abuelo. Le quería mucho, ¿sabe? Siempre que podía me venía a vivir con él: vacaciones, días libres, tiempo robado de otras cosas... Mi padre era un hombre severo que nunca tenía tiempo para nosotros, para mis hermanas y para mí, pero a él nunca le faltaba.

James parpadeó. ¿Por qué le estaba contando todo aquello? Nunca lo había comentado con nadie, ni siquiera con Edward o Arthur, que conocían bien su historia y hubiesen podido consolarle más de una vez. Pero allí estaba, abriendo su alma a aquella desconocida, hablando más que nunca en los últimos años. Y se sentía bien, cómodo, como hacía mucho tiempo que no estaba.

—Lo comprendo —murmuró ella—. Recuerdo con mucho cariño a mis abuelos. Siempre los echaré de menos. Se les quiere de una forma muy especial.

—Sí. En mi caso, ya le digo, el mío era también mi refugio. Por eso, cuando murió, me costó muchísimo aceptarlo. Al principio, venía solo y este lugar parecía... vacío. —Recordó todo aquel dolor. Era abrumador. Todavía lo sentía, pero de otro modo—. Estaba muy triste, llegué a pensar que nunca lo superaría, pero no sé, supongo que es verdad que el tiempo todo lo cura.

—Echas de menos, pero no duele siempre —dijo lady Bethany, apenada por aquellos recuerdos propios—. No tanto, al menos.

—Sí, eso es. —Después de eso, tuvieron unos segundos de silencio compartido, que encontró muy agradable. Lamentó tener que romperlo, pero también quería seguir charlando con ella—. Un día, traje a mis amigos, y ya se convirtió en costumbre.

—Sí, me lo imagino. —Lady Bethany miró alrededor y suspiró—. Parece un lugar estupendo para jugar, correr y divertirse de niño.

—Desde luego. Nos lo pasábamos muy bien. Aquí aprendí a nadar y a pescar, a distinguir las plantas y a conocer las costumbres de los animales locales. —Se echó a reír entre dientes—. Hasta tallé en el roble la inicial del nombre de la primera mujer que me robó el corazón.



Ella sonrió apenas.

—¿La primera? ¿Y la última? ¿No tiene su propia talla?

James tuvo una extraña sensación de fatalidad. El aire que olía a río, el sonido húmedo del agua, la luz filtrada por los árboles, el rostro sereno de lady Bethany... Tuvo la impresión de estar viviendo un momento único en su vida. Maravilloso.

—La última todavía no ha llegado, pero se lo quedará para siempre. —Su voz sonó algo ronca, como cargada por fuertes emociones—. Por eso será la última.

Lady Bethany parpadeó apenas.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó—. La primera, me refiero.

James titubeó un momento, pero lo dijo.

—Evelyn. Se llamaba Evelyn. —La segunda esposa de su padre. Se casó con ella cuatro años después de enviudar, y Evelyn entró en su vida y en la de su hermana Ruthie como un rayo de sol. ¿Qué edad tenía entonces? La de Ruthie ahora, o la de lady Bethany, unos veintidós o veintitrés años. Muy joven para el rígido John Keeling. James se enamoró de ella nada más ver su sonrisa. Lástima que se apagara demasiado pronto. Normal, viviendo con un hombre como su padre—. Yo era un niño. Fue algo puro, bonito y, desde luego, platónico. —La miró, con genuina curiosidad—. ¿Usted se ha enamorado alguna vez?

Ella pareció turbada. Pensó que no iba a contestar, pero lo hizo.

—Me temo que no. Mi padre enfermó hace seis años y desde entonces apenas he podido pensar en mí misma, ni en nadie más. Me he pasado el tiempo en casa, atendiéndole o haciéndole compañía. No crea, no lo lamento; lo hice gustosa y ojalá pudiera seguir teniéndole a mi lado.

—Eso la honra como hija —dijo él, sintiendo cierta envidia, porque le hubiese gustado poder sentir eso por su propio padre.

—El mérito fue suyo, no mío. —Sonrió, al recordar algo—. A él no le gustaba que me quedase allí encerrada. «Estás desperdiciando tu vida», me

repetía una y otra vez, sobre todo cuando ya tuve edad como para presentarme en la temporada. Ya tengo veintitrés años, ¿sabe? Soy prácticamente una solterona.

—Oh, vamos. —James se echó a reír—. Eso no es verdad.

Ella se encogió de hombros.

—Sabe bien que sí. Mi padre siempre me animaba a venir a Londres, al menos para la temporada, y hubiese podido aceptar la invitación de la familia de cualquiera de mis amigas, pero... —Se encogió de hombros—. No sé, no quería dejarle allí, solo. No me parecía leal.

—Entiendo. —James siguió moviendo el bote un par de minutos. Luego, sujetó los remos, para quedarse allí, mecidos por la suave corriente. Pasó un insecto por delante de su cara, quizá un mosquito, y lo espantó—. Lady Bethany, siento que le debo una disculpa. No debería haberla traído aquí de este modo. Todo esto debe parecerle muy absurdo...

—Un poco, sí. —Le estudió por el rabillo del ojo—. ¿Por qué ha organizado este encuentro tan extraño, lord Gysforth? Hubiésemos podido hablar en Londres, y con total discreción, si tanto lo deseaba.

—Sí, bueno... ¿Su primo no le ha dicho nada?

—No. Solo que usted quería verme. —Se ruborizó—. Admito que, tanto él como yo, pensamos que quizá me había visto en alguna parte y quería... quizá quería decirme algo de carácter muy personal.

James titubeó. ¿Qué replicar a eso? Estaba claro que Saxonshare no le había mencionado la partida de cartas, lady Bethany ni imaginaba de qué iba todo aquello. Y a él no se le había ocurrido preparar una excusa, porque ni siquiera se había parado a pensar que fuera necesario tenerla. De haber prestado un solo momento a imaginar ese paseo, hubiera supuesto que lo haría durar lo menos posible. Que tendría que hablar del socorrido tema del clima, como mucho, con alguien que le iba a resultar indiferente, con suerte.

Pero allí estaba, sentado en el bote con la preciosa lady Bethany, y deseando alargar el momento hasta el límite. Deseando conocerla a fondo, saber de ella todas esas pequeñas cosas que la habían convertido finalmente

en la mujer que era, esas diminutas pinceladas que componían el cuadro de la vida de alguien.

Lady Bethany, que había acudido a Sleeping Oak con la idea equivocada de que todo aquello respondía a que había buscado un encuentro secreto con ella en concreto, para decirle algo... a saber qué. Una declaración de amor, como poco.

¿Qué hacer?

Se planteó disimular y mantener el engaño, porque no quería que se enfadase, ni estropear el recuerdo que iba a quedarles de ese paseo, pero la imagen del joven lord Saxonshare pasó por su mente: su modo de temblar al sostener con fuerza los naipes, casi como si estuviese aferrado a ellos para no hundirse; la forma en que brillaban sus pupilas cuando estudiaba a sus adversarios...

Aquel muchacho estaba totalmente atrapado en el vicio del juego. Si James tomaba el camino de la mentira y la cosa se complicaba, en el caso de que Bethany y él empezaban una relación de algún tipo, como había empezado a desear, Saxonshare lo sabría y, o mucho se equivocaba o empezaría a hacerle chantaje. Le pediría dinero a cambio de mantener su secreto, dinero que perdería en las mesas de juego y seguiría así el ciclo, una y otra vez, hasta que todo estallase por algún sitio, supurando la verdad a borbotones.

«Qué tontería», se dijo, un poco enojado consigo mismo. «Acabas de conocerla, quién sabe si la volverás a ver alguna vez o si resultará que toda esta fascinación es producto del champán que has bebido esta noche. Quizá tras dormir unas cuantas horas, se te pase por completo. Además, tú no eres así. No eres tan sentimental».

No, no lo era. Era más hijo del severo general John Keeling, duque de Gysforth, de lo que le hubiera gustado. Podía ser amable con los criados, buen amigo de sus amigos y cariñoso con sus hermanas, pero también era frío en el mundo de la política, y despiadado con sus adversarios y con cualquiera que perdiese su confianza. Jamás perdonaba una deslealtad y le costaba

mucho abrirse a nuevas amistades.

Pero, si ese corazón que usaba poco no le engañaba, aquella mujer podía convertirse en alguien muy especial en su vida. No podía cometer un error con ella, no otro, no uno más grande.

Lo mejor era reconocerlo todo, y cuanto antes, así muy pronto podrían reírse juntos de aquella bobada.

Carraspeó.

—Verá, mis amigos y yo somos miembros de Brooks's, el club. —Ella asintió, algo perpleja por lo que debía considerar un cambio de tema—. Allí se juega y se apuesta bastante, en general.

—Lo sé —dijo la muchacha, con un tono repentinamente seco—. He oído hablar mucho de ese sitio.

—Claro, su primo. Lamento habérselo recordado. —Se maldijo en silencio y trató de retomar la historia sin mayores percances—. En Brooks's, como en otros clubs de caballeros, hay un libro en el que se anotan todas las apuestas. Son... bueno, son muy variadas. Una muy conocida, se planteó no hace mucho entre lord Alvanley y lord Arlington, en el club White's —le contó, intentado hacerlo sonar jocoso—. Aunque no lo crea, se jugaron tres mil libras a ver cuál de las dos gotas de lluvia que escogieron llegaría antes a la base de la ventana delantera principal del club.

Ella abrió los ojos como platos.

—Bromea.

—En absoluto. Le aseguro que fue una apuesta muy famosa. Se la menciono para que entienda a qué extremos se llega en ciertos ambientes, por alejar un poco el aburrimiento. Se apuesta sobre qué tiempo va a hacer, los resultados deportivos, los acontecimientos políticos, las... —Se interrumpió justo a tiempo. Dudaba que le gustase saber que se apostaba sobre las mujeres—. Las cosas de la vida, en general.

—Comprendo, sí.

—Todo eso ya resulta tedioso, porque se hace cada dos por tres. Por eso,

mis amigos y yo decidimos plantearnos algo diferente, un reto que hiciese que tuviéramos que ingeniárnoslas de verdad para conseguir la victoria.

—¿Y qué fue?

—Eh... Traer una dama desconocida, para un paseo en barca en este lugar. —Según se escuchó, le sonó terrible. Viéndolo con perspectiva, el entretenimiento le parecía completamente infantil, y hasta algo cruel. La miró con disculpa—. En su momento, nos pareció una buena idea.

Lady Bethany se quedó un instante con la boca abierta.

—No acabo de entenderle. ¿Esto...? ¿Todo esto es por una tonta apuesta? —Frunció progresivamente el ceño—. ¿Me lo está diciendo en serio?

—Sí... me temo que sí.

—Pero... —Fuera lo que fuese que iba a decir, lady Bethany lo dejó estar. Agitó la cabeza—. ¿Por qué me eligió a mí? —preguntó entonces, y en su voz todavía había un eco de esperanza.

—Oh, para serle sincero, eso fue pura casualidad. —La muchacha palideció aún más—. La otra noche jugué con su primo una partida de *whist* y le gané una gran suma de dinero. Pocos días antes, mis hermanas me habían hablado de él, me habían dicho que tenía una prima, y se me ocurrió la idea de aprovechar la ocasión. Lord Saxonshare estuvo de acuerdo en organizar este encuentro a cambio de que le devolviera todo lo perdido.

—¿Eso significa que mi primo sabía de qué iba todo esto?

—Bueno, no. A él no le dije que yo estaba intentando ganar una apuesta. Pero sí sabía que la cosa surgió así, durante la partida, no porque yo tuviera ninguna intención previa. —Otra vez el dichoso mosquito. Esta vez lo apartó casi sin prestarle atención. Estaba demasiado ocupado, viendo que aquella mujer se enfadaba cada vez más, sin que él fuese capaz de evitarlo—. Pero quiero que sepa que no era nuestra intención hacer ningún daño, ni siquiera molestar. Todo esto no es más que... un juego. Un juego inocente.

—¿Inocente? ¿Eso piensa?

—Pues... sí. —Ella le lanzó una mirada dolida. Tampoco era de extrañar

—. No me mire así, por favor. Lamento que le haya parecido tan mal y le aseguro que mis disculpas son sinceras, por completo. Simplemente, fue algo hecho sin pensar. —Decidió callar, antes de seguir empeorando el asunto, y lady Bethany también quedó en un profundo mutismo durante un largo minuto. A diferencia del silencio compartido de antes, ese resultó muy incómodo—. ¿No va a decir nada?

La muchacha estaba tan rígida que parecía que cualquier movimiento podría romperla. Tenía las manos crispadas.

—Usted no sabía quién era yo —murmuró por fin, como si le estuviera costando digerir aquella evidencia—. No me había visto nunca. Solo era un trofeo anónimo en su ridícula apuesta.

James se sintió avergonzado. Visto lo visto, de poder volver atrás, quizá hubiese escogido la opción de mentir, pero ya no tenía escapatoria.

—Sí. Me temo que así es.

Algo titiló en los ojos de la joven. ¿Lágrimas? James se sintió horrorizado.

—Lléveme a la orilla, por favor, lord Gysforth.

—¿Por qué? Espere. Las cosas han cambiado. Ahora me gustaría...

¿Qué? ¿Seguir viéndola? ¿Iniciar algo entre ellos? La única vía para una relación entre el duque de Gysforth y la hija del difunto conde de Saxonshare, alguien de escasa relevancia social y sin ninguna fortuna, sería que se convirtiera en su amante, con mayores o menores ventajas a establecer en el acuerdo. Una proposición más seria estaba totalmente descartada. La tía Hetty no lo consentiría, ni él mismo podía plantárselo. Su matrimonio debía ser algo que le trajera beneficios económicos, sociales y, sobre todo, políticos.

Definitivamente, solo podía convertirla en su querida. Y, con lo que estaba pasando, no podía ni plantearlo. Sería insultarla más todavía, de un modo inadmisibile.

Viendo que no decía nada, ella le miró más dolida aún.

—¿Nada? Bueno, le aseguro que da igual, porque, ahora mismo, no quiero

escucharle, no quiero saber nada de usted, milord. Nunca me había sentido tan humillada en toda mi vida. Usted, mi primo y sus amigos... son todos iguales. Como se aburrían, decidieron jugar conmigo como si fuera una muñeca sin sentimientos. No han demostrado tener consideración ni respeto.

—No, escuche...

—¿Cree de verdad que estoy como para que cuatro caballeros ociosos me utilicen de este modo en sus diversiones? Mi padre... mi padre murió hace tres meses. —La vio tragar saliva con esfuerzo, percibió su gran pena, y eso le avergonzó más todavía. ¡Tres meses...! Debió informarse mejor. No, en realidad, debió informarse, a secas. Lo cierto era que no había recabado dato alguno sobre ella porque no le había concedido ninguna importancia. De haber sabido que la pérdida era tan reciente, no la hubiese elegido para aquella patochada—. Desde entonces, mi vida se ha convertido en un auténtico infierno.

—Lo lamento. De verdad.

—¿En serio? —Agitó la cabeza—. Ni se imagina lo frustrante que es. La ley dice que ese mequetrefe de Freddy tiene que tutelar mi comportamiento, siendo yo mayor que él. ¡Y encima está dilapidando la fortuna de los Saxonshare sin que yo pueda hacer nada al respecto!

James estaba de acuerdo. No le auguraba nada bueno a Saxonshare. Y, si nadie lo evitaba, arrastraría con él a su prima.

—Supongo que es una situación difícil, sí.

—¿Lo supone? ¿De verdad, lord Gysforth? No, le aseguro que alguien como usted no se hace una idea. —Se movió para darle la espalda en lo posible—. Lléveme de vuelta a la orilla ahora mismo. Y le ruego que nunca, jamás, vuelva a incluirme en sus tontos entretenimientos de caballeros sin problemas.

James enrojeció.

—Le puedo asegurar que tenemos problemas, como todos.

—¿Ah, sí? —Aquello le hizo merecedor de una mirada de desprecio—. ¿Dudó mucho sobre qué corbata usar hoy? Ah, que su noche de diversión se

alarga y ni siquiera habrá ido todavía a dormir. Eso quedaba para después de ganar su apuesta.

—No hable así. No es cierto. Trabajo muy duro en la...

—¡Su Gracia! ¡Su Gracia! —oyó. Miró en la dirección de la que venían los gritos y vio a George, acercándose en el otro bote—. ¡Su tía Hetty ha sufrido un vahído! ¡Tiene que ir de inmediato!

¿Su tía? ¿Un vahído? ¡Ah, la clave! ¡Maldito George! ¡Él no había dado la señal acordada!

Entonces, recordó el mosquito. ¡Por todos los demonios!

—Vete, George. —Le dijo, sin contemplaciones.

—¡Pero, milord...!

—Lárgate. —Añadió un gesto discreto, a ver si conseguía hacérselo entender—. *Luego...* luego iré a ver a mi tía. Estoy seguro de que superará sus males sin mí.

—¡No sea inhumano! —Lady Bethany le miró con una mezcla de escándalo y reproche—. ¡Su pobre tía le necesita! ¿Es que no tiene corazón? —Vaya por Dios. James maldijo en silencio, frustrado. La próxima vez buscaría otra excusa menos alarmante—. Además, nosotros hemos terminado ya el paseo. Ha ganado su apuesta, ¿no? Pues lléveme a la orilla, excelencia.

—No. Espere. Tengo que hablar con usted.

—Por favor, lléveme a la orilla ahora mismo —insistió lady Bethany—. No me obligue a repetirlo.

James hizo una mueca. Se resistía a terminar así el paseo, pero podía comprender cómo se sentía ella, de modo que decidió obedecer. Remó hasta la orilla, saltó al pequeño muelle y la ayudó a bajar del bote. Ella lo permitió justo lo necesario para mantener el equilibrio, pero ni un segundo de más. Se soltó en cuanto le fue posible, como si sintiese repulsión por su contacto. James se sintió mortificado.

—Por favor, permita que me redima de algún modo —suplicó. Odió su tono de voz, pero se sentía muy miserable por no saber cómo evitar toda



aquella hecatombe. Vio que George había empezado, efectivamente, a preparar la mesita del jardín con un buen desayuno. ¡Hubiera sido tan agradable conversar juntos, mientras comían...! Sintió una angustiada nostalgia por ese momento encantador que ya nunca tendría lugar—. ¿No desea tomar algo?

—No. Haga que su coche vuelva a llevarme a casa —replicó ella, ajustándose los guantes—. Con eso me doy por satisfecha.

—Está siendo muy dura conmigo. —Intentó mirarla a los ojos, para buscar su comprensión, pero lady Bethany le rehuyó—. Solo ha sido una chiquillada.

—Usted lo ha dicho, una chiquillada. Algo impropio de un hombre de su edad y de un noble de su rango.

James se ruborizó. Abrió personalmente la puerta del coche y le tendió la mano para ayudarla a subir, pero esta vez lady Bethany le ignoró; ya no corría peligro de caerse al agua, de modo que entró en el vehículo por sus propios medios. Ni siquiera se despidió.

—Mis disculpas —insistió él, torpemente. Esperó a que subiera también la doncella para hacer una señal al cochero. El vehículo arrancó y se alejó.

—¿Está bien, lord Gysforth? —le preguntó George, preocupado.

James hizo un gesto ambiguo.

—Creo que he metido la pata. Y mucho.

## CAPÍTULO 5

Todavía no estaba segura de cómo había podido salir de aquel atolladero sin perder la compostura y echarse a llorar como una boba. Ni siquiera el largo camino en coche de vuelta consiguió calmarla del todo. Pobre Claire, se había llevado la peor parte. Había preguntado un par de veces qué había ocurrido, preocupada por ella, hasta que la hizo callar con una orden seca.

No quería hablar con nadie. No quería hablar de *eso*.

¡Se sentía tan ridícula! ¿Cómo podía haber pensado de verdad que aquel hombre tenía algún interés en ella, en ella en concreto? Qué necedad... Era una ilusa por soñar que la había visto aquella tarde en los Jardines Vauxhall o cualquier otro día por ahí, paseando por Hyde Park o en su deambular sin rumbo por las tiendas de Bond Street, donde le gustaba mirar, aunque no pudiese comprar nada.

Tonta, tonta, tonta... Debió tener muy claro desde un principio que, aunque la hubiese visto, ni siquiera hubiera reparado en ella. ¿Un hombre como él? ¡Imposible! Bethany Howland, sin más fortuna que un título de cortesía por ser hija de un conde, hubiese sido en todo caso alguien sin ninguna importancia, una criatura invisible a ojos del magnífico duque de Gysforth, destinado a un mejor partido, alguien como la hija de otro duque o como poco de un marqués.

Incluso de un conde, por supuesto, pero vivo, rico y poderoso.

Pero, claro, las ilusiones románticas la habían cegado por completo. Las ilusiones y la apariencia de aquel hombre, que siempre la dejaba con la boca abierta, anulando su capacidad habitual de razonar.

¡Qué guapo era, el maldito!

Solo olvidó lo ocurrido durante unos momentos, cuando el coche se detuvo ante la casa y vio el grupo de acreedores en la puerta. Era media mañana y ya había vuelto a congregarse, claro, y esta vez era más nutrido de

lo habitual, lo que indicaba que se estaba extendiendo la voz, por no hablar de que Freddy no había dejado de permitirse todos los lujos posibles, incluso cuando ya se inició la debacle.

«No puedo ir como un vagabundo», decía, como un sonsonete, en casi todas las cenas. «Un caballero no solo debe serlo, debe parecerlo».

«A la mujer del César le salía más a cuenta el refrán», pensó Bethany, al ver aquel montón de hombres furiosos. Estaban más beligerantes que nunca, el asunto se agravaba día a día. Algunos, incluso, habían empezado a dar voces frente a la puerta, asustando a los viandantes y haciendo las delicias de los vecinos, que seguro que vigilaban la situación para poder comentarla luego por ahí.

Lo que no sabían aquellos acreedores era que la habitación de Freddy quedaba hacia la parte de atrás del edificio, así que seguro que ni los oía. Estaría durmiendo como un bendito, soñando con grandes partidas en las que ganaba enormes fortunas, o algo así. Para cuando se despertase, ellos ya no estarían allí.

—¿Vamos por detrás, milady? —preguntó Claire, amedrentada. Estuvo a punto de decir que sí, porque también tenía miedo, pero ¿por qué debería hacerlo? Ella también era una víctima de aquella situación. No tenía por qué esconderse como si fuese culpable de algo, o tuviera que sentir vergüenza.

—No. Ve tú, si quieres, pero yo entraré en mi casa por la puerta principal. No he hecho nada y no tengo por qué permitir que me asusten.

Bajó del carruaje llena de determinación, sin esperar a que el cochero de Gysforth le abriera la puerta, y se dirigió a la puerta de la verja con los hombros bien erguidos. El grupo de hombres la observó, a la expectativa. Los había de todas las alturas, de todas las edades, de todas las complexiones y de todos los colores de cabello, además de llevar ropas de distintas categorías, desde el carbonero hasta el elegante ayudante del sastre, pero les unía una misma expresión enojada y unos ojos penetrantes como alfileres.

—Milady... —susurró Claire a su lado, nerviosa.

—¿Necesita ayuda, lady Bethany? —preguntó el cochero de lord

Gysforth.

—No, gracias, señor... —Se había presentado al llegar a buscarlas. Tardó un momento en recordarlo—. Señor Bullock. Podemos arreglárnoslas, no se preocupe. Váyase, por favor.

—Pero...

—Estoy segura de que nosotras pasaremos sin problemas —le explicó—. Pero si nos acompaña un hombre, quizá se inicie una pelea. Hágame caso, váyase.

Durante unos segundos, Bullock pareció indeciso, pero asintió.

—Como desee, milady. De todos modos, si no le importa, me quedaré aquí hasta que hayan entrado. Solo para asegurarme.

Bethany sonrió ligeramente, agradecida por el apoyo.

—Gracias, señor Bullock.

Tomó aire y avanzó, decidida, hasta llegar al punto en el que los primeros acreedores, plantados en el camino, obstruían el paso. Dio la impresión de que querían resistirse, y tuvo miedo de que de verdad no le permitieran seguir, que la vencieran en aquella lucha de voluntades, pero ella era la hija del conde de Saxonshare y supo dejarlo claro sin necesidad siquiera de abrir la boca.

Terminaron apartándose a los lados.

La barrera humana se fue abriendo a medida que iba avanzando, aunque fuera a regañadientes. Bethany caminaba como en un sueño. Oía rumores coléricos de fondo y se sentía presionada por una tensión en el ambiente casi física, creada por el enfado y la desesperación.

Casi había llegado a las escaleras del porche de entrada a la mansión cuando uno de aquellos desconocidos se interpuso en su camino. Era de los más elegantes. Traje de cierta calidad, zapatos relucientes de puro nuevos y puro limpios... Bethany también tomó nota de que llevaba un buen reloj de oro.

—Es usted lady Bethany, ¿no es verdad? —preguntó, sin ninguna

cordialidad—. La prima de lord Saxonshare.

—Así es, ¿señor...?

—Soy el señor Benson, el joyero, milady. —Señaló a otro y luego a otro, enumerando—. Ese es Miller, el cerero, aquel Smith, el dueño de un puesto de carne del mercado. Kendall, el carbonero, Cocks, de la lechería... Y así, todos y cada uno, humildes trabajadores que viven del producto de su esfuerzo. Su primo nos debe ya una cantidad exorbitante, seguro que está informada de ello. Esto es inaceptable.

Bethany mantuvo la mirada de todos y luego volvió a centrarse en Benson.

—Lo siento mucho, señor, entiendo perfectamente su enfado. De ser por mí, le aseguro que las cosas serían muy distintas.

El hombre parpadeó. Echó un vistazo a Claire.

—Por supuesto que sí. Lo entiende perfectamente, ya lo veo. No tienen para pagarnos, pero sí disponen de lo necesario para seguir viviendo como señores, con doncella incluida.

A pesar de su miedo, Claire se inclinó hacia delante, para defenderla.

—¡Deje en paz a milady! ¡Debería darle vergüenza! ¡Ella no tiene la culpa!

—Es cierto, señor Benson —dijo otro hombre, vestido con un traje muy viejo, lleno de descosidos—. Deberíamos dejar a milady en paz. No queremos problemas.

—¿Que no tiene la culpa? —siguió Benson, ignorando al hombre—. ¡Pues claro que sí! ¡Todos los que están ahí dentro la tienen! —Señaló hacia Saxonshare House con un dedo justiciero—. ¡Y ella vive en esa gran mansión, con él, sin privarse de ningún lujo mientras nuestros hijos pasan hambre porque no nos pagan!

Eso levantó un murmullo de voces hostiles apoyándole. Ella optó por no mencionar lo que opinaría de un hombre que permitiera que sus hijos pasaran hambre mientras él lucía un buen reloj de oro. Al fin y al cabo, tenía razón en estar tan indignado.

—Señor Benson, entiendo su problema, pero las cosas no son como parecen. Le aseguro que yo no vivo en el...

Pero Benson no quería escucharla. Volvió a enfrentarse con ella, acercándose quizá demasiado.

—¡No me venga con excusas ridículas! ¡Usted y su primo son unos rufianes! —Los rumores cambiaron, de hostiles a inquietos, incluso acobardados. La mayor parte de los presentes temía la llegada de la Guardia y las consecuencias de estar acosando de ese modo a alguien de la nobleza—. ¡Van a terminar los dos en la cárcel de Marshalsea, como me llamo Benson! ¿Me ha oído, milady? ¿Me ha escuchado bien?

—Perfectamente, señor Benson —respondió ella con frialdad, negándose a apartar la mirada, pese al miedo—. Está usted muy cerca. Además, grita tanto que no podría evitarlo ni aunque quisiera.

—¿Se atreve encima a ponerse digna?

—Ya le he dicho que...

—¿Quiere acabar en la cárcel con su primo? No, ¿verdad? Pues, venga, dese prisa, págume lo que me debe de una vez y podremos confiar en sus alegatos de inocencia.

—Lo siento, no tengo dinero. —Y, añadió, antes de que al otro le diera tiempo a empezar a soltar más alaridos—. Precisamente por eso, yo no le he comprado nada, señor Benson, por lo que no le debo nada en absoluto. Se lo recuerdo por si no se ha percatado de ese pequeño detalle.

—¡Me da igual! —Dio otro paso, amenazador. Bethany se negó a retroceder pero no pudo evitar inclinarse hacia atrás—. ¡Si no paga su primo, pagará usted! ¡Es tan culpable como él!

—Basta ya —advirtió un hombre que apareció de pronto por su izquierda. Le dio un empujón en el hombro a Benson que lo impulsó hacia atrás un par de pasos. Bethany, aliviada, miró a su salvador. Era un joven alto, un rubio atractivo, de unos veinticinco años. No supo determinar a qué gremio pertenecía. De hecho, llevaba un traje demasiado bueno como para estar allí, reclamando nada—. Haga el favor de no sacar las cosas de quicio...

—¡No estoy aquí por gusto, señor Clemens!

—Nadie lo está —le recordó el otro—. Pero amenazar a los inocentes, solo por liberar la rabia, no nos llevará a ningún sitio.

—A usted le importa poco. Está aquí para hablar de ello en su periódico y ganarse un jornal. Pero ¿qué diría si no se lo pagaran?

¡Periodista! ¡Aquel hombre era periodista y hablaría en su periódico de todo lo que estaba pasando! Bethany sintió que se le caía el alma a los pies. ¡Maldito Freddy! ¿Hasta qué punto iba a arrastrar el título de Saxonshare por los suelos?

—Me indignaría, desde luego, pero con quien debiese indignarme, no con otras víctimas de esta situación —respondió el llamado Clemens. Al menos, parecía un hombre decente—. No se le ocurra seguir amenazando a lady Bethany, Benson. Se acabó. Por favor, milady... —Le hizo un gesto para que pasara y él la protegió con su cuerpo.

Bethany y Claire aprovecharon la ocasión y avanzaron hacia la puerta, ella intentando no dar la impresión de que huía. A su espalda, las voces empezaron otra vez a subir de tono, hasta convertirse en gritos. Alguien lanzó una piedra que impactó cerca de Bethany, destrozando una de las ventanas que daban al porche. Se volvió horrorizada. El grupo de hombres vociferaba indignado. Parecía dispuesto a lanzarse hacia ellas.

—¡Milady! ¿Está bien? —preguntó Claire. Ella asintió. No se sentía con fuerzas de hablar. Agitando un brazo, Clemens la urgió a meterse dentro cuanto antes.

Bethany entró en la mansión Saxonshare seguida de Claire, se detuvo en mitad del vestíbulo y apretó los puños, con los ojos cerrados, hasta que consiguió superar el susto. Luego, le dio sus cosas, los guantes y la chaqueta, mientras el señor Briggs entraba por la puerta de servicio y se acercaba a recibirlas.

Miró asombrado los cristales dispersos por el suelo, salpicando la gran alfombra oriental. Sus pupilas localizaron la piedra, de buen tamaño.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Qué barbaridad! ¿Están bien, las dos? —Miró

primero a su hija. Normal—. Estaba en la cocina y he oído el ruido...

—¡Una piedra, padre! —explicó Claire, todavía alterada. Parecía no saber por qué decantarse, entre el miedo y la indignación—. ¡Esos hombres horribles casi le dan a lady Bethany!

—¡Qué despropósito! ¿Quiere que llame a la Guardia, milady?

—No, no hace falta, gracias, señor Briggs. Por favor, recojan esto cuanto antes y hagamos como que no ha ocurrido nada. Seguro que todos entendemos las razones de esos pobres hombres.

—Pero eso no excusa su comportamiento, milady. ¡Ni que la culpen a usted! ¡Son una panda de brutos!

—Ellos no saben nada, Claire. Dejémoslo, ¿vale?

—Como desee, milady —replicó Claire, aunque seguía enojada—. Usted siempre ha sido demasiado buena. Si por mí fuera...

Sí, de ser por ella, hubieran salido de inmediato armadas con las escobas y los hubiesen barrido del jardín a golpes. Menuda era Claire, un ratoncito temeroso hasta que la enfadaban lo suficiente. Entonces, se convertía en una pequeña furia.

El señor Briggs carraspeó. Siempre había sabido reaccionar a tiempo.

—¿Ha tenido un buen paseo, milady? —preguntó, como si realmente no hubiese pasado nada.

—Sí, señor Briggs, gracias —dijo ella, conteniendo las ganas de abrazarle y echarse a llorar. ¡Qué día horrible! Con lo ocurrido en la entrada, casi había logrado olvidar su encuentro con Gysforth, pero no, allí estaba, bien fresco, un recuerdo capaz de atormentarla el resto de su existencia. Tiempo al tiempo—. ¿Ha llegado ya mi primo?

—Sí, milady, llegó poco después de irse usted, no habrían pasado ni diez minutos.

Bethany supo lo que estaba pensando Briggs, exactamente lo mismo que ella: que Freddy había estado esperando a que se fuera para entrar en casa. Quizá andaba oculto por ahí, emboscado en algún rincón de la calle, más que



nada por asegurarse de que se subía al coche de Gysforth. De haber decidido Bethany no ir sola con Claire a Sleeping Oak, seguro que se hubiese dejado ver. Al fin y al cabo, tenía que cumplir con su parte del acuerdo con el duque.

—Imagino que está en su dormitorio.

—Así es, milady. —Se mantuvo inexpresivo pero, aun así, consiguió poner cara de circunstancias—. Durmiendo.

Más de las once y seguía en la cama, algo impensable cuando vivían en Mauve Meadow. Claro que se había convertido en lo normal en Londres, sobre todo teniendo en cuenta la forma en que trasnochaba. Indignada, Bethany enfiló por la escalera y subió hasta la habitación de su primo. No se preocupó por llamar; abrió, con la intención de ir hacia la cama y tirar de las mantas sin mayor ceremonia, pero se quedó clavada en el sitio y se llevó una mano a la nariz.

Allí dentro olía fatal, una mezcla pesada de efluvios alcohólicos y cosas peores. Intentando contener la respiración, fue hacia la ventana, separó de golpe las cortinas y abrió, buscando un poco de aire fresco.

—¡Arriba! —exclamó, a voces—. ¡Freddy, levántate!

Su primo dio un bote en la cama, pero no llegó ni a incorporarse.

—¡Dios, qué pasa! —Gimió y rodó para esconderse mejor bajo las sábanas—. ¿Pero qué haces, Bethany? ¡Por favor, cierra, me mata la luz!

—Si no fueses una criatura nocturna, no te pasaría eso. —Cuando consideró que ya podría respirar allí dentro sin caer muerta de espaldas, se posicionó junto a la cama, cruzada de brazos—. Levanta ahora mismo, Frederick Bernard Nicholas Howland. Tenemos que hablar.

—¡Pues espera a la tarde!

Estaba harta. No iba a consentirlo ni un segundo más. Bethany cogió las mantas y se las arrancó de golpe. Puesto que Freddy tenía el camisón recogido casi por la cintura, pudo ver sus piernas regordetas y un atisbo de su escasa virilidad.

Su primo se sentó de un brinco, tapando sus partes pudendas.

—¡Beth! —exclamó, entre sorprendido e indignado—. ¿Se puede saber qué demonios haces?

—Ya te lo he dicho. Quiero que te levantes ahora mismo. Quiero que me des una explicación de todo lo que está ocurriendo. Por qué duermes tranquilamente mientras tenemos la casa sitiada por tus acreedores. Por qué no das la cara, por qué no buscas soluciones, por qué lo empeoras todo, continuamente... ¡Y, sobre todo, por qué no has aparecido por la mañana...!  
—Alzó una mano—. No, deja, eso no, de sobra sé por qué. Evitaste ir porque no querías estar presente cuando me enterase de todo. ¡Maldito seas! Sabías que me pondría hecha una fiera. Nunca has dado la cara, nunca, por nada. Eres un cobarde.

—¡No te atrevas a llamarme eso!

—¡Cobarde, cobarde, cobarde! —repitió ella, apretando los puños—. No te ha importado nada dejarme sola. No te ha importado meterme en este... este embrollo de apuestas de caballeros idiotas, demasiado aburridos con todo porque no se ven obligados a hacer nada útil con sus vidas, como el resto de la humanidad.

—¿Una apuesta? —preguntó él. Los pelos revueltos y el rostro abotagado por el sueño no ayudaban a hacerle parecer muy listo.

—¡Exacto! Lord Gysforth no quería ese encuentro porque me hubiera visto por ahí y se hubiese quedado deslumbrado por mi resplandeciente sonrisa, no. Eres un mentiroso, Freddy. Seguro que ni te dijo mi nombre, fuiste tú el que se lo diste a él. No me conocía absolutamente de nada, yo no le importaba más que como trofeo de un juego ridículo.

—Ah... De modo que era una apuesta. —Frunció el ceño—. Pues no te preocupes, lo comprobaré esta misma noche en el libro de Brooks's. Si aparece tu nombre, no dudes de que me quejaré y puede que tenga que indemnizarnos con una buena suma por atentar de semejante modo contra nuestra dignidad y...

—¡No quiero que compruebes nada! —replicó Bethany, furiosa—. ¡Y no hables de nuestra dignidad como si fuera algo compartido! ¡Tú, tú eres el

mayor culpable de lo que ha pasado, Freddy! ¡No me dijiste que habías perdido una cantidad de dinero enorme con él, y que habías convenido ese encuentro conmigo a cambio de que te la perdonase!

Freddy se removió, con aire culpable.

—No era algo que tuviese relevancia.

—No, claro. Era mejor tenerme engañada, ver que hasta me hacía ilusiones románticas, como una tonta. —Se cubrió el rostro con las manos—. Oh, por Dios. Qué tonta, qué ridícula soy...

Freddy la miró con cautela.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha intentado algo lord Gysforth?

—¡No! No es eso. De hecho, llegado el momento, se ha comportado como un caballero. En vez de mantenerme engañada y aprovechar la ocasión, me dijo la verdad. —Bethany parpadeó. Eso era cierto, y notó cómo parte del enfado que sentía contra Gysforth empezaba a disolverse, poco a poco, como un grumo de harina sumergido en leche. En el momento había estado tan indignada que no pudo ni pensar en el detalle. Claro que, lo más probable, era que hubiese reconocido todo por el poco interés que tenía por conservarla a su lado—. Pero era una apuesta —añadió con amargura—. Solo una apuesta...

—¿Y qué más te da? No tenías nada que hacer esta mañana, que yo sepa. Nunca tienes nada que hacer.

Eso no podía negarlo. Pasaba los días en Londres caminando como un alma en pena por las calles o encerrada en casa, mirando al frente. Estaba tan noqueada por todo lo ocurrido, tan desanimada, que no se decidía a dar el paso de retomar las riendas de su vida. Pero había llegado el momento.

—Quiero volver a Mauve Meadow —dijo, firme.

Su primo pareció sorprendido. Luego, frunció el ceño.

—Eso supondría tener abiertas dos casas. Como comprenderás, preferiría no tener que sufragar semejantes gastos.

—Qué desfachatez. Ni que hubieses ganado cada penique picando en una

mina.

—No seas antipática. No...

—Esta vez no me vas a convencer, Freddy —le cortó—. No quiero continuar aquí, no quiero seguir viendo cómo destruyes todo el legado de mi padre y nos llevas a los dos a la ruina. Voy a volver a Mauve Meadow, contigo o sin ti.

Él hizo una mueca.

—Vete. Tengo que dormir un rato. —Al ver que no se decidía a obedecer, insistió—. Venga, por favor. Me duele mucho la cabeza y soy incapaz de pensar. Luego hablamos.

Aquello la apaciguó un poco. No se dio por vencida, pero bien podía posponer el final de esa discusión hasta la cena, ya que tenía toda la intención de ganarla. Bethany le dio la espalda y salió del dormitorio.

## CAPÍTULO 6

Bethany pasó por su habitación para cambiarse y ponerse el vestido de estar en casa, y bajó de nuevo a la planta baja. Briggs y Claire ya habían recogido los cristales y la piedra, y habían cerrado el hueco de la ventana con unos papeles de periódico. Eso hizo que recordase el problema que suponía el señor Clemens. Sola en el vestíbulo, titubeó un momento. Dudaba que pudiera conseguir gran cosa, pero tenía que hablar con él, tenía que intentarlo.

Se dirigió a la ventana del porche que todavía estaba bien y apartó ligeramente la cortina. Fuera, las cosas habían cambiado poco, seguía el grupo de acreedores y o mucho se equivocaba o permanecerían allí hasta la hora del té, como poco. Buscó con la vista, nerviosa, temiendo que el periodista sí que se hubiese ido, pero no.

A un lado, Clemens tomaba notas en una libreta. Bethany se mordió los labios, nerviosa y dio unos golpecitos en el cristal. Tuvo que repetir el gesto varias veces y le costó más de lo esperado, hasta el punto que creyó que iba a tener que abrir la puerta y llamarle directamente pero, al final, consiguió que el joven la viera.

Clemens frunció el ceño y se acercó a la ventana. Bethany entreabrió.

—¿Qué hace? No es seguro que esté aquí, milady —le dijo él—. Las cosas están muy tensas y pueden lanzar otra piedra.

—Lo sé. Pero, si le digo la verdad, me preocupa menos eso que el hecho de que mi familia aparezca en los periódicos por una situación como esta.

El rostro de Clemens se ensombreció todavía más.

—Lo lamento, sí, puedo entenderlo.

—¿De verdad es periodista?

—Sí. Trabajo para *The Times*.

¡Por Dios! ¿Es que nunca iba a terminarse su mala suerte? Había esperado

que Clemens trabajase para alguna pequeña publicación local, pero *The Times* era el periódico más importante de Londres y de toda Inglaterra. El único con auténtica relevancia, de hecho, prácticamente carecía de competencia seria. Si su nombre aparecía allí, lo leería prácticamente todo el mundo.

Bethany tragó saliva.

—Por favor, se lo ruego, señor Clemens, no nos mencione. ¿No podría escribir sobre otra cosa? —Intentó pensar un tema, pero no se le ocurrió nada. Se sentía demasiado aturdida—. No sé, cualquiera... Esto... Le aseguro que esto está siendo muy difícil para mí. Necesito ayuda. Mi padre murió, mi primo es demasiado joven y está superado por la situación.

Clemens hizo una mueca.

—Permita que discrepe. Su primo es lo bastante adulto como para ser el conde de Saxonshare y debería asumir las consecuencias de sus actos.

Tenía razón, claro, pero no podía dejar de intentarlo. No podía quedarse con un no por respuesta. Tragó saliva.

—Sí, pero yo también soy una víctima, usted lo ha dicho. Y mi padre... mi pobre padre, que fue un hombre siempre digno y recto... De no haber muerto, se volvería a morir viendo lo que está pasando. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Quería manipularle, sí, pero también eran sinceras, porque estaba diciendo la verdad—. Sé que es usted un caballero, me lo ha demostrado antes. —Se llevó una mano al pecho, al corazón—. Ayúdeme, por favor. Se lo ruego.

Clemens dudó unos segundos, pero terminó chasqueando la lengua.

—Está bien, por favor, no se disguste. Buscaré algún otro tema o me centraré en otra familia. En realidad, esto no es tan importante, siempre hay gente pasando por situaciones parecidas, y muchos son nobles. Demasiada gente en esta ciudad cree que puede vivir por encima de sus posibilidades, y despilfarrando a manos llenas.

—¿De verdad?

—Se lo aseguro. No se lo creerá, pero no hace mucho, dos caballeros

apostaron en el White's sobre qué gota de lluvia llegaría antes...

—Al borde inferior de la ventana principal del club —terminó Bethany. No pudo evitar un tono algo amargo, al recordar la mañana—. Sí, he oído hablar de eso. Apostaron tres mil libras, si no recuerdo mal.

—Así es, ya ve. Lo de su primo no es tan grave. Buscaré otra cosa. —Sonrió ligeramente—. Pero recuerde que me debe un favor, lady Bethany.

—Claro. Por supuesto...

Él saludó y se retiró. Bethany cerró la ventana y le vio alejarse de la casa, atravesando el grupo de acreedores, saludando a diestro y siniestro pero sin hacer mayor caso de las preguntas que le hacían. En otras circunstancias, quizá hubiera pensado que, al menos, el día no había resultado tan desastroso, porque había conocido a alguien agradable. Pero daba igual.

Aunque no salieran en los periódicos, allí seguían todos aquellos acreedores, y seguramente irían aumentando en número. Y lo ocurrido con Gysforth...

Ojalá no se hubiese levantado nunca de la cama.

—De verdad, menos mal que se ha muerto usted, padre —susurró, acongojada, porque su padre no hubiese soportado semejante humillación al título de los Saxonshare. Aunque, claro, precisamente todo aquello había ocurrido por morirse él. Apoyó la frente en el cristal. Qué mal se sentía. Pero tenía que ser fuerte, tenía que serlo. No iba a permitir que todo aquello la aplastase.

Pensó en reunirse con Claire y ayudarla con las tareas de la casa, para sentirse ocupada, pero todavía no quería hablar con nadie. Ni siquiera podía soportar la idea de estar en silencio a su lado.

Incapaz tampoco de estarse quieta, salió al pequeño jardín trasero y caminó agitadamente entre los parterres y los setos. El ejercicio siempre la había ayudado a pensar, y tenía mucho a lo que darle vueltas. Maldito Freddy... ¡Y maldito Gysforth, por liarla en sus historias! Gysforth sí, otra vez lo tenía en mente. Siempre estaba ahí, como un rescoldo dispuesto a convertirse en llamas.

Y, de paso, maldita ella misma también, por no saber reaccionar ante semejante situación como una mujer de mundo. Debió reírse con elegancia, debió mostrarse indiferente y no darle importancia. Pero no, imposible, por supuesto. Se había mostrado como se sentía, tan dolida como una niña enamorada a la que le habían roto el corazón. Estaba demasiado sensible.

Bethany se detuvo, clavada en el sitio.

—Tengo que hacer algo con mi vida.

Aquel hombre, Benson, tenía parte de razón. Ella no compraba cosas, no despilfarraba, pero tampoco había intervenido de verdad para impedir que Freddy lo hiciera, sobre todo al principio. Había estado tan deprimida con la muerte de su padre, con la pérdida de todo su mundo, de su propia identidad, que no había sabido reaccionar a tiempo y dejarle claros los límites. Se había limitado a vivir a la sombra de ese caos desatado llamado Freddy, sin actuar, sin darle los dos bofetones que se merecía para evitar todas esas consecuencias.

No podía seguir así, como a la espera, dejándose llevar día tras día, atrapada en aquella nebulosa de pena y autocompasión. Si quería que su vida cambiara, tendría que reaccionar de una vez y empezar a hacer algo al respecto, ya. Todavía quedaban dos años hasta su mayoría de edad. No podría soportar vivirlos así.

Para independizarse de inmediato de Freddy, tenía dos opciones: casarse o buscar un empleo. Lo primero quedaba completamente descartado. Para empezar, no conocía a nadie en Londres y, desde luego, no quería contraer matrimonio por puro interés, sin estar tan plenamente enamorada, como las protagonistas de las novelas románticas que tanto le gustaba leer.

Además, solo le faltaba caer en manos de otro desaprensivo. Casarse implicaba demasiada pérdida de libertad y ya había tenido suficiente ración de sometimiento, teniendo que contar con Freddy para cada cosa que quisiera hacer. No pensaba permitirlo.

Tendría que optar por la segunda posibilidad, la del empleo, y, por su condición, podía dedicarse a pocas cosas. Un puesto de institutriz sería lo



más adecuado, decidió, juiciosa. Gracias a su padre había recibido una buena educación y era para lo que mejor preparada se sentía. Conocía bien la literatura inglesa y hablaba perfectamente francés, italiano y español. También tenía conocimientos de álgebra e historia, lo suficiente como para poder educar a los hijos de cualquier noble.

Sí, eso haría. Y si no encontraba nada, quizá hubiese algo de acompañante de alguna anciana. Podía guiarla en sus paseos, ocuparse de las medicinas y leerle en voz alta durante las largas tardes de una vida gris e insípida...

«No empieces», se riñó. La gente pobre no tenía derecho a quejarse. Iba a tener que trabajar y dar gracias por cada bocado que pudiera llevarse a la boca.

Además, por suerte, en su caso aquello solo sería temporal. Si no le gustaba el empleo que fuera, al ser mayor de edad y heredar sus rentas, podría dejarlo y retirarse a Mauve Meadow. En el caso de que Freddy no le permitiese establecerse en Saxonshare Manor, sí podría hacerlo en una casita del pueblo, y vivir allí tranquila, al cobijo de los rincones de su infancia. Eso le gustaría.

Cuando ya se sintió más calmada, volvió dentro, se disculpó con Claire por lo antipática que había estado en el coche y pasó el resto del día ayudándola con la limpieza de las habitaciones del piso bajo, y luego a preparar el té y, finalmente, la cena. La doncella la miró de vez en cuando de reojo, pero guardó silencio. No mencionó lo ocurrido con los acreedores ni volvió a preguntar nada sobre lo que había pasado por la mañana en aquella barca. Mejor, porque seguía sin querer hablar de ello. Prefería olvidarlo.

Freddy se reunió con ella en la mesa del comedor. Tenía mucho mejor aspecto, se le veía descansado y fresco. De hecho, ya estaba vestido con uno de sus mejores trajes. Formaba parte de la media docena que se había hecho confeccionar por el señor Weston, sastre en Old Bond Street, nada más llegar a Londres como nuevo conde de Saxonshare. Supusieron un fuerte desembolso, porque el señor Weston estaba muy de moda por ser también, en esos momentos, el sastre preferido del famoso *Beau* Brummell. Como era de

esperar, sus precios estaban acordes con su fama.

«También los resultados», pensó Bethany. Freddy estaba muy guapo con aquel traje. O mucho se equivocaba, o eso significaba que se disponía a afrontar una nueva jornada nocturna.

La miró desde el otro lado de la mesa, con el ceño fruncido.

—Espero que nunca vuelva a ocurrir lo de esta mañana —dijo, sin importarle que Briggs estuviera quieto junto al aparador, como una estatua, igual que había estado durante todas las comidas de su vida, dispuesto a servirles más vino si lo necesitaban, o atender cualquier otro deseo—. A ti no te gustaría que yo te lo hiciera, así que no entres en mi habitación.

—No me obligues. Y no era «esta mañana». Si no vivieras de noche, lo llamarías «casi mediodía», como las personas normales.

—Bethany, no estoy dispuesto a estar así siempre, te lo digo en muy serio. Soy el cabeza de familia y... ¡Beth! —exclamó, indignado cuando ella lanzó una carcajada—. ¡No te rías!

—Pero ¿cómo no me voy a reír, hombre? Eres más joven que yo e infinitamente más atolondrado. Siempre lo has sido. —Freddy bufó, pero no replicó a eso. No podía negarlo. Mientras jugaba con la comida, Bethany le miró preocupada—. ¿Vas a salir esta noche?

—Quizá.

—Eso significa que sí. —Ni siquiera se enfadó. Estaba demasiado cansada—. Me prometiste que no volverías a jugar.

—Tú no lo entiendes. ¡Sería ridículo dejarlo ahora! ¡Mi suerte está a punto de cambiar, puedo sentirlo! —exclamó, como si pudiese hacer realidad sus palabras, solo por ponerle voluntad—. Cuando eso ocurra y empiece a ganar dinero a manos llenas, verás que todo vuelve a ser como antes.

—¿En serio? Lamento decirte que la suerte de los desesperados suele tardar en cambiar y, por lo general, solo lo hace a peor. —Le miró a los ojos, intentando alcanzar al Freddy de siempre, que debía estar allí, aplastado en algún rincón—. Freddy, por favor, por favor, no juegues más. Perderás. Te hundirás. Y me arrastrarás contigo.

Freddy titubeó y durante un breve segundo, Bethany sintió algo de esperanza. Él mismo debía darse cuenta de lo problemático de su situación.

—Eso no puedes saberlo. Todavía estoy a tiempo de remontar. —Nada, era inútil. Se negaba a aceptar la realidad. Giró la cuchara un par de veces en el puré de guisantes, con aire reflexivo, antes de volver a mirarla—. Pero he pensado algo para salir del apuro en el que nos hemos metido.

—¿En el que nos hemos metido? Que yo sepa, no he hecho nada.

—Basta, Beth. Te digo que tengo la solución.

Ella suspiró. Bien, estaba dispuesta a escuchar alternativas, por su parte no iba a quedar. Y, si eran inteligentes, hasta las seguiría.

—¿Cuál?

—Casémonos.

Bethany abrió los ojos al máximo.

—¿Qué?

—Es muy sencillo: por si no lo recuerdas, tu padre dejó una reserva de dinero importante a tu nombre, lo del seguro, para cuando seas mayor de edad... o para cuando te cases. Por eso, si nos casamos, podríamos conseguirlo. —Sonrió con amplitud—. ¿Te das cuenta? Con eso, pagaríamos todas las deudas.

—Y conseguiríamos otras, pero yo ya no tendría nada. —Bethany hizo una mueca—. Por supuesto, estás de broma.

—En absoluto. Hablo muy en serio, Bethany, el dinero no es tema para tomárselo a broma. Y hay muchos matrimonios que se basan precisamente en cómo conseguirlo. La mayoría. —Ella entrecerró los ojos, pero no hizo caso—. No es necesario que hagamos... bueno, que hagamos nada. Propongo que acordemos que cada cual pueda entretener su tiempo como mejor prefiera, yo nunca te diré nada ni me pondré celoso. Piénsalo bien, podríamos...

—No —le cortó, con voz helada—. Si de verdad lo planteas en serio, será mejor que te calles antes de que me enfade, y mucho. Algo así nunca va a ocurrir, Freddy. ¿Lo entiendes? ¿Te ha quedado lo suficientemente claro? De

hecho, ni siquiera estoy segura de que fuera legal. Somos primos y eres mi maldito tutor.

—Lo he consultado con un abogado que conocí en el club. Afirma que se puede solucionar.

—Qué bien. —No podía sentirse más atónita. Furiosa, sí. La indignación empezaba a surgir de algún lugar, muy dentro y parecía una fuente desbordada—. O sea que, una vez casi agotada la fortuna de mi padre, ya estabas dándole vueltas a cómo apoderarte de mi herencia. Pues ya te digo, mi respuesta es no.

—Beth...

No supo que lo había hecho hasta un segundo después, y jamás hubiera supuesto que sería capaz de algo así. Bethany había sido educada para mantenerse siempre fría y firme, una dama imperturbable, pero en ese momento le fue imposible no estallar. Barrió la mesa con el brazo y arrojó a un lado su plato, su copa y sus cubiertos. El plato fue lo que voló más lejos, hasta estrellarse contra la pared. El delicado puré dejó una mancha verde en la pintura.

—Milady... —dijo Briggs, apurado. La puerta que daba a la cocina se abrió y entró Claire, con cara de susto. Su padre le hizo un gesto, para que esperase.

Bethany se cubrió el rostro con las manos, desesperada.

—¿Bethy? —El tono de su primo había variado. Sonaba temeroso—. ¿Estás bien?

—No, Freddy. Nunca podré volver a estar bien. No sin mi padre. No en tu poder. —Apretó los puños, buscando controlarse y le miró, de frente—. Voy a buscar empleo, posiblemente de institutriz.

—¿Tú? ¿Ponerte a trabajar? —Le miró horrorizado—. Pero ¿qué dices? No puedes. Serías el hazmerreir de todo Londres.

—Me da igual. Necesito dinero, necesito irme de tu lado. Voy a escribir a todos los amigos de papá, a ver si alguno sabe de un puesto de ese estilo que pueda ocupar. En realidad, me da igual ser dama de compañía o incluso

doncella. Hasta fregona, bien lo sabe Dios. Aceptaré cualquier cosa que me ofrezca un techo y un sueldo con el que poder vivir hasta llegar a la mayoría de edad, cuando pueda recibir mi dinero.

Freddy afirmó la mandíbula, enojado.

—No voy a consentir que me avergüences. No puedes hacerlo sin mi permiso. Y yo no te lo daré.

—Sí, claro que me lo darás. —Inspiró profundamente—. Hoy había un periodista, en la puerta, con los acreedores.

—¿Qué? Oh, no...

—Oh, sí. He podido convencerle de que no publique nada, pero solo tengo que buscarle y decir una palabra, una, y aparecerás en *The Times*, Freddy. Contarán tu historia con todo lujo de detalles. Entonces, sí que estarás totalmente arruinado. Se organizará tal escándalo que todo Londres estallará en rumores y ya nadie querrá jugar contigo, ni permitir que alternes con sus hijas, porque hasta el más sordo y ciego de este país sabrá que estás destinado a terminar tus días en la cárcel, por deudas.

Eso consiguió asustarle.

—No serás capaz.

—Tú ponme a prueba. —Ambos se miraron, como dos ciervos retándose antes de la embestida—. Me darás ese permiso, Freddy. Será lo último que hagas por mí y lo último que sabrás de mí. —Se puso en pie—. Se acabó, primo.

—Beth... ¡Bethy!

No le hizo caso. Salió del comedor y se encerró en su dormitorio.

## CAPÍTULO 7

Esa noche, James llegó a Brooks's de muy mal humor.

Había sido un día realmente infame y estaba tan cansado que apenas podía mantenerse en pie. La culpa era suya, por no haber dormido en condiciones la noche anterior. ¡Irse de fiesta con Badfields y Rutshore, así, en mitad de una semana de tanto trabajo! ¿Qué clase de insensato era?

Como consecuencia, las reuniones del día no habían ido como le hubiera gustado, por no estar todo lo despejado que hubiese debido. Torpe, torpe, torpe... Había perdido un par de buenas ocasiones de argumentar, porque en el momento había tenido la cabeza como si estuviese rellena de algodón. Se había sentido incapaz de hilvanar correctamente ninguna idea.

Y a todo eso se sumaba que todavía llevaba sobre sus hombros la carga de lo que había pasado por la mañana, con lady Bethany.

Su última conversación con Bullock, su cochero, que le recogió en el despacho privado del ministro de interior, Robert Peel, y le llevó al club, no había ayudado a mejorar la cosa. Le contó con todo lujo de detalles lo que había ocurrido con el grupo de acreedores de Saxonshare, cuando dejó a lady Bethany en su casa. ¡Le habían tirado una piedra! ¡Por todos los demonios! Aunque no le habían dado, gracias a Dios, James se sentía igualmente furioso. Tenía que hacer algo al respecto.

Al cruzar el umbral del club, presionó las comisuras de sus ojos. Le dolía mucho la cabeza. Lo único que deseaba era irse a casa, a sumergirse en la bañera hasta casi reventar los pulmones y luego arrastrarse hasta la cama y dormir hasta la llegada del Juicio Final; pero, lamentablemente, había quedado en reunirse con sus hermanas y su tía Hetty en la fiesta de los vizcondes Waugh, de modo que tendría que posponerlo todavía unas cuantas horas.

Bueno, más le valía reunir fuerzas. Se sentaría en un rincón del club,

tomaría algo para esa molesta jaqueca y, con suerte, echaría una cabezadita. Lo suficiente como para aguantar luego el corretear incansable de Lizzie y Lettie.

Como imaginaba, Edward estaba en uno de los salones del club, cómodamente sentado en un sillón junto a la chimenea, leyendo el periódico y con una copa de coñac en la mano.

—Felicidades, Gysforth, no pudiste estar mejor —le dijo, con una sonrisa, al verle—. Hasta lo hiciste parecer fácil, aunque juro que se me llevan los demonios al pensar que ahora me toca a mí y que no sé ni por dónde empezar. ¿Cómo voy a conseguir eso de invitar a una desconocida, si apenas conozco a mis conocidas? —Rio su propia broma—. En fin, creo que lo dejaré para cuando regrese de Francia. Por cierto, ya tengo fecha, me voy pasado mañana. Espero que no os importe el retraso.

—No, claro que no. —James se sentó frente a él. En realidad, casi se dejó caer en el sillón—. Espero que tengas buen viaje.

—Gracias. Te alegrará saber que Badfields y yo ya hemos indicado en el libro de apuestas que has ganado la tuya, con un éxito rotundo. —Le observó con más atención—. ¿Ocurre algo?

—No.

—Pues tu cara no indica eso, amigo mío. —Dejó el periódico a un lado y se centró en él—. Venga, habla. ¿Qué ha pasado? ¿Tus hermanas? ¿Tu tía? ¿Algo en el Parlamento?

—No. —James hizo un gesto indeterminado—. Allí siempre hay problemas, pero al menos raramente me los busco por mí mismo.

—Ah. Lo cual me lleva a pensar que tu malestar tiene algo que ver con la deliciosa lady Bethany. —James no contestó, de modo que insistió—. ¿Se puede saber qué ocurrió? ¿Qué hablasteis, que tanto te ha afectado? Cuenta, hombre...

—Poca cosa. Gracias, no —añadió, al ver la copa que le ofrecía un camarero. Tras tanto tiempo como miembro de Brooks's, sabían perfectamente cuáles eran sus gustos, según las horas. Pero, en esos

momentos, necesitaba otra cosa—. Tráigame algo para el dolor de cabeza, por favor.

—¿Un té de corteza de sauce, milord?

—Sí, perfecto. —El camarero asintió y se fue, y James volvió a dirigirse a Edward, que estaba esperando—. Me vi obligado a explicarle lo de nuestra apuesta.

Su amigo arqueó ambas cejas.

—¿Pero por qué hiciste eso? Seguro que se enfadó más todavía.

—Pues sí, la verdad, bastante. Pero no me quedó otro remedio. Me temo que lady Bethany acudió allí con ciertas... esperanzas de corte romántico, por culpa de su primo, y no podía mantenerla en semejante mentira.

—Entiendo. Pobrecilla. Pensaba que iba a encontrarse con un admirador enamorado y se topó con el muy noble duque de Gysforth, ente cuasi divino y destinado a emparentar con una princesa, como poco.

—No seas tonto. Sabes que el matrimonio no es un tema que me importe.

—No, ya sé que no. Lo decía por tu tía Hetty. Tengo entendido que está intercambiando correspondencia con la familia de ciertas nobles europeas, en referencia a tu posible enlace. Su preferida es la princesa de Baviera.

James abrió los ojos con asombro.

—¿Sofía de Wittelsbach? —dijo, horrorizado. Se echó a reír—. Pero ¿qué dices? ¿De dónde sacas todos esos rumores?

—Ni idea, no sabría decirte. —Edward se encogió de hombros—. Es lo que he oído por ahí.

—Pues espero que no sea verdad, porque ya te digo que ese matrimonio no se celebrará mientras yo viva y siga teniendo boca para negarme en redondo. Hasta me valdría tener un simple dedo para decir que no.

—¿Y eso? ¿Es una simple cuestión física?

—No, en absoluto. De hecho, Sofía me parece una mujer preciosa, pero tremendamente autoritaria, y sabes que yo odio que intenten imponerme nada. —Una infancia bajo las órdenes del general Keeling, había sido más



que suficiente. James se había jurado que, en el futuro, si alguien mandaba, sería él. Edward asintió, con expresión comprensiva—. Además, para ser sinceros, no creo que se conforme con un simple duque, por muy inglés que sea. Es ambiciosa, buscará ser emperatriz, como poco, y en el continente es posible que lo consiga. —Se oyó un revuelo en el pasillo—. ¿Qué ocurre? —preguntó a un camarero que pasaba cerca.

—No estoy seguro, milord —respondió el muchacho—. Por lo que he entendido, hay una partida de apuestas muy altas en la salita real.

—Arthur está jugando allí —dijo Edward. Y, añadió, con expresión de circunstancias—: Con lord Saxonshare.

Intercambiaron una mirada de alarma y ambos supieron que compartían el mismo mal presentimiento. James se levantó y fue hacia allí, seguido de Edward.

En la salita real, en el mismo sitio de la otra vez, estaba efectivamente el primo de lady Bethany, y, por lo que parecía, en pleno ataque de ansiedad. James hizo un repaso rápido de su situación: desaliñado y sudoroso, el pelo revuelto, la corbata suelta, temblando de pies a cabeza... Se había puesto en pie, aunque se apoyaba en el respaldo de su silla como si temiese caer de espaldas en cualquier momento.

Henson, a su lado, intentaba hacerle razonar.

—Milord, por favor, se lo ruego, vuelva a sentarse y tranquilícese... —estaba diciendo, pero Saxonshare no le hizo ningún caso.

—¡Tiene que darme la revancha! —le gritó a Arthur.

—¿Una más? No sea terco —replicó el otro, en absoluto impresionado. Estaba reuniendo pagarés, monedas y billetes que había sobre la mesa. James también vio el famoso alfiler de corbata—. Por su estupidez, le he ganado hasta la mansión de Londres. Que yo sepa no le queda absolutamente nada. No lo empeore.

—¡Pero es que, es imposible que le hayan vuelto a salir esas cartas! ¡Tiene que haber hecho trampas!

En el salón se hizo un silencio repentino y profundo. Los ojos de Arthur se

volvieron de hielo.

—Repita eso y le desafiaré a duelo. Y le mataré, pese a que entiendo que solo es un crío con problemas y en plena rabieta.

Saxonshare se estremeció, amedrentado.

—No, disculpe, no quería decir eso —se excusó. Hizo bien, porque Arthur era buen tirador y James no estaba seguro de poder convencerle de no matar a un bellaco que le acusaba públicamente de hacer trampas en Brooks's—. ¡Pero debe darme la revancha! ¡Sé que mi suerte está a punto de cambiar! ¡Tengo que...!

—Lo que tiene que hacer es calmarse de una vez, hombre. Evítenos este lamentable espectáculo. —Arthur lanzó unos billetes frente a él, en la mesa—. Tenga, para un coche de alquiler y para lo que considere de primera necesidad. Váyase a casa, descanse y recapacite. Me temo que va a tener que afrontar muchos problemas en los próximos días. Le doy dos semanas para abandonar la mansión y buscarse otro alojamiento. No, mejor cuatro, en consideración a su prima.

—Un momento —intervino James—. ¿Cuánto ha perdido?

Saxonshare tragó saliva.

—Todo —murmuró—. Todo...

—Exacto —convino Arthur—. Todo. No sé por qué se empeña en una revancha, cuando no le queda nada por apostar.

—Dios... —gruñó James. Aquel muchacho era un desastre, apenas podía contener las ganas de darle un buen puñetazo. Y él era un tonto, le iba a costar caro meterse en semejante asunto. Pero le debía eso a lady Bethany, al menos. Se volvió hacia Arthur—. ¿Podemos arreglarlo?

Este chasqueó la lengua, molesto por la situación.

—¿Te importa mucho?

—Sí. Sabes que, de no ser así, no te diría nada.

Arthur asintió.

—Entonces, está bien. Pero solo contigo. —Barajó y extendió los naipes

en un largo semicírculo, con manos profesionales—. Todo, Gysforth. A la carta más alta. Y si te gano, me quedaré con Gysforth House.

James hizo una mueca. Su casa valía bastante más que todo lo que estaba en la mesa, mansión de Saxonshare incluida. El propio Brooks's incluido.

—Badfields...

—¿Qué? ¿Aceptas o no? Es la opción que te estoy dando, Gysforth. Recuerda que, en la mesa de juego, no hay amistades.

James asintió. Arthur era Arthur y tenía un sentido del humor muy peculiar, y una visión de la vida mucho más extraña aún. Miró la baraja extendida por la superficie de la mesa. Dudó. Cogió una carta.

Un cinco. Lo arrojó a la vista de todos, crispado.

—Maldita sea...

Arthur sonrió.

—No maldigas, Gysforth. A tu tía Hetty no le gustaría. Además, todavía tengo que sacar yo mi naipe. —Le miró fijamente y levantó una carta, la segunda por el extremo derecho. Un dos—. Vaya. Por esto, siempre procuro jugar de pareja contigo. Has ganado, Gysforth, qué sorpresa. Enhorabuena.

¿Había hecho trampas? ¿Sabía qué carta iba a sacar? Casi diría que sí, por la sonrisa sibilina que le dedicó, pero no podía mencionar el tema, como no lo haría ningún otro caballero presente.

—Oh, Dios... —suspiró Freddy.

—No puede oírle. No es miembro de este club, que yo sepa. —Arthur se puso en pie. Recogió su pitillera—. Dejo mi sitio en la mesa. Buenas noches, caballeros.

James pensó en seguirle y preguntarle qué había ocurrido exactamente, pero Saxonshare le agarró por las solapas de la chaqueta.

—¿Lord Gysforth, es usted mi salvador! —exclamó, con voz aguda, muy excitado—. ¿Podemos solucionarlo como la otra vez? ¿Qué le parece? ¿Desea otro paseo en barca con mi prima? ¿Tomar el té, quizá?

—No. —Carraspeó incómodo, al ver cómo le miraban todos, y le obligó a

soltarle—. Compórtese y venga conmigo.

Hizo una señal a Henson, para que se ocupase de recoger todas las ganancias de la mesa y condujo a Saxonshare a una de las salitas privadas. La que escogió solo tenía un par de sillones y un escritorio a un lado. No necesitaba nada más; de hecho ni pensaba sentarse.

—¿Qué quiere? —Saxonshare titubeó, mirándole con cautela—. ¿Una noche con ella? Creo que podré conseguirlo.

James frunció el ceño.

—Está usted loco. Calle o le romperé la nariz de un puñetazo.

—¿Qué le ocurre? Solo intentaba...

—Sé lo que intentaba, no lo repita. Haga el favor de mostrar un poco de respeto por su prima.

Freddy apretó los labios.

—¿Va a devolverme lo que es mío, sí o no?

—No se ponga gallito. Que yo sepa, ya no hay nada suyo. Ahora es mío, todo, absolutamente todo, hasta esa mansión londinense donde mi amigo iba a dejarles vivir un tiempo, por pura amabilidad. Si se pone terco, yo haré lo mismo, le daré cuatro semanas, ni un día más. Luego, le arrojaré a las calles de Londres. Al frío, a la miseria...

El muchacho tragó saliva.

—Pero...

—Esas cuatro semanas no serían un periodo agradable, en cualquier caso —le interrumpió—. Sin dinero ni para comer, sospecho que, a partir de ahora, aunque disponga de un techo, la situación se le va a volver completamente insostenible, lord Saxonshare. Sobre todo cuando ya tiene problemas muy graves con los acreedores. —Bufó, indignado, como siempre que lo recordaba—. Ya me he enterado de lo que ha ocurrido esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí. No entiendo cómo ha permitido que la situación llegue a semejante extremo. ¡Por Dios, le han tirado una piedra a su prima! ¿Cómo puede

permitir que ocurra algo así y venir luego a seguir jugando? ¿A seguir dilapidando su fortuna?

—¿Qué? —Saxonshare se mostró convincentemente sorprendido. No debía estar al tanto—. ¿Una piedra? ¿A Bethany?

—Esta mañana. ¿No se lo ha dicho?

—No... —Titubeó—. ¿Está seguro? Cené con ella y no la vi herida.

—No acertaron, pero ¿qué ocurrirá la próxima vez? No podemos permitirlo, lord Saxonshare. Hay que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. —Le clavó una mirada dura—. Porque, de otro modo, sabe, tan bien como lo sé yo, que su destino está en la cárcel de Marshalsea o en la de Fleet.

Saxonshare tembló.

—Oh, Dios... —Se cubrió el rostro con las manos y sollozó. James le dejó un par de segundos, para que se recuperase. Sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas—. Eso mismo me ha dicho Bethany, y tiene razón, tiene razón, soy un desastre. Ayúdeme, por favor. ¡Se lo suplico!

—Lo haré. —Se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos—. Si llegamos a un acuerdo, a partir de ahora, me ocuparé de usted, lo que implica que hará lo que yo le diga, pero gracias a eso estará seguro y a salvo de la ruina.

—¿Cómo?

—Le dejaré permanecer en la mansión de Londres, aunque seguirá siendo de mi propiedad, y le pondré una asignación anual. Podrá vivir como un caballero, aunque sin los excesos a los que se ha acostumbrado últimamente.

—¿Una asignación? —El muchacho olvidó su llanto y sus súplicas y se mostró indignado—. ¿Yo? ¿El conde de Saxonshare? ¡Cómo se atreve!

—¿Acaso lo considera un ultraje? Pues me sorprende. Tenga en cuenta que todavía no le he dicho lo que le va a costar.

—¿Costar? ¡Pero... si se ha quedado con todo mi patrimonio!

—Error. He ganado a las cartas todo su patrimonio y ni siquiera se lo he ganado a usted, sino a otro caballero que le ganó previamente. —Se incorporó, irritado, y señaló la puerta—. Si no atiende a razones, puedo irme

ya. Terminaremos la conversación aquí mismo. ¿Qué decide?

Como el otro se resistía a responder, James se encogió de hombros y fue hacia la salida.

—¡Espere, espere! —exclamó Saxonshare, en el último momento—. Esa asignación... ¿de cuánto sería?

Él arqueó una ceja. Qué muchacho más atolondrado.

—¿Pregunta eso y no pregunta qué voy a pedirle a cambio? ¿En serio?

Esa idea le hizo recapacitar. Titubeó.

—¿Qué quiere?

James volvió a cruzarse de brazos.

—Que me transfiera la tutela de su prima, de forma inmediata.

—¿Qué? ¡No! —Se puso muy digno—. ¡No puedo hacerle eso!

—¿No puede convertirla en mi pupila, pero sí podía conseguirme una noche con ella? ¿O arruinarla hasta el punto de que la apedreen por su culpa, y arrastrarla con usted a la prisión de deudores? Caramba, lord Saxonshare, cada vez me sorprende más su curioso modo de ver el mundo.

—Pero... Beth va a casarse conmigo.

Esa noticia le sobresaltó. Hasta le disgustó de un modo inesperado.

—¿Lo dice en serio? —Saxonshare asintió con un golpe que pareció un estertor—. ¿De verdad ella está de acuerdo en eso?

—¡Por supuesto!

—Me sorprende. —James tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la sangre fría. Menudo día, y no dejaba de empeorar. Imaginar a Bethany con aquel fante, de un modo íntimo, le ponía enfermo—. Cuando la he conocido, me ha parecido una mujer inteligente.

—¡Oiga, no le consiento que...! —empezó, indignado, pero se calmó nada más ponerle James una mano en el hombro.

—Me da igual. Vaya ahora mismo a ese escritorio y redacte un texto indicando su deseo de transferirme la tutela de lady Bethany. En base a ello, mis abogados llevarán a cabo mañana todos los trámites necesarios. —Sí,

mejor hacerlo todo cuanto antes. El futuro de Bethany dependía de ello—. Enviaré a buscarle en cuanto esté todo listo, seguramente sobre el mediodía, así que procure no salir. Quiero que, en cuanto le avisen, venga de inmediato a firmar los documentos que le pidan. A cambio, tendrá su asignación y una vida resuelta.

—¿Y mi matrimonio con Beth?

—Eso lo decidirá ella —dijo, aunque, mientras pronunciaba las palabras, se preguntaba si no estaría mintiéndole a él y mintiéndose a sí mismo. Seguramente sí—. No voy a oponerme si la dama quiere cometer semejante tontería. Pero lo decidirá libremente.

La mandíbula de Saxonshare tembló, como dispuesto a discutir, pero acabó cediendo y fue hacia el escritorio. Mientras redactaba el documento y firmaba, James le estudió disimuladamente, perturbado por la idea de que Bethany pudiera de verdad querer casarse con él. ¿Sería posible? A saber. Al margen de estar desaliñado, no tenía mal aspecto.

Al fin y al cabo, aunque era algo más bajito que su prima, y estaba un poco regordete por los excesos con el alcohol, Frederick Howland no era feo, de hecho se parecía demasiado a Bethany como para poder serlo. Compartía con ella la nariz elegante y los ojos grandes y azules, pero mientras Bethany era una auténtica belleza, él solo podría ser considerado agradable, con aquel rostro aniñado y el nido de rizos rubios en su frente.

Si a eso le sumaba sus problemas con el juego y su personalidad, demasiado infantil, resultaba imposible imaginar que ninguna mujer hecha y derecha que le conociera realmente pudiera llegar a interesarse por él. Alguien como Bethany, en concreto. Lettie y Lizzie sí, claro, pero porque eran todavía dos niñas a las que les quedaba mucho por madurar. De ellas podían esperarse suspiros y exclamaciones de amor eterno por aquella pobre alma atormentada.

Por eso no podía creerlo. Por más vueltas que le daba, le resultaba imposible concebir semejante idea y, al recordar la forma en que Bethany se refería a su primo, esa la mañana, lo descartó por completo.

No, lo más probable era que Saxonshare hubiese expresado sus propios intereses, incluso sus ilusiones. A él sí podía imaginarlo enamorado de Bethany. A cualquiera.

Además, recordó, cuando fue a Sleeping Oak, la joven parecía impulsada por una atracción personal hacia él. De hecho, por eso James se había sentido halagado y agobiado a la vez, y había decidido confesar de inmediato. No, desde luego que no podía estar enamorada de Saxonshare, ni de lejos. Ni siquiera un poco. No podía haberse equivocado tanto.

Se despidió del muchacho y, con el papel bien guardado en el bolsillo interior de su chaqueta, abandonó la salita. Edward también se había ido del club. Había dejado dicho que le disculpase, pero que tenía que madrugar para preparar detalles de su viaje, y el té para el dolor de cabeza se había quedado helado en su rincón del salón.

James se lo tomó pese a las protestas del camarero, que insistía en traerle uno nuevo y caliente, y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, con un suspiro. Tras lo que había ocurrido, ya no esperaba poder dormir, tenía demasiadas cosas en las que pensar, pero se quedó traspuesto de inmediato.

Soñó que estaba en la barca, con Bethany, y le decía que era su tutor. Que él la cuidaría, que todo estaba solucionado. Ella se echaba a reír, de pura felicidad.

Le rodeaba el cuello con los brazos y le besaba.



## CAPÍTULO 8

Por suerte, Henson le despertó poco más de una hora después, justo a tiempo de ir a la mansión de los vizcondes Waugh.

—Debió subir a una de las habitaciones, excelencia —le dijo—. Hubiese descansado usted mucho mejor.

—Estoy bien, estoy bien, gracias, no se preocupe. —Dormir ese rato le había sentado estupendamente, pero todavía tenía algo de jaqueca—. ¿Podrían ponerme otro té?

—Por supuesto. —Henson miró a uno de los camareros, que salió a cumplir la orden de inmediato—. Mientras se lo traen, le aconsejo que se refresque un poco, seguro que lady Morton sabrá apreciar el detalle. Incluso podemos prepararle un baño, si lo desea.

Un baño. Su cuerpo se estremeció de puro deseo al pensarlo. Pero, si se tomaba un baño, nada ni nadie sería capaz de arrastrarle a la mansión de los vizcondes Waugh. Se quedaría allí mismo, metido en la bañera, a pasar la noche. ¿Qué, la noche? Incluso el resto de su vida.

Por mucho que lo deseara, negó con la cabeza.

—No, tanto no será necesario. Gracias, Henson. Me las arreglaré.

James fue a uno de los baños del club, se quitó la camisa y se lavó a conciencia, metiendo la cabeza en el agua fría. Fue un suplicio, pero después se sintió mucho mejor. Luego se tomó el té, esta vez caliente, y partió para la fiesta.

El baile de los vizcondes de Waugh era siempre uno de los más esperados. Se había hecho famoso por la generosidad y el dispendio de sus anfitriones, enormemente ricos gracias a la participación de diversos miembros de la familia en la «Compañía Unificada de Mercaderes Ingleses que Comercian con las Indias Orientales», antiguamente «Compañía Británica de las Indias Orientales».

Gracias a eso, los Waugh podían ofrecer lo mejor a sus invitados, en todos los aspectos: comida, bebida, servicio, músicos... Y siempre tenían algún espectáculo especial o alguna diversión añadida, ideada para entretener a los más jóvenes.

James sonrió al recordar la vez que les vendaron los ojos con cintas de seda negra y los colocaron en mitad del salón de baile, dispuestos en dos círculos concéntricos, ellos fuera, ellas en el interior. Luego, les animaron a caminar hacia el frente al ritmo de la música y a empezar a bailar con la primera muchacha con la que se topasen. Para complicar más la cosa, algunos criados de los vizcondes se movían entre ellos, cambiando sus rumbos aleatoriamente.

Arthur y él tuvieron la suerte de chocar el uno con el otro, de modo que se pusieron a bailar juntos, haciendo el tonto, mientras Edward daba vueltas a su alrededor jurando que no les conocía de nada. Qué divertido fue. ¡Cómo se rieron todos! Y más, porque los adultos no dejaban de protestar, escandalizados.

A su padre no le gustó nada, recordó con una mueca. Pero mereció la pena.

Habían pasado unos cuantos años desde aquello. Ahora, solo iba en virtud de acompañante serio y formal y esperaba encontrar allí a sus hermanas, Ruthie y las gemelas Lizzie y Lettie, que acababan de cumplir los dieciocho años y estaban en su primera temporada.

Las tres se estaban alojando esos meses en la mansión de su tía abuela, Henrietta Keeling, en otros tiempos la viuda lady Bridgeport, luego la viuda lady Palmer y ahora convertida ya para siempre, o eso esperaban todos, en la viuda lady Morton. Pero, tratándose de la tía Hetty, cualquier cosa era posible.

Desde la muerte de su padre, ocurrida dos años antes, las hermanas de James habían vivido con él en Gysforth House, puesto que era su tutor, pero la tía Hetty consideraba que unas jovencitas como ellas debían estar bajo la supervisión directa de una mujer de la familia, y, además, alguien de

categoría y edad adecuadas, sobre todo cuando estaban siendo presentadas en sociedad.

Y ya que era ella su única pariente cercana y la que iba a ejercer con ellas de madrina, era la que debía cuidarlas en su casa.

Ni James ni sus hermanas estaban contentos con aquel convenio, pero la tía Hetty era persistente. Repitió una y otra vez que algo así imponía mucho más respeto que el saber que iban y venían a su antojo como cabras por el monte, todo por vivir en la casa de un hermano demasiado joven, aunque fuera uno tan respetable y tan sensato, por lo general.

La primera en caer en sus redes fue Ruthie, que ya había sufrido su presentación en sociedad antes de la muerte del general Keeling, y hasta había tenido que enfrentarse a su padre para rechazar varias propuestas de matrimonio que no le interesaban. A ella, que a él sí. ¡Cómo se puso! Quizá, en otro momento, Ruthie no hubiera podido librarse de aquella, pero la enfermedad había minado ya las fuerzas del general. Terminó aceptando la situación y dejando que su hija decidiera por sí misma.

Luego, con su muerte, Ruthie tuvo que interrumpir su asistencia a fiestas y reuniones y guardar el luto debido, pese a que era un tiempo vital, muy valioso para cualquier joven. Todo el mundo sabía que, si no se conseguía marido en las primeras cuatro temporadas, la cosa podía complicarse mucho, hasta terminar siendo considerada una solterona.

El año anterior, ya con veintidós bien cumplidos, la hermosa y distante lady Ruth había vuelto a dejarse ver por los salones de la alta sociedad. O, mejor dicho, se había visto arrastrada hasta allí, porque a Ruthie, la estudiosa de la familia, eterna aspirante a escritora, como su admirada Jane Austen, no le interesaban lo más mínimo los bailes ni los hombres reales, al menos los que conocía.

Pero tuvo que ceder, no quedaba otro remedio. Asistía a las fiestas, sonreía, bailaba y, durante la temporada, vivía con la tía Hetty. Ahora les había tocado el turno también a las gemelas.

Todo tenía su lado bueno, sobre todo para él. Desde que estaban con ella,

James tenía más libertad de movimiento, menos responsabilidades en general y estaba tranquilo, porque sabía que sus hermanas estaban seguras con la tía Hetty, que tenía más tiempo para atenderlas. Pero las echaba de menos, mucho, no podía evitarlo. Estaba deseando que volvieran a casa.

Ellos eran los hermanos Keeling, recordó, mientras agradecía a Bullock que le hubiese abierto la puerta. Pisó la acera y alzó el rostro para contemplar el cielo, pensando en la noche en que murió su padre. Bajo una luna como esa, sus hermanas y él se habían hecho un juramento, un pacto secreto. Nunca lo olvidaban.

Entró en la mansión Waugh, entregó el abrigo, el bastón y el sombrero a un criado, y se dirigió directamente a sala de baile, que estaba muy animada. No tardó en localizar a sus hermanas. Estaban en el grupo de jovencitas que se había formado en el centro de la sala. Así que los vizcondes habían ideado otra diversión nueva. ¿Qué sería? Los chicos estaban a un lado, mirándolas, mientras ellas hacían turno para coger algo de una bolsa. No dejaban de dar grititos y reír.

Ruthie y las gemelas, todas vestidas en tonos claros para resultar bien visibles a la luz de las velas, llevaban flores y lazos adornando sus moños, y unas pocas joyas sabiamente escogidas, adecuadas a su edad. Las tres estaban preciosas y se parecían mucho, pese a que Ruthie era morena y las dos pequeñas, rubias.

James las siguió unos momentos con la mirada, mientras comentaban entre ellas y con sus amigas lo que fuera que habían cogido. ¿Papeles? Esa impresión daba. ¿Qué contenían, poemas? ¿Notas de los muchachos que miraban a pocos metros? Eso sonaba divertido, del estilo de las cosas que organizaban los Waugh. Y al menos las gemelas parecían estar disfrutando mucho.

Aunque todavía tenía algo de jaqueca, no pudo evitar sonreír. Bueno, qué demonios, haría el esfuerzo una noche más. Solo por verlas tan contentas, merecía la pena. Cogió una copa de la bandeja de un camarero que pasó por su lado, y buscó a la tía Hetty. Le costó un poco encontrarla, porque estaba

justo al otro lado de la entrada, cerca de las puertas que daban a la terraza que bajaba a los jardines, acompañada por su cuñada y amiga de siempre, lady Forrest, y otras señoras.

Todas comentaban lo que estaba ocurriendo con distintos niveles de escándalo en sus expresiones. La prueba final de que, definitivamente, era algo divertido.

—Llegas tarde —le reprochó ella cuando se acercó a besarla en la mejilla—. Y tienes mala cara, Gysforth.

Henrietta Keeling, marquesa de Morton, había sido la hermana pequeña de su abuelo, Richard Keeling, octavo duque de Gysforth. Era casi tan alta como James, delgada y elegante pese a que ya debía caminar siempre con bastón. Por lo demás, nunca fue especialmente hermosa, pero su personalidad arrolladora le había procurado tres maridos muy enamorados a lo largo de su vida, todos ellos grandes títulos.

A esas alturas de su vida, a excepción de su párroco, su médico y probablemente su abogado, nadie sabía con exactitud cuál era su edad, un tema de conversación que le parecía descortés y de muy mal gusto. James jamás hubiese cometido el error de preguntarle al respecto; además, resultaba innecesario, le constaba que había cumplido ya los ochenta, y de largo. A saber cuántos más.

—Me temo que no dormí mucho anoche —replicó, evasivo—. Además, he tenido un día complicado y me duele un poco la cabeza. Agradecería que nos retirásemos pronto.

—Eso nunca puede saberse, querido. Tus hermanas tienen que disfrutar el momento.

—No sé yo —dijo la viuda lady Forrest, a su lado—. ¡Esto es una vergüenza!

La tía Hetty entornó disimuladamente los ojos. No simpatizaba con lady Forrest, pese a que habían crecido juntas, eran cuñadas por su primer matrimonio y se hacían compañía en la mayor parte de los eventos desde hacía cerca de medio siglo. Más todavía desde que lady Forrest se quedó

también viuda. Desde entonces, cualquier plan en que el interviniera una, estaba la otra.

—No exageres, Hermione, querida —replicó—. No es para tanto.

—¿Qué ocurre? —preguntó James, sorprendido. Los jóvenes se estaban repartiendo por la pista de baile. Parecían buscarse, algunos se llamaban, y se iban colocando por parejas.

—Los Waugh, que han vuelto a dar la nota. Y nunca mejor dicho. —La tía Hetty rio entre dientes—. Vamos, Hermione, reconoce que ha tenido gracia. —Lady Forrest no dijo nada, ni perdió su expresión avinagrada—. Han hecho papelitos con los nombres de todos los muchachos casaderos invitados. Los han metido en una bolsa y las jovencitas los han ido sacando, cada cual una nota. Se supone que tienen que bailar a continuación con el nombre que les haya tocado.

—Muy ingenioso —convino James. La clase de cosas que les hubiese encantado a sus amigos y a él. Dejarse arrastrar por el destino, ver qué les deparaba... Al pensar en eso, por supuesto, lady Bethany surgió en su mente. Carraspeó—. Los Waugh siempre han sabido organizar sus fiestas.

Unos acordes de la orquesta hicieron bajar el volumen de las conversaciones. Algunos muchachos sueltos se fueron apartando. Por lo que fuese, no debían haber encontrado pareja. La causa no podía ser el físico, porque vio un joven rubio, de unos veinticinco años y bastante atractivo, que se retiraba hacia el fondo tras un último vistazo a la pista.

—Mira, ya empieza —dijo la tía Hetty.

—¡Oh, pues a Lettie le ha tocado con el hijo del duque de Manchestry —exclamó lady Forrest, más conforme con lo ocurrido—. ¡Y Lizzie está con el joven conde de Willmore! ¡Qué ideal!

—Desde luego —convino lady Hetty, aunque miró con el ceño fruncido a Lettie. Luego, se giró sobre sí misma—. Pero ¿dónde se ha metido Ruthie? Estaba en la pista hace un minuto.

James miró hacia atrás y vio las punteras de unos delicados escaarpines de baile sobresaliendo bajo la cortina del lateral de la gran ventana que estaba a

sus espaldas. Extendió una mano, la apartó y descubrió la figura agazapada de lady Ruth Keeling, que esa noche llevaba un vestido de seda de un suave tono champán con encajes crema. Los dos colores se entremezclaban en mangas y corpiño y en los lazos de la cabeza, que sujetaban un recogido de tirabuzones azabache.

Al igual que James, Ruthie tenía el pelo muy abundante y negro y los ojos de un gris muy claro, aunque en su caso, más grandes, bordeados de densas pestañas. Como cada vez que la veía últimamente, se sorprendió al pensar que ya era toda una mujer, y muy bella, no la niña revoltosa y divertida que compartió con él la mayor parte de su infancia.

Como si hubiese querido echar por tierra semejante pensamiento, Ruthie le frunció el ceño y le sacó la lengua.

—Traidor.

—Lo siento, hermanita, no hay escapatoria. —Tomó su mano, la besó y tiró de ella para atraerla a su lado—. Lamentablemente, todos estamos atrapados en el feo negocio matrimonial.

—No lo digas de ese modo, Gysforth —le reconvino su tía—. Consigues quitarle toda distinción. Y tú, Ruthie, ¿se puede saber qué hacías ahí? ¿No deberías estar bailando con...? No sé con quién...

—Ese es el problema, yo tampoco le conozco —protestó Ruthie—. ¡Y no tengo ganas de bailar con un desconocido! En realidad, con nadie.

—¿Con quién te ha tocado? —preguntó curiosa, lady Forrest—. ¿Cómo se llama?

—Clemens... —Ruthie sacó un papelito del guante y lo leyó—. Zackary Clemens. ¿Quién demonios es ese? Jamás le había oído nombrar.

—Ni yo tampoco —admitió la tía Hetty—. Pero no por eso maldigo como un carretero, niña.

—¡Oh, yo sí sé quién es! —exclamó lady Forrest, encantada de poder aportar un cotilleo—. Es el sobrino del marqués de Pemberton, ha llegado hace poco a Londres. —Se inclinó, para susurrar—. ¡Creo que es periodista!

—¡Periodista! —repitió la tía Hetty, con horror. Miró a Ruthie—. ¡Has hecho bien en esconderte, niña! ¡No puedes casarte con un hombre con una profesión, y menos una como esa!

—Vaya por Dios —bufó ella—. Pues ahora, de repente, lamento haberlo hecho. Al menos, es posible que hablar con él hubiese sido hasta interesante.

—Tonterías. Tú céntrate en lo importante, porque ya sabes que...

—Por cierto, tía Hetty... —la interrumpió James, más que nada por evitarle a su hermana una nueva filípica sobre su deber y sus responsabilidades—. Hablando de asuntos matrimoniales, he oído rumores de que anda preparándose algo con Sofía de Wittelsbach. —Le dirigió una ceja bien arqueada—. Dígame, por lo que más quiera, que no es cierto.

La tía Hetty rio entre dientes.

—No, claro que no. Sabes que te quiero bien, sobrino. ¡Menudo mal bicho es esa mujer! Y, afortunadamente, no eres un rey, querido Gysforth. Ellos necesitan establecer lazos políticos a niveles internacionales, por lo que se ven obligados a hacer sacrificios tremendos y casarse con gentes de fuera, de ese continente tan... bueno, tan aislado. —Hizo como si no viera la mirada que intercambiaron sus sobrinos. O quizá de verdad no la vio—. Pero tú no, en absoluto.

—Por suerte, podremos conseguir para ti una buena esposa inglesa, como debe ser —asintió lady Forrest, convencida. «Pues qué bien», pensó James. También lady Forrest se iba a ocupar de eso.

—Así es —convino la tía Hetty—. Pero no niego que está bien que se rumoreen ciertas cosas. Como lo de María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, por ejemplo.

—¿Qué? —James la miró horrorizado—. ¿También con esa arpía? Usted me quiere matar.

—No, Gysforth. Pero si alguien piensa que se está valorando tu boda con una princesa, te considerará apto para cualquier otra perspectiva. —Se inclinó hacia él y le habló al oído—. Está bien, te reconozco que tengo muy adelantadas las negociaciones de tu matrimonio con la hija mayor del duque



de Wallard-Stoneport. ¿Qué te parece? —Se apartó para poder sonreírle de oreja a oreja—. Maravilloso, ¿verdad?

James la miró con repentino interés.

—Es usted una mujer muy astuta, tía Hetty.

No era mala idea, para nada. Wallard-Stoneport era un hombre poderoso, tenía mucha influencia en la Cámara de los Lores. Desde un punto de vista político, ese enlace le convenía mucho, porque sería un aliado ideal contra Dankworth. En cualquier otro momento se hubiese sentido atraído por la idea, hasta entusiasmado. Pero, por alguna razón, solo se notaba reacio.

No, no podía engañarse, sabía muy bien por qué estaba así. La imagen de unos ojos azules como el cielo lo explicaba todo. Maldita mujer, le tenía hechizado. Tenía que olvidarla y centrarse en su vida, seguir adelante.

Respiró hondo y apartó el recuerdo de Bethany. Sin lugar a dudas, establecer un acuerdo matrimonial con la hija de Wallard-Stoneport, era una buena idea.

—¿Gysforth? —le preguntó su tía, sacándole de sus cavilaciones—. ¿En qué piensas?

—En la hija de Wallard-Stoneport, claro está. Lo cierto es que apenas la recuerdo —dijo, por excusarse, aunque eso último era verdad. Trató de hacer memoria. Una muchacha feúcha, pero simpática—. ¿Se llamaba Edith?

—Eve. Se llama Eve. Edith es la hermana pequeña. Prefiero casarte con la mayor. Será la que herede casi toda la fortuna.

Eve. ¡Ah, sí! ¡Oh, no! Una mujer sin ninguna belleza, ni exterior ni interior, que él supiera. Recordó haberla visto más de una vez discutiendo tonterías en reuniones o imponiéndose de un modo muy poco apropiado con los criados. De pronto, ya no estaba tan seguro de querer emparentar con Wallard-Stoneport. No se veía dejándose manipular por aquella bruja, e iba a ser peor si el duque le veía discutir todo el día con su hija.

—Eve... Una pena. Me gustaba más la idea de casarme con Edith, o incluso con otra Edith cualquiera. Sobre todo porque acabo de acordarme de quién es esa Eve, y preferiría considerar otras opciones.

—Te dejo sitio en la ventana, si quieres —ofreció Ruth, con un mohín—. Para que veas que no soy rencorosa.

James asintió.

—Estoy por aceptar. Si nos apretujamos bien, no nos verán hasta el final del baile y podremos escapar incólumes.

Ruthie se echó a reír y él la siguió. La tía Hetty y lady Forrest intercambiaron una mirada irritada.

—Basta —ordenó la tía Hetty—. Los dos. Ya sois lo bastante adultos como para saber cómo son las cosas. El matrimonio es algo muy serio, sobrinos. La fortuna y el prestigio futuros de la familia dependerán en buena medida de las bodas que lleguéis a celebrar todos vosotros. Sois los mayores, por lo que espero de ambos absoluta formalidad.

—Sí, tía Hetty —gruñó Ruthie—. Nos lo ha dicho usted innumerables veces. Pero no todos tenemos por qué estar de acuerdo con eso.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? ¿Acaso va a escucharme? No lo creo, no le importa lo más mínimo lo que yo opine.

Lady Morton tomó aire, como reuniendo paciencia.

—Haré un esfuerzo.

—¿Ah, sí? Sería una excepción, porque sabe de sobra que no me apetece nada estar aquí, así, noche tras noche. —Hizo un gesto hacia la brillante sala de baile—. No tengo el más mínimo interés en todo esto, no es lo que puede hacerme feliz. Y tengo como meta en la vida conseguir ser feliz. Completamente feliz. —Miró a su hermano y extendió la mano hacia él, cerrada en un puño—. Somos los Keeling.

—¡Otra vez! —protestó lady Forrest—. Siempre hacéis lo mismo.

La tía Hetty hizo una mueca, algo envidiosa y, seguramente, dolida.

—Supongo que ese gesto tiene algún significado que no queréis compartir ni siquiera conmigo.

Sí que lo tenía. James recordó la noche del funeral de su padre, cuando los

cuatro hermanos Keeling se quedaron a solas en el salón, a la vez tristes, aliviados y culpables. Por fin eran libres, al menos de intentar conseguir su propio espacio en el mundo, sin sentir la presión de la sombra de su padre.

James era ahora el cabeza de familia y no estaba seguro de ser capaz de asumir bien el peso de toda aquella responsabilidad. No sabía qué hacer. Lizzie no había dejado de llorar en todo el día, y Ruthie miraba al frente con ojos secos, pero llenos de dolor. Lettie era la única totalmente inexpresiva. Siempre le ocurría igual, podía ser una muchacha encantadora, muy cercana, pero, si se sentía mal, se retiraba a algún punto de su interior donde nada ni nadie pudiese alcanzarla.

Era verano. Se sentaron junto a la ventana, como cuando eran pequeños, y miraron la luna. No recordaba quién fue el primero que extendió la mano en un puño, el símbolo de Evelyn para la familia. Pensándolo bien, quizá lo hizo Ruthie, como ahora. Los demás fueron apoyando las suyas encima, envolviendo unos los puños de los otros. James las cubrió todas, protector.

«Somos los Keeling», dijeron, estableciendo aquel juramento. «Nos apoyamos. Nos ayudamos. Buscamos la felicidad y jamás volveremos a permitir que nos hagan daño. A ninguno».

Esa noche, años después, James adelantó la mano y envolvió con ella el pequeño puño de Ruthie.

—Somos los Keeling. Pero tenemos que cuidar de las gemelas —añadió, y ella pareció entenderlo, porque miró hacia la pista. Sus hermanas pequeñas sí que estaban disfrutando del momento. Bailaban encantadas con aquellos jóvenes que les habían tocado en suerte. Debían contar anécdotas muy divertidas, por el modo en que las estaban haciendo reír.

—Además de buscar marido apropiado —insistió la tía Hetty, que a veces no sabía cuándo debía parar.

—Yo no quiero un marido —declaró Ruthie, firme, un tanto harta de todo aquello—. Solo quiero que me dejen ustedes en paz. Supongo que, para conseguirlo, tarde o temprano tendré que casarme, pero les aseguro que ninguno de estos hombres me interesa lo más mínimo. Bueno, quizá el

periodista ese... —Dudó—. Pero está claro que él no les interesa a ninguna de ustedes.

Lady Forrest frunció el ceño.

—No. Por supuesto que no.

—Pues eso. Ninguno.

La tía Hetty y James se miraron discretamente.

—Pues ya tienes veintitrés años, jovencita —dijo ella—. Si sigues demorándolo, te van a considerar una solterona, y eso sería... impensable. No puedes esperar más. ¿No lo entiendes? Tienes que comprometerte esta temporada, Ruth Alice Helen Keeling.

El tono sonó terminante, pero Ruth tenía el temperamento de los Keeling. Miró a su tía con el ceño fruncido.

—Ya veremos —se limitó a decir, dejando claro que tenía la última palabra y pensaba ejercerla. Si había podido con el general Keeling, seguro que podría con la tía Hetty, que quería mucho a sus sobrinas y a la hora de la verdad siempre mostraba un corazón blando. Empezó a moverse hacia las mesas con bebidas más cercanas—. Perdonen. Voy por algo para beber.

—Puede ir tu hermano a buscártelo.

—No, gracias. Prefiero caminar un poco. Además, ni siquiera tengo sed. Lo que intento es dar por finalizada esta conversación.

—¡Oh, no seas descarada, jovencita! —exclamó lady Forrest. La tía Hetty apretó los labios.

—Muy bien. Pero mantente a la vista. —Ruth puso los ojos en blanco y se alejó. Lady Morton esperó unos momentos más todavía, antes de seguir hablando—. Estoy algo sofocada. Gysforth, por favor, ofréceme tu brazo y acompáñame a la terraza, para que me airee un poco.

—Claro, tía.

—¿Te sientes mal, Hetty? —preguntó lady Forrest, con preocupación—. Voy contigo.

—No, no. Solo necesito un poco de aire. Y tú debes quedarte para vigilar a

las muchachas. No las pierdas de vista. Solo confío en ti, Hermione, por favor.

—Oh, está bien —replicó su cuñada, satisfecha de ser tenida en tanta consideración—. Pero si necesitas algo, cualquier cosa, dime.

—Lo sé, querida. Gracias. Antes preferiría llamar a una manada de elefantes para que me pisotearan —añadió, en un murmullo, mientras se alejaban—. O a un montón de monos, para que me tirasen del pelo.

James se echó a reír.

—¿Por qué sigue pasando tanto tiempo con ella, si no simpatizan?

—Responsabilidad, sobrino. Tengo mis razones. —Se encogió de hombros—. Da igual. No es de ella de quien quiero hablar, sino de Ruthie. —Se apoyó en la balaustrada de la terraza. Hacía muy buena noche y el jardín desprendía un intenso olor a rosas—. Tú sabes lo que ocurre, ¿verdad?

James evitó su mirada.

—No sé de qué me habla, tía Hetty.

—Ya. No disimules, James. Últimamente, Ruthie pierde mucho tiempo revoloteando alrededor de... ese muchacho, como se llame. Tu secretario.

—George. —James suspiró, cruzó las manos a su espalda y esperó resignado a que pasase la tormenta—. Se llama George Speechley, como bien sabe usted.

—Bah. No tengo memoria para la información intrascendente.

—Le daré otra importante entonces: es el único hijo del baronet sir Robert Speechley, ese ser tan insignificante que salvó la vida de su sobrino preferido en Waterloo. Dos veces.

Lady Morton bufó de un modo muy poco apropiado.

—Evítame tu sarcasmo, jovencito. Sé perfectamente quién es y quién fue su padre. Y da igual, no deberías tomarte el asunto a la ligera. Tienes que hablar con él y recordarle que hay que saber estar donde se debe estar.

—Tía Hetty, yo aprecio mucho a George y...

—¿Y qué? Yo sentí gran afecto por sir Robert, era un buen hombre y salvó

la vida de tu padre, dos veces, como bien dices. Pero, todo eso da igual. Una cosa son los sentimientos y otra muy distinta la realidad. Y, la realidad, mi querido Gysforth, es que la hija de un duque no es adecuada para esposa de un simple baronet. ¡Por favor, si ni siquiera es un título de nobleza! Sería prácticamente como casarse con un plebeyo, algo inadmisibile. Como bien sabemos, ella es terca como una mula, de modo que tienes que hablar con él y dejárselo muy claro.

James suspiró interiormente. Qué error haberse presentado en la fiesta y más el haberse quedado. Debió hacer como pensó al principio: saludar e irse a casa de inmediato, con cualquier excusa. El dolor de cabeza, mismamente.

—No tengo previsto hacer tal cosa —replicó, tenso. No quería ni imaginar una conversación semejante con el pobre George, con lo tímido y respetuoso que era—. Que yo sepa, solo son amigos y no creo que la cosa llegue a más. Y a usted le consta lo mucho que me disgustan estas situaciones.

—Pues lo siento, pero es parte de tu tarea como cabeza de familia. Debes velar por los intereses de tu hermana. Ella es demasiado joven para decidir cuestiones importantes, como lo es un matrimonio. Además, me temo que su influencia sobre las gemelas ha empezado a ser muy negativa.

—¿A qué se refiere?

—He tenido que quitarles sus novelas románticas. Se pasaban el día leyéndolas y suspirando. —Volvió a bufar—. ¡Jane Austen! Bobadas.

—Pues no sé qué decirle. Aunque narraba historias románticas, lo más valioso de la señorita Austen se fundaba en la ironía con la que sabía reflejar el mundo real. Era una gran autora que gustaba mucho al rey.

—¿Acaso la has leído?

—Pues sí. Un verano que me aburría, le pedí un libro a Ruthie y me dejó «Orgullo y prejuicio». Y debo decir que me encantó. De hecho, luego me leí sus otras novelas, todas las que escribió.

—Tonterías. —La tía Hetty agitó una mano en el aire—. Las novelas en general deberían estar prohibidas, aturden el entendimiento de las jóvenes con sus fantasías. Así están tus hermanas, soñando que van a encontrar un

hombre que convierta la sangre de sus venas en champán.

James arqueó una ceja.

—Caramba, tía Hetty. Menuda imagen. Casi puedo sentir las burbujas.

—Yo también he sido joven, a ver qué te has pensado. Pero he tenido la cabeza en su sitio, siempre. —Parpadeó, los ojos velados por algún recuerdo—. Incluso cuando me costó un esfuerzo enorme conseguirlo.

Eso le sorprendió. La miró con interés.

—¿Va a contarme algo?

—No seas curioso —le regañó, pero rio entre dientes—. Los asuntos del pasado deben quedarse en el pasado. Sobre todo cuando ya son tan antiguos.

James sonrió.

—Eso pensaba. —Se volvió para mirar hacia la pista de baile, a través de las grandes puertas. Justo le dio tiempo a ver a Lizzie, bailando con otro joven. Parecía muy feliz. Le brillaban los ojos—. La verdad, tía, quizá no sea tan mala idea lo de casarse por amor. Yo mismo, al final, podría sentirme tentado de hacerlo.

—¿Ah, sí? —Su tía se mostró muy sorprendida. Normal—. Nunca habías mostrado tal predisposición. —No, desde luego. Pese al juramento de los Keeling, él siempre había pensado que tendría que asumir un matrimonio conveniente, por el bien de todos—. ¿Y puedo saber a quién elegirías?

La imagen de Bethany Howland pasó otra vez por su mente. Qué absurdo.

—No lo sé. Pero no me importaría que fuera alguien sin título o con uno inferior al mío. Ni que careciese de fortuna.

—Pero ¿qué dices? —Le miró asombrada—. ¿Qué locura es esa, sobrino? ¿Ves a lo que lleva leer esas novelas? ¡Eres el duque de Gysforth, te debes a tu linaje más incluso que tus propias hermanas!

—¿Y qué hay del amor, tía?

—¿Amor? —repitió con desdén—. Por favor, Gysforth, ¿acaso no has escuchado nada de lo que siempre estoy diciendo a tus hermanas? Además, tú eres un hombre. Puedes tener todas las amantes que quieras para darte amor,

pero para casarte necesitas un valor seguro, algo que afiance tu economía y tu estatus, y por ende los de tu familia. Te conseguiré una duquesa, como poco, y con la mayor fortuna posible, y, gracias a ello, los Gysforth del día de mañana continuarán formando parte de las personas que cuentan de verdad en sociedad.

—Yo no creo que... —quiso argumentar, pero su tía no se lo permitió. Siguió con su perorata.

—¿Por qué los jóvenes nunca se paran a reflexionar? ¿No te das cuenta de que se lo debes a tus hijos, pero también a tus antepasados, esos que se sacrificaron para que tú disfrutases ahora de tu posición y tus lujos? —James encontró en la idea una verdad incómoda, y guardó silencio. Su tía sonrió, al darse cuenta de que había ganado—. Deja que el resto de la humanidad, esa enorme multitud de gente insignificante que hay fuera de estos muros, se case con aquellos que son más acordes a sus ensueños románticos. En su caso, da igual. Bien sabemos que esos matrimonios no irán a ninguna parte, no perdurarán, se desvanecerán por siempre en el olvido de la historia. Nosotros, no. Nosotros permanecemos.

—Eso que dice es terrible.

—También es justo. Y es ley de vida, mi querido muchacho. De hecho, los de nuestro rango necesitamos que así sea. ¿Lo ves? —Señaló hacia la noche estrellada—. Las estrellas brillan en el cielo nocturno porque todo el resto es oscuridad.

La vizcondesa Waugh apareció en ese momento y se acercó a lady Morton, con la intención de hacerle una consulta en privado, lo que le dio un respiro. James se disculpó con las dos mujeres y volvió al interior, decidido a no pensar en nada que pudiera aumentar su dolor de cabeza.

Cogió una copa de champán, contempló a las parejas que bailaban y se preguntó qué estaría haciendo lady Bethany en ese mismo momento.



## CAPÍTULO 9

Bethany despertó de un sueño dulce y muy intenso, en el que caminaba con su padre por la ribera del Brightwaters, el río, apenas un arroyo grande, que pasaba junto a Saxonshare Manor. La brisa acariciaba la hierba y traía aromas del bosque; todo estaba exactamente igual en el paisaje que recordaba, excepto un roble enorme que crecía junto al edificio, algo que sabía que estaba totalmente fuera de lugar.

Pero a Bethany no le importaba, porque sentía que encajaba bien allí. Custodiaba el sueño de unos ancianos enamorados.

Un pájaro cruzó el cielo. Algo brilló en el agua.

—Mira, Bethy —le dijo su padre, con aquella voz amable y cálida que nunca podría olvidar—. Eso es...

Notó un peso cálido. Algo húmedo y repugnante en su boca.

¿Una lengua?

Bethany abrió los ojos. La habitación estaba en penumbras, apenas entraba el suficiente resplandor de la calle como para atisbar las formas, pero no necesitó más para comprender que tenía encima un hombre, alguien que se había metido en su cama. ¿Freddy? ¡Sí, claro que era él! Pudo captar su olor, mezcla del sudor y la colonia, además de los efluvios del alcohol que había tomado.

Pero ¿qué pretendía? ¿Besarla? Apartó la cabeza, con asco, y empezó a forcejear.

—Quieta... —le oyó decir—. Quieta, Bethy. No opongas resistencia. Tenemos que hacerlo. Vamos a hacerlo y tendrás que casarte conmigo. ¡Así se acabarán todos nuestros problemas!

—¡No! ¿Qué pretendes? —Violarla, claro. Si lograba hacerlo y llegaba a saberse, se vería obligada a casarse con él o sería objeto de la mayor censura social. Ya no podría casarse con ningún otro, estaría convertida en mercancía

dañada. En los tiempos que vivían, poco importaba el modo en que hubiera ocurrido. El matrimonio sería lo único que podría salvarla, y no del todo. Y seguro que aquel canalla se ocuparía de extender la noticia—. Quita. ¡Apártate o haré que te detengan, maldito canalla! ¡Haré que te ahorquen!

—Sabes que no es cierto. Nadie te creerá. Yo soy el conde de Saxonshare. Afirmaré que me tentaste, y todos dirán que lo hiciste para poder seguir aferrada al título.

—¿Que yo te tenté? ¡Valiente rufián! —Le arañó la cara con rabia. Él le dio una bofetada. Pelearon. Nada, imposible escapar de allí—. ¡Suéltame! ¡Déjame te digo! ¡Señor Briggs! ¡Claire! ¡Claire!

Era poco probable que la oyeran, porque ambos dormían en el semisótano que tenía la casa, en sus propias dependencias. Pero, aun así, Freddy le tapó la boca y se acercó tanto que sus narices se tocaron.

—Te advierto que me da igual si vienen —susurró—. No creo ni que intervengan cuando les diga que, hacernos con ese dinero que dejó reservado tu padre, es la única forma de que cobren sus miserables sueldos. —La zarandeó—. ¿Qué, primita, no estabas tan preocupada por ellos? Pues entra en razón de una maldita vez. Venga, no tienes que hacer más que lo que hacen todas las mujeres del mundo: dejar que suceda. Solo serán dos minutos. Pasará rápido.

Dicho eso, se irguió, le rasgó el camisón por el cuello y empezó a subirlo por debajo, presionando para situarse entre sus piernas. Bethany pudo sentir en los muslos la dureza húmeda de su pene, pequeño pero muy excitado y decidido a penetrarla.

Preso del pánico, extendió la mano hacia la mesilla, cogió lo primero que encontró, la botellita del agua, y se la rompió en la cabeza. La cama se llenó de cristales y ambos se empaparon, pero al menos logró apartarlo de un empujón.

—¡Fuera de aquí! —gritó, histérica, alejándose tanto como pudo—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

—¿Estás loca? —Freddy retrocedió torpemente hacia el borde de la cama,

se llevó las manos a la cabeza y las apartó cubiertas de algo que brilló en oscuro bajo la luz de la noche. Sangre. Mucha sangre—. ¡Me has matado! — exclamó, antes de caer redondo al suelo.

Bethany se quedó horrorizada. Durante unos momentos fue incapaz de reaccionar; luego, se arrastró por la cama hasta asomarse, estiró una pierna y le dio un puntapié. El cuerpo se agitó ligeramente, pero nada más. Alrededor de su cabeza empezó a verse el reflejo de un charco de sangre que se extendía poco a poco por la madera.

¡Era verdad, le había matado! Angustiada, se pasó las manos por el pelo, tirando de algunos mechones, con el rostro arrasado en lágrimas, ahogada por un aullido que no quería lanzar. ¿Y qué dirían todos? Que era de esperar, seguro. Que le odiaba con todas sus fuerzas por haberse quedado con el título y la fortuna de su padre. Que, por si eso no fuera suficiente, Freddy estaba despilfarrándolo todo con su vicio del juego, algo que les había llevado a la más completa ruina, y que ella, desesperada, había decidido tomarse la justicia por su mano.

Incluso aunque llegasen a aceptar que intentó violarla y que ella se defendió como pudo, algo así no justificaría su muerte, de ningún modo, solo haría más jugosos los rumores. Hasta podían acusarla de haberle incitado. El asesinato del joven conde de Saxonshare en unas circunstancias tan sórdidas sería un escándalo recordado en Londres durante meses, años quizá. Y seguro que ella terminaba en la cárcel, donde le harían la vida imposible y de donde no saldría jamás, consumida por las humillaciones, las privaciones y las enfermedades.

Recordó la imagen de los presos por deudas, en la prisión de Fleet, a los que se les permitía asomarse a la reja que daba a la calle Farringdon para pedir limosna y poder así pagar sus gastos dentro de la propia cárcel. Esas pobres almas perdidas, atrapadas, destruidas ya para siempre...

Y, ellos, solo estaban allí por deudas. Incluso, a veces, ni eso. En ocasiones no eran más que familiares a los que se permitía compartir encierro con el preso, en vez de vagabundear sin nada por las calles. Mujeres y niños

inocentes, no auténticos delincuentes sentenciados en juicio.

Podía imaginar lo que podía ocurrirle a alguien juzgado y condenado por asesinato. La torturarían, la violarían, la humillarían de mil formas distintas, hasta hacerle desear la muerte. ¿Para qué sufrirlo? Ya, de salida, prefería morir a tener que pasar por algo así.

No, no podía afrontarlo. Huiría. Eso era, saldría de allí lo más rápido que le fuese posible. No podía quedarse ni un minuto más en esa casa, junto al cadáver de Freddy. Tenía que irse de allí de inmediato.

A todo correr, sacó del armario una bolsa de viaje, la llenó precipitadamente con lo primero que fue encontrando, sin fijarse, tratando en todo momento de evitar la visión del cuerpo de su primo. Se vistió y se puso la capa y el sombrero.

Solo entonces titubeó. ¿Adónde ir? ¿A quién recurrir? A nadie, claro... Sobre el escritorio tenía la lista de amigos de su padre, caballeros a los que había pensado escribir para pedir trabajo de institutriz o acompañante, pero esto era muy distinto. No podía presentarse en sus casas con semejante problema.

Nada, no podía contar con nadie. Estaba completamente sola en la vida, una sensación terrible, que parecía tener peso propio y le provocaba un vacío en el pecho. Iba a tener que salir adelante por sí misma.

Lo mejor que podía hacer era adoptar otra identidad, la de una doncella que buscaba trabajo por ejemplo, y abandonar el país. ¡Al menos, huir cuanto antes de Londres! Sí, si continuaba allí, la detendrían, era cuestión de horas. Podía caminar hasta algún lugar apartado donde coger un transporte y viajar a Liverpool o a Bristol, y allí subirse al el primer barco que partiese para cualquier lado.

Lamentaba perder el dinero que la estaba esperando en el banco, pero le importaba más su libertad. Además, todavía quedaban dos años para poder acceder a esos fondos, quizá más adelante pudiera solucionar las cosas. Pero, en esos momentos, no podía quedarse, no podía. Estaba aterrada y todavía aturdida por lo ocurrido.

Se embozó bien con un chal, cogió su bolsa y salió de la casa, tratando de asegurarse de que no la viese nadie. Tras mirar un momento a derecha e izquierda, sin saber qué elegir, se internó en las calles de Londres, que le pareció más extraño y ajeno que nunca. A pesar de la luna, la noche era bastante oscura, la ciudad no tardaría en tragársela. El olvido.

Ojalá ella pudiera olvidar, pero lo dudaba mucho. Sentía la cabeza a punto de estallar, como si fuera una máquina de vapor a toda presión. Todo pasaba continuamente, de un lado a otro. Miedo. Soledad. Huir, huir, huir... Y, sobre todo, Freddy. De niño, de adulto, de ser humano, de monstruo... Le costaba conciliar la idea de que el hombre que se había metido en su cama, el que había matado, era el mismo con el que había crecido. El pequeño Freddy, que cuando se le caían los dientes de leche se los daba a su prima mayor. Juntos, los escondían en el bosque de Mauve Meadow, porque eran golosinas para las hadas.

«¡Así vendrán a buscarlas y podremos verlas, Bethy!», le decía, con su lengua de trapo. Freddy, un querubín de rizos rubios y ojos azules, se aferraba a su mano, aterrado ante la idea de perderse entre los árboles si tomaba un camino incorrecto.

Qué lejos quedaba aquello, qué triste cómo había terminado todo, en la violencia de ese dormitorio. Desbordada por la pena y la desesperación, Bethany volvió a echarse a llorar. Lloró por ella, pero también por aquel niño inocente, por el joven tímido y de buen corazón que se perdió en el sendero equivocado del bosque de la vida, y se convirtió en el monstruo de la historia. Ese ser horrible y desquiciado que había intentado violarla.

Estuvo caminando durante mucho tiempo, horas quizá. A ratos, no pensaba en nada, no veía nada, solo mantenía la mirada perdida al frente; por eso, no se dio cuenta de que el paisaje a su alrededor iba perdiendo progresivamente brillo, limpieza y esplendor, y se fue volviendo más y más gris, sucio, decadente. Cerca ya del amanecer se topó con la orilla del Támesis, a saber a qué altura. Entremezclado con el murmullo húmedo del agua, oyó risas y música. ¿Una taberna?

Bethany se estremeció, percatándose repentinamente de que estaba hambrienta, cansada y tenía mucho frío. ¡Lo que daría por un simple cuenco de gachas o un té bien caliente! ¿Y si se acercaba hasta allí? No, mejor no. No le apetecía toparse con unos borrachos y tener una escena, esa noche ya había tenido suficiente violencia por el resto de su vida. Además, podían estar buscándola ya, mejor no correr riesgos y esperar a salir de Londres. El problema era que ya no sabía dónde estaba. Ni siquiera tenía ni idea de dónde quedaban los puntos cardinales.

Las calles eran más estrechas, más lúgubres a cada paso. No supo en qué momento empezó a sentirse vigilada. Miró varias veces alrededor, pero no vio nada, hasta descubrir una figura menuda, en una esquina. ¿Un niño? Eso parecía. Delgado y bajito, era todo huesos, piel sucia y andrajos. Y ojos, unos ojos enormes y brillantes que la contemplaban sin un solo pestañeo. No eran ojos infantiles.

Aun así, en cualquier otra circunstancia le hubiera llamado con una sonrisa y hubiese intentado ayudarle, pero no esa noche. Era un tiempo de peligros y oscuridad, de zozobra, y no tenía ni ganas ni fuerzas para hablar con él. Bethany y el niño se miraron fijamente unos segundos. Luego, ella siguió su camino. Le dio la impresión de que sus pasos resonaban atronadoramente en la acera, y trató de volverlos silenciosos, pero sin bajar la velocidad.

Más adelante, encontró una iglesia, en una especie de isleta rodeada de calles. ¿Y si pedía ayuda al párroco? Al menos esa taza de té que tanto necesitaba... Temblando de pura anticipación se dirigió hacia allí, pero se detuvo a pocos metros, al ver varias mujeres yendo y viniendo. Pasó un coche, elegante, y unas cuantas se acercaron a él. Oyó voces, risas...

De pronto, dos de las mujeres empezaron a pelear a gritos, insultándose de una forma soez con voces borrachas. Cuando la cosa llegó a las manos, una tercera aprovechó para colarse en el vehículo, que volvió a ponerse en marcha de inmediato. Las otras dos lo siguieron corriendo, dando gritos y golpes en la portezuela. Una de ellas llevaba roto el corpiño y podían verse sus pechos, grandes y pesados, dando botes sin ningún control. No parecía

importarle nada.

Prostitutas. Bethany las contempló con tristeza. Qué terrible, qué lamentable destino, qué vidas más desperdiciadas. Mujeres sucias, malnutridas y apestando a aguardiente; el reflejo oscuro del magnífico Londres al que ella había pertenecido hasta esa noche, donde siempre había de todo, y en grandes cantidades. Tenía la sensación de haber caído en un abismo negro, muy negro y muy profundo, del que no sabía cómo iba a poder salir.

Siguió caminando, aunque tan solo avanzó un par de calles más hasta darse cuenta de que sus pasos tenían eco.

Se detuvo.

—¿Te has perdido, niña?

La voz la sobresaltó y se giró de un salto. A su espalda, vio una mujer entrada en años, vestida completamente de negro, que sonreía con los cabellos blancos mal recogidos en un moño de rodete. Sus mechones sueltos, sucios y encrespados, le hicieron pensar en una medusa anciana, dispuesta a convertirla en piedra allí mismo. Claro que, para conseguirlo, habría tenido problemas.

Pese a la escasa luz, pudo ver que tenía un ojo estrábico, lo que volvía incómodo el mirarla de un modo directo.

—No, yo... —Bethany se sintió inquieta. Dijo lo primero que se le ocurrió—. Acabo de llegar a la ciudad.

La mujer sonrió más todavía. Estaba casi completamente desdentada.

—¿En serio, querida? ¿A estas horas? —Sí, era un poco absurdo. ¿Qué hora sería? A saber. Muy tarde—. Dime la verdad, ¿te has escapado de casa?

—¡No! He venido... he venido a Londres a buscar trabajo de doncella, en una buena mansión.

—Ah, entiendo. —Las pupilas de la mujer se dirigieron a sus manos, o quizá a la buena tela de su chaqueta, a saber—. ¿Y cómo te llamas?

No se le había ocurrido buscarse un nombre falso para su identidad falsa.

De todos modos, reaccionó rápido.

—Claire —dijo. Conocía lo bastante a Claire como para poder hacerse pasar por ella, de ser necesario—. Claire Briggs.

—Muy bien. Pues puedes venir conmigo si quieres, señorita Briggs. Pareces muerta de frío, pobre corderita asustada. Te daré una rica taza de té para que entres en calor y te ayudaré en lo que pueda. Seguro que encontramos una buena casa en la que puedas trabajar.

—No, no quiero té. —Ni loca tomaría nada de nadie desconocido, y menos de ella, pero necesitaba ayuda para salir de allí o, al menos, saber dónde estaba—. ¿Puede decirme el nombre de esta calle?

—Claro. Se llama Mitre Street. Eso de ahí —señaló un ensanchamiento poco más adelante—, es Mitre Square. La iglesia que has visto ahí atrás es Saint Botolph's Aldgate.

Ninguno de esos nombres le decía nada. Bethany hizo un gesto de desaliento.

—Creo que me he perdido.

—Eso se nota a distancia, criatura. Pero no te preocupes, yo te lo resumo: estás en uno más de los muchos rincones podridos del distrito de Whitechapel, así se lo lleve Satanás a lo más profundo.

Whitechapel... No había estado nunca por allí. Debió aprovechar mejor su estancia en Londres para conocer bien la ciudad y no limitarse a recorrer los sitios que recordaba de niña. Miró la calle miserable en la que estaba. Normal que su padre no la hubiese llevado nunca a un lugar así.

—¿Sabe dónde podría conseguir un coche o un caballo, para salir de Londres? Si me ayuda, le pagaré bien.

La mujer arqueó una ceja.

—Bueno, tengo un amigo barquero que podría llevarte por los canales hasta la mismísima Escocia, a cambio de unas pocas monedas.

Los canales, claro. Un sistema de transporte usado desde antiguo y que en esos momentos recorrían prácticamente toda Inglaterra.



—¡Sí, eso sería perfecto!

—¿Pero acabas de llegar a Londres a buscar empleo en una mansión y ya quieres irte, niña? —No supo qué replicar a eso. La mujer rio, un sonido silbante y desagradable—. Era una broma. No te preocupes. No seré yo quien se meta en la vida de nadie. Anda, ven conmigo.

Bethany no terminaba de fiarse de ella, pero no tenía ni idea de adónde ir y no quería seguir dando tumbos por aquel barrio poco recomendable, de modo que optó por el mal menor. La siguió, manteniendo la distancia, dispuesta a salir corriendo en caso de que quisiera acercarse o tocarla.

Pero no había dado ni media docena de pasos, cuando dos sombras surgieron de la oscuridad y se abalanzaron sobre ella. Antes de que pudiese emitir el más mínimo sonido, un hombre grande y fuerte le tapó la boca y la levantó en volandas, sujetándola por la cintura tan fuerte que le hacía daño. Cuando dejó caer la bolsa y empezó a pelear para soltarse, el otro le cogió las muñecas. Se las retorció hasta juntarlas y, con un movimiento que hablaba de mucha experiencia, se las ató con una cuerda que llevaba preparada.

—Calla, zorra —ordenó el hombre de atrás—. Ni una palabra.

Cuando estuvo seguro de que iba a obedecer, le quitó la mano con la que la amordazaba. Casi mareada de puro pánico, Bethany vio que había más gente a su alrededor. ¿Niños? Sí, una muchachita con pantalones, dos pelirrojos que iban de la mano, y también estaba el pequeño de ojos inmensos que la había vigilado antes. Niños que hubieran debido estar durmiendo o jugando, no en aquel rincón, siendo testigos de esa escena terrible.

Bethany apenas pudo concederles un vistazo, porque la vieja se estaba acercando, balanceando su figura de una forma grotesca, hasta quedar a poco más de un paso.

—Estate quieta, niña, será lo mejor para todos —le dijo—. No nos gustaría tener que hacerte daño.

— Suélteme... ¡Suélteme! —Forcejeó, aunque sabía que era inútil. De hecho, el hombre que la había atado dio un tirón y sintió un dolor enorme cuando los nudos de aquella cuerda áspera se incrustaron en su piel—. ¡Ah!

¿Qué quieren de mí?

—Todo. —La vieja la agarró por la barbilla y examinó su rostro—. Preciosa. Realmente, preciosa. —Lanzó una carcajada que le provocó un escalofrío—. Claro que, es lógico. La vieja Black Penny siempre encuentra lo mejor.

Hizo un gesto y Bethany recibió un fuerte puñetazo en el estómago, que la dobló sobre sí misma y la dejó sin aliento. Aturdida, sintió que la arrastraban hacia la pequeña plaza que le habían indicado antes, donde la subieron a un carro. Intentó oponerse, pero no sirvió de nada. Arrojaron su bolsa a un lado, aunque la vieja se sentó cerca, la abrió y empezó a comprobar su contenido, dando gruñidos de satisfacción. Quiso girarse y protestar, pero la sujetaron.

—Quieta —ordenó uno de los matones, que se tumbó a su espalda para retenerla en el fondo. Bethany captó su tufo a sudor y suciedad. No quería que la tocara. No quería que respirase así, tan cerca, junto a su oreja, provocándole esa repulsión con su aliento a dientes podridos. El corazón golpeaba con fuerza contra su pecho. ¿Qué pasaba? ¿La estaban raptando? ¿Qué iba a ocurrirle?

Por suerte, el trayecto con el carro fue breve, y pudo divisar parte del exterior a través de los huecos de las tablas. Así, en un caos de imágenes, comprobó que abandonaban el empedrado roto de la calle y se dirigían hacia un edificio encajonado entre una fábrica de cerveza y un callejón, al otro lado del cual parecía haber un almacén abandonado.

La brisa nocturna hacía oscilar el cartel de madera que pendía junto a su puerta, con lo que parecía un ojo pintado en vertical. Tenía el iris en rojo.

¿Una taberna? Seguramente, daba esa impresión por el ruido, la música, las risas y las voces, pero a ella la metieron por el callejón hasta lo que debía ser una entrada trasera.

Una vez en el interior, la subieron por unas escaleras. Los pasillos estaban llenos de puertas, generalmente cerradas, aunque una mujer semidesnuda la miró con mala cara, apoyada en el umbral de una de ellas. De muchas surgían más risas, voces e incluso gritos de placer. No, no era una taberna, era un

burdel. Bethany trató de soltarse por sorpresa para salir corriendo, pero la sujetaron, la golpearon y la llevaron hasta una habitación, en el ático.

Allí, la arrojaron sobre un colchón de paja que había en el suelo, el único mobiliario del sitio, y salieron. Se oyó un sonido rotundo de pestillo moviéndose para cerrar.

Aterrada, Bethany se puso en pie y golpeó la puerta.

—¡Déjenme salir! ¡Déjenme salir de aquí! ¡Socorro!

Ni caso, y eso que estuvo dando golpes con todas sus fuerzas hasta que se agotó por completo. Ni siquiera aparecieron los matones a intentar hacerla callar, no le dieron mayor importancia. Lógico. Con todo el ruido que había abajo, gritos incluidos, nadie podría oírla. O quizá la oían pero era algo que consideraban normal.

Visto lo visto, se dirigió a la ventana y la examinó. Estaba asegurada con clavos, aunque no se habían esmerado mucho, la mayor parte tenían la cabeza lo suficientemente fuera como para poder hacer presión y aflojarlos. Estaba en el ático de un edificio de dos pisos. Arriesgarse a bajar desde allí podía ser una locura, pero no le importaba intentarlo; a lo que no estaba dispuesta era a quedarse allí ni un segundo más de lo necesario.

Miró a su alrededor, buscando algo con lo que ayudarse. En aquel sitio mugriento, solo encontró un trozo de madera. Tendría que servir. Armada con él, fue aflojando los clavos.

Pasó el tiempo. Poco a poco, las voces y la música menguaron hasta prácticamente desaparecer. Amaneció. Estaba contemplando aquella luz, deseando poder alcanzarla, cuando oyó ruido en las escaleras. Bethany corrió hacia el colchón, se sentó y escondió debajo su trozo de madera.

Solo entró una mujer, para dejar una bandeja con gachas y un cuenco de agua.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué me retienen aquí? —preguntó, pero ella ni la miró. Bethany se puso en pie y extendió una mano en su dirección—. Por favor, por favor, me llamo lady Bethany Howland, soy hija del conde de Saxonshare —añadió, en un rápido susurro. Saber que se trataba de una noble

la sobresaltó, fue evidente, pero la mujer siguió caminando hacia la puerta—. Si me ayudas a escapar, te pagaré bien.

Eso sí que consiguió pararla. La miró de reojo.

—No puedo dejarla escapar —replicó, en el mismo tono bajo y apresurado—. Además, la volverían a capturar antes de que lograra salir de la casa.

—Está bien. Pero puedes avisar a alguien. ¿Lo harías? —Un gesto, quizá un asentimiento. Optó por considerarlo como tal—. Por favor, ve a buscar a...

¿A quién? No podía pedir que fuera la Guardia, la encerrarían por el asesinato de Freddy. Y no conocía a nadie en Londres. A nadie, excepto...

«Por favor, permita que me redima de algún modo», había dicho lord Gysforth.

Bethany contuvo el aliento. ¿La ayudaría él? Quizá. Al margen de aquel desagradable asunto de la apuesta, parecía un buen hombre.

—¿A quién? —preguntó la mujer, mirando preocupada hacia la puerta—. ¡Rápido!

—Al duque de Gysforth. —La otra abrió los ojos al máximo—. Vete a Gysforth House, entre el Pall Mall y el Mall, en el distrito St. James. Pregunta a cualquiera, no tiene pérdida.

—¿Qué? ¡Yo no puedo ir allí, milady! ¡Me detendrán nada más me acerque por la zona! ¡Creerán que fui a robar!

Sí, lo más probable, yendo con aquel aspecto sucio y vestida con andrajos. ¿Cómo podía conseguir que la dejaran en paz? Se le ocurrió una idea. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó su pañuelo. Como todos los suyos, era del mejor hilo, con un bordado que seguía todos sus lados, pero que se ampliaba en una de las esquinas. Un trabajo fino y evidentemente muy caro.

—Lávate la cara, péinate un poco y lleva este pañuelo. Si alguien te para en la calle, di que tienes que llevarlo a Gysforth House, que te lo prestó una de las hermanas de lord Gysforth, y que te dijo que se lo llevaras, que quería darte trabajo en sus cocinas. Cuando llegues a la casa, pregunta por el duque.

Dile que te mando yo. Que me ayude, por amor de Dios.

—No sé...

—Hazlo, te lo ruego, será fácil —intentó animarla—. Dile dónde estoy, lo que ha ocurrido. Él le pagará bien. Además, puedes quedarte con el pañuelo, podrás venderlo por muchos chelines.

La mujer no dijo nada, pero cogió el pañuelo. A saber si decidía venderlo por ahí sin más y dejarse de complicaciones. En cualquier caso, tenía que confiar en que cumpliera el encargo.

Necesitaba recuperar fuerzas. Bethany comió las gachas, que sabían fatal pero al menos estaban calientes, y bebió el agua, que no fue suficiente para mitigar su sed. Luego, estuvo trabajando un par de horas más con los clavos hasta que, agotada, se tumbó en el colchón y se quedó dormida.

## CAPÍTULO 10

Agotado por el largo día anterior, James durmió hasta pasadas las nueve.

Se levantó apresurado y ya, mientras se vestía, envió al señor Scrubbs, su ayuda de cámara, a dar aviso a George Speechley de que quería hablar con él cuanto antes. Necesitaba que pusiera en marcha el asunto de la tutela de lady Bethany de inmediato. También quería calibrar cuál era la cantidad rescatada de manos de Saxonshare, y ver cómo solucionar las posibles deudas que pudieran salpicar a la muchacha.

George llegó cuando estaba en la mesa del desayuno y, aunque James le invitó a tomar un café con él, permaneció de pie recibiendo instrucciones, con la misma atención diligente de siempre.

«Si alguien sabe dónde están los malditos límites, y alguno más, ese es George Speechley», pensó malhumorado, recordando su conversación con la tía Hetty. Pobre George, de verdad que esperaba que no tuviese intenciones románticas con Ruthie, porque no se lo iban a poner fácil. Y eso que, a él, le hubiese encantado un enlace así para su hermana. George era responsable y afectuoso, sería un buen marido para cualquier mujer y hubiese podido hacer muy feliz a la romántica y soñadora Ruthie Keeling.

Lamentablemente, *lady* Ruth Keeling no tendría esa suerte.

Gracias a la diligencia de George, se enviaron los mensajes necesarios y los abogados de James se presentaron en su casa a la hora acordada con un primer borrador de los documentos solicitados. Saxonshare, al que también había hecho llamar, llegó tarde, pero al menos se presentó, lo cual era ya todo un éxito. James había temido que cargase con una resaca demasiado grande como para mantenerse en pie.

—¿Y lady Bethany? —preguntó al verle entrar. En su nota, también había indicado que quería que la muchacha estuviese presente. Dudaba que pusiera pegas a la idea del traspaso de la tutela, pero de todos modos quería

consultarlo con ella.

Saxonshare carraspeó.

—Eh... No está.

—¿Que no está? ¿Qué significa eso?

—Exactamente lo que parece. Esta mañana cogió algunas cosas y se fue.

—¿Se fue? ¿Adónde?

—Ni idea. —Se encogió de hombros, con un gesto impaciente—. ¿Cómo podría saberlo? ¡Ni siquiera se despidió de mí!

James le estudió atentamente. Saxonshare tenía unos arañazos bastante profundos en la mejilla y una herida en la cabeza, que alguien había vendado con poca maña. ¿Qué demonios habría ocurrido? Se temía lo peor. Tuvo que contenerse para no coger de inmediato a aquel idiota por el cuello, más que nada porque no era aconsejable perder los nervios frente a los otros caballeros, pero no pensaba dejarle salir de ese despacho sin saber toda la verdad.

Se dirigió al mayor de los abogados, el socio principal de *Lanfort, Gillian & Benson*:

—Señor Lanfort, por favor, haga uso de todos sus contactos y que la busquen de inmediato. Remueva la ciudad de lado a lado de ser necesario, pero encuéntrela.

El hombre asintió. Si estaba sorprendido, no lo demostró, aunque, la verdad, no se trataba de alguien acostumbrado a usar demasiadas expresiones. La de «viejo abogado inexpresivo» era la más habitual.

—Por supuesto, Su Gracia.

Dio unas indicaciones a uno de sus ayudantes, que salió de inmediato hacia las dependencias más cercanas de la Guardia. Con suerte, encontraría a sir John, el sheriff de la zona, él sabría qué medidas inmediatas tomar, aunque no pudieran ser muchas. James lamentó, una vez más, que todavía no hubiese un cuerpo de policía bien organizado en la ciudad. Londres había crecido mucho, demasiado para continuar con el viejo sistema de la Guardia.

Esa era una de las grandes batallas que James mantenía en el mundo de la política, la creación de una policía moderna. Hubiera parecido que se trataba de algo fácil de conseguir, pero no. Aunque le resultara incomprensible, en eso, como en todo, siempre había gente que estaba en contra de cualquier avance.

En este caso, la oposición a sus propuestas de reforma estaba encabezada por el duque de Dankworth, un *tory* partidario del mantenimiento del sistema tradicional de la Guardia. Sus razones se basaban, más que nada, en vaguedades. Él y su mano derecha, lord Kennerath, no perdían ocasión de recordar que las calles de Londres podían estar oscuras y resultar cada vez más peligrosas, no lo negaban, pero desde siempre se sabía que la noche era un tiempo peligroso y que había que quedarse en casa.

Además, ante cualquier emergencia que obligase a salir, una persona de bien se movía por ellas sin mayor problema, siempre que fuera debidamente escoltada. La aristocracia era muy capaz de defenderse por sí misma de ser necesario. Y ahí estaba la Guardia, para terminar de dar una cobertura suficiente.

Por lo tanto, organizar algo como una policía uniformada profesional, no solo resultaba innecesario, sino que entrañaba serios peligros. Al fin y al cabo, no dejaba de implicar una cesión de parte del poder y la autonomía de los ciudadanos. Suponía crear una nueva fuerza armada en manos del estado, que podía derivar en una red de agentes espías por toda la ciudad.

A esto se le añadía otro dato importante: había que tener muy en cuenta que serían plebeyos a sueldo. ¿Uno de esos nuevos policías iba a tener autoridad sobre un par del rey, por ejemplo? ¿Podrían detenerle a él, al duque de Dankworth, por la calle? ¿Podrían faltarle al respeto a unas damas de posición, exigiéndoles nada? Inconcebible, de todo punto de vista.

James no podía entender que se diera prioridad a esos temas antes que a la seguridad; que se prefiriera ser robado antes que permitir un control de la situación por parte de una policía bien organizada. Pero, a pesar de lo absurdo de sus argumentos, Dankworth tenía sus partidarios.



Daba igual, el sistema de la Guardia tenía los días contados. Gracias a las gestiones que estaba haciendo James con otros convencidos de la causa, como el propio ministro de interior, sir Robert Peel, presionando aquí y allá, organizando y trabajando en comisiones, con un poco de suerte en pocos años, no más de dos o tres, la reforma saldría adelante y la policía metropolitana de Londres sería todo un hecho.

Pero, hasta entonces, contaban con lo que había, la Guardia: poco más que unos cuantos hombres mal pagados para patrullar las calles por las noches, detener a borrachos o alborotadores, vigilar ante posibles incendios y custodiar las puertas. Algo muy insuficiente en una ciudad tan grande y complicada como era el Londres del momento.

Para solucionar el problema de Bethany, James tenía además a sus abogados y sus propios hombres armados, que podía ampliar de necesitarlo. Incluso podía pedir ayuda al rey y utilizar recursos de la Corona... Consideró la posibilidad, pero prefería no tener que hacerlo, porque su antipatía por George IV no había dejado de aumentar con el paso del tiempo. Claro que, si tenía que tragarse su orgullo y pedirle el favor por el bien de Bethany, lo haría.

¿Dónde se habría metido? Londres era una bestia gigantesca y hambrienta, en la que desaparecían muchas mujeres, algunas incluso de buenas familias. Por su mente pasó la imagen de Minerva Ravenscroft, la hermana pequeña de Arthur, tan hermosa y vital. ¿Ocurriría lo mismo con Bethany? ¿Desaparecería por siempre? No, él no iba a permitirlo. La idea de no volver a verla jamás le provocaba un frío extraño en el interior. No quería ni pensarlo.

De todos modos, no debía ponerse en lo peor. Quizá Bethany estaba tranquilamente alojada en una casa de huéspedes, refugiada allí tras su posible pelea con Saxonshare, pero no se quedaría tranquilo hasta localizarla.

Esperó a que Lanfort y el resto de su equipo hubiesen terminado de pulir los documentos con las peticiones del conde, siempre limitadas cuidadosamente por James, los leyó atentamente y los firmó con Saxonshare,

que apenas les echó un vistazo nervioso por encima para asegurarse de que se mencionaba correctamente su generosa renta de seis mil libras anuales. Luego, invitó a todos a una copa de oporto y, al despedirles, pidió al joven que se quedara un momento más.

Tuvo que reconocer que hizo notables esfuerzos para escapar de la casa con los abogados, pero no se lo permitió.

—¿Se puede saber qué es lo que quiere? —le preguntó, con un tono insolente que raramente alguien se atrevía a usar en su presencia. James frunció el ceño. «Contrólate», se dijo.

—Ya lo sabe. Hablar de lady Bethany.

—Y yo ya le he dicho todo lo que sé. No sé dónde ha ido ni por qué. Cogió sus cosas y se marchó.

—O sea, que su argumento es que se levantó esta mañana, preparó el equipaje y se marchó, sin despedirse, sin más. Permítame que le diga que nadie hace eso porque sí. ¿Qué razones tuvo ella?

Saxonshare apartó la vista. Mala señal.

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Ya. —Avanzó hacia él y le enfrentó, las manos cruzadas a la espalda, asumiendo el porte militar que solía utilizar John Keeling, el gran general, cuando quería imponerse sobre el resto de los mortales, incluidos sus hijos—. Esos arañazos y esa herida que tiene, ¿no estarán relacionados con su marcha?

Le vio temblar. Siguió con los ojos clavados en un punto indeterminado, allá a la izquierda. Lejos.

—No.

—¿Dónde y cómo le hirieron?

—En... en un burdel. Fue... un accidente. Jugando, ya sabe.

«¿Ya sabe?». Valiente patán...

—Mentiroso.

—¿Cómo se atreve? —exclamó el joven, intentando indignarse pero sin

provocarle. Una tarea difícil—. ¡Quizá se fue porque le dije lo que usted pretendía! ¡Dudo que ella quiera estar bajo su tutela!

James palideció, más herido de lo que hubiese querido admitir. Maldito idiota. Si seguía allí, terminaría por darle un puñetazo.

—Y yo dudo de que se fuera por esa razón, tanto como de que se fuese «porque sí». —Saxonshare no respondió. De hecho, siguió esquivando su mirada. Debía haber sido mentira, por lo que supuso que Bethany había aceptado bien la idea. Menos mal—. Creo que ocurrió algo, lord Saxonshare. Creo que ella se defendió de usted y por eso tiene esas heridas. —Se inclinó hacia él—. Como me entere de que le ha hecho usted algo, cualquier cosa, o que le ha pasado algo por su culpa, ya puede encomendarse a todo lo sagrado, porque le buscaré y se lo haré pagar yo mismo, con mis propias manos. —Dejó pasar unos segundos, para que la idea se asentase en su cabeza—. Ahora, fuera de mi vista.

Saxonshare tragó saliva. Salió del despacho casi corriendo, como alma que se llevara el diablo.

James trató de trabajar el resto del día, pero sin demasiado éxito, porque no conseguía concentrarse. Menos mal que no tuvo reunión de la Cámara, ni con sir Robert, porque no hubiese hecho demasiado caso a nada de lo que se hubiese dicho. No estaba en condiciones de atender ninguno de aquellos asuntos.

A media tarde, empezó a llover, lo que aumentó su inquietud. ¿Bethany estaría bien, a cubierto, a salvo? Parado frente a la ventana, recordó lo que le contó sobre la apuesta de lord Alvenley en White's. Menudo torpe había sido con todo ese asunto.

Claro que, de no haber hecho su propia apuesta con Rutshore y Badfields, quizá nunca la hubiese conocido.

—¿Dónde te has metido, Bethany? —preguntó en un murmullo al cristal por el que caían cientos de gotas de lluvia. No hubo respuesta, claro.

Eran más de las siete cuando llamaron a la puerta. George se asomó.

—Su Gracia, una mujer. Una... bueno, *señora*, pide hablar con usted. Dice

que sabe dónde está lady Bethany. —Le mostró un cuadrado de tela, con un delicado trabajo de encaje—. Asegura que esto es suyo.

Un pañuelo. ¿Sería de Bethany? James lo cogió y se lo llevó a la nariz y apreció un lejano perfume, algo dulce, que le recordó al de la muchacha. Violetas. Sí, podía ser el suyo, aunque también podía equivocarse.

No tenía sentido darle tantas vueltas.

—Que pase.

La mujer en cuestión llegó envuelta en una enorme pañoleta gris que la ocultaba casi por completo. Cuando la apartó, James pudo ver que era de mediana edad, ancha de huesos y no demasiado alta. Había hecho un esfuerzo encomiable por lavarse la cara, lástima que se hubiese olvidado del cuello y del cabello grasiento. Mala dentadura, ropas viejas y sucias... Una prostituta de los barrios marginales, posiblemente.

—*Señorísimo...* —dijo como saludo, inclinándose aparatosamente. James arqueó una ceja, casi horrorizado. Ignoró la risa contenida de George.

—El tratamiento es Su Excelencia —explicó, con calma—. También puedes dirigirte a mí como Su Gracia, o simplemente como lord Gysforth. —La mujer le miró atónita. Seguramente era la primera vez que oía tales palabras. Decidió dejarlo estar—. ¿Sabes algo de lady Bethany, me dicen?

—Sí, eso es. La vieja Dark Penny apañó en la calle una rubita muy linda, una lady que dijo llamarse de otro modo, pero que luego me largó a mí ese nombre. Suele hacer eso, ¿sabe?

—¿El qué? —preguntó, desconcertado. La mujer tenía un acento de las calles tan cerrado que le costaba seguirle el hilo. Por no hablar de su forma de construir las frases.

—¡Afanarlas! —Le miró como si fuese estúpido—. ¡La Dark Penny! Caza niñas o muchachos, aunque suele hacerlo en barrios mugrientos, o cuando llegan a Londres de los pueblos. La Madre los cuida para el jefe.

—¿La Madre?

—Sí. La Abadesa, ya sabe.

—Oh. —Se refería a la dueña de un burdel—. ¿Niñas y muchachos?

—A veces, están solos. Dark Penny es bizca, pero tiene ojos por todas partes, sus niños. —Rio. Debía ser una broma—. Si alguno ve una joyita como esas, le dan un aviso y ella les sigue y se hace la encontradiza. Si ve opciones de hacerlos desaparecer sin demasiados problemas, los captura. La muy cabrona dice que ella los acoge y les da un futuro lejos de las malas calles. Lo cierto es que los vende a Thynne. Terminan... bueno, terminan como hemos terminado tantos, bien manoseados.

James apretó los puños pero se contuvo. Ya trataría el asunto con aquella tal Dark Penny.

—¿Dónde está?

—Por ahí. La Dark Penny no para nunca. Dice que es una moneda que gira y gira, nunca sabes dónde se detendrá, ni si saldrá cara o cruz.

—No me refiero a esa mujer, que ya parará en la cárcel, te lo aseguro. Me refiero a lady Bethany.

—Ah. En el burdel «Red Pussy». —«Por Dios, menudo nombre», se dijo James. «Para qué ser sugerente, si puedes ser zafio»—. Es el mejor local de Thynne, *señorísimo*, está en Whitechapel. Es donde trabajo yo, aunque ya no me dedico a *eso*, ya sabe, tengo demasiada sífilis. —¿Demasiada? ¿Se podía de verdad tener *poca* sífilis? James y George intercambiaron una mirada que planteaba esa pregunta—. Ahora solo ayudo a mantener limpio el lugar o en lo que se me dice. Hay mucho trabajo en un burdel, no solo el de abrirse de piernas.

—Me imagino. ¿El pañuelo lo tenía la chica? ¿Seguro?

—Sí, lo llevaba en un bolsillo de la chaqueta. Ella misma me lo dio esta mañana, aunque no he podido zafarme hasta tarde, y luego me he perdido. —Hizo una mueca—. Me van a dar una buena paliza al volver.

—Lo siento. Esto es...

—¿Me puedo quedar el pañuelo? —le interrumpió ella. Debían importarles poco la paliza y sus lamentaciones—. La lady me dijo que podía venderlo.

—Si lo dijo ella, no hay problema, por supuesto. ¿Cómo está?

—Sana. No se preocupe *señorísimo*, la cuidarán. Es buena mercancía.

James torció el gesto, pero fue a lo práctico.

—¿Cómo es la casa, el burdel? ¿Podrías hacerme un dibujo de su estructura? ¿Y en qué parte la tienen encerrada?

—Oh. Sí, supongo que sí. —James le dio un pliego de papel y le señaló el tintero. Se notó que no estaba acostumbrada a utilizar aquel material. Agarró la pluma como pudo, la empapó demasiado y dibujó torpemente una planta de edificio más o menos cuadrada. Señaló las puertas, dónde estaban algunas ventanas, las escaleras... No era gran cosa, pero tendría que servir—. Cuando la trajeron, la metieron en el ático, y allí sigue.

—¿Por qué?

—Están esperando a que vuelva el señor Thynne, que se encuentra fuera de Londres, arreglando unos asuntos en el puerto de Bristol. De hecho, se le esperaba esta tarde, quizá haya llegado ya.

—Debemos movernos rápido, entonces.

—Bueno, sí, pero no se preocupe, su *señorísimo*, porque el señor Thynne es ante todo un hombre de negocios. No tocaría a una chica así, al menos no el primero, si puede sacarle dinero a otro. Dependerá de si es todavía virgen. —James arrastró la silla hacia atrás, dispuesto a ponerse en pie, pero ella le hizo un gesto de calma—. No se amosque, *señorísimo*, que ya le digo que sigue entera. Mañana no le digo yo que no la tome para sí. Pero esta noche hay organizada una subasta.

—¿Qué? ¿Una subasta?

—Claro. Suele hacerse, cuando hay buen material, ¿sabe? Hay ciertos caballeros que tienen gustos... especiales. —No fue una noticia que le sorprendiera. Bien sabía James lo depravada que era una parte considerable de la alta sociedad inglesa. Pasaba como con las apuestas: demasiado dinero, y demasiado tiempo sin nada útil que hacer, generaban demasiado aburrimiento—. Hoy se había organizado todo para subastar a dos gemelas pelirrojas, ambas vírgenes, que saben darse placer entre ellas de una forma

muy... bueno, ya me entiende usted. Capaces de empinársela al más vejete. —Emitió una risita espeluznante, capaz de bajársela también a cualquiera—. Pero me ha dicho Black Penny que seguramente las cambiarán por la lady esta.

—¿Y eso?

—Bueno, al fin y al cabo, las gemelas son de un pueblo perdido donde hay más gente que ratas, y esta es toda una lady. Dónde va a parar... Es una oportunidad importante y, además, habrá que hacerla desaparecer pronto, antes de que se complique el asunto.

—¿Hacerla desaparecer?

—Claro. *Es una lady* —remarcó, mirándole otra vez como si fuese tonto—. ¡Es de imaginar que la buscarán! El señor Thynne le sacará todo el partido posible durante unos cuantos días, quizá un par de semanas, y luego seguro que la embarca hacia algún sitio lleno de moros para hacerla desaparecer, como es lo habitual para las chicas más valiosas, ¿sabe? ¡Y más en este caso! Seguro que consigue mucho dinero por ella, solo por tener un pelo claro así de brillante y una piel tan fina y limpia de marcas.

James no pudo soportarlo más. Se puso en pie.

—¿Cómo demonios se llega a esa subasta? ¿Se lleva a cabo en el mismo burdel?

—Sí, por supuesto. Pero lo cierran. Se celebra solo entre clientes habituales que pagan una cantidad enorme por participar y se les avisa para ocasiones como esta. Se les da una clave para entrar.

—¿Qué clave?

La mujer dudó un segundo. James y George arquearon sendas cejas.

—Esta noche es *rebuzno* —admitió, renuente—. Espero no tener problemas por decirlo.

James apretó los labios. Lógico en cierta medida, aunque *gruño como un cerdo*, hubiese sido mucho más apropiado.

—¿Dónde está ese burdel, exactamente? —La mujer se lo indicó. James

cogió su abrigo y su sombrero y se dirigió a la puerta. En el último momento decidió coger también el bastón, por si necesitaba soltar algún golpe—. George, pague bien a esta mujer por el aviso.

George le miró sorprendido.

—Pero, su excelencia, ¿adónde va? ¡No puede meterse en esa... en esa zona solo! Además, está a punto de anochecer.

—Hay prisa, mucha prisa, ya lo has oído. No podemos permitir que le pase nada a lady Bethany. Ocúpate de esto y luego sígueme. Ven con un par de guardias, como poco. Voy a necesitar ayuda.

—Pero, Su Gracia...

No esperó a más. Salió corriendo de la mansión, cogió el primer coche de alquiler que vio y le ordenó acercarse lo más posible al punto donde estaba el burdel, aunque el cochero puso mala cara.

—Una pésima zona, milord. La Guardia no tiene por allí mucho control y está anocheciendo. Preferiría no tener que ir a estas horas, puede pasarnos cualquier desgracia —dijo, claramente dispuesto a insistir, pero se animó al ver las monedas que puso en su mano y no siguió protestando.



## CAPÍTULO 11

Bethany despertó al oír ruido, una risa lejana, y vio que por la ventana apenas entraba ya luz. Lloviznaba suavemente y estaba oscureciendo. Llevaba allí prisionera todo el maldito día. ¡Qué situación espantosa! Y Gysforth seguía sin aparecer. Mucho interés en congraciarse con ella, pero no movía un dedo por salvarla. Claro que, también podía ser que aquella mujer horrible se hubiese quedado con el pañuelo, sin más...

¡Oh, maldita fuera su suerte! Bethany ocultó el rostro en las rodillas y se balanceó, luchando contra el pánico. No, no podía dejarse hundir por el miedo y la desesperación. Si no venía nadie, se salvaría a sí misma, no quedaban más alternativas: moriría intentándolo. Pero no sería una víctima.

Miró hacia la ventana. Si conseguía sacar de una vez todos aquellos dichosos clavos, podría descolgarse hasta la calle. Antes de caer agotada, había conseguido aflojar la mayoría, aunque fuera a costa de despellejarse los dedos. Seguro que, en un par de horas, podría abrirla. Cogió su trozo de madera, se puso en pie y dio un par de pasos hacia allí, pero de pronto oyó que alguien subía la escalera.

Apenas tuvo tiempo de tirar el palo a un lado. Dos segundos después se abrió la puerta.

Entró uno de los matones que la habían sujetado la noche anterior y avanzó amenazadoramente hacia ella, para obligarla a retroceder hasta la pared del fondo. Tras él llegó otro hombre, menos grande pero mejor vestido y con un aspecto igualmente duro. La vieja venía con él. El corazón le brincó en el pecho, a la espera de que entrase también la mujer gris que le había llevado la bandeja con la comida, con la esperanza de poder deducir por su expresión si había cumplido su encargo, pero no estaba con ellos. La vieja bizca cerró la puerta sin más.

—Aquí está —dijo, con entusiasmo—. ¿A que es preciosa, señor Thynne?

¡Tiene toda la pinta de ser una dama!

Bethany apretó los puños con rabia.

—¡Déjenme salir ahora mismo!

—Pues no lo parece tanto —masculló el llamado Thynne. La miró de pies a cabeza—. No grites, muchacha, y dame tu mano derecha. Dámela —repitió, al ver que se resistía a obedecer. Ella lo hizo, atemorizada. Thynne tenía unos dedos fuertes y rugosos, que la movieron con determinación. La examinó por ambos lados, fijándose en las heridas y despellejaduras—. Esto es reciente. ¿Se puede saber qué has estado haciendo?

—Nada...

—¿De verdad? —No era tonto. Miró alrededor. Hizo un gesto hacia la ventana y el matón fue a comprobar.

—Ha estado andando en los clavos —dijo. Bethany se sintió morir. Acababan de cortar por lo sano su vía de escape—. No creo que hubiese podido abrirla, en cualquier caso.

El otro asintió.

—Es normal. Yo también hubiese intentado escapar. Por esta vez voy a ser comprensivo —añadió, mirándola fijamente. Ella captó claramente la advertencia: de volver a ocurrir, habría un castigo. Thynne siguió hablando para el matón—: Ocupate de clavarla bien en cuanto me vaya.

—Sí, jefe.

—Por lo demás, una piel muy fina, sí señor. —Thynne siguió estudiando la mano de Bethany—. Puede que tengas razón, Black Penny. Puede que estemos ante toda una dama. —Sonrió con frialdad—. Vamos, a ver, ¿cómo te llamas?

¿Qué hacer? Le había revelado su auténtico nombre a la otra mujer, con la esperanza de poder mandar un mensaje al exterior, pero no creía que decírselo a esa gente ayudase en nada. En cuanto supieran la verdad, intentarían hacerle chantaje, con lo que la cosa acabaría mal, porque no tenía ningún dinero. También podían decidir entregarla a la Guardia.

Bethany recordó el cadáver de Freddy. Pensó en la cárcel. No podía regresar. Estaba atrapada entre un mal enorme y otro gigantesco.

—Clai... Claire Briggs —susurró.

—Claire Briggs —repitió Thynne, con cara de no creer ni una sílaba—. ¿De dónde has salido tú? ¿Eres de verdad de buena familia? Si es así, dime quién eres y te devolveré de inmediato. No sufrirás ningún daño. No quiero problemas con la gente importante.

Mentira por mentira, intuyó Bethany. Seguro que aquel individuo no tenía tanto miedo, ni dejaría pasar una oportunidad así de extorsionar a la nobleza.

—No, no lo soy.

—Y, sin embargo, tus manos y tu ropa dicen lo contrario, Claire Briggs. ¿Cuál es la verdad? —Esperó, pero ella no dijo nada—. ¿Quizá eras doncella de alguna lady importante? ¿Es eso? ¿Tu trabajo consistía en planchar y perfumar su ropa, por eso tienes las manos tan finas? ¿Y se la robaste, para escapar, intentando pasar por una lady? —Decir que sí o que no, la condenaba igualmente. Se quedó quieta, esperando que pasase cuanto antes aquel momento terrible—. Yo creo que sí. —Le retorció la mano, obligándola a encogerse con un grito—. ¡Contesta!

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Sí, eso hice! ¡Le robe las cosas y me marché!

—¿Seguro? Al parecer, están buscando a una tal Bethany Howland, hija del difunto conde de Saxonshare. ¿Seguro que no eres tú?

Bethany tragó saliva. ¡Habían encontrado ya el cadáver de Freddy! ¡La Guardia la estaba buscando!

—No, no. No soy yo —sollozó, aterrada—. Me llamo Claire.

—Qué pena. Lady Bethany hubiese podido tener alguna oportunidad de salir airosa. Pero Claire Briggs... —El hombre agitó la cabeza—. De ser así, nada va a poder salvarte de mí. —La soltó—. Quítate la ropa, vamos.

—¿Qué? —Bethany les miró horrorizada—. ¡No!

—¿No? —Thynne rio—. Se me está acabando la paciencia contigo.

—No seas tonta, obedece—dijo la vieja—. Vamos. O te la arrancará

Jeremiah. No es alguien que se caracterice por su paciencia.

El matón tenía una expresión neutra, como si hubiese visto tantas mujeres desnudas en su vida que no tuviera mayor interés en ver ninguna más. Pero también daba la impresión de que haría lo que le mandasen, ya fuera desnudarla, pegarle una paliza o matarla.

—Está bien. —No le quedaba otra que jugársela a que la respetasen por ser quien era—. Soy... soy lady Bethany Howland.

—Ya lo suponía —asintió Thynne, con cierta amabilidad—. ¿Qué te ha ocurrido, milady? Están poniendo Londres patas arriba, buscándote.

Bethany se llevó las manos a las sienes, intentando controlar la histeria y las imágenes que bombardeaban su cabeza. El cuerpo de Freddy. Sangre...

—No puedo volver. Por favor, no puedo volver.

—¿No? Entonces, pórtate bien aquí. Tienes que comprender que todo tiene un precio en esta vida, milady, mi protección también. —Enredó un dedo en un bucle de su melena y tiró de él, extendiéndolo—. Eres preciosa, me gustas. Si me complaces y haces lo que se te ordene, no te devolveré. Si me complaces mucho, en poco tiempo hasta puede que te deje ir.

Mentía otra vez, claro. Mientras pudiera sacar dinero con ella, no permitiría que se fuese. Pero no le quedaban más opciones que ganar tiempo, como fuera.

—Usted mismo ha dicho que me están buscando. Haría mejor en dejarme ir. Seguro que a estas alturas ya hay una recompensa para quien me ayude —añadió, retribuyéndole la mentira.

Él se echó a reír.

—No hace falta. Ya tengo toda la recompensa que necesito. Desnúdate.

—Pero...

Thynne arqueó una ceja, de nuevo amenazador.

—Definitivamente, se me está acabando la paciencia.

No había más remedio. Con dedos temblorosos, Bethany se soltó la chaqueta. La anciana la ayudó a desatar el vestido. Como resultó evidente que

Thynne seguía esperando más, cerró los ojos y se quitó toda la ropa interior. Intentó taparse como pudo con los brazos.

Durante unos segundos no oyó nada. Bendita oscuridad.

—Fuera esas manos —oyó entonces—. Alza los brazos y cruza las muñecas por detrás de la nuca. ¡Vamos! —Se mordió los labios para no llorar y obedeció—. Bien. Preciosa. Date la vuelta. —Lo hizo. Otro momento de silencio—. Vuelve a girarte. —Obedeció—. Muy hermosa, lady Bethany.

—Sí que lo es —apoyó la vieja—. Sacarás buenos dineros por ella.

—No lo dudo. —Bethany notó aquellos dedos duros y ásperos en el pezón del pecho izquierdo y dio un salto atrás. La pared estaba tan cerca que apenas pudo moverse, pero el hombre rio y lo dejó estar—. No te preocupes, pequeña, ahora no es mi momento. Ya llegará. —Evaluó con aire crítico el corsé y la enagua—. Vuelve a ponerte eso. Estás muy atractiva con ello. —No esperó a que tuviera que repetirlo. Bethany se abalanzó sobre las prendas y se las volvió a poner, aunque no fuese capaz de atar bien el corsé—. Cuánta timidez. Cualquiera diría que eres virgen y todo, pese a tu edad. —Hizo un gesto a Black Penny—. Compruébalo.

—Sí, señor Thynne, ahora mismo —replicó la mujer. Dobló el resto de la ropa de Bethany y la amontonó junto a la puerta—. Por todo esto, ya, nos darán un buen dinero.

—¿Qué? —exclamó Bethany—. ¡Pero es mía!

—Ya no tienes nada, cielo. —Señaló a Thynne con un gesto—. Él es tu amo y más te vale tenerle contento. Siéntate en el colchón, anda.

—¿Para qué? ¿Qué quiere?

—Nada, no te preocupes, niña. Solo voy a asegurarme de que estás intacta.

—¿Intacta? —La miró horrorizada—. No me ponga las manos encima. Yo no... Yo nunca...

—Como comprenderás, no me voy a fiar de tu palabra —gruñó el hombre—. Siéntate. Haz lo que te dice la vieja Black Penny o te juro que lo comprobaré por mí mismo. Pagarán menos esta noche, pero me daré una

satisfacción.

—¡No! —retrocedió. Eso ya era el colmo. La habían obligado a desnudarse y le habían robado las cosas, pero no permitiría que la manoseasen de una forma tan íntima—. ¡No me toquen!

Quiso seguir retrocediendo, pero el matón se movió rápidamente y la enganchó por un brazo.

—No te has enterado todavía de cómo están las cosas —le dijo Thynne—. Eres lady Bethany, una damita preciosa metida en un buen apuro. Eso te salva de momento, porque da la casualidad de que tengo esta noche organizada una reunión en la que podría sacar mucho dinero contigo. Pero, si tú me das problemas a mí, yo te daré una paliza a ti. Te golpearé de tal modo que te dejaré deslomada, luego te desvirgaré personalmente, seguiré montándote mientras me apetezca y ya organizaré otra subasta para dentro de un mes, aunque gane menos. La conclusión para ti será la misma, pero con mucho dolor de por medio. —Le dio un segundo para pensarlo—. ¿Qué decides? ¿Vas a obedecer?

Completamente colapsada por la brutalidad que transmitía aquel hombre, asintió. El matón la empujó hacia atrás y cayó sentada en el colchón.

—No te preocupes —le dijo Black Penny, arrodillándose entre sus piernas—. He comprobado miles de virgos en mi vida. O la falta de ellos, que hay mucha guarra presuntuosa —añadió al momento, y la risa silbó entre sus dientes rotos—. No tardaré nada.

—Es que no...

—No te muevas —le advirtió cuando vio que se agitaba, dispuesta a apartarse de sus dedos. Hizo un gesto al matón y él se arrodilló en el colchón, a su lado, y le puso una mano en el hombro, clavándola en el sitio. Bethany se encontró sin margen para retroceder—. Separa más las rodillas, venga. Échate un poco hacia atrás. Y relájate, que será cosa de un instante. — Bethany sintió que la tanteaban de un modo que nadie nunca había hecho antes. Contuvo la respiración y volvió a cerrar los ojos, con la mente puesta en escapar cuanto antes—. Sí, sin lugar a dudas, es virgen.

—Excelente. Que esté lista para la subasta.

—Imaginé que querría sacarla esta misma noche. ¿Qué hacemos con las gemelas, señor Thynne?

—Mira a ver si las quiere la Madre. De no ser así, que las lleven a cualquier otro burdel, juntas o por separado, da igual. —Sonrió—. Hoy van a venir los depravados más ricos de Londres, démosles algo realmente exquisito: lo que hubiesen tenido que ver en Almack's sin poder olerlo ni tocarlo. —Sonrió a Bethany—. Ni lamerlo.

—Muy bien.

—Por cierto, no quiero ataques de histeria en medio de la función. Dale algo que la mantenga relajada y tranquila.

—Desde luego, déjelo en mis manos. —Black Penny le sonrió—. Allí estará, suave y dulce como una manzana recién cogida del árbol. Le aseguro, señor Thynne, que todos sentirán ganas de hincarle el diente.

## CAPÍTULO 12

El cochero se confundió un par de veces siguiendo las indicaciones que le había dado la mujer. De hecho, tardó tanto que se hizo completamente de noche y todavía seguían buscando el burdel. Hacía mucho tiempo que James no pisaba Whitechapel, pero estaba como recordaba: sucio y maloliente. Había toneles y cajas por todos lados, y hasta se habían topado con un carro roto que tuvieron que apartar entre el conductor y él, para poder pasar.

James había empezado a considerar la posibilidad de bajarse y continuar por su cuenta, cuando finalmente dieron con uno de los extremos de la calle en la que debía estar el «Red Pussy».

—Tiene que ser por ahí, milord —le dijo el cochero, mientras señalaba con el látigo el tramo enfangado y sucio que se abría ante ellos—. Pero ¿está seguro de que desea continuar?

James miró por la ventanilla. Qué espectáculo deprimente. Las callejas de aquella zona de Whitechapel eran muy estrechas, algunas con suelo pavimentado, pero en malas condiciones, y la tierra de los socavones se había convertido en barro con la lluvia que había caído por la tarde. Las paredes de los edificios, generalmente de dos o tres plantas, eran de piedra o ladrillo, construcciones seguramente baratas, pero de aspecto sólido, y capaces de dar cobijo a la marea continua de recién llegados a Londres.

Quizá por eso, incluso a esa hora, Whitechapel parecía lleno de vida, aunque fuera de vida miserable. A un lado, sentados a distintas alturas en una escalinata vieja y rota, varios vagabundos sorbían de unas escudillas algo que habían calentado en una hoguera montada bajo unos soportales; no muy lejos, en la entrada de una taberna, un grupo de hombres borrachos mantenía una fuerte discusión que estaba subiendo de tono por momentos.

Aquí y allá se veían niños y niñas, posiblemente miembros de alguna banda de pilluelos, que corrían de un lado a otro, con los rostros y la ropa



cubiertos de lodo y mugre, jugando a atraparse entre ellos.

Intentaban simular normalidad, pero James no se fiaba: un par de figuras menudas vigilaban su coche, apostados en una esquina.

—Totalmente. Espere —ordenó en el último momento, justo cuando el vehículo de alquiler se disponía a reanudar la marcha. Era una locura meter aquel trasto por allí. Bajó y le entregó unas monedas más, a añadir a las que le dio al principio. Por sí mismas, pagaban con creces varios trayectos como el que habían realizado, pero de algún modo debía agradecerle su ayuda con aquel carro roto—. Tenga, seguiré por mi cuenta. Puede irse, gracias.

—¿Está seguro, milord? —preguntó el cochero, luchando entre la preocupación por él y el alivio que sentía por sí mismo. James sonrió.

—Sí. Ande, váyase.

—Muchas gracias. —respondió el hombre y añadió algo, seguramente que tuviese cuidado, pero James ya no pudo entenderle bien, porque se estaba alejando del vehículo caminando a buen paso por la calle. Pasó entre los vagabundos y los hombres que discutían, sin mirar a un lado ni al otro; ni siquiera se volvió cuando oyó el ruido de un puñetazo seguido de un cuerpo que caía al suelo, sobre el barro, marcando el inicio de la pelea.

Solo tenía ojos para los niños. Recordaba bien lo que había dicho la mujer sobre los pilluelos que trabajaban para Black Penny. Al poco de entrar en aquella zona del distrito de Whitechapel, los había visto rondar el coche, siguiendo su trayectoria a distancia o silbando para alertar a otros que se encontraban por delante. Estaban bien organizados.

No tardó en ver a pocos metros el edificio desvencijado con el cartel del «Red Pussy», que era tan artístico como el nombre del local en sí, con aquel esquema de los genitales femeninos, incluido el punto rojo para indicar la entrada a la vagina, por si alguien era lo bastante torpe como para perderse.

Bueno, qué podía pedirse de quien ideaba semejante nombre para un burdel. Seguramente había querido sonar tentador, pecaminoso, pero a él solo le hacía pensar en liendres y sarpullidos o, en el mejor de los casos, en la menstruación. Jamás metería sus partes nobles en un «Red Pussy».

Se dirigió hacia allí a buen paso. En las cercanías de la puerta, que estaba custodiada por dos individuos enormes armados con porras, también había varias mujeres.

—Milord, milord... —le llamaron, como sirenas—. ¿Le gustaría pasar un buen rato, milord?

En cualquier otro momento hubiese rechazado la propuesta, pero amablemente, porque, al contrario que muchos puritanos con poco cerebro, no creía que aquellas pobres desdichadas estuvieran allí por vicio, ni siquiera por interés, sino por pura necesidad.

Pero, ese anochecer, James tenía demasiada prisa y estaba preocupado por sus propios asuntos, de modo que, simplemente, las ignoró.

Se abrió paso entre ellas y se detuvo ante los matones.

—*Rebuzno* —soltó, esperando que fuese de verdad la clave y no una broma a mala idea de aquella mujer, lo que podría valerle una buena paliza y muchas contusiones. Tuvo suerte. Los hombres le miraron de arriba abajo, le catalogaron por lo que parecía y se apartaron para cederle el paso.

Entró en la casa, decorada de un modo que definió como «aparatoso», y se dejó guiar por sonidos, las voces y la música, hasta desembocar en un salón de buen tamaño. Estaba lleno de mesas y sillas distribuidos en dos alturas frente a una tarima alta cerrada con un telón rojo, una especie de escenario teatral, iluminado por un gran candelabro a cada lado.

Se notaba que era una subasta privada porque, en esos momentos, el local estaba casi vacío, con apenas una docena de individuos de público, dispersos por toda la sala. Las lámparas iluminaban lo suficiente, pero dejando todo en una tenue penumbra, cómoda para quienes desearan un poco de discreción. Aun así, reconoció a bastantes caballeros.

Entre ellos, Arthur.

James le miró sorprendido. ¿Qué hacía allí? A saber. Eran amigos desde niños y le quería como a un hermano, pero con los años y la vida se había convertido en un hombre muy especial. Tenía fama de rufián, jugador y mujeriego, y bien sabía Dios que se la había ganado a pulso, pero no le creía

interesado en subastas como la que iba a tener lugar esa noche, y más desde lo ocurrido con Minerva.

Arthur admitía ser aficionado a muchos vicios, pero en todos debía haber consenso. O eso, o no le conocía como pensaba.

Iba a dirigirse hacia él cuando se le cruzó una mujer.

—¿Milord? Bienvenido, milord. —Aquella debía ser la famosa Black Penny, no le resultó difícil deducirlo. Sus ojillos estrábicos le recorrieron rápidamente, haciendo un repaso de sus excelentes ropas y sus botines fabricados por el mejor zapatero de Londres; solo se detuvieron un segundo de más en la cadena de oro de su reloj—. Es la primera vez que nos visita, ¿verdad? ¿Le habló del lugar algún amigo?

—Sí, precisamente aquel de allí. —Agitó la mano en dirección a Arthur, que alzó una ceja al verle—. Si me disculpa...

Black Penny no se opuso, aunque mientras cruzaba la sala, James sintió su mirada clavada en la espalda, como dos dardos torcidos. Cuando llegó a la mesa de Arthur, le tendió la mano. El otro la estrechó, con sorpresa.

—Badfields...

—Gysforth... —James se sentó, sin más. No necesitaban pedirse permiso—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Ya ves. Tengo entendido que va a celebrarse una subasta de lo más entretenida. ¿Champán? —preguntó cuando la camarera, que llevaba encima más maquillaje que ropa, se detuvo a su lado. Arthur se encogió de hombros, así que decidió por su cuenta. Miró a la chica—. El mejor champán que tengas, guapa.

—¿Y no desea nada más, milord? —replicó ella, inclinándose tanto que el corsé estuvo a punto de dejar escapar sus pechos, de buen tamaño.

—Ah... quizá en otro momento. Ahora tengo asuntos que atender. —La chica hizo un mohín y se marchó. James se centró en su amigo y no pudo evitar fruncir el ceño—. ¿Se puede saber qué haces en semejante tugurio? No te consideraba aficionado a estos entretenimientos.

—Y no lo soy —replicó Arthur, haciendo caso omiso de su reproche. Se lo pensó un momento, antes de continuar—: Si me encuentro aquí, es por razones personales. Tú, mejor que nadie, deberías suponer cuáles.

James titubeó; luego, se maldijo en silencio. ¿Cómo no se había dado cuenta? Fácil: porque Arthur disfrutaba dando la imagen de crápula perverso, por eso. Era el que siempre iba el último a casa y el que siempre estaba dispuesto a frecuentar el tugurio más despreciable. Mantenía las amantes de dos en dos y a veces hasta de tres en tres, a saber para qué, porque pasaba más tiempo en los burdeles de Londres que en su propia casa.

Hubo un tiempo en que James pensó que ese vivir cada vez más alocadamente era una forma de huir del dolor por lo sucedido con Minerva. Pero en ese momento, de pronto, comprendió que no. Arthur no huía, ni siquiera disfrutaba.

Arthur seguía empeñado en encontrarla.

—Perdona —murmuró, sintiendo una profunda compasión por su amigo—. Debí darme cuenta. Sigues buscándola.

Por los ojos de Arthur cruzó un brillo que le hizo parecer vulnerable.

—Siempre, James. Mientras me quede el más mínimo aliento.

Le había llamado por su nombre de pila. A James no se le escapó el detalle, en absoluto. Desde niños, solo lo hacían cuando querían pasar a otro nivel entre ellos, uno más personal, íntimo y cercano, del que estaba excluido el resto del mundo.

—Después de que las autoridades dijese que no podían hacer más, pensé que tus padres se habían resignado. Ni el rey... bueno, entonces príncipe regente, logró gran cosa, pese a sacudir toda Inglaterra como si fuese una alfombra.

Arthur asintió.

—Sí, mis padres sí se han resignado. Pero yo no.

—Ay, Arthur...

Se interrumpió cuando volvió la camarera con el champán y dos copas. La

mujer quitó el corcho derramando parte del contenido en forma de espuma, les sirvió generosamente y dejó la botella sobre la mesa. James pagó y añadió una propina que logró arrancarle una sonrisa enorme. Se lo metió en el escote, insinuante, para dejarle claro que la propuesta seguía en pie, y se alejó.

Solo entonces, James continuó:

—¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberte ayudado.

—No. Tú ya hiciste mucho en su momento, todo lo que estuvo a tu alcance, amigo mío. Nunca agradeceré lo suficiente que incluso tu padre movilizara sus contactos para intentar encontrarla. —Cogió su copa, aunque aún dijo algo antes de beber un sorbo—. Si queda alguna oportunidad, está en este lado de la ley.

—Ya. —James dudó sobre si decirlo. Arthur ya lo sabía—. Pero es peligroso. Pueden herirte. O algo peor.

—¿Y qué? —replicó, torciendo la boca en un gesto lleno de amargura—. Es lo que me merezco, por haber dado pie a... —hizo un gesto con la mano con la que sostenía la copa, como abarcando el lugar— a todo esto.

—Tú no...

—Claro que sí. Era... era mi maldita hermana pequeña, James. Era *Minnie* —incidió. Ese era el diminutivo cariñoso por el que la llamaba—. Yo debería haber estado ahí, siempre, para protegerla de todo mal. ¿Y qué hice? Animarla a cometer semejante locura, para darles una lección a nuestros padres. «A veces, Minnie, hay que ser osado y luchar. Haz lo que tengas que hacer, pero no consientas que te casen por la fuerza». Eso le dije, como un idiota.

—Pero no pretendías que se fuera de casa, a la aventura. —Agitó la cabeza—. Minerva era maravillosa. Estaba llena de vida, y de alegría, pero también era temeraria, y demasiado alocada. Tú también lo sabes. Bueno, ¿qué te voy a contar? Se parecía mucho a ti.

—Ya. Supongo que algunas cosas se perdieron. —Arthur suspiró—. Ya nunca me siento alegre. Lo simulo, pero no lo estoy.

—Arthur...

—No, por favor. —Tragó saliva—. Por favor, Gysforth. Me has pillado por sorpresa, y en una maldita hora baja. Suficiente intimidación por hoy. — Arthur hizo un gesto, como alejando todo aquello, y cambió de tema—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí, además de sonsacarme mis cuitas?

James se lo pensó un momento.

—¿Qué sabes de la subasta de esta noche?

—Poca cosa. Me avisaron hace tres días, sin más información. No es la primera vez, suelen organizar cosas así cada cierto tiempo. De vez en cuando, si creo que puede ser conveniente, vengo y pujo, solo por disimular, aunque me he cuidado de no ganar nunca nada. Pero estar por aquí me ha permitido saber muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Que la prostitución de la zona está controlada por un tal Thynne, un individuo misterioso del que no he podido recabar apenas datos. Si he venido esta noche es porque sé que va a estar aquí y quiero hablar con él. Sus negocios se extienden por todas partes. Se trata de uno de los jefecillos de la zona, el más importante de Whitechapel ahora mismo, aunque creo... no, estoy convencido de que trabaja para alguien de verdad importante. Alguien *muy* importante. Una especie de rey del Londres nocturno. Es a ese al que quiero llegar.

—¿Una especie de rey del Londres nocturno? Qué poético.

—Vil, más bien, aunque la frase no es mía.

—¿No? ¿De quién es? —No obtuvo respuesta. Intentó otra vía—. Y ese rey...?

—No, James, yo ya he contestado a suficientes preguntas. Ahora, dime qué te ha traído aquí hoy.

James asintió.

—Sospecho que la venta de esta noche es la mismísima lady Bethany.

—¿Lady Bethany? —Hizo memoria—. ¿Tu lady Bethany?

—Exacto. Al menos, eso creo.

—Pero, es imposible... ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Aprovechando que la espera se alargaba, James le hizo un breve resumen de lo sucedido: la extraña desaparición de Bethany, la búsqueda sin éxito de la Guardia, la visita de aquella mujer con un pañuelo...

—Espero que George llegue a tiempo de interrumpir esta locura —terminó—. De no ser así, pujaré por ella. Tengo que comprarla como sea.

—No te preocupes, yo te ayudaré. Me he ido ganando la confianza de Thynne, de tener que depender de una puja, la conseguiremos. —Arthur chasqueó la lengua—. Ese imbécil de Saxonshare... Estoy seguro de que tuvo la culpa.

—Yo también lo creo. —Iba a hablarle de los arañazos y de la herida en la cabeza de Saxonshare, pero hubo un movimiento en aquel extraño teatro—. Luego te cuento.

## CAPÍTULO 13

Los cortinones rojos del telón empezaron a abrirse mostrando un escenario desnudo, cerrado al fondo por una tela blanca, como una gran sábana. Al otro lado, había alguna iluminación, más potente que la que tenían ellos mismos, lo que permitió ver la silueta negra de un hombre sentado a una mesa, sirviéndose un vaso de algo de una botella.

—Ese es Thynne... —susurró Arthur, inclinándose hacia James—. En las subastas y otros espectáculos del estilo le gusta estar así, en el escenario, al fondo y sin hablar, dejando claro quién manda en la sombra. —Hizo una mueca—. Me pregunto si vendrá de familia de actores, tengo que investigarlo. Lo que sí es cierto, es que le gustan las puestas en escena.

—Has venido por él, ¿verdad? ¿Crees que puede llevarte hasta ese rey de la noche?

Su amigo se encogió de hombros, evasivo. James iba a seguir insistiendo, pero entonces, por un lateral del escenario, apareció una mujer. Tendría unos cuarenta años y llevaba el pelo teñido. Era algo evidente porque la naturaleza nunca había creado aquel rojo chillón por voluntad propia en ninguna cabellera. La llevaba recogida en un moño de rizos que parecía el nido ensangrentado de alguna criatura macabra.

Su atuendo, un vestido negro de gran escote y larga cola, con detalles escarlatas, era elegante y chabacano a la vez, sobre todo por culpa del dibujo del cartel del «Red Pussy» que llevaba bordado en el frontal, entre el corpiño y la falda, con el famoso punto rojo situado justo a la altura de su pubis.

En su mano derecha sostenía un abanico del mismo color que su pelo. Lo abrió repentinamente, con un sonido rotundo, como marcando el inicio de su actuación, y empezó a agitarlo apenas, manteniendo un movimiento de muñeca muy leve, pero rápido y continuo. Logró colocar la larga cola de su vestido en un círculo perfecto alrededor de sus pies, por el procedimiento de



ir dando vueltas sobre sí misma, rígida, como si fuera una autómatas. Lo cierto era que lo hacía muy bien. Parecía totalmente una muñeca.

El público, aunque escaso, consiguió provocar bastante ruido, porque no dejaba de vitorear y aplaudir. Algunos la saludaron como «la Madre». Ella sonrió, con su boca pintada de un rojo inmenso.

—Bienvenidos una vez más a nuestra casa, caballeros sin nombre ni rostro, sin pasado y sin presente, seres anónimos que se asoman a la oscuridad de Whitechapel. ¡Vosotros y solo vosotros sois sus auténticos demonios! —dijo ella, con una voz algo chillona. Lanzó besos, que fueron festejados con grandes risas—. Esta noche, es un tiempo lleno de grandes sorpresas, os lo puedo asegurar. ¡Incluso el señor Thynne y yo, que hemos regresado del mismísimo infierno y ya creíamos haberlo visto todo, nos sentimos asombrados! Pensábamos ofreceros una delicia doble, con unas gemelas preciosas llegadas del frío norte para calentar vuestra sangre...

—¡A mí ya me la han calentado, y ni siquiera las he visto! —gritó alguien. Todos rieron.

¿Ese no era...? James creyó reconocer la voz y miró hacia su origen, asombrado. En la penumbra, distinguió a un hombre de gran constitución, medio calvo y vestido muy elegantemente, con una botella de champán que debía ser para él solo, porque, aunque tenía una jovencita sentada en las rodillas, sobre la mesa solo había una copa.

De haber sido otras las circunstancias quizá hubiese tenido alguna duda, aunque fuera pequeña, porque realmente no veía bien su rostro y podía haber cometido un error al creer reconocer aquel tono, agudo como el de un eunuco; pero el barón de Kennerath, el perrillo faldero del duque de Dankworth, era demasiado gordo para confundirle con otro. Era él.

«¡Maldito cerdo!», pensó. ¡Claro, por eso luchaba tan enconadamente contra las propuestas de organizar una policía en condiciones en Londres! Cuanto más control hubiera, menos libertad habría para los que disfrutaban de una fortuna suficiente como para poder satisfacer todos sus vicios.

—A ti te calienta cualquier cosa, cariño, bien lo sabemos todos —replicó

la mujer, con un contoneo de caderas, lo que provocó otra carcajada—. Y esas niñas seguro que te hubiesen gustado. ¡Qué digo! ¡Quédate luego, que te las presento, seguro que serás lo bastante generoso como para poder disfrutar de las dos!

—¡De las dos! —rio un viejo, al otro lado. James arqueó una ceja. ¿El marqués de Blasstain? ¿En serio? Jamás lo hubiera supuesto. Blasstain era un padre de familia de cinco hijas a las que exigía absoluta rectitud. Beato, reservado y frío, muy tradicional, en la Cámara de los Loes era famoso por su moral rayana con el fanatismo. Siempre se mostraba reacio a los cambios, sobre todo si implicaban una apertura social de cualquier tipo—. No le pidas tanto, Madre. Dinero tendrá, pero verga, poca.

Lord Kennerath no se lo tomó a mal. Hasta lanzó una carcajada, como divertido por una broma entre amigos.

—Cállate, viejo. No saquemos ese tema, que a tu edad, ya hasta se te habrá caído.

Todos rieron. La Madre les dedicó unos gestos teatrales.

—¡No peleen! ¡No peleen caballeros, no hay problema! ¡Habrà diversión para todos, tengan verga o no! —Más risas—. Pero, a última hora hemos cambiado de idea sobre esta subasta porque nos ha llegado algo muy, muy, *muy* especial. Una perla delicada, destinada a los paladares más exigentes. — Se lamió los labios escarlata, sensual—. Estamos seguros de que, tras contemplarla, os va a parecer que ninguno de nuestros otros jóvenes, ni muchachos ni doncellas, está a la altura.

Alzó el abanico, y lo abrió otra vez con el mismo golpe dramático. Desde el lateral contrario al que había utilizado para entrar, aparecieron tres figuras, dos hombres sujetando a una joven que apenas se mantenía en pie.

Era Bethany Howland, sin lugar a dudas. James la reconoció al momento, pese a la máscara de seda blanca, adornada con algunas plumas, que le cubría casi medio rostro. Llevaba el cabello suelto, una melena larga y abundante que alcanzaba su cintura en gruesos bucles dorados. La sacaron en ropa interior, con un corsé de diseño delicado y unas enaguas de encajes. Estaba

realmente preciosa.

Pero ¿por qué no oponía resistencia? ¿Qué le pasaba? Debían haberla drogado. Opio, quizá.

—No te muevas —le susurró Arthur, al notar su tensión—. No hagas tonterías, Gysforth, te lo advierto. Si complicas las cosas, tú y yo recibiremos una paliza de muerte, nuestros cadáveres aparecerán desnudos y decapitados en el Támesis, para que nadie pueda reconocernos, y esa chica se perderá en algún rincón de oriente, como parte del harén de algún viejo depravado.

James sintió un escalofrío.

—¿Qué dices? Imposible. Conoces tan bien como yo a varios de los presentes, y ellos a nosotros. Ni lord Badfields ni lord Gysforth van a desaparecer misteriosamente esta noche. Para bien o para mal, no somos unos vagabundos sin nombre.

—Ja. Si esperas que eso te sirva de algo aquí, te equivocas por completo. Todos esos que nos rodean tienen mucho que callar, muchísimo. Tanto Thynne como la Madre se ocupan de satisfacer sus gustos más detestables, por lo que, a su vez, los tienen bien sujetos por los testículos. Ninguno de ellos diría nada, ni aunque te destripen aquí mismo, sobre esta mesa.

—¿Y tú? ¿Por qué te toleran aquí? Dudo que tengan nada contra ti, algo con lo que poder chantajearte.

—Esa es una buena pregunta, porque, no, ciertamente no tienen nada, solo están a la espera de conseguirlo. Por eso mi cuerpo aparecería con el tuyo en el Támesis, amigo mío. —Hizo como que reía alguna gracia privada, para disimular ante el resto—. Por favor, te suplico por mi propia seguridad, que no cometas una tontería.

James maldijo por lo bajo.

—¿Y qué demonios quieres que haga?

—Esperar. Tranquilizarte y esperar. —Volvió a coger su copa, sosegado y divertido—. Veremos quién la compra y actuaremos en consecuencia.

—La joven es una dama... —estaba diciendo la mujer—. Quizá incluso

alguno la conozcáis de antes. Da igual. Su nombre ya poco importa ahora mismo, tan poco como los vuestros. —Esa era una amenaza velada. Seguro —. No os preocupéis, su importancia social es relativa y su compra no os provocará ningún contratiempo, al contrario. No habrá escándalo.

—Yo creo que no la conozco. ¿Seguro que es una dama? —preguntó uno.

—Seguro.... que *lo era*, en otra vida, en otro tiempo. Alguien a quien hubierais podido ver bailando en Almack's, iluminada por las velas, con los labios húmedos y brillantes por el champán, siempre lejos de vuestro alcance. —La Madre sonrió—. Pero, cuando la encontramos, ya era una joven más, perdida en el reflejo oscuro de Londres, como tantas otras. Ahora tú, tú o tú —fue señalando con el abanico, al azar—, puedes ser el primero en disfrutar de sus delicados encantos. Tocarla. Besarla. Poseerla por completo. Dominarla...

La tensión sexual creció y creció, más y más, a medida que iba enumerando, hasta volverse casi insoportable, aplastando el ambiente, haciéndole sentir incómodo. Ya nadie decía nada, ya nadie reía. James podía imaginar a todos aquellos hombres con los ojos fijos en Bethany, deseando liberar en ella todas esas fantasías que, por lo general, nunca podían convertir en realidad.

Incluso Arthur tenía la mirada turbia, clavada en la muchacha.

Entonces, la Madre se volvió hacia Bethany, la cogió por la barbilla y la obligó a levantar la cabeza.

—Su virginidad está totalmente certificada. Está limpia. Está intacta. Y la subasta comienza en cien libras.

—¡Cien! —exclamó alguien—. ¿Por un virgo? ¡Pero Madre, qué barbaridad!

La Madre miró hacia algún punto indeterminado del público.

—¿Acaso no crees que lo vale? Y no será la última cifra que oigamos esta noche. No voy a contentarme con cualquier propina barata. Por esta diosa dorada, no. ¿Alguien ofrece ciento diez?

—¡Ciento diez!

—¡Ciento cincuenta!

—¡Ciento ochenta!

—¡Doscientas!

—Doscientas... —susurró la Madre. Pasó una mano por el escote de Bethany, que se agitó de un modo sensual, recostada contra uno de los matones—. La puja sube muy lentamente, caballeros. Demasiado para mi gusto. ¿Seguro que no desearíais poder hacer algo así? —Tiró del lazo que cerraba el corpiño. Se abrió ligeramente y lo aflojó un poco más, de tal modo que pudo liberar uno de sus pechos y acariciarlo. La muchacha jadeó, excitada—. O así... —Lamió el pezón, con una lengua larga y obscena, y sonrió cuando se endureció bajo su contacto—. Así, pequeña, así, eso es...

—¡Trescientas libras! —gritó el viejo Blasstain. La Madre soltó un poco más el corpiño, hasta liberar los dos senos. Incluso James se sintió excitado por la imagen de aquella hermosa muchacha, atrapada en sus ensueños eróticos como una Bella Durmiente de Whitechapel.

—Si la cosa sigue así, terminará por desnudarla por completo en el escenario, solo por ir subiendo la puja —gruñó. A su lado, Arthur asintió ligeramente.

—No sería la primera vez. Eso, y mucho más.

Justo en ese momento, como confirmando sus palabras, la mano de la Madre abandonó los pechos de lady Bethany y empezó a bajar, siguiendo una línea recta que atravesó su estómago y su vientre, hasta detenerse en su pubis. Mientras empezaba a acariciarla, con la del abanico empezó a recoger el borde de la enagua.

—¡Trescientas cincuenta! —gritó uno.

—¡Trescientas setenta y cinco! —añadió otro.

—Ofrezco mil libras. —Todos se volvieron hacia James, que se había puesto en pie para hablar, las pupilas clavadas con furia en la Madre. Se hizo un silencio que rompió él mismo—. Y como nadie en la sala va a mejorar semejante puja estúpida, te sugiero que des por terminado el espectáculo.

Sorprendida, la mujer se apartó de Bethany, dio un par de pasos hacia el borde del escenario y le miró directamente.

—No le conozco, milord. Usted no es uno de nuestros clientes habituales. ¿Cuál es su nombre?

—¿Acaso importa? ¿No éramos todos caballeros sin nombre en la oscuridad de Whitechapel?

Ella entrecerró los ojos.

—Por supuesto. Pero me temo que también dije que era nuestra casa. Nosotros ponemos las normas y...

—Yo me ocupo —dijo de pronto una voz. El hombre del fondo del escenario se puso en pie, fue hacia la izquierda, salió de detrás de la tela blanca y caminó hacia ellos. A medida que avanzaba, las sombras parecieron retroceder sobre su piel, como amedrentadas, hasta dejar a la vista su rostro cuadrado de facciones duras. Estudió fijamente a James—. ¿Mantiene la oferta, caballero sin nombre?

—Thynne, no... —le susurró la Madre—. Está claro que la conoce y le importa.

Él la apartó con un gesto.

—Sí —dijo James—. La mantengo.

—Muy bien. Mil libras a la una. Mil libras a las dos. —Miró alrededor, dando tiempo. Nadie habló—. Mil libras a las tres. Vendida al caballero desconocido. —Volvió a fijarse en James—. La muchacha es suya. —Señaló algo a un lado. Él miró hacia allí y vio que uno de los matones se le había colocado a poco más de un paso. El ambiente se llenó de tensión—. Mi empleado le acompañará a mi oficina. Allí terminaremos esta conversación.

—Maldición... —murmuró Arthur. Se puso también en pie—. El caballero sin nombre ni cerebro ha venido conmigo. Prometió estar callado hasta que pudiera presentárselo, señor Thynne, porque quiere entrar a formar parte de su círculo exclusivo de clientes, pero qué le vamos a hacer, ha visto a la muchacha y se ha entusiasmado. —Se encogió de hombros, tratando de simular tranquilidad—. ¡Es un caprichoso!

Las frías pupilas de Thynne se dirigieron hacia él.

—¿Entonces, responde por su amigo, lord Badfields?

—Bueno, sabe hablar solo, desde pequeñito y contesta por sí mismo a las preguntas que le hacen. —Hizo una mueca al ver que el otro fruncía el ceño, nada divertido con su sentido del humor—. Pero, sí... responderé por él. Hasta sangraré por él, de ser necesario.

Thynne asintió lentamente.

—Entonces, venga también a mi despacho.

Arthur suspiró.

—No. Me parece que no.

El matón dio un paso en su dirección, pero se detuvo cuando James empuñó su bastón en una muda advertencia. Sin perderle de vista, habló para Thynne.

—Podemos pagar aquí mismo y llevarnos a la chica. O podemos llevarnos a la chica, sin más. Usted elige.

Thynne se echó a reír.

—La chica no se va. Solo va a pagar por desvirgarla.

—¿Eso piensa? —James le miró con el ceño fruncido, tratando de impresionarle—. No sé si a estas alturas sabe quién soy, pero le aseguro que le conviene no cruzarse en mi camino.

—Qué curioso, lord Gysforth —replicó el otro, dejando claro que sí, sabía bien quién era. Por la razón que fuese, no le impresionaba lo suficiente. Eso le preocupó, aunque trató de disimularlo—. Estaba a punto de decir lo mismo.

—Pues supongo que tenemos un problema. —De pronto, se oyeron pitidos fuera, y gritos de «¡Abrid a la Guardia, la Guardia!». ¡Bendito George, por fin aparecía! Justo a tiempo. Todos los invitados a la subasta se pusieron en pie, asustados—. Y el suyo parece bastante más grave. Le aconsejo que aproveche los pocos minutos que le quedan.

—¿Por dónde salimos? —exclamó el viejo Blasstain—. ¡Soy un marqués!

¡No pueden encontrarme aquí!

La Madre se frotó las manos, nerviosa.

—Thynne... Thynne, tenemos que irnos. Vamos.

—No pasará nada, lo sabes —replicó él, testarudo, aunque se le vio algo menos seguro de sí mismo.

—No, no lo sé, ni tú tampoco. Recuerda que dije que no quería más problemas. Esto no va a gustarle nada, y menos si nos detienen.

Que dije, ¿quién? ¿A quién no iba a gustarle? ¿Estarían hablando de ese rey que había mencionado Arthur? Seguramente. Le miró de reojo y que estaba observando atentamente a aquellos dos, como si quisiera memorizar cada gesto y cada sílaba.

El hombre maldijo y cedió por fin.

—Ocúpate de sacar a los invitados.

La Madre asintió, con cara de alivio, y bajó del escenario por un lateral.

—¡Por aquí! ¡Rápido! —dijo, señalando una dirección; seguramente aquel sitio tenía varias salidas, y pensadas para situaciones como esa. Todos los clientes la siguieron al momento, esperando escapar impunes de aquello. James no hizo nada por impedirlo, no era el momento, pero tenía sus nombres y se ocuparía de que pagasen por ello. Sobre todo lord Kennerath.

De momento, tenía asuntos más importantes que atender. Por ejemplo, el dueño del local le estaba mirando con ganas de pulverizarle con sus propias manos. James iba a decirle que podía contar con una larga estancia en prisión cuando, con una patada, empujó el candelabro que tenía a su derecha, directamente hacia los cortinones del telón, que empezaron a arder de inmediato. Algunas velas se soltaron y rodaron por todas partes, iniciando pequeños conatos de incendio.

—¡Traed a la chica! —gritó Thynne a sus matones, mientras retrocedía de nuevo hacia el fondo—. ¡Vamos!

Los dos hombres intentaron obedecer. Arrastraron con ellos a Bethany mientras trataban de cubrir la retirada de su jefe, pero James saltó al escenario



y llegó a tiempo de zancadillear a uno con el bastón y sujetar a Bethany. Dio un fuerte tirón y se la arrancó de las manos al otro. Ella giró con el impulso y hubiese caído de bruces al suelo, pero James la sujetó por la cintura como pudo.

Los dos matones se miraron. La idea de tener que enfrentarse al duque de Gysforth para conseguir a la chica no parecía terminar de gustarles. Además, el incendio estaba cobrando fuerza, el humo empezaba a envolverlos y hacía cada vez más difícil respirar. Por si eso fuera poco, más allá, la puerta se estremecía con las embestidas de los guardias, y no tardaría en ceder.

«Menos mal», pensó James, cuando vio que optaban por huir.

—¡Ayúdame! —le pidió a Arthur. Este se había quedado mirando en dirección a donde había desaparecido Thynne, con claras intenciones de correr tras él, pero al oírle, reaccionó—. Vamos.

Entre los dos, apartaron a Bethany del fuego. James le quitó la máscara y comprobó su pulso. No parecía haber recibido daño alguno, solo la habían drogado y seguía adormecida. Tenían que sacarla de allí cuanto antes. La cogió en brazos sin mayor esfuerzo y corrió hacia la puerta. Estaba llegando a ella cuando la cerradura cedió y se abrió de golpe, dejando entrar a varios miembros de la Guardia, que le miraron con mala cara hasta que aparecieron otros dos hombres.

Uno de ellos, un anciano bajito, con una mata abundante de cabello blanco y una expresión plácida, le resultó totalmente desconocido. El otro, por el contrario, era sir John Middleton, el sheriff de la Guardia en la zona de Westminster. George debía haber ido a buscarle para conseguir apoyo y que todo se movilizase cuanto antes. Una buena idea.

—¡Lord Gysforth! —exclamó sir John al verle, con alivio, aunque al momento frunció el ceño enfadado—. ¡Entre todos los estúpidos locos irresponsables que conozco, milord, se ha hecho usted con el primer puesto!

James se echó a reír.

—Gracias, sir John, de verdad que se lo agradezco.

—No estoy para risas, milord. ¡Menudo susto nos ha dado! Pero, hombre

de Dios, ¿cómo demonios se le ocurre venir aquí solo?

—Era una urgencia. Además, he contado con la ayuda de... —Se volvió, para incluirle también con un gesto, pero Arthur no estaba a su lado. No le vio por ningún sitio. ¿Dónde se había metido?—. Supongo que no importa...

—¿Y la muchacha?

—Está bien, está bien. —James la estrechó más contra su pecho, sobre todo para ocultar el corsé abierto—. Yo me ocuparé de ella.

—Está bien, pero si, como dice el señor Speechley, se trata de la prima del conde de Saxonshare, quizá quiera denunciar todo esto ante el rey y que se investigue a fondo el asunto. ¿Puede ocuparse de que se mantenga en contacto con nosotros? —Señaló a su acompañante, el anciano bajito—. Ah, perdone, le presento a sir Bernard Thousand, el sheriff de esta zona.

—Un placer, lord Gysforth —dijo el hombre—. Es usted todo un valiente. Yo no me atrevería a meterme por estos lugares a solas.

—Sir Bernard... —saludó, con un gesto de cabeza—. Disculpenme, caballeros, pero debo llevarme a lady Bethany de aquí, cuanto antes.

—Sí, por supuesto —aceptó sir John—. Cojan mi coche, el señor Speechley le dirá dónde está. —Le detuvo un segundo, por el procedimiento de ponerle una mano en el brazo. La mirada que le lanzó distaba mucho de la risueña, tan habitual en él—. Ya hablaremos, lord Gysforth.

James salió. Fuera, hacía frío y había empezado otra vez a llover. Entre el grupo de gente que esperaba tras una línea de miembros de la Guardia, divisó a George. El joven también le vio y se acercó al momento.

—¡Lord Gysforth! ¡Está usted bien, gracias a Dios!

—Sí, perfectamente. Dame tu abrigo, George, por favor. Ayúdame a cubrir a lady Bethany.

—Oh, sí, claro. —George se quitó la prenda y la extendió sobre la muchacha. Bethany rebulló en sueños, pero volvió a quedarse inmóvil, la mejilla apoyada con serenidad en su pecho—. Estaba muy asustado, lord Gysforth, por favor no vuelva a hacer algo así.

—No te preocupes, yo...

—¿Pero cómo no iba a preocuparme? —le interrumpió. James le miró sorprendido. George nunca se había atrevido a hablarle así, al borde del enfado. Sí que debía haberlo pasado mal—. ¡Venir aquí solo! Creí que no llegábamos a tiempo y me imaginaba ya lo peor. Me costó mucho localizar a sir John, pero pensé que era lo mejor, de otro modo a saber, hubiese tenido que venir con un par de guardias como mucho, y quizá no hubiese sido suficiente.

—Lo hiciste muy bien —le tranquilizó—. Y lamento de verdad haberme comportado así, de un modo tan temerario, pero no podía esperar, George. Lady Bethany estaba en peligro.

George miró a la muchacha.

—Sí, lo sé. Lo entiendo. Disculpe, son los nervios, lo mal que lo he pasado.

—No ocurre nada. Bien está lo que bien termina. Ahora debemos irnos. —Miró alrededor—. ¿Dónde está el coche de sir John? Me ha dicho que lo cojamos.

—Ahí. —Señaló en dirección a una calle transversal, donde se veía la forma oscura de dos o tres vehículos—. Vamos, iré con ustedes.

## CAPÍTULO 14

Subieron al coche. James acomodó a Bethany sobre su regazo y le dio al conductor la dirección de su casa. No le pasó desapercibida la mirada que le lanzó George, que quizá había creído que pensaba llevar a Bethany a la mansión de Saxonshare.

«Ni loco», se dijo, y no solo porque estaba seguro de que aquel idiota había tenido mucho que ver en lo que había ocurrido. Tras el susto vivido, prefería tener a la muchacha cerca.

Aprovechó el trayecto para cerrarle en condiciones el corsé, y George tuvo la cortesía de mirar por la ventana. James trató de ignorar la suavidad de la piel de sus pechos, pero le resultó difícil, sobre todo porque volvió a su mente la imagen de la Madre jugando con ella en el escenario y el modo en que Bethany había empezado a suspirar.

Que la tuviera sentada encima no ayudó, aunque al menos estaba todavía bajo los efectos de las drogas y no fue consciente de la dolorosa erección que empezó a provocarle.

—¿No sería mejor idea llevarla a la mansión de lady Morton? —dijo de pronto George. James le miró sorprendido por segunda vez en la noche—. Puedo entender que no quiera llevarla con lord Saxonshare, puesto que hay sospechas de que puede haber dado pie a todo esto. Pero, milord, no es apropiado que lleve a lady Bethany a Gysforth House. Es usted un hombre soltero que vive solo, y alguien poco dado a las excentricidades.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que la gente supondrá que, si comete esta, será porque tiene un interés muy especial en la dama. De ahí a imaginar un romance, hay solo un paso, Su Excelencia, y le recuerdo que está usted en negociaciones para contraer matrimonio. Si esto se sabe, será un escándalo.

—Tonterías. Es mi pupila.

—Sí, bueno, pero usted no conocía de nada a lord Saxonshare, no se sentía obligado a asumir la carga de esa tutela por parentesco o por una amistad, por ejemplo. Le recuerdo que el asunto ha surgido a través de una partida de cartas, algo que no tardará en saber todo Londres, porque no estaban solos en Brooks's. —Sí, eso era cierto—. En todo caso, esa parte de la excentricidad podría llegar a entenderse como una cuestión de honor, que hubiese querido salvar a la joven, pero solo si lady Bethany pasara ahora a residir con lady Morton, por ejemplo.

—No. Se quedará conmigo.

—A lady Morton no le va a gustar nada.

—Eso tendré que solucionarlo con ella.

George hizo un gesto que venía a decir «pues eso» y guardó silencio.

No hablaron más durante el camino, aunque James no dejó de darle vueltas a lo dicho. George tenía razón, pero no quería llevar a Bethany a casa de su tía Hetty, donde no podría verla más que en el salón a la hora del té y con dos ancianas delante, vigilando como buitres. Tras lo vivido, no podía evitar la urgencia de sentirla lo más cerca posible, de tenerla para él.

¡Ojalá le hubiese sido posible llevarla a algún sitio, uno suyo, de ellos, lejos de todos! La casita de Sleeping Oak, por ejemplo, o la que poseía en Center Street, en Londres, que era una de sus preferidas, por su jardín y la preciosa habitación del ático. Allí había vivido Mary Lambert, una actriz a la que conoció durante una función en el Covent Garden, su última amante establecida. Una muchacha encantadora, que ahora había vuelto a los escenarios.

James había tenido varias amantes a lo largo del tiempo pero, en ese momento, hacía ya mucho desde Mary, más de un año. Su vida era demasiado complicada, y bastante que encontraba el tiempo suficiente como para poder divertirse de vez en cuando con sus amigos. Además, no había sentido la necesidad de volver a comprometerse tanto con ninguna mujer.

Había llegado el momento de cambiar aquello, se dijo, mirando el rostro en sombras de Bethany, recostado en su hombro. Su primo estaba arruinado y

ella no tenía bienes propios. Esa podía ser una solución. Si ella aceptaba, podía establecerla en la casita de Center Street o en cualquiera de las muchas casas que poseía por la ciudad, en la que Bethany eligiese. Lo tendría todo: el mejor vestuario, el mejor coche con los mejores caballos que se pudieran comprar, viajes, caprichos...

Sería envidiada por las damas más elegantes de Londres, y él podría visitarla cada tarde y quedarse a su lado cada noche.

La idea le pareció tan insoportablemente deseable que tuvo miedo de que no pudiera convertirse en realidad. Pero no, claro. ¿Qué mejor destino podía esperar lady Bethany Howland, sin medios ni familia en la vida, que el de ser la amante del duque de Gysforth?

¡Pero qué estaba pensando! James se avergonzó al momento de semejante idea, y no solo por el hecho de que Bethany era su pupila y estaba bajo su protección. También era detestable que estuviese dispuesto a aprovecharse de semejante modo de la necesidad de aquella muchacha para obtener de ella algo que solo hubiese querido entregar a su esposo.

Sabía perfectamente cuál era su deber. Pero eso no quitó el hecho de que deseaba con todas sus fuerzas tenerla así, allí, o como estaba en su imaginación en ese mismo momento: sentada junto al fuego, recibéndole con una sonrisa en el dormitorio del ático de Center Street, elegante y a la vez muy íntimo, muy suyo. Bethany se levantaba, giraba sobre sí misma en una marea de enaguas de seda y encaje y se dirigía a las cortinas que ocultaban la cama. Le tendía la mano...

Mientras James soñaba con todas esas cosas, el coche siguió avanzando a buen ritmo. Abandonó Whitechapel por Adlgate, atravesó sin problemas las calles del Londres luminoso, que estaban prácticamente desiertas a esa hora, y se paró frente a Gysforth House.

En cuanto se detuvieron los caballos, James bajó con la chica y George volvió a ayudarlo a acomodar el abrigo antes de dirigirse hacia las escaleras de entrada. También debía haber alertado allí a todo el mundo, porque el mayordomo, el señor Simpson, estaba en la puerta. Junto a él estaba el ama

de llaves, la señora Brown; la cocinera, la señora Collins; Scrubbs, su ayuda de cámara; y el cochero, Bullock. También estaban presentes dos de los criados y varias doncellas, aunque estos últimos se mantenían a una distancia.

Había una diferencia entre Simpson, Brown, Collins, Bullock y Scrubbs, y el resto: ellos cinco llevaban al servicio de los duques de Gysforth desde antes del nacimiento del propio James, o casi. Le habían visto crecer, habían compartido toda su vida y para él formaban parte de una especie de segunda familia.

Todos le miraron con expresiones entre la alarma, el alivio y la inquietud.

—¿Se encuentra bien, milord? —le preguntó el mayordomo.

—Sí, perfectamente. Gracias a todos por su preocupación. Por favor, señor Simpson, envíe a buscar al doctor Dalton. Señora Brown, traemos una joven a la que habrá que atender. Ocúpese de todo, por favor.

—Por supuesto, milord —dijo la mujer, al momento—. ¿Quiere que le ayuden a llevarla?

—No, no será necesario. Apenas pesa.

Subió rápidamente las escaleras hasta llegar al primer piso y, tras dudar una milésima de segundo, tomó el pasillo de la derecha, donde solo había dos puertas, al final, a ambos lados.

La señora Brown le siguió sorprendida.

—Pero, milord, ¿adónde va? Las habitaciones de invitados están a la izquierda.

—Ya lo sé, señora Brown. Lo que pasa es que lady Bethany se alojará en la de la duquesa.

La mujer abrió desmesuradamente los ojos.

—Pero, milord... ¿qué dice? ¡Algo así no es nada apropiado!

—No me importa. —Y no le importaba. No había ninguna razón que justificara aquel deseo, pero se sintió impulsado a decir algo, ya que seguía mirándole con la misma expresión que si le hubiese salido una segunda cabeza—. No ponga esa cara. Lady Bethany es mi pupila.

—¿Su pupila, Excelencia?

—Exacto. Está bajo mi tutela legal. —No estaba seguro de si se habían cumplimentado ya todos los formalismos pero, para el caso, podía darlo por hecho—. Acepté la petición de su primo, el conde de Saxonshare, que ahora mismo tiene problemas y no puede hacerse cargo de ella —añadió, adornando un poco la verdad. O mintiendo descaradamente, que era otra forma de decirlo—. Como sin duda sabrá, lady Bethany hoy ha sufrido un ataque muy grave y quiero que esté cerca para asegurarme de que se encuentra bien.

Esperó junto a la puerta a que alguien le abriese. Uno de los criados más jóvenes avanzó hasta tocar la manilla, pero dudó y tuvo el valor de consultar con la mirada a la señora Brown, quien finalmente asintió nerviosa. Mejor para ellos, porque de otro modo hubiera tenido que recordarles quién mandaba en esa casa.

Entró como una tromba. La habitación no estaba en uso, él todavía no se había casado y desde la muerte de Evelyn no había habido ninguna duquesa de Gysforth, pero el servicio la mantenía impecable. Todo estaba en su sitio, y la cama preparada con sábanas frescas.

—Haga que enciendan la chimenea, por favor —ordenó a la señora Brown, mientras depositaba a Bethany con cuidado sobre el colchón—. Que vengan un par de doncellas y le preparen un baño. Ah, y ordene que traigan algo caliente, leche o caldo. ¡El caldo de la señora Collins! —exclamó, al pensar en ello. La cocinera de Gysforth House siempre había curado a los niños Keeling con aquella pócima deliciosa—. Averigüe si tiene ya preparado, de no ser así, que haga un poco, si no es mucha molestia a estas horas.

—Estoy segura de que la señora Collins se ocupará de ello inmediatamente, milord. —La señora Brown se removió, incómoda—. Es usted el que ya no tiene nada más que hacer aquí. Le sugiero que se vaya a su propio dormitorio y se dé también un baño. Le pediré al señor Scrubbs que suba.



—Prefiero quedarme y...

—No, milord. —La voz de la mujer sonó rotunda. Privilegios de haber estado con él cuando era un niño—. Esta noche ya hemos traspasado muchos límites. Sabe tan bien como yo que no es apropiado que esté aquí ahora, ni mucho menos que esté mientras la atienden. Váyase. Nosotras nos ocuparemos de lady Bethany.

Tenía razón, no podía negarlo. Asintió.

—Está bien. Pero avíseme en cuanto llegue el médico. Por favor.

La señora Brown sonrió.

—Sí, milord, por supuesto. Le doy mi palabra.

James fue a su dormitorio, saliendo al pasillo. Podía haber utilizado la puerta interior, la que unía las habitaciones de los duques, pero de algún modo intuyó que al ama de llaves no le hubiese gustado absolutamente nada semejante recordatorio.

Tampoco su ayuda de cámara, Scrubbs, parecía muy contento con él. Apenas habló con monosílabos y mantuvo la vista lejos mientras le preparaba un baño. James suspiró, resignado. Era lo que ocurría cuando te habías criado con el mismo servicio, Scrubbs había sido ayuda de cámara de su padre, igual que la señora Brown llevaba allí toda la vida. ¡Si le daban caramelos a escondidas cuando todavía tenía los dientes de leche! Como para quejarse porque le recriminaban el haberse comportado de un modo imprudente.

Estaba metido en la tina cuando le avisaron de la llegada del médico. Pensó en ir de inmediato, vestido únicamente con el batín, pero ya había escandalizado lo suficiente por un día a todo el mundo, solo le faltaba eso. Volvió a vestirse y, bien preparado, regresó al dormitorio de la duquesa.

Bethany todavía no había despertado, pero no había heridas ni golpes de ninguna clase, por lo que el médico estuvo de acuerdo en que todo se debía al opio; le aseguró que estaba bien y, con toda probabilidad, recobraría el sentido en pocas horas. Lo mejor que podían hacer era dejar que las cosas siguieran su cauce natural. Para asegurarse de que todo iba bien, él se quedaría a su lado toda la noche.

Más tranquilo, James regresó a su dormitorio, se puso el pijama y se tumbó en la cama. No tardó en quedarse dormido.

## CAPÍTULO 15

Para Bethany, despertar del sueño algodonoso del opio fue como ascender vertiginosamente desde una negrura completa hacia la realidad, un viaje sin vuelta atrás; una vez vislumbrada la luz de la superficie, ya no le fue posible regresar a las profundidades, ni mantener los ojos cerrados.

Los abrió, casi contra su voluntad, y miró sorprendida alrededor, al no reconocer el lugar en el que se encontraba, un dormitorio muy lujoso, decorado en suaves tonos arena con muebles de roble oscuro y muchos detalles dorados.

¿Seguía soñando? No, ya no, seguro que no. Pero, entonces, ¿dónde estaba?

Las hermosas cortinas dobles de las ventanas, combinadas en liso y en estampado con los mismos colores del resto de la habitación, estaban echadas pero, por la luz que se filtraba por las ranuras, dedujo que era bastante tarde, quizá las nueve. ¡Qué barbaridad! Ella nunca dormía hasta semejantes horas.

¿Qué había pasado? Intentó incorporarse pero notó un fuerte dolor de cabeza. Además, tenía una sed brutal, nunca había sentido algo así. ¿Estaría enferma? Quizá se hallaba en un hospital...

Entonces, de pronto, en una avalancha de imágenes, recordó todo lo ocurrido. La muerte de Freddy, su fuga, el secuestro, el burdel. Thynne, la Madre y la vieja Black Penny. Aquellos hombres horribles, obligándola a aspirar el humo del opio de una pipa cuyo olor la mareaba... ¿Seguiría en aquel sitio? No, seguro que no, decidió al momento, pasando la vista por las cortinas, las lámparas de mil cristales, los adornos, las alfombras... Esa habitación era demasiado elegante, más parecía propia de un palacio que de cualquier otro sitio.

¿La habrían subastado? Sí, eso debía ser.

Un nuevo recuerdo golpeó su mente. ¿Gysforth? ¿Había ido al burdel y la

había comprado? Cuando estaba drogada, apenas podía mantenerse consciente, pero tenía momentos en los que sentía que casi lograba atisbar el mundo real. Lo captaba como en destellos sueltos: el rojo de los labios de la Madre, la sucesión de números que sabía que eran pujas, y la imagen de Gysforth, poniéndose bruscamente en pie en una gran sala en penumbra, gritando que ofrecía mil libras.

Mil libras. ¿En serio la había comprado por mil libras? Dudó. Quizá no. Quizá todo había sido una alucinación provocada por aquella droga...

Bethany se incorporó poco a poco. Comprobó que llevaba puesto un camisón de un azul muy pálido, una prenda fina, de tacto maravilloso, con cuello bordado y mangas abullonadas. ¿De quién sería? A saber... Salió por un lado de la cama y se puso en pie, pero todavía estaba aturdida; se tambaleó y tuvo que apoyarse en una de las mesillas. Sin querer, hizo caer una figurita de porcelana, que se rompió en pedazos al estrellarse contra el suelo.

Casi al momento, se abrió una de las grandes puertas dobles y entró una doncella, que la miró sorprendida.

—¡Lady Bethany, por favor! ¿Qué hace? ¡Vuelva a la cama!

—He roto... —intentó explicarse—. Disculpas, he roto...

La muchacha vio los trozos de porcelana, sonrió y se encogió de hombros, quitándole importancia.

—No se preocupe, yo lo recogeré. Lo que importa es que no se corte. —La muchacha era demasiado decidida, y ella todavía se sentía demasiado débil. Tuvo que dejar que volviera a acostarla—. Me llamo Tully. Bueno, Theresa, pero todos me llaman Tully, y voy a ser su doncella personal. Si necesita cualquier cosa, solo tiene que tirar del cordón. —Señaló un llamador, junto a la cabecera—. Ahora, descanse. Yo voy a traerle algo para comer, aunque sea un caldito. Seguro que tiene hambre.

—Sí... —Sí que tenía hambre. Y sed, sobre todo sed. La idea de aquel caldo le resultó insoportablemente deliciosa. Miró alrededor—. ¿Dónde... dónde estoy?

—En Gysforth House, milady.

—¿La mansión del duque de Gysforth?

—Así es. —Así que había estado en lo cierto. No era ninguna alucinación del opio ni un sueño absurdo, Gysforth había ido a rescatarla y la había comprado para sacarla de allí. Se sintió infinitamente agradecida—. Voy a avisar a Su Excelencia de que se ha despertado, aunque creo que ni él ni el doctor Dalton van a permitir que se levante hasta la tarde, como poco.

—Pero yo...

—Suponiendo que quizá deseara discutir, lord Gysforth me ha pedido que le recuerde que ahora está usted bajo su autoridad y que no le gusta nada que le desobedezcan. —La señaló con un dedo, como si estuviera advirtiéndolo a una niña traviesa—. No se mueva de ahí.

Bethany no replicó, se sentía demasiado confusa. ¿Qué significaba eso de que estaba bajo su autoridad? ¿De dónde sacaba Gysforth aquella idea peregrina? ¿Acaso pensaba extender la argucia de la compra en el burdel más allá de lo debido? ¿Y por qué la había llevado a su casa, a la mansión familiar? ¿Con qué intenciones?

«No seas tonta, es evidente».

Y, entonces, ¿qué? ¿Acaso pensaba que formaba parte de sus pertenencias? Legalmente no podría reclamarla como... como algo comprado, el comercio de esclavos ya no estaba permitido, pero al fin y al cabo había dado una gran suma, por salvarla. Eso sí podría entenderse como una deuda. ¿Tendría de verdad intenciones de cobrarla? ¿Iba a intentar ejercer algún derecho de amo?

Bethany se ruborizó. Debería sentirse enfadada, pero no lo estaba. De hecho, solo pensar en todo aquello, solo imaginar a Gysforth entrando en ese dormitorio para exigirle... algo que no era capaz de concretar, hacía que se le acelerase la sangre y notaba la piel más sensible, tensa de puro deseo. Claramente, estaba enferma, aunque también podía ser algún efecto del opio.

Y Freddy, Freddy... ¿Qué iba a hacer con ese asunto? Todo lo demás, incluso su propia libertad, eran naderías en comparación con aquello. Le había matado. Pasado el shock de los primeros momentos, la idea la

sobrecogía, pero ya no la paralizaba, podía pensar con algo más de claridad. ¿Podría confiar en Gysforth hasta el punto de confesárselo? ¿O la entregaría a las autoridades?

Minutos después, volvió a entrar la misma muchacha, seguida de otras dos doncellas. La primera llevaba una bandeja con un cuenco tapado, servilleta y cuchara de plata. Sus compañeras iban cargadas con un vestido. Cuando lo extendieron en uno de los butacones, Bethany pudo ver que era de muselina blanca con el corpiño bordado con delicadas flores azules, y con toda la ropa interior necesaria, además de unos zapatos a juego. Una auténtica preciosidad.

—¿Qué es eso? —dijo, sentándose con la espalda en la cabecera de la cama. Tully le colocó la bandeja en su regazo, con una sonrisa.

—Es para usted. Una maravilla, ¿verdad? —dijo—. Creemos que le sentará como un guante. Milord dice que es para que se lo ponga luego, a la hora del té, si es que se siente con fuerzas de bajar a tomarlo con él. Pero, por supuesto, que si algo no le gusta, podemos traerle otra cosa.

—¿A la hora del té?

—Sí. —La doncella levantó la tapa del cuenco de porcelana y el olor a delicioso caldo de pollo le provocó un espasmo de ansiedad. Tully se dio cuenta y sonrió—. Le advierto que el caldo de pollo de la señora Collins, la cocinera, es famoso en todos los alrededores. Hay quien dice que tiene la virtud de resucitar a los muertos. ¡Y con mejor salud que cuando estaban vivos!

Bethany no pudo evitar sonreír.

—Por cómo huele, no lo dudo.

—Ahora tomará esto y descansará otro rato. Luego, le prepararemos un baño y la arreglaremos como corresponde. Y entonces, bajará a tomar el té, claro que sí. Lord Gysforth la estará esperando.

Todo organizado, todo decidido. De no estar tan cansada, hambrienta y sedienta, quizá se hubiese hecho lo posible por retomar el control de los acontecimientos. Quizá. Bethany cogió la cuchara y se tomó el caldo, casi

demasiado rápido. ¡Estaba tan bueno! Tenía la sensación de no haber probado algo tan delicioso nunca. Pensó que podría seguir tomando litros y litros, por siempre, pero cuando acabó el cuenco se sentía completamente llena.

Empezó a vencerla otra vez el sueño. Bostezó. Debería levantarse e irse, lo sabía bien, porque su presencia en la casa era de todo menos apropiada, pero no se sentía con fuerzas. Además, ¿adónde ir? Estaba el problema de Freddy, recordó aturdida. ¿Cómo podía olvidarlo, ni siquiera por un segundo? Su cadáver debía estar pudriéndose en su dormitorio. Aunque no, a esas alturas, el señor Briggs y Claire debían haber llamado a las autoridades y estarían investigando el asunto. Buscándola.

Pero no podía, no podía pensar en todo eso ahora. ¡Estaba tan cansada y tan cómoda allí! Tully retiró la bandeja, se la pasó a una de sus compañeras y la ayudó a acostarse.

—Descanse. Vendré a despertarla sobre la una y... —Hubo un momento oscuro de infinita paz—. Lady Bethany, lady Bethany...

Bethany rebulló entre las sábanas, un nido cálido en el que se sentía protegida y feliz.

—¿Sí?

—¿Quiere seguir durmiendo? —susurró Tully—. Si lo desea, puedo retirarme y dejarla descansar hasta la cena, o el resto del día.

¿El resto del día? Bethany se despejó en un segundo. Las cortinas estaban ahora ligeramente abiertas, la luz le indicó que debía ser ya por la tarde. Tras el caldo, había caído en un sueño profundo y ni se había dado cuenta del paso del tiempo. Le había venido bien el descanso.

—No, yo... —Se sentía estupendamente, llena de energía. De hecho, de pronto necesitaba salir de la cama y moverse, hacer cosas—. Quiero levantarme.

Tully sonrió.

—Perfecto, milady. Su Excelencia estará feliz de saberlo. —Gysforth, claro. Tenía que enfrentarse a él y ver qué iba a ser de su futuro—. Su baño estará listo en cinco minutos. —Señaló una bandejita, en la mesilla, con una

taza de buen tamaño y una servilleta minúscula—. Aunque lord Gysforth la espera abajo para tomar el té, me he permitido traerle otra taza de caldo.

—¡Oh, muchas gracias, Tully! Y, por favor, dile a la señora Collins que los rumores son ciertos: su caldo es milagroso.

La muchacha se echó a reír.

—Lo haré, milady. Se pondrá muy contenta.

Bethany se tomó el caldo a sorbos mientras veía cómo las doncellas preparaban la tina frente a la chimenea. ¡Jamás había visto echar tal cantidad de sales y aceites, y con tanta liberalidad! Cuando, minutos después, la ayudaron a sumergirse en el agua, la sintió densa y aromática, una auténtica delicia.

Durante horas, las tres muchachas se dedicaron a convertir la figura pálida y convaleciente que le mostró el espejo al principio, en una joven decididamente hermosa, con el cabello rubio, brillante y limpio, recogido en un moño trenzado que le sentaba especialmente bien. El vestido era, sencillamente, soberbio, y parecía haber sido confeccionado para ella, tan bien le sentaba. Cuando vio su reflejo al final, se contempló con asombro. Nunca se había visto tan bella.

—Está preciosa, milady —le dijo Tully, sonriéndola desde el reflejo—. El señor Simpson, el mayordomo, la espera fuera para llevarla con lord Gysforth. —Le puso sobre los hombros un chal fino, a juego con el vestido—. Ya verá cuando la vea. ¡Va a dejarle deslumbrado!

—Gracias, Tully. —Al dirigirse a la salida, señaló hacia la otra puerta que tenía el dormitorio—. ¿A dónde da esa puerta?

La doncella pareció ligeramente turbada.

—Al dormitorio de lord Gysforth, milady. Estos son los aposentos de la duquesa.

—¿Los de la duquesa? —repitió, atónita—. ¿En serio?

—Así es, milady.

Bethany sintió el impulso de preguntarle qué sabía de todo aquello, qué



podía esperar Gysforth de ella y de su situación, pero no se atrevió. Se limitó a asentir, salió a la puerta y se enfrentó al señor Simpson, que resultó ser un hombre de cierta edad, el pelo completamente gris, alto y delgado, con un rostro de expresión tan rígida como el resto de su cuerpo.

Por el modo en que la miró, tuvo la impresión de que no le caía en gracia. Quizá no le gustaba que estuviera en la casa, y en aquel dormitorio en concreto, algo bastante lógico, por otra parte. Si no recordaba mal, aunque tenía varias hermanas, Gysforth vivía solo. Con un buen número de sirvientes, pero solo, a efectos sociales. Que ella estuviera allí no era ni siquiera excéntrico, era mucho más. Llegaba al nivel de escandaloso.

—Señor Simpson —dijo, como saludo. El mayordomo hizo un gesto con la cabeza.

—Lady Bethany, me alegra comprobar que se siente mucho mejor.

—Así es, gracias. Lo debo a sus cuidados.

—Era nuestra obligación —replicó él, marcando las distancias a cualquier simpatía—. Por favor, acompáñeme.

El mayordomo la guió por un pasillo muy amplio y luego por unas escaleras de mármol más anchas aún que bajaban desde dos puntos hasta unirse en una central. Desde el gigantesco vestíbulo ovalado, tomaron una salida que llevaba a otro pasillo lleno de puertas.

Bethany arqueó una ceja. Esperaba no perder de vista a Simpson, porque se creía muy capaz de vagar eternamente en semejante lugar, buscando alguna salida.

Por suerte, ya estaban cerca. Simpson abrió una de las puertas, la anunció con toda solemnidad y le cedió el paso. Ella cruzó el umbral y vio que daba a un salón pequeño decorado en tonos azules, más sencillo que el resto de las estancias que habían cruzado, por lo general demasiado impresionantes como para poder considerarlas un hogar de verdad. Aquel sitio, sí.

Había dos criados de pie a ambos lados de un mueble alargado, un trinchante cubierto de toda clase de delicias, suficientes como para alimentar un pequeño ejército: pastas de té de diversos tipos, emparedados diminutos,

varias tartas, pastelitos de todas clases, galletas de mantequilla y de mermelada...

Gysforth estaba sentado a una mesa redonda, leyendo el periódico. Al verla llegar, se lo entregó a un criado, se levantó y le dedicó una sonrisa y una inclinación de cabeza.

—Lady Bethany.

—Lord Gysforth —dijo ella, del mismo modo.

—Me alegra muchísimo verla tan recuperada. Si me permite decirlo, está usted bellísima.

—Gracias.

—Por favor, tome asiento.

Ella obedeció, más que nada porque no le respondían las rodillas. ¡Qué guapo era, el maldito! Se sentía como arrastrada por el destino: por mucho que intentase resistirse a esa fascinación, desde el momento en que le vio en los Jardines de Vauxhall supo que estaba condenada a suspirar por él durante el resto de sus días.

—¿Cómo se siente? —dijo Gysforth.

—Mejor. Mucho mejor, gracias. —Agitó la cabeza y sonrió con disculpa—. Aunque sigo sedienta.

—Oh, sí. Seguro que es por el opio. Permítame. —Pensó que iba a servirle una taza él mismo, pero no. Se limitó a hacer un gesto y uno de los criados que habían esperado junto a la pared, avanzó al momento y le sirvió. Seguro que Gysforth no había levantado una tetera en toda su vida.

Bethany contuvo una sonrisa ante semejante pensamiento, tomó la taza y lo probó. Estaba delicioso, el mejor té que había tomado en meses, quizá nunca. Bebió con ganas. Gysforth la observó en silencio, con expresión divertida. Hizo otro gesto, para que el criado volviese a servirle.

—¿No quiere comer nada? —preguntó, tras acabar la segunda taza. Ella asintió. Antes de que le diera tiempo a exponer sus preferencias, ya tenía delante un plato combinado con todas las delicias del trinchante. Empezó

tanteando un sándwich, pero al probar el primer bocado se le despertó un hambre de lobo. Comió con ganas.

Él sonrió.

—Veo que tiene buen apetito —le dijo—. Es señal de que se está recuperando.

—Sí, gracias.

—Estupendo. —Esperó un poco antes de seguir—. Después, quizá debería escribirle una nota a su primo, para indicarle que se encuentra bien.

Bethany parpadeó. Eso podía significar que todavía no habían encontrado el cadáver, aunque era raro, tras tanto tiempo. O no. Al fin y al cabo, los únicos criados que quedaban en la mansión eran el señor Briggs y Claire. Quizá, al encontrar el cuerpo, habían supuesto lo que había ocurrido y no querían perjudicarla.

Igual se habían ido, y el cadáver seguía allí, solitario, descomponiéndose silenciosamente en la oscuridad...

Espantada, apartó aquella imagen.

—Sí, sí, claro. Lo haré —murmuró, para ganar tiempo.

—Perfecto. Ahora no quiero incomodarla, comprendo que tiene que reponerse. Pero, en cuanto se encuentre mejor, debemos hablar de lo que ha pasado y, sobre todo, del futuro.

Bethany asintió.

—Agradezco su comprensión. Y quiero agradecerle más todavía que acudiera en mi rescate.

—Sí, por suerte aquella mujer vino a contarme lo que ocurría. Fue usted valiente e ingeniosa al mandarla.

—Gracias, aunque ahora mismo no me considero muy ingeniosa. De otro modo, no hubiese terminado así, en esa... espantosa subasta.

Gysforth pareció ligeramente turbado y carraspeó.

—Como le dije antes, ya habrá tiempo de que me cuente las razones que la impulsaron a ser tan imprudente. Pero, lady Bethany, ahora está a salvo. Está

conmigo. —Alzó ambas manos, como pidiendo calma—. Por supuesto, quiero que sepa que esta situación me perturba tanto como a usted, y que no tengo intenciones de imponerle mi voluntad más allá de lo imprescindible.

Imponerle su voluntad... Más allá de lo imprescindible... Se sintió como una esclava ante un amo especialmente atento, pero no por eso menos decidido a utilizar su posición de dominio.

—No puede hacer esto. —Su voz sonó casi como un jadeo. Él apretó apenas los labios. Casi parecía herido.

—Vamos, lady Bethany, me consta que no le agrada la situación, a mí tampoco, pero ambos podemos sacarle la mejor ventaja. Conmigo no va a faltarle de nada, se lo aseguro. Vivirá muy cómodamente. Me ocuparé de que se solucionen los problemas económicos en los que ha vivido y, el día de mañana, quedará muy bien situada.

«El día de mañana». Cuando se cansase de ella, vamos, estaba dejando las cosas claras. La idea la llenó de amargura.

—¿Y si quiero irme ahora, ya?

Él frunció ligeramente el ceño.

—¿Adónde?

—No lo sé. Adonde yo lo pueda desear, porque sí.

Gysforth chasqueó la lengua.

—Tras lo que le ha pasado, me disculpará, pero no voy a consentir que esté por ahí sola. No me ponga en semejante compromiso, se lo pido por favor. No siquiera tener que disponer una guardia para usted, pero si se comporta como una niña díscola, no me quedará más remedio.

—No soy ninguna niña.

Gysforth no hizo comentarios, aunque sus ojos le dieron la razón.

—Tiene una doncella, Tully, y no saldrá de la casa sin ella. —Se encogió de hombros, quitándole importancia—. Lo habitual. Una dama nunca debe ir a ninguna parte sin su doncella, usted misma me lo recordó en Sleeping Oak.

—Ya. —Omitió recordarle que él mismo hizo lo posible para separarla de

Claire—. ¿Y cómo debo llamarle?

Él se mostró sorprendido.

—Lord Gysforth, por supuesto. Podemos omitir otros tratamientos.

—No, digo cuando estemos a solas.

El desconcierto aumentó. Y algo más, algo que se deslizó entre ellos, sobre la mesa, mientras se mantenían las pupilas el uno al otro. Quizá él fue a decir algo, pero llamaron, se abrió la puerta y entró un hombre joven. Tardó un segundo en recordar dónde le había visto. Era el secretario de Gysforth.

—Su Gracia, milady... —saludó a ambos como si fuera habitual encontrarles allí tomando el té, y se centró en el duque—. Lord Gysforth, lamento interrumpir pero tenemos que salir ya o llegaremos tarde a la reunión con el Primer Ministro.

—Oh, sí. Disculpe, lady Bethany, esperaba poder dedicarle la tarde, pero se me ha complicado el día. —Se puso en pie. Ella le miró consternada. Allí estaba, dejando su compra en casa mientras iba a solucionar los asuntos del imperio—. Si quiere salir de paseo o ir de tiendas, hágalo, su doncella la acompañará y se ocupará de que pongan todo en mi cuenta. —Hizo un saludo elegante—. Que tenga una buena tarde. Nos veremos en la cena.

Bethany se quedó sentada en la mesa, aunque ya no tenía hambre, de modo que se limitó a tomar algo más de té. Luego, volvió a su dormitorio. Necesitaba pensar, algo que, en esos momentos, le costaba mucho. Había descansado lo suficiente y ya no estaba bajo los efectos de las drogas, pero seguía sintiendo la cabeza como aturdida. Por culpa de Freddy, claro.

Bien, ahora Gysforth no estaba. ¿Qué debía hacer? ¿Escapar de allí? ¿Y para ir, adónde? Ya había visto cómo eran el mundo y la noche, ahí fuera, en el exterior. No quería volver a caer en manos de alguien como Thynne, ni que una vieja repugnante como la bizca la tocara.

Definitivamente, su destino estaba en manos de Gysforth. Si quería salir bien parada de semejante situación, tenía que ganarse su aprecio antes de que descubriesen el cadáver de Freddy. Y, según lo pensó, supo que era la salida. Eso, exactamente eso, era lo que debía hacer.

«Oh, Dios, qué cosas se me ocurren», se dijo, horrorizada consigo misma. ¿De verdad estaba dispuesta a algo así? ¿A acostarse con ese hombre para manipular su voluntad? Sí, admitió, sin el más mínimo atisbo de duda. Sería capaz de cualquier cosa con tal de conseguir que la protegiese.

Tampoco podía engañarse, acostarse con él era algo que deseaba hacer, pero su condicionamiento, su educación, se lo hubieran vedado por siempre, porque ella no era la mujer adecuada para un matrimonio con Gysforth, bien lo sabía. Pero sí podía aprovechar aquella curiosa situación para satisfacer ese deseo y, además, conseguir ese respaldo que tanto necesitaba...

Podía conseguirlo. Sabía que le gustaba a Gysforth, de otro modo no hubiese ido a rescatarla, no hubiese pujado por ella en el burdel aquella cantidad desmesurada ni, mucho menos, la hubiese llevado a esa casa. A esa habitación. A situarlos a ambos un paso del escándalo.

Caminó de un lado a otro, nerviosa; luego, eligió un libro en la bien provista biblioteca de Gysforth y trató de leer un poco, pero se sintió incapaz de concentrarse y repitió infinidad de veces las mismas palabras del principio.

Estaba dormitando en el diván cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, con un carraspeo. Entró una mujer de cabello cano y cuerpo robusto, con las manos juntas, los dedos entrecruzados. Tenía un rostro agradable, aunque la encontró algo tensa.

—Milady, discúlpeme, pero quería presentarme —le dijo—. Soy el ama de llaves de Gysforth House, la señora Brown.

Bethany sonrió.

—Oh, encantada de conocerla, señora Brown.

—Lo mismo digo. Perdona que no haya venido antes. Hoy tenía el día libre y acabo de volver a la casa. En otras circunstancias, me hubiese quedado de todos modos, para atenderla, pero tenía asuntos familiares bastante urgentes que... bueno, que atender.

—Sí, comprendo. Espero que nada grave.

El ama de llaves suspiró.

—Los años, que lo complican todo, milady —replicó. ¿Qué habría querido decir? Supuso que tenía algún familiar enfermo, alguien de edad, pero no se atrevió a seguir preguntando, no tenían confianza suficiente—. Espero que la hayan atendido como es debido.

—Sí, maravillosamente, gracias.

—Bien. Cualquier cosa que necesite, por favor, no dude en dirigirse a mí.

—Muy bien. Gracias.

La señora Brown fue hacia la puerta, pero, en el último momento, se volvió desde el umbral.

—Milady, hay algo que... me gustaría comentarle.

—Por supuesto. Si puedo ayudar...

—Creo que sí. Verá, es respecto a lord Gysforth. Quizá lo tome como una osadía, pero debe tener en cuenta que algunos estamos aquí desde antes de que naciera. El señor Simpson, la señora Collins, el señor Scrubbs, Bullock... Le hemos visto crecer. ¡Le encantaban los cuentos que le contaba el señor Simpson y pasear a caballo con Bullock!

Bethany sonrió.

—Ya veo.

—Era un niño maravilloso y se ha convertido en un gran hombre. Le esperan cosas muy importantes en la vida. Por eso... —Titubeó—. Perdone que lo mencione de forma tan directa, milady, pero ambas sabemos que su situación en esta casa es... peculiar. —¿Solo «peculiar»? Qué mujer más discreta. Bethany no pudo evitar bajar los ojos—. Solo espero que no... bueno, que no trascienda.

—Yo también lo espero, señora Brown. Para mí también resultaría muy incómodo.

—Sin duda, sin duda.

Bethany suspiró.

—Eso era lo segundo que quería saber, ¿cómo es que estoy en las habitaciones de la duquesa? Le juro que, por más que lo intento, no puedo

entenderlo.

—Su Excelencia se empeñó. Y es un despropósito, cierto. —La señora Brown la miró con un brillo de esperanza en los ojos—. Usted parece una joven sensata. ¿Puede hacerle recapacitar? Seguro que, si usted habla con él, entrará en razón. Consiga que al menos podamos trasladarla a una de las habitaciones de invitados. No es lo ideal, puesto que en la casa no hay otras mujeres que el servicio, pero al menos no será una situación tan escandalosa.

Ella, que estaba calculando cómo terminar de seducirle, no era la más apropiada para semejante encargo. Pero asintió.

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias, milady —respondió el ama de llaves, más animada que cuando llegó. Hizo una reverencia y salió.

Cuando se quedó sola, Bethany siguió intentando leer un rato, y hasta lo consiguió durante cosa de una hora. Poco antes de cenar, Tully le informó de que lord Gysforth había enviado aviso de que no iba a poder reunirse con ella hasta el día siguiente, que su reunión se había alargado y tenía que cenar con unos caballeros. Bethany volvió a sentirse decepcionada. Y nerviosa. Tenía que hacer algo. Se le acababa el tiempo.

En vez de bajar al comedor, prefirió que le subiesen una bandeja. Cenó sola y Tully la ayudó a prepararse para acostarse.

Durante un par de horas permaneció en silencio, mirando fijamente la oscuridad. ¡Qué silencio! En aquella casa reinaba una paz absoluta. Le recordaba la quietud de Mauve Meadow, aunque sin el maravilloso aroma de los rosales que crecían al pie de su habitación. ¡Cómo los echaba de menos! Pero esta vez solo se le escapó una lágrima solitaria, no más. Tal como habían comentado ella y Gysforth en aquel paseo en barca, uno acababa acostumbrándose al dolor de la pérdida. Se seguía sintiendo, pero se soportaba mejor.

Alrededor de la medianoche, escuchó por fin sonidos en el dormitorio de Gysforth. Estaba hablando con su ayuda de cámara. Le decía que podía acostarse, que se las arreglaría a solas. Luego, silencio.



Bethany se levantó y encendió la palmatoria de la mesilla. Se miró en el espejo, con aquel camión y el cabello suelto sobre los hombros. Estaba hermosa. ¿Podría lograrlo? Tenía que intentarlo.

*Tenía que conseguirlo.*

Fue hacia la puerta que separaba los dormitorios y apoyó una mano en la madera. Luego se inclinó a escuchar. Nada. De pronto, solo le llegaba silencio más absoluto. Bethany se preocupó. ¿Se habría quedado ya dormido? ¡Menuda seductora estaba hecha!

—¿Lord Gysforth? —preguntó en un susurro. Dio un golpecito a la puerta—. ¿Lord Gysforth, está usted ahí?

Unos momentos en tensión, sin aparente respuesta. Luego, le llegó el ruido de una llave entrando en la cerradura, seguido de su giro. La puerta se abrió.

Al otro lado, Gysforth la miró con sorpresa. Llevaba la camisa por fuera de los pantalones y estaba despeinado. Al fondo vio la cama abierta, preparada para recibirle, y el escritorio, con las velas encendidas. El duque llevaba en la mano un libro abierto.

—¿Lady Bethany? —preguntó, atónito—. ¿Se encuentra mal?

No, no se sentía mal. Y no sabía cómo contarle tantas cosas que debía decirle. Si la rechazaba, se moriría, pero algo le decía que no iba a rechazarla, que no lo haría jamás.

Apoyó una mano en su pecho.

Él parpadeó. Se quedó muy quieto, aunque Bethany podía notar su corazón. Latía a toda prisa en su pecho, como si tuviera prisa por llegar a algún tiempo futuro, a un momento importante. Animada, dio un paso al frente, se puso de puntillas y se alzó para alcanzar su boca con los labios. Gysforth no retrocedió, no se movió, la dejó hacer. Durante unos momentos, el beso fue tierno, suave, indeciso.

Pero, entonces, él dejó caer el libro al suelo y la enlazó con fuerza por la cintura. Bethany notó la dureza de su erección, el calor de su deseo. Gysforth giró con ella para apoyarla en el umbral.

—¿En tu cama o en la mía? —susurró.

Bethany sintió que su cuerpo se electrizaba por completo, que no iba a poder contener aquel deseo extraño que se había adueñado de todo. ¿Qué cama? Daba igual. ¡Allí mismo, de ser necesario, allí de pie, en el umbral! ¡En territorio común, en tierra de nadie!

Pero se olvidaba de que estaba con James Keeling, el duque de Gysforth. Alguien que debía estar acostumbrado a la comodidad antes que a la pasión. La cogió en brazos y la llevó hacia su dormitorio, donde ella era la invitada.

No, la invitada no. No debía olvidarlo. Era suya, era...

Gysforth la depositó sobre la cama, besándola interminablemente. Bethany jamás había tenido una relación con ningún hombre, lo había imaginado mil veces, pero sin saber a ciencia cierta qué podía esperar. Sin embargo, de pronto, parecía que su cuerpo sabía perfectamente qué era lo que debía hacer. Sus labios respondían con ardor; ni siquiera lo había pensado y ya sus manos estaban intentando desabrocharle la camisa, lo más rápido posible...

Él acarició sus piernas, se situó en medio y se desató el pantalón.

—Seré gentil —le dijo, en un susurro. Ella se estremeció, y más cuando volvió a sentir sus manos sobre la piel, ascendiendo por debajo del camisón. Dio la impresión de que solo había pensado apartarlo lo imprescindible, pero de pronto cogió la prenda y la ayudó a quitársela, sacándola por la cabeza—. Así —dijo entonces, contemplándola desnuda—. He soñado tantas veces con tenerte así.

Bethany alzó una mano y acarició su mejilla.

—¿Cuidarás de mí? ¿Pase lo que pase? —«Aunque te digan que soy una asesina, aunque los hombres del rey vengan a tu puerta con la intención de detenerme».

Él la cogió por la muñeca y besó su palma.

—Siempre. Pase lo que pase —contestó. Luego, se inclinó para unir sus bocas otra vez, más fuerte, más profundo, mientras terminaba de liberarse de sus pantalones. Ella le ayudó, rezando para que no la encontrase demasiado impetuosa. Pero no podía evitarlo, las manos se le iban solas, al pantalón, a la

camisa, para quitársela cuanto antes y así poder sentir su piel desnuda, caliente, firme...

Nada más quedar desnudo sobre ella, Gysforth se inclinó a besar sus pechos, con un ansia que le hizo pensar en que sí que era cierto que la deseaba con todas sus fuerzas. Bethany gimió y se arqueó, empezando a sentir que aquella lengua, aquellas manos, estaban desatando una urgencia nueva en su interior, un ansia como no había conocido nunca antes.

Hacia que aquella sed, intensa y devastadora, que había sentido a lo largo de todo el día, al despertar del sueño del opio, no fuera más que una punzada sin importancia, una nimiedad frente a esta sacudida de gigante.

—Por favor... —le dijo, aunque no se entendió ni ella misma, porque solo había sido una especie de gemido. Le sintió duro, firme, abriéndose paso a través de su carne virgen.

—Iré poco a poco —le oyó susurrar. Gysforth apretaba la mandíbula, como luchando contra fuerzas titánicas—. Dime si te hago daño.

¿Daño? Quizá, de algún modo. Pero a la vez sintió que lo que estaba viviendo era algo único, algo que recordaría durante toda su vida. Siguiera con aquel hombre o no, ejerciera él su derecho de compra o no, era suya, simplemente porque así lo había decidido su propio corazón. Bethany se arqueó para facilitarle el avance y, de pronto, Gysforth estuvo dentro, totalmente dentro.

Se miraron a los ojos, en el momento más íntimo que podían llegar a tener dos seres humanos.

—Te quiero —dijo él. Algo en el interior de Bethany se estremeció. Se sintió culpable. ¿Le estaba engañando? Sí y no, a la vez. Nada era tan sencillo. Por suerte, la cuestión no tenía importancia, porque no estaba viviendo un momento creado para revelar secretos, solo para sentir. Incluso, de haber querido hablar, no hubiese podido hacerlo, porque Gysforth empezó a moverse en embestidas lentas, con las que parecía querer llegar más dentro todavía, más al fondo, al núcleo de todo lo que era el mundo de Bethany Howland.

Ella se dejó llevar por la marea de sensaciones que iban despertando aquellos movimientos, aquel vaivén continuo que se amoldaba a los crujidos del lecho. Se estremeció. Era tan delicioso que pronto empezó a ser insuficiente, de modo que le rodeó las caderas con las piernas y empujó, animándole a empujar a su vez, a seguir intentando alcanzarla.

Más, más...

—Lord Gysforth... —susurró. Él se echó a reír entre dientes.

—Contestando a tu pregunta de esta tarde, creo que, a solas, puedes llamarme simplemente James. —Arqueó las caderas, en un círculo que casi la hizo sollozar—. Vamos, dilo. Pronuncia mi nombre.

Ella tragó saliva.

—Me compraste. En el burdel.

—¿Lo recuerdas? —preguntó sorprendido—. Bueno, sí, de alguna manera. Pero no necesitaba dinero para hacerte saber que eres mía, ¿verdad? Lo supiste en Sleeping Oak. Ambos lo supimos. Tú eres mía. —La besó con suavidad—. Y yo soy tuyo.

Sí lo era, sí. Suya. Tuyo. Pronombres posesivos que habían sido creados por la humanidad para ser utilizados en momentos como ese, para poder expresar sensaciones como esas. Gysforth volvió a moverse, imperioso, arrancándola de toda posibilidad de control.

—Vamos, dilo. Dilo, Bethany. Pronuncia mi nombre.

Bethany se aferró a él como pudo, mientras notaba que una ola gigantesca crecía y crecía en algún lugar y la recorría con fuerza.

—James... ¡James!

## CAPÍTULO 16

James despertó con un sentimiento de plenitud soberbio.

Se sentía estupendamente bien, satisfecho como nunca, aunque todavía tardó un par de segundos en recordar lo ocurrido. Al hacerlo, giró entre las sábanas y buscó el cuerpo de Bethany, pero no la encontró a su lado. De no haber estado desnudo, hubiese podido preguntarse si había sido un sueño.

¿Cuántas veces habían hecho el amor? Tres, sí, eso era. Una vez la inició en el mundo del sexo, Bethany había demostrado ser insaciable, y él también, con ella. Empezaron una cuarta, pero estaba demasiado cansado, ella también, y se quedaron dormidos, abrazados de tal modo que no se sabía dónde empezaba uno y dónde terminaba el otro, en un nido de sábanas revueltas.

James se tumbó boca arriba y contempló el techo durante algunos minutos, mientras la realidad le envolvía poco a poco, recordándole que no todo era tan maravilloso. Nunca podría casarse con Bethany, ni llevar aquel asunto más allá de lo que tenían, lo que estaban viviendo en ese momento: un asunto que debía mantenerse en la más absoluta discreción, por el bien de ambos.

Además, era su maldito tutor. Se suponía que debía protegerla, no acostarse con ella. ¿Qué opinión se ganaría entre sus amigos y sus enemigos, de saberse? Se sintió un poco mortificado. Quizá se había aprovechado de su confianza, pero es que no había podido contenerse, le había sido por completo imposible. ¡Estaba tan hermosa, se ofrecía de un modo tan sensual, tan generoso! ¡Y él estaba tan excitado desde el día del paseo en barca, tan deseoso de que ocurriese...!

Llamaron a la puerta. Echó un vistazo alrededor, buscando que no quedara rastro de la presencia de Bethany. Apresuradamente, trató de extender las sábanas. Menudo lío habían organizado.

—Adelante —dijo. Un segundo después, entró Scrubbs, con la bandejita

en la que le llevaba su taza de té.

—Buenos días, milord —le dijo, como siempre. Dejó la bandeja en la mesilla, sin mirarle, y se dirigió hacia la ventana para correr las cortinas—. Hace un día estupendo, si me permite decirlo, ni frío ni demasiado calor. Como tiene una reunión en el Parlamento a las diez, le he preparado una indumentaria en gris perla, aunque quizá prefiera un negro más clásico. Y sus hermanas esperan en el saloncito azul.

James, que se había sentado para tomar el té, estuvo a punto de atragantarse.

—¿Mis hermanas?

—Así es, milord. Las tres. Han pedido que les preparemos sus habitaciones. —Puso cara de censura—. Por supuesto, ya han sido informadas de que no hay necesidad alguna de plantear algo así. Sus habitaciones siempre están preparadas en esta casa, que es su hogar.

—Por supuesto. Gracias, Scrubbs.

No se preguntó por qué Lizzie, Ruthie y Lettie habían dejado la mansión de la tía abuela Henrietta y se habían venido a la mansión Gysforth. Lo raro era que hubiesen aguantado tanto allí. Pero el caso es que necesitaban a la tía Hetty, como madrina y acompañante, en sus salidas durante la temporada. Esperaba que no se enfadase tanto como para retirarles su apoyo.

—¿Han sido informadas de la presencia de lady Bethany?

—Por supuesto. La señora Brown se ha encargado de ello.

—Bien. —Apartó las sábanas y se sentó—. Ocúpese de que avisen también a lady Bethany de la situación.

—Desde luego, milord. ¿Debemos cambiarla de habitación?

Era lo más conveniente. Pero no quería hacerlo, y menos después de lo que había ocurrido.

—No, no hará falta, gracias.

Scrubbs apretó los labios, con un gesto contrariado.

—Si milord lo considera así... ¿Tenía calor por la noche?

—¿Yo? —Ah, estaba desnudo, claro. Le resultaba tan natural andar así delante de Scrubbs que no se había parado a considerar la situación. Iba a buscar una excusa, cualquiera, pero vio que el ayuda de cámara estaba mirando hacia otro lado, hacia la cama, con una expresión de sobresalto. Miró también y vio la sangre en la sábana bajera. La prueba irrefutable de la virginidad de Bethany.

De un tirón, movió las mantas y la colcha para taparlo. Las pupilas de Scrubbs se dirigieron hacia él. Sus labios jamás se atreverían a formular la pregunta, pero resultó obvia, tanto como la tensión que se creó en el ambiente.

Él no contestó. Le dio la espalda, caminó hacia la ventana y se terminó el té mirando cómo brillaba el sol sobre el jardín, mientras le preparaban el baño. Entonces, se arregló tan concienzudamente como cualquier otro día y bajó a la sala del desayuno, clamando al cielo por un poco de paciencia.

Sus tres hermanas estaban allí. Haciendo caso omiso de los criados, se estaban sirviendo por sí mismas de las bandejas del trinchante.

—¡Jamie! —exclamó Ruthie, al verle—. ¡Tienes que ayudarnos!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, yendo de una a otra para besarlas en las mejillas—. ¿Qué es eso de que os habéis vuelto para quedaros?

—¡Es que la tía Hetty es horrible! —exclamó Lettie—. ¡Y lady Forrest, peor! Quieren decidir todo: qué nos ponemos, con quién hablamos, adónde vamos...

James se encogió de hombros.

—Tenéis que entenderlo, son mujeres mayores. Pero lo que cuenta es que la tía Hetty está encargada de presentaros esta temporada. Haced lo que os dice, da igual. Recordad que, al final, sois vosotras las que vais a tener la última palabra en este asunto.

—¿La última palabra, dices? ¡Si no nos permite ni hablar con quien queremos! —protestó Lizzie.

—A este paso, no vamos a poder encontrar un buen marido, nunca —lloriqueó Lettie—. ¡Yo no quiero casarme con un viejo como lord

Birdwhistle! ¡No lo haré! ¡Me negaré a comer y me moriré de hambre!

Él suspiró. Quería mucho a sus hermanas, pero las gemelas en concreto le volvían loco. Demasiado jóvenes para él, literalmente le agotaban y le hacían sentirse viejo. En cierto modo, era normal, puesto que era mucho mayor que ellas, tenía diez años cuando nacieron. Habían sido sus muñecas vivientes, de él y en parte de Ruthie, y ahora eran dos jovencitas con las ideas muy claras y la testarudez de los Keeling.

—No exageres.

—No lo hacen —aportó Ruthie—. Va siendo hora de que le hablemos de nuestro juramento.

—No digas tú también tonterías, Ruth. Sabes tan bien como yo que no le va a gustar, será enzarzarnos en una discusión ridícula. Y ni siquiera es necesario. Simplemente, escoged por vuestra cuenta, yo me ocupo del resto.

—No es ninguna tontería. Yo ya sé que no voy a tener marido pero es que, a este paso, es que tampoco voy a tener cuñados. La tía Hetty piensa que sigue viviendo en otras épocas.

—¡Eso digo yo! —exclamó Lizzie.

—Y, aunque sabemos que tú vas a ocuparte a la hora de la verdad y que nos casaremos con quienes queramos, ni te imaginas los trastornos que nos causa ahora mismo. En serio, no puede ser que no permita que el segundo hijo de lord Cocks visite a Lettie en casa, solo porque son condes y el muchacho no es el heredero, y por tanto no tiene más que un «honorable» de tratamiento. ¡Por Dios, está empeñada en que se case con lord Birdwhistle, que la ronda desde hace tiempo! No sé tú, pero yo no voy a consentir semejante enlace.

James frunció el ceño. No, él tampoco lo permitiría. Podía llegar a aceptar que, en algunos casos, los matrimonios fuesen organizados de un modo conveniente, pero nunca *contra natura*. Lord Birdwhistle, al que llamaban por algo «el viejo duque», podría haber sido, incluso, el bisabuelo de Lettie.

—Sabes que yo tampoco, por supuesto. Hablaré con la tía Hetty.

Las gemelas estallaron en aplausos y vítores hasta el punto en que Ruthie



tuvo que ordenar que guardasen silencio. No le hicieron mucho caso pero al menos menguó el barullo.

—Dile de paso que deje de presionar a Lettie con lo de la comida — añadió Ruth.

—¡Eso! —exclamó Lizzie.

—¿Lo de la...? Ah. —Últimamente, Lettie había empezado a comer de forma desproporcionada. Ahora, tenía una apariencia más redondeada que Lizzie y todo el mundo podía distinguirlas con facilidad. Si seguía igual, en un año el asunto se complicaría mucho más—. ¿Acaso se ha puesto impertinente?

—Más lady Forrest que ella, pero sí. No la dejan en paz. Es una auténtica persecución.

James bufó.

—De acuerdo. Me ocuparé también.

Ruth le sonrió desde su puesto en la mesa.

—Gracias, hermanito.

—¿Qué es eso de que tienes una pupila, Jamie? —preguntó Lettie, la que acababa de jurar que moriría de hambre, mientras devoraba unas salchichas con apetito renovado.

—Es la prima de un conocido que se encuentra en apuros. Y no es la primera pupila que tengo. También soy vuestro tutor y creo que no hago un mal trabajo.

—Eres el mejor hermano del mundo —le dijo Lizzie, siempre generosa. James le sonrió y se inclinó hacia ella para acariciarle la mejilla.

—Gracias, cariño.

—¿Y eso de que la has instalado en la habitación de la duquesa? —añadió Ruthie, mirándole con curiosidad. James carraspeó. Maldita señora Brown. Ya podía haber omitido ese detalle. Claro que, si no lo había omitido, era precisamente para provocar esa situación.

—Fue una emergencia —se excusó, sintiendo que sus mentiras se veían

claramente, flotando en el aire como nubes de tormenta—. Digamos que me he sentido impulsado a intervenir, para ayudarla. Su primo, lord Saxonshare...

—¡Oh, Frederick Howland, el gallardo conde de Saxonshare! —exclamó Lizzie, arrebolada—. ¡Anoche me invitó a bailar!

—A mí también —intervino Lettie, frunciendo el ceño a su hermana—. Y a la mayoría de nuestras amigas. No está especialmente interesado en ti, así que no hagas el tonto.

—¡Eso no es verdad!

—¡Sí lo es!

James frunció el ceño. ¿Así que aquel idiota estaba jugando con sus hermanas? Cuando le pusiera la mano encima...

—Basta ya. Me da igual. Manteneos alejadas de él, las dos. No quiero que volváis a bailar con él, ni a hablar con él. Ni siquiera a mirarle de lejos.

Lizzie arrugó la boquita como cuando tenía tres años y James no quería darle un caramelo más.

—Pero ¿por qué?

—Porque es un impresentable. Se está gastando lo que no tiene en las mesas de juego. Sin mi ayuda, acabaría en la cárcel por deudas antes de fin de año.

—¿Lo ves? —Lettie hizo un mohín idéntico al de su gemela—. Te lo dije. Está buscando casarse por dinero.

—Oh, qué pena. ¡Es tan guapo! —exclamó Lizzie—. ¡Y está atormentado!

En eso, Lettie estuvo de acuerdo. Por alguna razón, les encantaban los hombres atormentados, torturados por las tribulaciones del destino. James estuvo por preguntarles qué pensaban de él, tan atormentado como se sentía por sus hermanas pequeñas.

Por suerte, Ruthie carraspeó y recondujo la conversación. El problema, fue el tema elegido.

—Aun así, Jamie, no me parece apropiado que lady Bethany esté en la

habitación de la duquesa.

—Ni a mí que dejéis la casa de la tía Hetty de esta forma. —Ruthie giró los ojos en las órbitas. Por ese camino, no iba a tener mucho éxito. James suspiró—. Está bien. Al igual que vosotras, yo también lucho por mi felicidad.

—¿En serio? —Ruth le miró con curiosidad—. ¿Tanto te importa ese asunto?

—Digamos que no me es indiferente. —Dudó. A qué seguir disimulando—. Sí, me importa.

Las tres se lo pensaron un momento.

—James tiene razón —dijo Lettie—. Tenemos que ayudarnos entre todos. Recordad nuestro juramento.

Todos asintieron, mirándose muy serios.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Lizzie.

James se encogió de hombros.

—No sé. Que la llevéis de compras, por ejemplo. Necesita de todo, no tiene equipaje de ningún tipo.

—¿Y sus cosas?

No se le había ocurrido pensar en ello, quizá porque procuraba no tener en mente a Saxonshare.

—En su casa, supongo.

—¿Y no puede recogerlas?

—Quizá. Pero también quiero que se compre cosas, ayudadla. Se quedará aquí y será una de vosotras.

—¿Ah, sí? ¿La presentarás también en sociedad? —preguntó Ruthie, con toda la intención de provocarle la mueca que hizo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Lettie.

—Veintitrés.

—Como Ruthie —dijo Lizzie. Esta le miraba pensativa.

—¿Te lo dijo ella? —preguntó—. No es un dato que una dama suela compartir, sobre todo si está soltera y sin compromiso.

—Ella lo comentó, no le dio mayor importancia. Y da igual, la cuestión es que os ocuparéis de llevarla de compras y de ir con ella a las reuniones sociales y presentarla a vuestras amigas. Yo pagaré los gastos.

Lizzie sonrió.

—Siempre has sido muy generoso.

De pronto, Bethany apareció en la puerta, con un vestido de mañana de un suave tono malva que le sentaba especialmente bien. Se detuvo en el umbral y miró a las muchachas algo tímida. A él, que se había puesto en pie como buen caballero que era, no; en su caso, directamente rehuyó su mirada.

—Buenos días —susurró.

—Buenos días —dijeron las tres hermanas Keeling, casi a la vez. Tras el segundo de silencio que siguió al saludo, Lizzie se puso también en pie y dirigió a ella—. ¡Bienvenida a Gysforth House! Yo soy Lizzie, ella es Ruthie, y mi gemela es Lettie.

—Perdone a mi hermana, lady Bethany —intervino Ruthie, frunciendo el ceño a Lizzie—. Es un poco... efusiva. Soy lady Ruth, ella es lady Elizabeth y ella lady Letizia.

—Son mis hermanas —concluyó James, algo molesto porque ella seguía empeñada en no mirarle.

Bethany sonrió.

—Encantada.

—Ese vestido era de mamá —dijo Lettie de pronto—. Me acuerdo.

—¡Lettie! —exclamó Ruth.

—Lo siento —replicó Bethany apurada, llevándose una mano al pecho—. Me lo ofrecieron las doncellas. No tenía nada que ponerme.

—No se preocupe —la tranquilizó Ruth—. Por supuesto, todo está bien. A nuestra madre le hubiese encantado ofrecérselo. Además, le sienta de maravilla.

Lizzie se inclinó hacia ella.

—La señora Brown nos ha dicho que Jamie la rescató de unos hombres terriblemente malvados. —Le brillaron los ojos—. ¿Qué pasó?

—Basta, dejadla en paz —ordenó James—. Siéntese y desayune, lady Bethany. Después podrían ir todas de compras.

Por primera vez, Bethany le miró. Arqueó las cejas.

—Oh, no me puedo permitir...

—Yo me haré cargo de todos los gastos, por supuesto. Además, mis hermanas me han hecho notar que también puedo mandar a George y un par de doncellas a su casa, a recoger sus cosas.

Lady Bethany palideció.

—No será necesario. Puedo hacerlo yo misma y...

—Tonterías, yo me ocupo. Incluso me acercaré con ellos, así podré hablar con su primo y ponerle al tanto de todo. —«Bueno, de casi todo», pensó. A Saxonshare no le importaban sus intimidades. Bethany ya no era asunto suyo—. Pero si no le importa, lo haremos mañana, porque tengo varias reuniones hoy. Vaya con mis hermanas y diviértase. —Las miró a ellas—. Adiós, hermanitas. Nos veremos en la cena.

—De eso nada. Esta noche es la fiesta en casa de lady Kellogg —le recordó Lettie.

Ah, cierto. Se maldijo mil veces, porque eso iba a suponer que no podrían volver a casa hasta la madrugada. Qué infierno. No se le ocurría mayor tormento que verse obligado a mantener una sonrisa en una reunión así, sobre todo cuando no había nada que deseara más que volver a estar a solas con Bethany, tenerla desnuda entre sus brazos, rodar con ella entre las sábanas... Esas imágenes empezaron a excitarle más de lo debido, así que carraspeó.

—Entonces, nos vemos allí.

—Sí, mejor —convino Ruthie—. Y si vas a hablar con la tía Hetty, tienes que ir a verla por la tarde sin falta. Asegúrate de que está dispuesta a acompañarnos. No quedaría bien presentarnos en casa de lady Kellogg sin

ella.

—Maldita sea... Está bien, buscaré un rato. —Se puso en pie y rodeó la mesa, besándolas en la frente. Ellas rieron, como siempre. Al llegar a Bethany, dudó. A ella sí que le apetecía besarla, con todas sus fuerzas, pero de una manera poco adecuada para el momento—. Espero que paséis todas un buen día.

—Gracias —replicaron. Por alguna razón, le encantó aquella imagen y decidió retenerla en su memoria: Bethany y sus hermanas, sentadas a la misma mesa, sonriéndose... Algo muy familiar.

Con ella en mente, James salió de la casa, pidió a Bullock que se ocupase personalmente de llevar a las muchachas, y se dirigió al Parlamento con el segundo cochero de Gysforth House. Tenía muchos asuntos por tratar a lo largo de ese día, entre ellos discutir otra vez, el Primer Ministro y él, con lord Dankworth, para tratar de solventar algunos de sus obstáculos a la creación de una policía moderna.

La sola idea de hablar con aquel hombre le agotaba. Llevaban demasiado tiempo en esa disputa, el suficiente como para imaginar que ambas partes estaban muy empeñadas en sus argumentos; al menos, esperaba que por fin ese día llegasen a alguna conclusión útil, para variar.

Sobre todo, porque esa vez tenía una carta en la manga: iba a preguntarle por lord Kennerath. Iba a tratar de enterarse de si estaba al tanto de esas salidas nocturnas a los peores tugurios de la ciudad. Quizá, incluso, compartían aquella clase de aficiones, aunque, para ser sincero, no veía capaz algo así a lord Dankworth. Lord Kennerath siempre había tenido aspecto de criatura degenerada, pero Dankworth, no. De hecho, era un esposo atento y un padre pendiente siempre de las necesidades de su familia, lo sabía bien.

En cualquier caso, pensaba perder con él buena parte del día pero, en el último momento, le llegó una nota de Dankworth en la que le pedía disculpas: su hija se encontraba enferma y no podría reunirse con él.

James no tuvo problemas en reorganizar sus horarios. Hasta le vino bien, porque así pudo plantearse pasarse por Brooks's y luego ir a casa de su tía

Hetty a la hora del té, antes de volver a sus asuntos políticos.

## CAPÍTULO 17

—¿Está lord Badfields? —preguntó James a Henson, en el club, nada más entrar. El jefe de camareros asintió.

—En el salón principal, lord Gysforth. Lleva dos noches alojándose aquí. —Carraspeó—. Me alegra que haya venido, Su Excelencia. Quizá pueda convencerle de que nos permita avisar a un médico, o al menos a su padre.

—¿Un médico? —le miró preocupado—. ¿Qué demonios ha ocurrido?

—Creo que es mejor que lo vea usted mismo... —Le hizo un gesto mostrándole el camino. James fue hacia el salón y vio a Arthur sentado en una silla junto a la ventana, tomando una copa. Tenía un ojo muy hinchado y diversas contusiones.

—¡Arthur! —exclamó, acercándose casi corriendo—. Pero ¿qué demonios? ¿Qué te ha pasado?

—Ah, Gysforth, gracias por tu interés —replicó Arthur, todo lo jovial que podía alguien mostrarse en esas condiciones—. No me ha ocurrido nada importante, en serio. Solo un pequeño contratiempo.

—Además de un carruaje desbocado que te ha pasado por encima, o esa impresión da. —Arthur rio entre dientes y se retorció de dolor—. ¿Qué ocurre? Tienes algo roto?

—No.

—A ver. —Se acercó a palparle el brazo, que mantenía torcido de un modo extraño. Arthur ahogó un grito—. Creo que sí.

—No, no está roto, de verdad. Es solo que se me ha desencajado el hombro. Pero da igual.

—¿Cómo va a dar igual, hombre? ¿Llevas así desde la otra noche?

—Sí.

—Fue Thynne, ¿no es cierto? —Colocó una silla a su lado y se sentó. Hizo



un gesto a un camarero para que le llevase algo para tomar—. Vas a explicármelo todo ahora mismo.

—Pues no tendría por qué. Es evidente, James, deberías sacar tú solo las conclusiones. Estropeamos uno de los negocios de Thynne, uno de los más prósperos, y se enfadó. Fin de la historia.

—O sea, le perseguiste. .

—Sí. O mejor dicho, no. En realidad, busqué su despacho y me colé dentro. Quería revisarlo antes de que ardiera todo. Pensé que habría huido con sus hombres, pero me descubrió registrando su escritorio. Tuvimos unas palabras aunque, los que más hablaron, fueron sus matones.

—¡Estás loco! Podrían haberte matado.

—Sí, creo que esas intenciones tenían. Pero soy el marqués de Badfields, futuro duque de Manderland, además de un pez escurridizo.

—¿Y eso qué significa?

—Que conseguí tirarme por la ventana, lo que me provocó este pequeño problema. —James le miró con los ojos abiertos como platos. ¡Maldito temerario!—. Me pondré bien.

—¿Descubriste algo? Entre las cosas de Thynne.

La expresión de Arthur pareció congelarse.

—No.

«Miente», pensó James. O sea, que había encontrado algo, algo importante que, con toda probabilidad, le había acercado un poco más a aquel rey del Londres nocturno que andaba buscando con tanta desesperación. Y quién podía saber si, también, a su propia muerte.

James sintió una extraña sensación de impotencia. Desde el fallecimiento de su padre, todo había cambiado en su vida. Como duque de Gysforth, pocas eran las cosas que se le negaban. Ya no estaba acostumbrado a no tener el control, a enfrentarse a algo en lo que no pudiera influir de ningún modo.

Pero allí estaba Arthur... Avanzaba decidido hacia un precipicio y él no podía pararle, no podía salvarle de sí mismo, de su necesidad de buscar a

Minerva, pese a cualquier riesgo que se le cruzase por delante.

Y James le quería. Le quería mucho, como a un hermano, igual que a Eddie.

Carraspeó.

—Tú sabes que si necesitas algo, puedes contar conmigo, ¿verdad, Arthur? Siempre. En cualquier momento y en cualquier lugar.

Los ojos de Arthur perdieron dureza. Asintió.

—Sí, lo sé. James, no es... No puedo hablar contigo de esto, de verdad, al menos de momento. Es cosa mía y prefiero que siga siendo así.

—Está bien —aceptó James. Qué remedio—. Pero sí me vas a permitir llamar a un médico.

—No es necesario...

—Sí lo es. Haré que le llamen ahora mismo o te daré de palmadas en ese hombro hasta que me supliques que lo haga.

—No, por Dios. —Arthur se estremeció—. Solo de pensarlo, me duele todo. Vale, hazlo. —Dejó la copa vacía en la mesa—. Creo que me vuelvo a la cama. Si viene ese médico, estaré arriba, en mi habitación de siempre.

—¿Por qué no vas a casa? Te diría de venir a la mía, pero en estos momentos está llena de mujeres dando gritos con entusiasmo, en plena temporada social. Me temo que, en pocos minutos, te dolería la cabeza además del brazo, pero, si decides arriesgarte, sabes que eres bienvenido.

—¿Tus hermanas han vuelto? —Rio como pudo—. Normal. Lo que me sorprende es que aguantasen tanto con la tía Hetty, pobrecitas.

—Sí. Luego iré a hablar con mi tía, a ver si solucionamos las cosas, pero mis hermanas se quedarán en mi casa, que es donde deben estar. Igual que tú, en la tuya. ¿Qué dices? ¿Por qué no te animas y vuelves?

—¿Qué dices? Si mi padre me ve así, pensará que me he metido en una pelea de borrachos. Y, bueno, preferiría escuchar los gritos de tus hermanas mientras recibo unos cuantos martillazos. Y patadas. Y golpes en la cabeza con un palo de cricket. Y disparos a quemarropa...

—Siempre puedes contarle la verdad —le interrumpió, porque aquel majadero era capaz de seguir enumerando posibilidades durante horas. Al igual que le había pasado a él, Arthur no se llevaba bien con su padre. De no ser por Eddie, hubiesen llegado a la conclusión de que era algo habitual, que los padres debían ser siempre unas figuras lejanas, frías y dictatoriales, solo interesadas en que representaras bien el espíritu y la dignidad de la familia.

Pero el difunto padre de Eddie, el difunto marqués de Rutshore, coleccionista de arte y filántropo, fue siempre una bellísima persona, alguien tranquilo, amable y considerado. Arthur y él siempre envidiaron mucho a su amigo por tenerle.

Arthur agitó la cabeza.

—No. Si no puedo hablar de esto contigo, con él, menos. Empezaría a darme órdenes y yo empezaría a desobedecer, y el abismo que existe entre nosotros aumentaría más todavía, de ser posible, y se volvería en algo totalmente insalvable. —Suspiró—. Déjalo estar, Gysforth. Me encuentro bien aquí, lamiéndome mis heridas en mi rincón, en silencio. Ahora mismo, solo soy una bestia apaleada. Me duele todo.

No insistió, sabía que no iba a conseguir nada con ello. James pidió a Henson que llamase al médico y luego esperó abajo hasta saber que, ciertamente, no tenía nada grave, solo un buen número de contusiones y un hombro dislocado que ya habían vuelto a colocar. Lo único que necesitaba Badfields era descansar. Esa vez había tenido mucha suerte, la siguiente, a saber.

James decidió que no iba a dejar pasar más aquel tema. Salió de allí con la firme decisión de hablar con él muy seriamente en cuanto fuera posible.

Qué largo se le estaba haciendo el día. Llegó a casa de la tía Hetty justo a tiempo de tomar el té. Johnson, el mayordomo, un hombre extremadamente feo, le hizo pasar de inmediato. No estaba lady Forrest, que había ido a visitar a uno de sus hijos. Su tía Hetty se encontraba sola, sentada en el salón frente al té servido, pero con expresión compungida, un pañuelo en la mano y sin muchas ganas de comer. James se acercó y la besó en la mejilla.

—¿Cómo está usted, tía?

—¡Mal! —exclamó la anciana—. ¿No se nota? ¡Esas niñas horribles van a acabar conmigo! ¡Sobre todo Lettie!

—¿Lettie? —James arqueó una ceja, mientras se sentaba frente a ella, en un sillón—. ¡Pero si es un encanto!

—Sí, claro que sí, delante de ti, que les das todo lo que quieren. Pero es cabezota como ella sola.

James suspiró. Dar vueltas carecía de sentido. Mejor afrontar cuanto antes el tema.

—Tía... sabe usted que le agradecemos mucho que se tome el trabajo de presentar a mis hermanas y acompañarlas en los actos sociales de la temporada, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero eso no hay ni que agradecerlo. Es lo que debo hacer y lo hago encantada. Tú sabes bien que os quiero mucho.

—Sí, bien. Pero... hay ciertos límites que no debe traspasar y he venido a dejarlos claros. —La miró con lo que esperaba fuera amable severidad—. Lettie no va a comprometerse con lord Birdwhistle. De hecho, ninguna de mis hermanas va a ser casada contra su voluntad y menos con hombres que pudieran ser sus abuelos. Si tanto necesitan una esposa, que se busquen una de su edad.

—¡Gysforth! ¿Otra vez? Estás abordando el tema del matrimonio como si fuera un entretenimiento de salón.

—A veces lo parece.

—Pero no lo es. Creí que estábamos de acuerdo en que es algo muy serio, algo que no puede quedar en manos de jóvenes atolondradas con la cabeza llena de historias románticas. Lettie debería sentirse afortunada de que lord Birdwhistle se haya fijado en ella. Es un duque y es muy rico. Tiene grandes territorios por toda Inglaterra y está emparentado con los Waugh, con los que comparte intereses en la Compañía Unificada de Mercaderes Ingleses que Comercian con las Indias Orientales. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Sé perfectamente quién es lord Birdwhistle. Y le aseguro que tras tanto brillo, solo hay un pequeño cabrón sin escrúpulos dispuesto a saquear cualquier país ajeno que no se le pueda oponer.

—¡Gysforth!

—Es la verdad.

—Una verdad que no importa, para el caso. Aquí lo que cuenta es cómo se comporte con Lettie, y un duque inglés siempre es cortés con su esposa, siempre. —Sobre eso, James hubiese podido decir unas cuantas cosas, pero no quería romper la imagen bucólica que tenía la tía Hetty de John Keeling, su sobrino favorito—. Y, además, ese hombre es lo bastante mayor como para augurar que sea un matrimonio... breve. Imagina lo bien posicionada que quedaría algún día nuestra querida Lettie, como rica viuda de lord Birdwhistle.

—Creo que le interesa más ser la joven esposa de no sé qué muchacho, ahora no recuerdo a quién mencionaron. Posiblemente más pobre, pero sin faltarle un plato en la mesa o un vestido en el arcón, que de eso me ocupó yo mismo. Y, sobre todo, mucho más feliz. —Recordó lo que le había comentado Ruth—. Creo que come por puros nervios.

—Es una costumbre que le va a traer muchos disgustos.

—No es una costumbre, tía. Intentemos que nuestra Lettie sea feliz, estoy seguro de que se le pasarán todos los males.

Su tía agitó la cabeza.

—Eres tan testarudo como mi hermano. Me recuerdas mucho a él, ¿lo sabes?

—Sí, suele decírmelo.

—Está bien —aceptó, renuente—. Descartaré esa posibilidad, a menos que la propia Lettie me diga que desea que siga adelante con las negociaciones.

—Se lo agradezco. También quería hablarle del tema de la comida...

—En eso no puedo ayudar. No puedo consentir que esa niña se convierta en una pequeña bola. ¿Has visto lo que ha engordado últimamente? ¿Te das

cuenta de que los caballeros las prefieren flacas y pálidas?

—Lo solucionaremos. Pero le ruego que no la presione. No la disguste. Solo conseguirá que se sienta mal.

—De acuerdo. No te preocupes, no volveré a decir nada. Está claro que no se sabe apreciar el esfuerzo. —Hizo un mohín, de un modo que le recordó mucho a las gemelas—. Y, ¿en cuanto a lo otro? ¿Vas a hacerte cargo de tus hermanas?

—Sí. Podrán quedarse en casa. Entiendo su postura, tía, pero entienda usted la de mis hermanas: se ven fuera de su hogar, echan de menos su casa. Y tenga en cuenta que tampoco es tan grave. Podemos solucionar todo si, cuando salgan, vienen a buscarla a usted y van todas juntas a las fiestas.

—También se solucionaría si fuera yo a vivir con vosotros a Gysforth House.

James sintió una punzada de horror. Si hacía algo así, Bethany quedaría definitivamente fuera de su alcance. Y eso por mencionar una de las consecuencias más graves. La vez que Lettie y Lizzie tuvieron la escarlatina y la tía Hetty se instaló con ellos más de un mes, Gysforth House se convirtió en un auténtico infierno. Controlaba las comidas, los horarios, cómo debían comportarse los criados... Las peleas con Simpson, Brown y Collins eran continuas. Solo se libraban Scrubbs y Bullock, que procuraban mantenerse lejos de su vista.

James adoraba a su tía Hetty, pero prefería que cada cual viviese en su casa.

—Sí, por supuesto —tuvo que contestar, sin embargo. La tensión de la voz no pudo ocultarla—. Puede usted venir cuando quiera, querida tía. Sabe que Gysforth House es su casa.

La tía Hetty se echó a reír.

—Respira tranquilo, sobrino, que no voy a hacerlo. Si a tus hermanas les cuesta estar en una casa que no es la propia, imagina lo que me pasa a mí, a mi edad, con todas las manías que he logrado reunir a lo largo de los años. No, me resulta muy desasosegante despertarme en otro sitio que no sea mi

cama y rodeada de criados acostumbrados a llevar la casa de un modo... *diferente*, así que haremos como dices. ¿Estarás tú esta noche?

—Espero que sí, pero por si acaso prefiero quedar ya en la fiesta.

—Muy bien. Lady Forrest y yo iremos a recogerlas a Gysforth House e iremos todas juntas y luego os acompañaremos de vuelta a casa. Todo el tiempo que estén fuera, estarán bajo mi supervisión... aunque me limitaré a intentar concertarles matrimonios más de su gusto. ¡Está claro que es todo lo que se me permite hacer por ellas!

—Se lo agradezco. Temía que se enfadase y no estaría bien que saliesen a ningún sitio sin la tutela de una dama de prestigio. —Lo de la tutela le recordó el tema de Bethany—. Por cierto, tengo una nueva pupila.

—¿Una nueva pupila? —La tía Hetty le observó con atención—. ¿En qué lío te has metido, Gysforth?

—Nada grave, no se preocupe. Es solo la prima de un joven conde que ha tenido... bueno, problemas con el juego. —Su tía puso la cara apropiada para esos temas. No le gustaba nada el modo en que los caballeros despilfarraban a veces auténticas fortunas. Normal—. Consideré que lo mejor era hablar con él y ocuparme legalmente de que la joven no sufriera daños.

—Pero ¿erais amigos? ¿Les conocías de algo? ¿Tenías alguna responsabilidad con ellos?

—Pues... no. —Sí, la verdad, sonaba absurdo. A lo largo de su vida de miembro de Brooks's o White's, había coincidido con muchos locos dispuestos a hundir a sus familias por el vicio de las apuestas, pero era la primera vez que intervenía. Claro que no podía decirle a la tía Hetty sus auténticas razones—. Fue un impulso.

—Oh, vaya. —Agitó la cabeza—. Siempre has sido demasiado blando para tu propio bien, Gysforth. A saber qué líos te puede traer algo así. ¿Cómo se llaman?

—Saxonshare. Frederick Howland, conde de Saxonshare, y su prima, lady Bethany Howland.

—Ah, sí, he oído hablar del joven Frederick, sí. Y conocí a su tío, era un

buen hombre, aunque demasiado de campo, si tengo que decirte mi opinión. Pero me caía bien. En cierta ocasión hizo un gran favor al difunto Morton, así que, en realidad, sí que podría decirse que seguimos en deuda con él. —Se lo pensó un momento—. Por lo que dices, el muchacho le ha cogido gusto al juego. Una pena.

—Sí, es verdad.

—La jovencita, ni la conozco. ¿Qué edad tiene?

—Veintitrés, la misma que Ruthie.

La tía Hetty parpadeó.

—¿Y todavía no se ha casado? —Se llevó una mano al pecho—. Me temo lo peor. O es tremendamente fea o es tremendamente insoportable. Que viene a ser lo mismo en una dama, por cierto.

—No, no tiene que ver con nada de eso. Primero se vio obligada a atender a su padre, que estuvo muchos años enfermo...

—Ah, bueno. —La anciana asintió con alivio—. Pobre criatura. Cómo la entiendo. Yo tuve que cuidar de mi padre y luego de tres maridos. Una tarea muy dura, y más para alguien tan joven.

—Sí, ya lo imagino. Y ahora, aunque lleva algún tiempo en Londres, ni siquiera estaba aprovechando la temporada, precisamente por el despilfarro de su primo.

—¡Pero eso no puede ser! A su edad, no tiene tiempo que perder, o se quedará sin las mejores oportunidades. Es verdad que, ahora mismo, solo es la prima de un conde, alguien que tiene muy poco que aportar... ¿Es guapa, al menos?

James no supo cómo reaccionar. Tardó un par de segundos de más en encogerse de hombros.

—No sabría decirle.

—Ya. —La tía Hetty le escrutó con curiosidad hasta que se vio obligado a cambiar de postura, incómodo. Por suerte, carraspeó y dejó pasar el asunto—. Bien, supongamos que es preciosa. De ser así, se le puede encontrar algo muy



apropiado y que le ofrezca una buena vida.

—No sé si...

Los ojos de su tía brillaron por alguna idea repentina. James se echó a temblar.

—El segundo hijo del conde de Cocks, por ejemplo, sería ideal. Disfruta de mucho éxito entre las jovencitas, por esa apariencia de poeta sin futuro que tiene... bueno, diré en su favor que no se trata simplemente de apariencia, lo es, desde luego, un auténtico poeta sin futuro, pero, al menos, posee también una buena renta de su padre. Vivirá muy cómodamente durante toda su existencia, aunque no consiga formular jamás un buen ripio.

—Por favor, tía.... —Frunció el ceño—. Además, creo recordar que mis hermanas han mencionado hoy mismo a ese joven... —Arqueó una ceja, al recordarlo—. ¿No es el que quiere visitar en casa a Lettie? ¿El «honorable» por el que se siente atraída?

—Oh, sí. ¡Imagínate! ¡Menuda locura, un segundo hijo con ínfulas de poetaastro para la hija de todo un duque! No, ni hablar, ni hablar. —Agitó una mano en el aire—. Será ideal para tu pupila.

—Bueno... —replicó James, sin querer seguir discutiendo, pero sin querer tampoco comprometerse a nada—. Ya veremos.

—Desde luego que sí. Déjalo en mis manos. —La tía Hetty se frotó la mandíbula, pensativa—. ¿Vas a pasar por Gysforth House en algún momento de la tarde?

James negó con la cabeza. De allí tenía que ir a dos reuniones.

—Me temo que no me va a ser posible, apenas saqué tiempo para venir a verla a usted.

—Bueno, no te preocupes, yo me encargo de organizarlo todo. Mandaré ahora mismo una nota para asegurarme de que lady Bethany esté preparada con tus hermanas cuando pasemos a buscarlas. Iremos todas juntas a casa de lady Kellogg y la presentaré como tu pupila, un compromiso de honor de la familia. Si es tan guapa como imagino, te aseguro yo que, en un par de meses, le habré conseguido un marido que le resuelva la vida y pueda cuidar

de ella como es debido.

La idea no le hizo ninguna gracia a James, pero no se atrevió a decir nada.

## CAPÍTULO 18

Bethany pasó el resto de la mañana y buena parte de la tarde con las hermanas Keeling, comprando por todo Londres lo que parecía un ajuar completo, y el más exquisito que hubiese podido imaginar.

En realidad, ella no eligió apenas nada. No tenía dinero, por lo que se sentía apurada ante tanta generosidad, y no tenía tampoco cabeza para pensar en esas tonterías. ¿Cómo preocuparse por el color del adorno de un sombrero, si no dejaba de darle vueltas a su situación? ¿De qué le iban a servir esos exquisitos guantes, si la metían en prisión por el asesinato de Freddy?

En vez de irse tranquilizando, con cada segundo que pasaba aumentaba su angustia, porque cada vez se encontraba más cerca del desenlace. Del desastre. Todavía se estremecía al recordar que Gysforth había estado a punto de ir ese día a la mansión Saxonshare, a buscar sus cosas. La fortuna le había concedido algo de tiempo, pero se le estaba terminando. Si no hacía algo, al día siguiente lo descubriría todo por sí mismo. No podía permitirlo. Tenía que decírselo antes de que se enterase.

Tenía que hacerlo sí o sí, o perdería más confianza todavía. Pero costaba. Esa mañana, poco antes del amanecer, se había despertado en sus brazos y había sido maravilloso. Le hubiera gustado seguir allí por siempre, soñar que estaban casados, que vivían lejos, juntos, y eran felices...

Bethany no quiso estropear el momento. Además, no era lugar para una conversación que podía derivar a saber dónde. Había hecho caso a la vocecilla que le dijo que fuese cauta: se había levantado, había recogido sus cosas y se había ido a su habitación. No le hubiese gustado nada que la descubriesen allí los criados.

Pensaba hablarlo durante el desayuno, quizá, a solas, pero en un terreno más apropiado; lamentablemente, Tully le dijo que habían llegado las hermanas de Gysforth, y cuando bajó ya se las encontró a todas en la salita.

Y también estaba él, claro.

Se sentía tan nerviosa que apenas se atrevió a mirarle a los ojos. ¿Y si encontraba frialdad o rechazo? ¿Indiferencia, quizá? ¿Se avergonzaría de lo ocurrido, con sus hermanas delante? ¿Qué pensaba de ella, una vez satisfecha la primera pasión? Posiblemente, que era una descarada, una fresca. O, peor, que la compra que hizo había salido más provechosa de lo que había pensado en un primer momento, porque ni siquiera había tenido que ir a buscarla, la chica se le había arrojado a los brazos por sí misma, ardiendo como una tea.

«No seas boba», se dijo. Apenas le conocía, pero sabía que Gysforth no era así. Había ido al burdel a salvarla, aunque lo hubiese hecho de aquel modo tan poco apropiado, y lo menos que podía hacer era agradecerlo. Quizá, de haber estado a solas, el desayuno hubiese terminado con uno de esos besos que la volvían loca. O haciendo el amor sobre la mesa.

Pero, por suerte o por desgracia, se habían presentado sus hermanas.

Aunque no la hubiesen advertido, no hubiera tardado en deducir que todos eran parientes, se parecían mucho, sobre todo James con la hermana mayor, Ruth. Al igual que él, era morena y tenía aquellos increíbles ojos grises que a veces parecían estar hechos de plata líquida. Las otras dos eran rubias, y sus ojos, azules, de un tono zafiro intenso.

—Somos hijas de distinta madre —le explicó Lizzie, cuando lo mencionó, mientras le tomaban medidas en una modista—. James y Ruthie son hijos de la primera esposa de padre, que falleció al nacer ella. Y Lettie y yo somos hijas de la segunda esposa, que nos crió a todos, pero murió hace cuatro años.

—Lo siento.

—Gracias —replicó Ruthie, con una sombra de pena de verdad sentida—. Lady Evelyn era una mujer maravillosa, se lo aseguro. —¿Evelyn? ¿Dónde había oído ese nombre, hacía poco? La memoria de Bethany no tardó en volar hacia el momento vivido en Sleeping Oak. Gysforth le habló de la talla en el viejo roble, la inicial del nombre de su primer amor... ¿Se referiría a ella, a su madrastra? Algo le dijo que sí—. Aunque, cuando se casó con papá, James ya tenía diez años y yo cinco, lady Evelyn nunca hizo diferencias entre

nosotros. Todos éramos sus hijos, todos los Keeling somos hermanos en igual medida, y así nos seguimos comportando. —Las gemelas asintieron con firmeza—. Todos, James incluido, la queríamos mucho.

—Es bonito, conseguir algo así —murmuró Bethany, lo que le reportó una sonrisa general de las hermanas Keeling.

A la hora del té, se plantearon tomarlo en algún lugar de moda, pero terminaron volviendo a Gysforth House. El duque no estaba y Bethany no pudo evitar sentir una nueva decepción. ¿Dónde se habría metido? ¡Pues sí que era un hombre ocupado! Se sentía cada vez más inquieta. ¿Y si a última hora decidía que sí que podía pasar por Saxonshare House? Debió decírselo todo por la noche, o al amanecer, aprovechar aquel tiempo a solas que tuvieron, para confesarle lo ocurrido.

Ya no podía solucionar lo no hecho. Eso sí, de esa noche, no iba a pasar, de ningún modo.

Pero estaba claro que el destino se había aliado en su contra. Se encontraban tomando el té en el saloncito, el mismo en el que habían desayunado, cuando les llegó una nota de la tía Hetty en la que avisaba de que iría a buscarlas después de la cena, y que esperaba que lady Bethany acudiese con ellas a la fiesta.

—Eso es que James ya ha hablado con ella —dijo Ruth—. No estaba segura de si la tía Hetty decidiría llevarla hoy mismo, sin hablar antes con usted, pero ya ve, se ha dado prisa.

—¡Qué bien, lady Bethany! —exclamó encantada Lizzie—. ¡Verá lo mucho que se divierte!

No estaba muy segura de eso, dada su situación, pero no podía hacer nada de momento. Consideró la posibilidad de dar una excusa, pero negarse a ir con ellas resultaría extraño, además de descortés.

Se acostaron un rato, para estar descansadas durante la fiesta, algo que Bethany agradeció sinceramente, porque había dormido poco esa noche y se había levantado muy temprano. Cuando Tully la despertó, se bañó, se reunió con las hermanas de Gysforth en el dormitorio de las gemelas, que era el más

grande, y se embarcaron en la preparación de la noche: peinados, vestidos, zapatos, guantes, joyería... Todo ello con la ayuda de un ejército de doncellas que habían aparecido de no se sabía dónde, como por arte de magia.

Al no haber tenido hermanas, y haber vivido tan retirada siempre, Bethany descubrió con sorpresa toda aquella diversión.

—¿Me dejas tu cinta azul, Ruthie?

—¿Alguien ha visto mi chal?

—Pruébate esta pluma, Lettie, combina muy bien con tu vestido.

—¡Tiene que llevar mis guantes, lady Bethany!

—¡Ay! Cada día me hacen más daño estos zapatos, pero... ¡son tan preciosos!

—¿En serio nadie ha visto mi chal?

El coche de la tía Hetty llegó puntual, con ella y lady Forrest en su interior. Era un vehículo lo bastante grande como para poder llevarlas a todas, de modo que las hermanas Keeling se dirigieron hacia él en fila y subieron con las cabezas bajas y actitudes humildes. Aun así, las dos ancianas las miraron con el ceño fruncido. La tía Hetty dio tres golpes con el bastón y el coche se puso en marcha.

—Jovencitas, estoy muy decepcionada con todas vosotras —declaró entonces.

—Lo sentimos mucho, tía —dijo Ruthie, tratando de parecer avergonzada. Lettie y Lizzie miraban algo por la ventana. Bethany no logró saber qué, pero debía ser muy importante, porque las tenía absortas.

—Insistiría sobre la conveniencia de que volvierais a casa de no saber que se trata de una batalla perdida.

—¡Deberías insistir, Hetty! —exclamó lady Forrest, que parecía incluso más indignada que ella.

—¿Para qué? No merece la pena.

Ruthie suspiró.

—Agradecemos tus desvelos, tía Hetty, pero no podemos quedarnos allí.

A Lettie le da miedo Johnson.

—No es verdad —protestó Lettie—. Es a Lizzie.

Lizzie abrió mucho los ojos.

—Es verdad. A mí me da miedo.

—Tonterías. Johnson solo es un mayordomo. Los mayordomos no existen a menos que se les necesite.

—No estoy muy segura de que eso sea cierto, tía Hetty —dijo Ruthie—. Sospecho que tienen vida propia, y todo. En cualquier caso, James está de acuerdo en que volvamos a casa.

—Lo sé, lo hemos hablado. Vuestro hermano es demasiado blando, insiste en que os quedaréis con él. A mí me parece poco oportuno, pero bueno —suspiró—, ¿qué importa lo que pueda decir una pobre anciana?

—¡Hetty, no te rindas! —dijo lady Forrest, con enfado—. ¡Esto es una vergüenza! Deberías imponerte sobre estas niñas y recordarle a tu sobrino cuál es el modo conveniente de hacer las cosas.

—No se crea, lady Forrest. —Lizzie, que adoraba a su hermano, la miró enojada—. Tanto James como nosotras hemos recibido una educación esmerada. Por ejemplo, sabemos cuándo no debemos meternos en asuntos ajenos. No como usted.

—¡Oh! —exclamó lady Forrest, horrorizada—. ¡Pero bueno!

—¡Elizabeth Evelyn Diana Rose! —exclamó la tía Hetty—. No hace falta ser desagradable, ni aunque se tenga razón. En cuanto a ti, Hermione —la interrumpió, antes de que su amiga pudiese pedir explicaciones por semejante frase—, lo mejor será que lo dejemos estar. Está claro que la juventud de hoy es distinta.

—Sin duda alguna —masculló lady Forrest.

Se hizo silencio incómodo. En vista de que sus sobrinas no decían nada, lady Morton miró a Bethany con interés.

—Y tú tienes que ser su joven pupila.

¿Pupila? ¿Así la había mencionado a su tía? Qué astuto. Era una buena

excusa para su presencia allí. Bethany hizo una leve inclinación con la cabeza.

—Encantada de conocerla, lady Morton.

—Mmm... ¿Cómo te llamabas? Me lo ha dicho, pero estoy demasiado mayor, no tardarás en descubrirlo.

—Soy lady Bethany, milady.

—Eso es. Bethany. Bonito nombre. —Cabeceó, como reflexionando—. Tengo entendido que eres hija del anterior lord Saxonshare.

—Así es, lady Morton.

—Estupendo. Buenas referencias. Le conocí, era muy amigo de mi querido lord Morton, y puedo asegurar que se trataba de un hombre extraordinario. Lamento mucho tu pérdida.

Tomada por sorpresa, Bethany sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Gracias, milady. Lo era.

—Pero bueno, niña... —Al darse cuenta de que se había emocionado, se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas amables en la rodilla—. Alegra esa cara, seguro que tu padre no querría que estuvieses tan triste. Ahora Gysforth se ocupa de ti y hemos de buscarte un pretendiente apropiado. Es una suerte que seas una belleza. —Inclinó la cabeza, de un modo que le recordó a Thynne calculando su precio—. Quizá puedas aspirar hasta a un vizconde.

Ruthie giró los ojos en las órbitas, de un modo muy característico que ya empezaba a relacionar con ella. Lizzie y Lettie se echaron a reír. Bethany tuvo auténticas dificultades para mantenerse seria.

—¡Lady Ruth! —le recriminó lady Forrest—. Haga el favor de no hacer ese gesto, le hemos dicho mil veces que es impropio de una dama.

—Perdón, lady Forrest —dijo Ruthie—. He visto pasar a una conocida, lady Georgina Spencer. ¡Y qué espanto de vestido lleva!

La tía Hetty contuvo una sonrisa.

—No debes expresar tus opiniones de un modo tan abierto, Ruth.



—¿Y cómo debería hacerlo?

—Definitivamente, de ninguna manera, jovencita. Una auténtica dama inglesa debe transmitir la elegancia y la quietud de una figurita de porcelana. Su única expresión debe ser una sonrisa amable y... ¡Lettie! ¡No sonrías como una tonta!

—Lo lamento, tía. Intentaba parecer una auténtica dama inglesa.

Bethany se echó a reír. Aquel intercambio de pullas resultaba divertido, pero tras discutir durante otros diez minutos, todas las ocupantes del coche guardaron otra vez silencio, aunque ahora fue algo agradable.

El trayecto hasta la mansión de los marqueses de Kellogg duró poco más. Ya desde un par de calles antes, empezaron a sufrir las consecuencias del enorme atasco de carruajes que se había formado. Al final, decidieron bajar y seguir a pie la última manzana, arrulladas por las quejas de lady Forrest, que caminaba muy rígida con su bastón, mientras juraba que estaba muriendo por causa del reuma.

Para entonces, la fiesta ya estaba en pleno apogeo. La música se oía desde el exterior, a buena distancia. La casa estaba muy iluminada, incluso el jardín, por el que se movía una auténtica multitud, igual que en el camino de entrada.

—Ah, menos mal, aquí está vuestro hermano —dijo la tía Hetty, ya cerca de la puerta del edificio. Era cierto, Gysforth las había visto y esperaba en la escalinata, elegantísimo con su traje de etiqueta. Bethany y él intercambiaron una mirada intensa que no pasó desapercibida a la anciana.

Al darse cuenta, Bethany se ruborizó y miró para otro lado.

—Tía Hetty, lady Forrest, hermanitas... —saludó Gysforth. Sonrió—. Lady Bethany.

—Gysforth, querido, intenta poner un poco de sentido común en las cabecitas de tus hermanas.

—Lo intentaré, tía Hetty. —Se volvió hacia ellas, con burlona severidad—. A ver, jovencitas, ¿acaso no os estáis portando bien?

Ruthie alzó una ceja.

—Por supuesto que no. Somos tontas y atolondradas, ¿qué esperas de nuestra naturaleza femenina?

—¡Lady Ruth! —exclamó lady Forrest—. ¡La ironía es algo muy feo en una dama!

James se echó a reír.

—No crea, lady Forrest, yo la encuentro deliciosa, porque indica inteligencia. Pero, venga, Ruthie, en eso no puedes engañarme. —Le pasó un brazo por los hombros y la besó en la mejilla—. Sé que tú eres sensata. —Miró a las gemelas—. Y vosotras, preciosas, pero esta noche más que nunca.

Lizzie y Lettie rieron y dieron palmas encantadas. Bethany, en su rincón, no pudo por menos que sonreír con nostalgia por algo que nunca tuvo. ¡Era tan bonito ver cómo se querían aquellos hermanos!

—Está bien, me rindo —dijo la tía Hetty, que tenía aspecto cansado—. Gysforth, ayúdanos, por favor. Abre camino para lady Forrest y para mí, y búscanos unas sillas.

—Por supuesto. —Le ofreció el brazo, galante—. Venga conmigo.

Gysforth entró con su tía, seguido de lady Forrest, sus hermanas y de Bethany. Esta iba la última, caminando lentamente, tan fascinada por cuanto veía, que casi se perdió en un par de ocasiones. No era para menos. Aunque recordaba muchas fiestas celebradas en Saxonshare Manor o en otras mansiones de Mauve Meadow, nunca había visto una como esa. No dejaba de volver el rostro para todos lados, sorprendida y admirada por mil detalles.

La entrada y toda la fachada delantera estaba profusamente iluminada por una multitud de lámparas pequeñas, como burbujas mágicas que flotaran en la espesura, y la transición entre el exterior y el interior, entre el jardín y el vestíbulo, resultaba incierta, porque la habían decorado como si fuese una gruta natural llena de vegetación, con gran abundancia de flores.

La temática de la fiesta, como ya le habían comentado las hermanas Keeling, era «La primavera» y en la casa no había un solo adorno de que no se hubiese pensado cuidadosamente, desde las ramas de los árboles utilizadas

para decorar paredes y techos hasta los grandes ramos de flores situados por todas partes, pasando por la fuente con peces de colores que se había instalado en el centro del gran vestíbulo.

En el salón de baile, también ambientado en el tema, pero de un modo más ligero, las parejas daban vueltas al ritmo de la música y una multitud se hacinaba en los laterales y en las balconadas que daban hacia el jardín, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, mientras un auténtico ejército de camareros se ocupaba de pasar entre los invitados, ofreciendo diversas bebidas.

Gysforth llevó a su tía hasta un rincón donde había varias sillas tapizadas con un terciopelo del color del vino, y la ayudó a sentarse. También se mostró solícito con lady Forrest, aunque de otro modo.

—¿Podemos tomar champán? —preguntó Lettie. James hizo una mueca.

—No sé si le parecerá bien a la tía Hetty. Lo que diga ella.

—Es elegante que una dama beba champán —convino la anciana. Alzó un dedo, para interrumpir el entusiasmo de las gemelas—. Pero solo una copa. Dos, sería totalmente inapropiado.

—¡Bien! —exclamó Lizzie, dando saltitos.

—Pero si no te gusta el champán —le dijo Ruthie.

—¡Bueno, pero es elegante!

—Mirad. —James señaló en una dirección—. Las hijas de lord Whitethorn. Seguro que os apetece charlar con ellas. —Las gemelas, que habían ido al internado con las dos hijas menores de lord Whitethorn, se fueron encantadas. Ruthie dudó—. ¿No vas con ellas?

—No. Ronnie Whitethorn está un poco pesado últimamente. —Se refería al hijo del marqués. Miró a su alrededor—. Creo que iré a... a dar una vuelta.

—¿Cómo? ¿Sola? —exclamó lady Forrest—. ¡No será cierto!

—¿Qué problema hay? Solo voy a...

—Sé perfectamente a lo que vas, a esconderte por ahí, y no voy a consentirlo —la cortó su tía—. Si no quieres bailar ni quieres hablar con

nadie, muy bien, de acuerdo, pero siéntate aquí a mi lado, bien a la vista.

—Tiene usted ya una edad —añadió lady Forrest—. ¿Cuántas veces hay que repetirle que si no encuentra marido de una vez, va a quedarse solterona?

Ruth rio.

—Justo lo que quiero, señoras. —Se agachó para besar la mejilla de su tía—. Iré a la biblioteca. Dudo que vaya nadie por allí en toda la noche. Con suerte, encontraré papel y pluma, y podré ponerme a escribir, así me entretendré. Cuando vayáis a iros, avisadme —añadió mientras se iba.

—¡Estas muchachas de hoy en día! —Lady Forrest agitó la cabeza.

—¿De verdad no vas a hacer nada? —le preguntó la tía a Gysforth.

—Sí. —Él se inclinó ante Bethany—. Bailar, si es que esta hermosa dama me acepta.

Ella sonrió.

—Por supuesto, milord.

—Gysforth... —Tía Henrietta dudó—. Vale, está bien. No es mala idea que la vean bailar contigo, así la estarás poniendo bajo tu protección. Pero luego quiero que la traigas aquí, conmigo, y que vayas a invitar a la hija del duque de Wallard-Stoneport. A la mayor, lady Eve. Es más fea y bastante estúpida, ya lo sé, pero te repito que es la mayor.

—Ya veremos... —murmuró Gysforth, evasivo, mientras guiaba a Bethany hacia la zona de baile.

Sin más preámbulos, la enlazó entre sus brazos y la condujo por el salón, dando vueltas con elegancia. Bethany se dejó llevar, sintiéndose ligera como una pluma, casi mareada por la marea de percepciones que le llegaban de continuo.

Casi todas venían de Gysforth.

Gysforth, que bailaba muy bien, que se movía en la música como si fluyera con cada acorde, como si hubiese nacido para formar parte de ese movimiento continuo. Bethany se sentía flotar con él en aquella cadena interminable de notas, envuelta en su perfume, un aroma masculino con

regusto a limón. Notaba el calor de su cuerpo, la cercanía de su piel, a través de la ropa, en un tormento delicioso.

—¿Qué ocurre, Bethany? —le preguntó él, de pronto—. Estás tensa.

Bethany sonrió con desmayo.

—Un poco.

—¿Por qué?

—Por la situación, supongo...

Si preguntaba que qué situación, se moriría. Sería quitar importancia a todo aquello, a lo que estaba pasando entre ellos. Pero no lo hizo. Apretó más fuerte la mano con la que sujetaba la suya, como reafirmando el vínculo.

—Llevo todo el maldito día queriendo hablar contigo a solas —susurró. Ella tragó saliva.

—Y yo contigo.

—¿De verdad? —Eso pareció alegrarle—. ¿Por qué no me mirabas esta mañana?

Bethany se ruborizó.

—Porque... porque no sabía cómo hacerlo. Ni lo qué me iba a encontrar.

—¿Qué iba a ser? Bethany, lo que te dije anoche, es cierto. Te quiero. Te deseo, de continuo. No sabes lo que me cuesta no tocarte. —Su mano bajó por la parte de atrás de su cintura hasta llegar a una posición casi indecente. No presionaba, no la atraía, pero Bethany sentía su cuerpo tenso por la necesidad de hacerlo.

—Por favor... —susurró. La mano no siguió avanzando, pero tampoco retrocedió. Gysforth hizo una mueca.

—Si no fuera porque sé que esta noche vas a volver a mi casa y a mi cama, te invitaría a perdernos ahora mismo por alguna habitación de este palacio.

Bethany se echó a reír.

—Qué cosas dices. Sería exponerse a un escándalo.

—Ni te imaginas la cantidad de damas y caballeros que ahora mismo se

divierten discretamente por ahí. Pero tienes razón, nunca te obligaría a eso, ni a nada. Creo que ha quedado claro.

Sí, claro que sí. Gysforth era un hombre maravilloso. La había comprado, pero solo para salvarla. La mantenía en su casa, pero estaba segura de que, a pesar de todo, no ejercería jamás ningún extraño derecho de amo, en el caso de que ella se empeñase en marcharse. Y había sido Bethany quien había iniciado la escena en la que acabaron entregándose el uno al otro. Algo le decía que, aunque la hubiese instalado en esa habitación, tan cerca, a su alcance, difícilmente hubiese ido él a buscarla, simplemente por respeto.

—Sí, supongo que sí —susurró. Él sonrió.

—Estás preciosa y yo te quiero, y hay música esta noche, Beth. Somos jóvenes y estamos llenos de pasión. ¿Qué más podemos pedir, ahora mismo? Dejémonos llevar. Ya pensaremos en el futuro, cuando llegue el momento.

Ella parpadeó, sintiéndose a punto de estallar de pura desesperación. Aquel podía haber sido el momento más feliz de su vida, pero la pena y la culpa la seguían acosando, empañándolo todo. Tenía que contárselo. Tenía que decírselo cuanto antes, ya. No podía soportarlo más.

—He matado a Saxonshare.

Tuvo la sensación de que había sido su cuerpo el que había hablado por su cuenta, tratando de liberarse. La frase la soltaron sus labios y ella la escuchó desde fuera, con unos oídos que no eran los suyos.

Gysforth se detuvo bruscamente, mirándola atónito.

—¿Qué? ¿Cómo...?

—¡Tuve que defenderme! —explicó. Las otras parejas pasaban muy cerca, una hasta les empujó sin querer, pero no hicieron caso—. Él... él intentó violarme. Yo me defendí y...

Guardó silencio, más asombrada incluso que él, cuando, de pronto, sus ojos se toparon con la figura de Freddy, al otro lado de la sala.

De haberle visto solo, quizá hubiese pensado que se trataba de su fantasma, que se le estaba apareciendo para atormentarla por su asesinato y

su silencio. Si además hubiese estado mirándola, pálido, ya le hubiese arrancado un buen grito. Pero, por suerte, no fue así.

Freddy parecía de lo más vivo, y muy patético. Llevaba aquel traje que tan bien le sentaba, pero estaba desaliñado y muy nervioso, además de evidentemente borracho, mientras intentaba hablar con dos jovencitas y sus madres. Una de ellas hacía gestos a un caballero, para que fuese a ayudarlas.

—Pero ¿qué pasó? —seguía preguntando Gysforth, que le tenía a su espalda—. ¿Cuándo ha ocurrido? ¡Bethany! —La cogió por los brazos y la sacudió, sin importarle las miradas que estaban atrayendo, allí quietos, de pie entre todas las parejas que pasaban bailando—. ¡Responde! ¡Esto es muy grave! ¿Qué has hecho?

—Yo... no... —Nada, no conseguía salir de su asombro. Pero no se confundía, no. ¡Era él! ¡Freddy estaba vivo!

Al darse cuenta de que estaba trastornada por algo, Gysforth se giró, para comprobar qué miraba. Vio también a Freddy, discutiendo con el caballero.

—Pero... ¿tu primo no es aquel de allí? —preguntó, desconcertado.

—Sí... No lo entiendo. —Nada, que no sabía ni cómo reaccionar—. ¡Te juro que le maté, James, te lo juro! Le abrí la cabeza con la botella de agua de mi mesilla. ¡Por eso huí, fue cuando me atrapó esa gente!

Gysforth puso cara de comprensión.

—Ah, entiendo. Sí, ya imaginé que fuiste tú la que le hizo esa brecha, además de arañarle la cara. No puedo decir que lo lamente. Pero ¿estás diciendo en serio que Saxonshare intentó violarte?

—Sí, claro que sí. ¡No bromearía con algo semejante! Quería hacerlo para obligarme a casarme con él.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué querría hacer eso? No lo entiendo. ¿Acaso te ama?

—¡No! No, claro que no. Pero era el modo de conseguir un dinero que me dejó mi padre, y que espera en el banco para cuando sea mayor de edad o me case.

—Ah... Sí, comprendo.

—Y tú, ¿cómo lo sabes? Lo de la brecha, lo de que me defendí...

—Le vi los arañazos el día en que nos reunimos para firmar los documentos de tu tutela. Además, llevaba un vendaje en la cabeza.

—¿Mi tutela? —preguntó, cada vez más atónita.

—Claro. Ahora soy tu tutor, Bethany, ya lo sabes. Fue la condición que puse para solucionar su problema económico. ¿Por qué crees que te llevé a mi casa? De otro modo, te hubiese devuelto a la de tu primo. —Bethany se llevó una mano a la boca. ¡Fue por eso! De pronto, todo cobró sentido. No la retenía con él porque la hubiese comprado en aquel tugurio, sino porque era de verdad su pupila y se consideraba responsable de su seguridad—. Por Dios, creí que lo sabías.

—No...

—Pero, no lo entiendo. Él me dijo que te lo había contado, y que por eso habías huido de su casa, que no querías ser mi pupila, aunque eso no llegué a creerlo. —Volvió a mirar a Freddy, pero ahora con el ceño fruncido—. Valiente bellaco. Está claro que me mintió.

—No me lo dijo. Y no le maté... ¡Oh, Dios mío, no le maté! —susurró Bethany, pensando en el miedo que había pasado, en su huida, en la vieja bizca y el jefe de aquellos maleantes. En la subasta. En su entrega a James, pensando que debía ganarlo para su causa, para que la protegiera—. ¡Pero te juro que tengo unas ganas inmensas de matarlo ahora mismo!

Intentó ir hacia Freddy, pero Gysforth la contuvo.

—Perdona que me inmiscuya, cariño, pero mejor que dejemos los crímenes sangrientos para otra ocasión. —Lanzó un vistazo alrededor y ella le imitó. Se topó con muchas miradas de censura, entre ellas las de lady Forrest y la propia tía Hetty, desde sus sillas. Parados allí, estaban llamando mucho la atención—. No te aconsejo que montes una escena aquí.

—No puedo irme sin más, James.

Él escrutó sus pupilas, como si quisiera valorar exactamente cómo se



sentía y qué necesitaba. Terminó asintiendo.

—¿Quieres hablar con Saxonshare?

—Sí, por favor.

—Muy bien, yo te escoltaré, pero con calma, por favor. Recuerda en todo momento dónde estamos: en un maldito escenario. Nos mira todo el mundo.

—Se echó a reír, como si le hubiese contado algo muy gracioso y le cedió el paso en dirección al punto en el que estaba su primo—. Camina con tranquilidad, con indiferencia, como si no pasara nada.

Ella obedeció. Por muy enfadada que estuviese, por mucho que le hubiese alterado todo aquel asunto, sabía que James tenía razón. No necesitaba estrangular a Freddy allí mismo. Podía conformarse con echarle un buen rapapolvo.

Al verles venir, Freddy dejó de discutir con el hombre, se apartó unos pasos y se puso en guardia.

—Bethany, ¿se puede dónde estabas? —tuvo el valor de preguntar. Todavía mostraba las marcas de sus uñas en la mejilla y una venda en la cabeza.

—¿Que dónde estaba, desalmado? —preguntó ella, indignada. Toda la pena que había sentido al creerle muerto, no por él, sino por el niño que había sido, se había disipado como por arte de magia. Tenía ganas de gritar—. ¡Canalla, más que canalla! ¿De verdad te importa?

—Baja la voz —le recomendó Gysforth. Iba a hacer caso del consejo, pero Freddy se le adelantó.

—¿Todavía te atreves a insultarme? —dijo, enfadado—. Debería denunciarte. ¡Casi me matas!

—O yo a ti. ¡Trataste de violarme!

—Tonterías. No intenté nada que no estuvieras deseando que...

Gysforth adelantó una mano y sujetó a Freddy por la solapa de la chaqueta. No tiró, ni fue un movimiento agresivo, simplemente dio la impresión de querer colocar bien algún pliegue. Pero el mensaje quedó claro

y Freddy le miró con miedo.

—Tenga cuidado con lo que va a decir, lord Saxonshare —susurró James, con una sonrisa—. De verdad, hágalo, o tendré que darle un puñetazo aquí mismo. Y luego retiraré la generosa renta que tiene estipulada.

—¿Qué renta? —preguntó Bethany.

—¡No puede hacer eso! —exclamó Freddy. Gysforth arqueó una ceja.

—¿De verdad? ¿Quién lo dice? Hágame enfadar y estará en Fleet antes de darse cuenta de lo que ha ocurrido. —Freddy se mordió la lengua—. Bethany, ¿has terminado? Deberíamos volver con mi tía.

Ella asintió.

—Mañana sin falta iré a verte, procura estar en casa a mediodía —le dijo a Freddy—. O mejor dicho, procura levantarte de la maldita cama para esa hora. Tenemos que solucionar algunas cosas.

Su primo estaba muy pálido y no dio muestras de ir a contestar, así que se desentendió de él y se alejaron de allí. Gysforth la escoltó por todo el salón.

—¿Qué cosas? —le preguntó, antes de llegar a la posición de la tía Hetty y lady Forrest.

—Las joyas de mi madre. Quiero recuperarlas.

Él puso mala cara.

—Bethany, no te hagas ilusiones. ¿Joyas? Dudo que las siga conservando.

—¿Cómo que no? No son tuyas, James, solo las tiene en custodia.

—¿Y qué? Si las tenía a mano, las habrá vendido por ahí o las habrá apostado directamente. ¿Es que no le conoces? Ha sido capaz de todo por mantener su vicio. Incluso llegó a intentar violarte.

Sí, eso era verdad. ¿Habría sido capaz? No quería ni pensarlo.

—Oh, por favor...

—No te preocupes. Si ha ocurrido, estarán por ahí. Hazme una relación y trataré de recuperarlas lo antes posible.

Bethany sonrió.

—Gracias, James.

—De nada. Otra cosa, ni se te ocurra ir a verle sola. Si esperas a la tarde, quizá pueda escaparme un rato para acompañarte.

—Prefiero ir por la mañana. Sé que estará en casa.

—Por la mañana, me será imposible. Tengo sesión en el Parlamento, y no puedo faltar. —Meditó un momento, con expresión sombría—. Dile a Ruthie que te acompañe, al menos ella. Y, si no, que sea alguna doncella, incluso dos, mejor. Pero, por lo que más quieras, no vayas sola.

—No te preocupes, sé arreglármelas.

—No lo dudo. Pero haz lo que te digo.

—¡Lady Bethany, por fin la encuentro! —exclamó Lizzie apareciendo de pronto a su lado—. ¡Venga a conocer a unas amigas!

Bethany sonrió.

—Estaré encantada, pero solo si me tuteáis, tus hermanas y tú.

Lizzie la cogió de la mano, encantada.

—¡Pues claro que sí! ¡Hasta puedes ser una hermana Keeling más. —No quería. Prefería ser una Keeling, pero de otro modo. Al darse cuenta de lo que había pensado, Bethany perdió la sonrisa, pero ni James ni Lizzie se dieron cuenta de su turbación—. Vamos, ven. El hermano de lady Helen es de lo más interesante, y será vizconde algún día. ¡Tía Hetty dijo que podías aspirar a un vizconde! ¡Igual este te gusta! —Gysforth arqueó una ceja. ¿Estaba celoso? Bethany hubiera jurado que sí—. James, dice tía Hetty que te recuerde lo de lady Eve. La hija odiosa de lord Wallard-Stoneport, ¿eh? No la otra.

Él giró los ojos en las órbitas exactamente igual que hacía Ruthie.

—¡Dame paciencia, Señor! —exclamó, haciendo reír a su hermana—. En fin, será mejor que le siga un rato la corriente. —Acarició la mejilla de Lizzie y sonrió a Bethany—. Divertíos, luego hablamos. —Su mirada se intensificó, se volvió más íntima, aprovechando que Lizzie había visto a alguien y estaba saludando con la mano de un modo que no hubiera gustado nada a lady Forrest—. Todo se solucionará, te lo prometo.

Ella le vio alejarse, hasta perderlo entre la multitud.

En ese momento supo ya, definitivamente, que estaba enamorada.

## CAPÍTULO 19

James ayudó a sus hermanas y a Bethany a bajar del coche, se despidieron de la tía Hetty y entraron en la casa. El señor Simpson, con cara de sueño, les esperaba en el vestíbulo.

—¿Tomarán algo los señores antes de retirarse?

—No, gracias, Simpson —contestó James—. Ni se le ocurra despertar a nadie. No se preocupe, cualquier cosa que necesitemos, lo prepararemos nosotros mismos.

—Discúlpeme, milord, pero sabe que a la señora Collins no le gusta que anden en su cocina.

«Santa paciencia», pensó James. Necesitaba mucha, a lo largo del día, para lidiar con tanto inconveniente.

—Pues será nuestro pequeño secreto, ¿qué le parece? —Le dio unos golpecitos en el hombro. Simpson miró su mano de reojo, como incrédulo por aquella confianza—. Ande, váyase a dormir, por favor. Y vosotras también, venga —añadió a su escolta femenina, en las escaleras. Todas rieron, sobre todo Lizzie, que había bebido una segunda copa de champán a escondidas. James no creía que su borrachera fuera real, pero seguro que ella sí que lo pensaba.

—¡Ha sido una noche maravillosa! —exclamó la muchacha, dando vueltas sobre sí misma mientras subía las escaleras, las largas faldas del bonito vestido rosa ondeando a su alrededor, sobre la crinolina—. ¡Thomas Rand me ha mirado! ¡Y va a ser marqués! ¡Tiene un castillo enorme!

—Qué bien —murmuró Ruthie, meditabunda.

—Ni siquiera escuchas —le dijo Lettie—. ¿En qué piensas?

—En una historia que he empezado a escribir durante la fiesta, relacionada con el juego del otro día, en la mansión de los Waugh, ¿recordáis?

—Oh, sí, fue muy divertido —asintió Lizzie—. ¿Por qué te fuiste, tonta?

—Porque entonces no tenía ganas de juegos. Pero, quién sabe, quizá el hombre que me tocó en suerte, y al que no llegué a conocer, hubiese podido ser el gran amor de mi vida.

—¡Eso es muy bonito, Ruthie! —exclamó Lizzie, arrebolada—. ¡Qué bien escribes!

—Bueno, para ser exactos, todavía no lo he escrito. Solo lo tengo en mente.

—Es un buen punto de partida para una historia romántica —convino Bethany con una sonrisa—. Solo espero que tu protagonista pueda llegar a conocerle, en algún momento.

—Sí, yo también, aunque aún no sé cómo. Tengo muchas ideas bullendo en mi cabeza ahora mismo. Creo que voy a seguir tomando notas antes de dormir, si es que consigo mantenerme despierta. —Enfiló directamente hasta la puerta de su dormitorio—. Buenas noches.

—Buenas noches. —Las gemelas se metieron en el suyo. Bethany y James se quedaron en el pasillo, cada cual frente a su puerta. Volvieron las cabezas hacia atrás y se miraron.

—Buenas noches, lady Bethany —dijo él. Bethany sonrió.

—Buenas noches, lord Gysforth.

James entró en su dormitorio con varios grados de más en su temperatura corporal y una sonrisa absurda dibujada en los labios. La perdió al ver a Scrubbs, que dormitaba en una silla. El ruido de sus pasos le despejó con un sobresalto y se puso en pie de inmediato.

—Buenas noches, lord Gysforth —dijo, estirándose la chaqueta y comprobando que el cabello cubría bien las zonas de calva. Al notar que su voz sonaba ronca, carraspeó—. ¿Se ha divertido?

—Mucho más de lo que esperaba, por cierto. —James fue a quitarse la chaqueta por sí mismo, pero tuvo que dejar que terminara de hacerlo él—. Por favor, señor Scrubbs, me mortifica que cada noche se empeñe en quedarse levantado hasta mi vuelta. Váyase a dormir, por favor. Es muy tarde.

—Oh, no es problema. Y tengo que ayudarlo, milord.

No era algo que le apeteciese, y por varias razones, la más importante de todas, que aquella despedida con Bethany, sabiendo lo que ambos pensaban hacer en cuanto se apagasen las luces, le habían provocado una buena erección, algo que el señor Scrubbs encontraría, como poco, inconveniente.

Pero, si le decía que su ayuda no era necesaria, le estaría negando la utilidad de su empleo, y eso le haría mucho daño. De modo que James suspiró y se resignó a que el ayuda de cámara le ayudase a desnudarse. Se puso el pijama, intentando disimular lo excitado que se sentía y le despidió en cuanto pudo.

James se sentó a los pies de la cama, esperando oír el sonido sordo de la llamada de Bethany, como la noche anterior. Pero pasaron diez minutos y nada.

¿No iba a ir? ¿De verdad iba a atormentarle de semejante modo?

Se levantó y se dirigió a la puerta de comunicación entre los dormitorios. Llamó con suavidad.

—¿Bethany?

—¿Sí? —La voz de la joven le llegó amortiguada por la distancia, seguramente estaba en la cama, pero se movió, porque luego sonó mucho más cerca, al otro lado—. ¿James?

—¿No vienes?

—Está cerrado. Pensé que... Bueno, que vendrías tú.

James comprobó la manilla. Cierto, la puerta estaba cerrada. Qué raro... Él la había dejado abierta.

—Espera un momento.

Fue a buscar la llave, pero tampoco estaba en su sitio habitual, un cajón del pequeño mueble de madera de caoba que había allí al lado. James parpadeó sorprendido. Pero ¿dónde diablos la habían puesto? Miró por el suelo, por si se había caído de la cerradura o algo por el estilo, pero nada. Definitivamente, no estaba, lo que significaba que alguien la había cogido.

¿Y quién se habría atrevido a hacer algo así?

Miró hacia atrás, hacia la silla en la que había dormitado su ayuda de cámara. ¿Scrubbs? Quizá. Sí, posiblemente. Al fin y al cabo, fue el primero en darse cuenta de lo que había pasado entre Bethany y él. Scrubbs era demasiado discreto como para decirle nada a su joven señor sobre un tema tan delicado, pero también lo bastante osado como para tratar de impedir que algo semejante volviera a suceder en Gysforth House, nunca más.

«Y, ahora, ¿qué?», se dijo, enfadado. No pensaba quedarse allí y acostarse en su cama solitaria como un buen muchacho, con su enorme erección como única compañera. Si Scrubbs, o quien fuera, no quería que usase esa puerta, utilizaría otra. ¡Sería por puertas, en esa casa!

Se puso el batín y salió sigilosamente al pasillo. La mansión estaba en silencio y casi en completa penumbra, con solo algunas velas aquí y allá. Llamó apenas a la puerta de Bethany y, cuando oyó el murmullo de su voz, abrió.

Al otro lado, se encontró con una visión que solo había imaginado en sus sueños más eróticos.

Bethany estaba tumbada en la cama, de lado, con el cabello dorado extendido por la almohada. El lazo que cerraba el camisón estaba suelto, dejando ver con claridad el inicio de sus senos. El borde, algo subido, mostraba las preciosas piernas, dobladas de un modo sugerente.

—Ya pensé que no venía, lord Gysforth —le dijo, coqueta.

Él inspiró hondo.

—Nada ni nadie me hubiese impedido hacerlo. —Entró y cerró la puerta a su espalda. Fue hacia ella, intentando controlarse—. Perdona, pero me temo que ha habido un pequeño contratiempo. Creo que sufro de un motín en mi propia casa.

—¿En serio? —Bethany se incorporó hasta estar de rodillas y se arqueó para alcanzar sus labios. James le desnudó los hombros. El camisón cayó flojo, dejándola desnuda, y él cubrió sus senos con las manos. La sintió jadear en su boca, mientras tanteaba el primer beso—. Eso te pasa por ser tan



complaciente como amo.

James se echó a reír.

—¿Lo soy?

—Mucho. —Bethany empezó a soltarle los botones del pijama—. Y ahora te toca complacerme a mí.

Él profundizó el beso mientras ella le ayudaba a librarse de la chaqueta, y luego del pantalón, con un único movimiento brusco. James se acostó a su lado y rodaron por la cama, hasta quedar sobre Bethany, siempre las bocas unidas, siempre las manos intentando abarcar más y más piel.

—Beth... —susurró—. Bethany...

La besó en el cuello, en los pechos, lamió sus pezones, deseando aprenderse por siempre sus formas, su olor, su tacto. Se lo tomó con calma, porque tenían todo el resto de la noche para ellos, un tiempo inmenso, en el que no existía nada más, ninguna otra cosa. Solo cuando la sintió bien dispuesta, húmeda y excitada hasta el límite, la penetró poco a poco.

Bethany sollozó de placer. James la retuvo en el sitio y empezó a empujar en embestidas largas y lentas, muy lentas al principio, pese a que era un esfuerzo sobrehumano el lograr mantener el control; más rápidas a medida que sentía cómo la muchacha se acercaba al orgasmo.

Trató de no hacerlo, pero se coló en su mente la idea de que allí mismo habían hecho el amor tantas veces su padre y Evelyn. La hermosa y alegre Evelyn. La triste Evelyn del final de sus días.

—Evelyn...

Se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta cuando la sintió tensarse en sus brazos. Bethany se echó hacia atrás y le miró con horror.

James se apresuró a intentar disculparse:

—Perdona, no quise...

—¿Qué has dicho? ¿En quién estás pensando, James?

—En nadie. Perdona. —Intentó calmarla—. Ha sido sin querer, un error...

—No me toques. —Bethany se puso en pie. Desnuda, le miró, entre dolida

y enfadada—. Sé quién es Evelyn, tus hermanas me lo dijeron. Era tu madrastra. —Hizo un gesto, abarcando el dormitorio—. ¿Esto, todo esto es por ella?

—¿Qué? ¡No!

—Fue tu primer amor, tú mismo me lo dijiste. Tallaste su inicial en el roble de Sleeping Oak. La primera mujer que te robó el corazón.

—Sí, pero no era más que un niño, un crío necesitado de un poco de cariño, y ella supo dármelo. ¡Por favor, Bethany, no confundas las cosas! Yo tenía nueve años cuando mi padre, ese gran hombre que jamás me llamó por mi nombre de pila, la trajo a casa. Ella acababa de cumplir los veinte. Era... —Necesitó tragar saliva para poder retomar la frase—. Era preciosa. Encantadora. Maravillosa. Me enamoré, sí, pero solo como se puede enamorar un niño de esa edad. Por Dios, la adoraba, la sigo adorando. —Se llevó una mano al corazón—. Porque, amor mío, si hubo algo luminoso en mi infancia, se lo debo por completo a mi abuelo y a ella.

Bethany parpadeó, algo apaciguada. Incluso conmovida.

—¿Me parezco a ella?

—Sí. —Al pensar en ello, se dio cuenta de que, quizá, eso influyó en la profunda fascinación que le había provocado aquella mujer, desde el principio—. Enormemente, lo reconozco. Quizá eso me deslumbró al conocerte, lo mucho que te parecías a Evelyn. Pero a diferencia de ella, tú puedes ser mía. —Tendió la mano en su dirección—. Eres mía.

Ella negó con la cabeza.

—No soy Evelyn. No quiero ser Evelyn, James, ni siquiera en tus fantasías.

—Eres Bethany. Mi Beth. Jamás lo olvido. Te lo juro.

La vio avanzar hacia la cama. Se subió, a cuatro patas, y se inclinó hacia él hasta que sus rostros estuvieron a punto de tocarse. James se sobresaltó cuando, también, notó cómo abarcaba su verga con la mano. Su cuerpo respondió al momento, endureciéndose, empezando a crecer otra vez.

—Repite mi nombre —ordenó ella, con la larga melena cayendo libre sobre uno de sus hombros. Era más rubio que el de Evelyn, más largo y ondulado. Sus ojos eran de un azul más claro. ¡Se parecía tanto! ¡Y había tantas diferencias!—. Vamos, James Keeling, duque de Gysforth. Repite mi nombre.

—Bethany. Bethany. Bethany...

Arrastrado por aquel impulso salvaje, la cogió por la cintura y la derribó sobre la cama y la penetró de un solo impulso. Bethany gritó, y él también, moviendo las caderas una y otra vez, incapaz de contenerse. El placer les azotó como el golpe de una ola repentina, pero una ola de tempestad, de tormenta, algo bestial y salvaje. Empujó y empujó, y no tuvo más pensamientos que el deseo de estar por siempre haciéndole el amor a esa mujer que se retorció entre sus brazos.

Cuando vio que se tensaba por un orgasmo abrumador, él también se dejó llevar.

—Bethany... ¡Bethany!

Subió y subió arrastrado en una espiral, convencido de que nunca jamás había sentido tanto placer. Si moría, ¿qué podía importarle ya? Nada en absoluto, tras haber sentido algo tan maravilloso.

Cuando se dejó caer, agotado, sobre el pecho de Bethany, estaba sudoroso y jadeante.

—Bethany... —repitió, en un susurro.

—Espero que tus hermanas no nos hayan oído —replicó ella, casi sin aliento.

—Yo también.

La oyó suspirar.

—¿Qué va a ser de nosotros, James?

Buena pregunta. Ahora fue el rostro de la tía Hetty el que se coló en su mente. Le miraba con el ceño fruncido, como cuando estaban bailando en la fiesta de lady Kellogg.

—Lo que nosotros decidamos —respondió, porque así quería que fuese.

## CAPÍTULO 20

Lo siguiente que supo, fue que le agitaban.

—¡James! ¡James! —Era Bethany. Por la ventana entraba luz. Ya se había hecho de día—. Tienes que irte. Vendrán en cualquier momento a despertarme.

—Está bien, está bien... —Adormilado, se puso los pantalones del pijama, hizo una bola con la chaqueta y el batín, y se levantó. Volvió sobre sí mismo para besarla—. Podría esconderme bajo la cama...

Bethany rio.

—No seas tonto. Anda, vete. Nos vemos en el desayuno.

James salió al pasillo. Estaba cerrando la puerta de la habitación, intentando no hacer ruido, cuando se abrió de pronto la de las gemelas y salió Lettie, en bata y con el pelo recogido en una multitud de lazos, para mantener los rizos.

Al verle, su hermana abrió los ojos como platos.

—¡Oh, perdón! Yo iba... Yo tenía hambre... ¡Ay, madre! —terminó, y volvió a meterse en su dormitorio.

—¡Lettie! —llamó James, pero fue inútil, ya había desaparecido, como si nunca hubiese estado allí—. Oh, por todos los demonios...

La puerta de Bethany se abrió al momento. Apareció con el camisón a medio atar. Lo que le faltaba.

—¿Qué ha pasado?

—Lettie. —Volvió a entrar en el dormitorio para hablar con más discreción—. En una de sus excursiones a la cocina. Me ha visto salir de aquí medio desnudo.

Bethany se llevó las manos a la cara.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué vergüenza!

James agitó la cabeza. De pronto, todo le pareció absurdo, casi ridículo. Se echó a reír.

—No te preocupes.

—¿Cómo no me voy a preocupar? —Se mordió los labios—. ¿Tú crees que se lo contará a las otras?

—Desde luego. Pero ellas no se lo contarán a nadie más. —La acorraló contra la pared y la besó, mientras aprovechaba el gran escote del camisón para pasar una mano por sus pechos—. ¿Seguro que no tenemos tiempo, lady Bethany? Ahora que ya vamos a ser motivo de escándalo para las hermanas Keeling, deberíamos hacer algo de verdad indecente.

—No seas tonto, debes irte. —Le devolvió el beso, pero apartó sus manos y empezó a empujarle—. Tenemos que comportarnos, que una cosa es que lo sepan y otra que nos pasemos de la raya. —En el último momento, le acarició la mejilla con una sonrisa—. Gracias, James.

—¿Por qué? debería ser yo quien agradeciera.

—Me rescataste. Me salvaste. Me trajiste aquí y me cuidaste. Y me estás dando un futuro.

—No es nada. Ojalá pudiera... —Agitó la cabeza. No quería estropear el momento con sus problemas—. Nos vemos en el desayuno.

La besó por última vez y volvió a su dormitorio. Allí, se lavó y se arregló por su cuenta y, cuando llegó Scrubbs, estaba esperando sentado en una silla.

—¿Milord? —dijo el ayuda de cámara, mirándole sorprendido—. Veo que hoy ha madrugado mucho.

—Sí. Bastante.

—Y veo que ha escogido su atuendo por sí mismo. Póngase en pie, por favor. —James lo hizo. Scrubbs giró a su alrededor—. Buena elección, aunque si me permite, cambiaremos esa corbata por una de tono...

—No, déjelo, Scrubbs, iré bien así hoy. Si sigo aquí es porque quiero hablar con usted.

—Por supuesto, milord —replicó el hombre, aunque ya no pudo evitar

mostrar su nerviosismo.

—No voy a entrar en detalles, pero ambos sabemos a lo que me refiero. Bajaré al despacho a trabajar un poco. Luego desayunaré y subiré a coger... da igual, alguna cosa que se me haya olvidado. Y cuando así sea, encontraré en este dormitorio todo lo habitual, en el sitio de siempre. Todo. ¿Está claro?

Scrubbs apretó los labios.

—Milord, no...

—No, Scrubbs, por favor. Ni usted ni yo queremos hablar del asunto más de lo necesario, se lo aseguro, pero ambos sabemos a qué me estoy refiriendo. —Scrubbs enrojeció—. No tengo nada más que decir, excepto que si las cosas no están como deberían a mi vuelta, tendré que tomar medidas que me pesarán enormemente, pero no habrá más remedio.

—No sé si le entiendo, milord.

—Me explicaré mejor, entonces: si, cuando vuelva, lo que falta no está en su sitio, me veré obligado a prescindir de sus valiosos servicios como ayuda de cámara. —Scrubbs estaba tan pálido como un muerto—. Como puede comprobar, de verme obligado a ello, podría llegar a arreglármelas sin usted. A excepción de la corbata, no he hecho un mal trabajo, por mí mismo.

Se dirigió a la puerta y salió, cerrando sin ruido. Qué situación más desagradable. No deseaba por nada del mundo tener que prescindir de Scrubbs, aunque a veces resultase irritante tener a alguien sujetándote los calzones, era quien mejor conocía su armario y tenía un gusto exquisito a la hora de combinar complementos. Además, le apreciaba. Como casi todo el servicio en la casa, eran gente leal, que llevaban años con la familia y se sentían parte de ella.

Por eso había hecho Scrubbs lo que había hecho, no lo ignoraba.

Bajó al despacho y trató de leer la copia de uno de los proyectos de ley que se votarían en breve. No había conseguido avanzar demasiado cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

Se asomó el señor Simpson.

—¿Da usted su permiso, milord? ¿Tiene unos minutos?

—Por supuesto. Pase.

Simpson miró para atrás, por lo que, antes de ver a la señora Brown y al propio Scrubbs, ya sabía que no estaba solo. Pasaron los tres y se pusieron en fila ante el escritorio. El ama de llaves y el ayuda de cámara eran los más compungidos. Del señor Simpson, como siempre, no hubiese sabido decir en qué estaba pensando.

—Milord, si me... si nos permite...

James dejó los papeles y se recostó en la silla.

—Adelante, señor Simpson, por supuesto.

—Queríamos decirle que, el pequeño incidente ocurrido en su dormitorio, no ha sido cosa del señor Scrubbs. —Quizá esperaba que James dijera algo, pero este se limitó a arquear una ceja—. Él, la señora Brown y yo nos reunimos para valorar la... bueno, la situación, y pensamos que lo mejor era evitar... complicaciones mayores.

En definitiva, que habían considerado que si cerraban la puerta de comunicación entre los dormitorios y se llevaban la llave, todo se solucionaría, porque estaban acostumbrados a que él se comportara como un niño bueno.

—Comprendo. Estoy seguro de que hicieron lo que consideraron mejor para todos nosotros.

—¡Oh, por supuesto, milord! —exclamó la señora Brown, frotándose nerviosa las manos.

—Lo sé, señora Brown, no se preocupe. Ustedes han sido el pilar de esta casa desde hace tanto tiempo que, sinceramente, creo que se hundiría sobre sí misma sin su presencia. La familia Gysforth les debe mucho, yo les debo mucho. Me han visto crecer y me ayudaron en innumerables momentos. — Por primera vez vio algo en los ojos de Simpson, una emoción. Supuso que se estaría acordando de las veces que le había abrazado, consolándole,



después de que su padre le azotase con la vara—. Espero que sepan que les tengo en gran estima.

—Gracias, milord.

—Pero también deben entender que ya no soy aquel niño. Ahora soy el duque de Gysforth y tomo mis propias decisiones en mi casa. Si tienen algo que decir sobre lo que sea, me lo dicen y yo lo valoraré, pero no actúen a mis espaldas como si volviese a tener diez años. No me gusta nada.

Los tres criados se miraron entre ellos.

—Quizá le debemos una disculpa por no haber abordado este asunto de un modo directo, milord —siguió el señor Simpson—. Pero tenga en cuenta que es un tema que nos... abochorna enormemente. Sabemos lo que ha pasado. Y no es...

—Vuelve a cometer el error de tratarme como un niño, señor Simpson —le cortó James con voz fría—. Lo único que importa aquí es que, de ser yo mi padre, jamás se hubiesen atrevido a actuar de semejante manera.

Simpson carraspeó, culpable.

—No, milord. No nos hubiésemos atrevido. Pero él tampoco hubiese hecho nunca algo así.

—No, claro. —No pudo evitarlo, tuvo que añadir, arrastrado por el rencor y la rabia—: Él solo abría esa puerta para atormentar a la pobre lady Evelyn. Y eso era algo que podía permitirse.

El mayordomo enrojeció. La señora Brown se llevó las manos a la boca. Scrubbs miraba al suelo con ojos brillantes.

—Son asuntos de matrimonio —dijo torpemente Simpson.

James frunció el ceño y se puso repentinamente en pie, provocándoles un sobresalto general.

—El matrimonio nunca debería justificar ciertas cosas. No haga que me enfade más, por favor.

El mayordomo hizo una mueca.

—Está bien, milord. No pretendía justificarlo. Pero ya no estamos en

aquellos tiempos ni juzgamos el comportamiento de su padre.

—No, claro que no. Están juzgando el mío. Y no lo voy a consentir. Lady Bethany está donde debe estar y ustedes tres cumplirán sus tareas sin inmiscuirse de ninguna forma.

El señor Simpson irguió mucho la espalda.

—Por supuesto, milord. Pero siempre que usted tenga muy claro que, si esto se sabe, será un escándalo.

—¡Y esa pobre niña! —exclamó la señora Brown, dando un paso al frente—. ¿Qué será de ella después? ¿Ha pensado en eso, milord?

James parpadeó, pillado en falta.

—No se preocupe, señora Brown. Yo me hago responsable de su futuro.

—Es una dama. ¿Qué va a hacer? ¿Convertirla en su amante?

—Ya es su amante —puntualizó el señor Simpson.

James dio un golpe en la mesa con el puño cerrado.

—Desconozco la razón por la que estamos hablando de este asunto, señores, pero se terminó. Como le he dicho al señor Scrubbs, espero que todo esté en su sitio cuando vuelva. Y ni una palabra más. Nada de esto les concierne. Es algo que solo nos importa a lady Bethany y a mí. Se lo advierto muy seriamente, señor Simpson —añadió, al ver que el mayordomo iba a protestar—. El próximo que diga algo o haga algo al respecto, será despedido de forma inmediata.

Simpson palideció.

—No será capaz.

—Ya lo creo que sí. No soy un monstruo, no les echaré a la calle. En retribución a los muchos años de servicio a la familia Gysforth, les entregaré una bonita casa a cada uno, allí donde más les guste vivir, y me ocuparé de que tengan todas las necesidades cubiertas, con una renta anual de mil libras, gastos médicos aparte. Pero se irán de aquí, porque habrán demostrado que no me respetan como señor de esta casa.

Los tres volvieron a intercambiar una mirada, pero esta vez era de derrota.

—Es usted muy generoso, milord —dijo la señora Brown. Su hermana mayor estaba muy enferma y James estaba pagando todos sus gastos desde hacía tiempo—. Siempre lo ha sido.

—Ustedes son parte de esta casa. Parte de la familia Gysforth. Pero no vuelvan a hacer algo así. No olviden quién es el duque ahora.

Simpson asintió.

—Por supuesto, milord. Disculpe nuestra torpeza. No volveremos a inmiscuirnos en sus asuntos.

La idea, curiosamente, le llenó de tristeza. De alguna forma, en ese momento se estaba cruzando una línea en Gysforth House. El joven señor dejaba de ser el niño criado un poco por todos y se estaba convirtiendo en el señor a secas, el amo, el que decidía las cosas.

Asintió.

—Gracias. Les prometo que yo trataré de reflexionar sobre todo lo dicho. Aunque no lo parezca, por lo ocurrido, saben que me importa mucho el buen nombre de esta casa. Es solo que...

«Me he enamorado». La frase se le atascó en la garganta y quedó sin terminar, pero posiblemente todos sintieron las palabras en su interior. La señora Brown pareció a punto de echarse a llorar y Scrubbs y Simpson perdieron beligerancia. Hasta hubo algo de ternura en el modo en el que le miraron. Saludaron con una inclinación y salieron en silencio.

Cuando, antes de partir para el Parlamento, pasó por su dormitorio, la llave de la puerta de comunicación entre los dormitorios de los duques, estaba en el lugar de siempre.

## CAPÍTULO 21

Bethany bajó del coche y contempló la fachada de Saxonshare House. Jamás había tenido un aspecto tan descuidado, ni siquiera a su llegada de Mauve Meadow, cuando llevaba años cerrada. Su padre siempre había tenido un servicio mínimo en la ciudad, un matrimonio y su hija, que se ocupaban del mantenimiento, la limpieza general y la atención al jardín, pero con el cambio radical de Freddy fueron los primeros en ser despedidos.

Por eso, el jardín parecía camino de convertirse en un zarzal salvaje y los cristales de las ventanas estaban tan sucios que apenas lograban verse las cortinas del interior. Por suerte, supuso, porque seguro que estaban igual de indecentes.

—Qué desastre —dijo, mientras Ruthie liberaba el volante del vestido que se le había atorado en un lateral del coche, al bajar, y se colocaba a su lado.

—Bah, no es tan terrible —le contestó, con una sonrisa—. La casa es preciosa, de verdad, se le puede sacar mucho partido. La señora Brown lo pondría todo en orden en un segundo, con media docena de criadas.

—¡Sí pero yo no dispongo de medios ni para contratar una sola!

—Vamos, Bethany... Sabes que solo tienes que decirlo, y James se ocupará de todo.

—Sí, bueno... —No quería seguir siendo una carga. Aunque la familia Gysforth tuviera más dinero del que podría gastar en mil vidas, le desagradaba la idea de estar siempre en deuda. ¡Toda la ropa y los sombreros, guantes y zapatos que le había comprado! A eso había que añadir que ya le debía mil libras, de la subasta. Esas, quería devolvérselas en cualquier caso, pero a saber cómo iba a conseguirlas, porque Freddy estaría sin blanca. Contenta quedaría si pudiera recuperar esas joyas sin demasiados problemas —. Vamos a...

—Espera. —Ruthie le apoyó una mano en el antebrazo—. Bethany... ¿te

importa que mientras atiendes tus asuntos, vaya a hacer unas compras?

—¿Compras? ¿Sola? —Las preguntas surgieron casi por su cuenta, de pura sorpresa. Recordó las advertencias de James, su insistencia en que fuese acompañada a ver a su primo. «Tonterías», se dijo. Era muy capaz de lidiar con Freddy sin ayuda, siempre lo había hecho—. Pero ¿estás segura? Quizá deberías llevarte el coche y luego volver a buscarme.

—No, no. Cogeré uno de alquiler, si lo necesito. Busco... busco una librería. —Había evitado sus ojos, así que supuso que era mentira—. Quiero ver si encuentro un libro que me interesa, y de paso compraré algo de papel, unos plumines... Nada importante, pero así aprovecho la salida. Me reuniré contigo en el Sophie's. —Se refería al salón de té en el que habían quedado con las gemelas, uno de los lugares de moda del momento—. Estaré allí a la hora, sin falta.

Bethany la miró con atención, segura de que Ruthie ocultaba algo. Era obvio que quería hacer lo que fuera por su cuenta, sin acompañante, y había aprovechado la oportunidad que le procuraba esa salida. Pero, ¿qué derecho tenía ella a interponerse? Ninguno. Ambas eran de la misma edad y, de estar haciendo alguna algo indecoroso, era precisamente ella, acostándose con Gysforth, siendo su amante.

—Bien. Pero ten cuidado, por favor, ¿vale? —Apoyó suavemente una mano en su brazo—. Y si necesitas algo, ya sabes que puedes contar conmigo siempre, Ruthie, para lo que sea.

Ruthie parpadeó. Asintió.

—Sí, tranquila. —Sonrió—. Gracias, Bethany.

—¿Por qué?

—Por preocuparte por mí, pero respetando mis deseos. No te creas que es algo tan habitual en mi vida. —Le dio un beso en la mejilla—. Nos vemos en el salón de té.

Sin más, se giró y enfiló calle abajo. Bethany intercambió una mirada con Bullock. El hombre agitó la cabeza y mordisqueó la pipa que llevaba en la boca con un gesto de contrariedad.

Qué curiosos eran los criados de Gysforth House. Siempre actuaban como si fueran los padres de sus señores.

Bethany suspiró y entró en la casa. No había dado ni dos pasos por el vestíbulo cuando salió Claire por el pasillo de la servidumbre. Iba armada con un atizador que se le cayó por el sobresalto, provocando un fuerte ruido metálico sobre el suelo de baldosas desnudas.

—¡Lady Bethany! —Se llevó una mano al pecho—. ¡Menos mal! ¡Oí ruidos y me asusté! ¡Últimamente solo vienen hombres horribles, y hasta se meten ya en la casa amenazando para que les paguemos!—Hizo una inclinación nerviosa. Estaba más delgada y despeinada, con la ropa sucia y los ojos muy rojos, como si hubiese estado llorando durante horas, incluso días. De hecho, en esos momentos sollozó y se arrojó a sus pies. Le cogió las manos y empezó a besarlas—. ¡Oh, milady! ¡Cómo me alegro de verla! ¡Me preguntaba dónde estaría!

—¡Claire, por favor, levanta! —La doncella se resistió. Casi tuvo que tirar de ella hacia arriba, para que se pusiese otra vez en pie—. No lo entiendo. ¿No os ha dicho nada mi primo? Le vi anoche.

—Apenas me lo he cruzado esta mañana, cuando llegó. Además, lord Saxonshare no suele hablar más que para dar alguna orden.

—Ese maldito... —Bethany frunció el ceño—. ¿Os ha pagado?

—No, milady. Nada.

—Me juró que lo haría. Claro que, ni yo misma le creí. —La miró, avergonzada—. Perdóname, Claire. Sabes tan bien como yo que mi padre nunca hubiese permitido esta situación.

—Lo sé, milady. Milord era un santo. Siempre se preocupó mucho de todos nosotros.

—Así es. Y yo haré lo mismo, mientras me sea posible. Te juro que, aunque haya que esperar a que sea mayor de edad, os pagaré con creces todo lo que os debe mi familia.

—Gracias, milady. Pero no podemos esperar años, tiene que ayudarnos ahora.

—¿Ahora? —Bethany titubeó—. Desde luego, pero... Después de lo que me dijiste la última vez que hablamos, pensé que estaríais ya buscando otros empleos. De hecho, lo único que me sorprende de todo esto, es que sigáis aquí.

Claire se limpió las lágrimas de las mejillas.

—Milady, mi padre se ha puesto enfermo, muy enfermo...

—¿Qué? ¿Qué le pasa?

—No lo sé, no deja de toser y tiene fiebre, pero no tenemos dinero para un médico y no podemos ir a ningún otro lado. Milord me dijo que podía pagar nuestro alojamiento con mi trabajo, pero no nos da nada, por lo que ahora, además de ocuparme de todo aquí, me traigo ropa para lavar de otras casas, porque si no, no podríamos ni comer.

Bethany se llevó una mano a la frente.

—Oh, dios mío, Claire... —Arrastrada por un impulso, la abrazó por los hombros, estrechándola contra su pecho—. Qué situación espantosa has tenido que soportar.

—No se preocupe, milady. Eso ya ha pasado y ahora está usted aquí. —La miró, esperanzada—. Porque va a ayudarnos, ¿verdad?

Claire tenía razón. Debía hacerlo, era responsabilidad suya. Y solo se le ocurría llevarlos a Gysforth House con ella, no había otra alternativa. Solo esperaba que James estuviese de acuerdo con semejante decisión. Imaginaba que sí.

—¿Tu padre puede salir a la calle?

—Sí, bueno, está bastante débil, pero podría hacer un esfuerzo.

—Pues prepara vuestras cosas porque os venís conmigo, en cuanto termine de hablar con mi primo.

Claire la miró sorprendida.

—¿Adónde vamos?

—A casa de lord Gysforth. Allí estoy viviendo ahora, es mi tutor, y estoy segura de que seréis muy bien recibidos.

Por primera vez, los ojos de Claire brillaron por una nueva ilusión.

—¡Oh, milady! ¡Qué alegría! ¡Gracias, gracias!

—No me las des a mí. Hazlo con lord Gysforth cuando lleguemos. —Miró con pena el vestíbulo y la escalera, en los que ya no quedaban objetos de valor. Ni siquiera las alfombras—. ¿Mi primo, sigue durmiendo?

—Sí, milady.

—Bien. Despiértale y dile que le espero en el despacho —añadió, encaminándose hacia allí.

Bethany entró, cogió la llave de la caja fuerte del compartimento secreto del escritorio, apartó el cuadro que la cubría y la abrió. En otros tiempos, dentro solía haber papeles diversos, una buena cantidad de dinero en efectivo y el joyero de su madre; ya solo quedaban algunos pagarés en blanco y las pólizas de los seguros de vida que tenían Freddy y ella en *The Equitable Lief Assurance Society*.

Cuando su padre se hizo la suya, la que había servido para apuntalar el futuro de Bethany con una buena cantidad en el banco, también hizo otras para su sobrino y para su hija. Una extravagancia que Bethany siempre consideró absurda. Bien sabía el cielo que ella no necesitaba un seguro para nada, y menos en esos momentos. ¿A quién iba a dejarle el dinero, a Freddy? Pues estaba arreglada... Lo raro era que no hubiese intentado algo, para cobrar ese dinero.

Sintió un escalofrío al pensarlo. No, qué cosas se le ocurrían. Freddy podía haber perdido el juicio, haber intentado incluso violarla para obligarla a un matrimonio que no quería, pero de ahí a tratar de asesinarla...

De hecho, aquellas pólizas seguramente se habrían perdido a esas alturas, porque no veía a Freddy preocupado por pagar el dinero para mantenerlas, cuando le estaban acosando los acreedores por miles. Bethany las miró con indiferencia y volvió a dejarlas en su sitio.

En la caja fuerte no había nada más, a excepción de mucho polvo. Se temía lo peor, tal como se lo había advertido Gysforth, pero ponerse nerviosa no solucionaría nada. Cogió los documentos de pago y rellenoó uno por mil



libras. Para cuando por fin llegó Freddy, la tinta estaba bien seca.

—Ya era hora —le dijo, enfadada, pero también triste e impotente. ¡Qué mal aspecto tenía! Ojeroso, pálido, sin afeitarse, despeinado... Oía fatal y la ropa arrugada indicaba que había dormido con ella puesta. Bethany pensó en su tío Michael, el padre de Freddy, un hombre amable y cariñoso que hubiese sufrido mucho de poder ver cómo había terminado su hijo. Y ella, que era su prima, su única familia, no podía salvarle. Ya había asumido que resultaba imposible.

—¿Qué quieres?

Bethany señaló con un dedo el pagaré que esperaba en la mesa.

—Que firmes ahí.

Freddy se acercó tambaleándose y lo miró.

—¿Estás loca? —preguntó entonces, abriendo los ojos como platos—. ¿Mil libras? ¿Y esto por qué?

—Es lo que le debo a Gysforth por un problema que tuve al escapar de aquí. Y si escapé de aquí fue por tu culpa.

—¡Eso no es...!

—Si vas a decir que exagero o que yo te provoqué, o cualquiera de tus majaderías de turno, te juro que terminaré lo que empecé el otro día y te romperé la cabeza con lo primero que encuentre. Me darás el dinero —añadió, terminante—. Y me darás las joyas de mi madre. —Señaló hacia la caja fuerte—. Ahí no están. Tráelas de inmediato.

Freddy temblaba. Se lamió los labios, nervioso.

—No sé de dónde sacas siempre que tengo que obedecerte.

—Porque soy mayor que tú —le replicó, como cuando eran pequeños—. Dámelas ahora mismo, Freddy, o haré que lord Gysforth te interponga un pleito para recuperarlas.

—¡Ja! No me asustas. Ni él ni tú queréis un escándalo.

—Ni tú tampoco. —Entrecerró los ojos—. ¿Qué hacías ayer en la fiesta? ¿Buscar una pobre tonta a la que sangrar, no?

—¡No! Bueno, sí, estoy pensando en casarme, ya va siendo hora. —Hizo caso omiso del modo en que ella le arqueó una ceja—. Pero se ha debido correr la voz de que estoy arruinado y tengo problemas, porque todo el mundo me rehúye. —La miró, suplicante—. ¿Tú no podrías ayudarme?

—¿Para qué? Tengo entendido que lord Gysforth te paga una renta más que generosa. Con ella podrías vivir aquí como un caballero y...

—Pero ¿qué dices? ¡Con eso no tengo ni para empezar a pagar los intereses de mis deudas!

Los intereses de sus deudas... A saber con qué gente se había empeñado ese tonto. Individuos como Thynne, capaces de convertir a los demás en mercancías, o incluso de matarles, si convenía a sus intereses.

Bethany inspiró profundamente. Tenía que intentarlo, aunque solo fuera una vez más. Por otros tiempos. Por el niño que creía en las hadas y las buscaba, pese al miedo, agarrado con fuerza de su mano.

—No debería, después de lo que hiciste, pero creo que podría convencer a James para que se ocupe de esas deudas —le dijo—. O al menos, a negociar en tu nombre una demora en el pago. Pero para eso, tendría que estar segura de que vas a dejar definitivamente el juego. Nada más. *Nunca más.*

Oír hablar de abandonar el juego le perturbó, como siempre. La miró con ojos entrecerrados.

—James, ¿eh? —¿Le había llamado por su nombre de pila? No se había dado cuenta. Bethany hizo una mueca, pillada en falta—. ¿Qué relación te une a Gysforth, Bethany? Eso de que quisiera ser tu tutor... No me creo que fuera algo inocente. ¿Eres su amante?

Bethany no pudo evitar ruborizarse.

—Eso no te importa.

Él abrió mucho los ojos.

—¡Lo eres! Si el pobre tío levantase la cabeza...

—¡Cállate! ¡No te atrevas a ir por ese camino! Si estoy así es en buena medida por tu culpa. ¿Y cómo osas hablarme de semejante modo cuando,

además, te estoy ofreciendo mi ayuda, maldito desagradecido?

Freddy se mordió los labios.

—Es verdad, es verdad. Perdóname, últimamente no sé lo que me ocurre.  
—Se pasó las manos por la chaqueta, como intentando planchar sus arrugas  
—. Yo... La única forma de salir de este agujero en el que estoy metido por pura mala suerte, es ganar una gran cantidad, de golpe. No migajas de vez en cuando ni lograr demoras para pagos, ni tonterías así.

—Eso no...

—¡Bethany! Si tú no le dices a tu... a tu amigo que me dé de golpe diez mil libras, tendré que seguir jugando. ¿Lo entiendes? ¿Te entra en la cabeza? Esa es mi única posibilidad.

¡Diez mil libras! Estaba completamente loco.

—Entonces, te hundirás más todavía.

—Nunca has confiado en mí, nunca me has apoyado —replicó, rencoroso—. Crees que soy «Freddy, el tonto», el que no se merecía heredarlo todo en tu lugar. El que acabará en la cárcel por deudas. ¡Pues no será así! ¡Te lo demostraré! ¡Mi suerte está a punto de cambiar, lo presiento!

Bethany le miró con pena.

—No has sido tú mismo desde la maldita noche que decidiste pasarte por Brooks's a solicitar que se te mantuviese como miembro en el lugar de mi padre. Algo te ocurre. No sé de qué se trata, pero es como una enfermedad, por eso he tenido más paciencia de la debida. Pero se acabó, Freddy. Si quieres que *lord Gysforth* —dijo el hombre formal con toda intención— te ayude con esas deudas, tendrás que aceptar condiciones. Posiblemente, se te pueda ingresar en algún sitio, algún lugar de reposo donde te ayuden a superar ese vicio que tienes.

—¿Qué? ¡No voy a ir a ningún lado! ¡No estoy loco!

—No he dicho eso —replicó, aunque pensándolo bien, quizá sí que sufría de alguna demencia. Que hubiese intentado violarla no podía responder a ninguna otra cosa. Era algo impensable en el Freddy de siempre.

—¿Entonces por qué quieres encerrarme, como si fuera el rey George? — se refería a George III, el padre del rey del momento, que había muerto loco, por alguna causa desconocida—. No voy a ir a ningún lado.

—Freddy...

—¡He dicho que no!

—Muy bien. —Tenía que aceptar la situación. Lo había intentado. No podía hacer más—. Pues yo ya he renunciado a intentar ayudarte, Freddy. Firma el pagaré y dame mis joyas.

Su primo la miró consternado y se echó a llorar.

—No. —Se cubrió el rostro con las manos—. No puedo firmar. No tengo dinero en el banco. No tengo nada. Ya te he dicho que el dinero que me da Gysforth apenas llega para pagar los intereses de antiguas deudas.

Bethany inspiró profundamente. Bueno, qué se le iba a hacer. Tendría que buscar el dinero en otro lado.

—¿Dónde están mis joyas?

—Yo... —Dejó caer los brazos con un gesto de derrota, los hombros también hundidos—. Tuve que venderlas, Bethy...

Le abofeteó. Freddy no replicó, se limitó a quedarse allí, con expresión miserable. Bethany apretó los puños y trató de controlar su respiración, de mantener la calma, o empezaría a gritar y no se detendría hasta haber reducido a escombros todo Londres.

—Tío Michael estaría avergonzado de ti —susurró.

—Bethy...

—¡No me llames así, nunca más! —Sentía que algo oprimía su pecho. Le costaba respirar. Necesitaba salir de allí, cuanto antes—. No me dirijas la palabra, ni siquiera pienses en mí. Entre tú y yo ya no hay nada. Ninguna relación.

—Pero, Bethany...

Ella negó con la cabeza.

—No eres mi primo. Ya no tengo familia.

Salió de allí hecha una furia y esperó fuera a que Claire y su padre terminaran de recoger sus pocas cosas. Entonces, entre ella y Bullock les ayudaron a subir al coche y los llevaron a Gysforth House.

Como imaginaba, cuando entraron en la casa, el señor Simpson les miró con cautela. Sobre todo a Briggs, que no dejaba de toser y tenía muy mala cara. Bethany había empezado a temer que tuviera una pulmonía o algo más grave. ¿Tisis? Esperaba que no. De ser así, quizá James pensara que meterlos en Gysforth House no había sido una idea demasiado buena, no le haría gracia que pusiera en peligro a los suyos.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer en ese momento? No iba a meterlo en cualquier tugurio como un perro sarnoso a evitar. Si estaba enfermo, habría que tomar precauciones y llamar al médico, sin más.

—Eh... ¿Lady Bethany? —dijo Simpson, al verla entrar seguida de Claire, que llevaba a su padre con la ayuda de uno de los criados.

—¿Está lord Gysforth en casa, señor Simpson? —contraatacó ella, antes de que al mayordomo le diese tiempo de concretar más sus preguntas.

—No, milady. Todavía no ha vuelto.

«Maldita sea». Bethany dudó, pero sabía que no había alternativas. Briggs necesitaba volver a meterse en cama cuanto antes. No le quedaba más remedio que dar a Simpson más razones para detestarla.

—Oh. Pues el señor y la señorita Briggs necesitan un lugar en el que quedarse unos días, de modo que le rogaría que les buscase un par de habitaciones.

—¿Habitaciones? ¿Aquí? —El pobre Simpson enrojeció sin poder evitarlo—. ¿Lo sabe lord Gysforth?

—Claro que no. Pensaba decírselo ahora, por eso he preguntado por él, pero como no ha llegado, eso tendrá que esperar.

Simpson carraspeó, todavía tieso, cerrando el paso a las escaleras con su enorme cuerpo.

—Entonces, ¿son sus... sus *invitados*, milady?

No lo había pensado, pero realmente, sí lo eran. Briggs y Claire ya no trabajaban para ella, pero sí la habían servido mucho tiempo y, además, estaba en deuda con ellos. Se merecían ser tratados como señores.

—Sí.

—¡No! —la corrigió Claire al momento, horrorizada—. ¡Por favor, milady! Pero ¿qué dice? Nosotros no somos gentes finas, somos lo que somos y nuestro lugar no está arriba. Nos arreglaremos perfectamente en la zona del servicio. —Como la conocía, al verla fruncir el ceño testaruda, añadió—: Milady, por favor.

—Oh, está bien. ¿Puede ocuparse de todo hasta que yo vuelva? —preguntó a Simpson, que seguramente iba a responder que no, con alguna excusa más o menos elaborada. Pero, fue más rápida. Se inclinó hacia él, para susurrarle—: Señor Simpson, el señor Briggs está enfermo, no sabemos qué tiene.

—¿Qué? —Simpson se apartó bruscamente, como si fuese ella la posible contagiosa, y la miró horrorizado. De no haberse tratado de un asunto tan serio, se hubiese echado a reír—. ¡Milady! No me parece apropiado que...

—¡Intente que no se les acerque nadie más hasta que le vea un médico! —Bethany inició una rápida retirada. Si estaba ella allí, Simpson discutiría y quizá hasta los echara a la calle. Si se iba, ante la duda, buscaría ese alojamiento para Briggs y Claire, aunque esperase que solo fuera necesario de forma temporal—. ¡Lo siento! ¡He quedado con las hermanas Keeling para tomar el té y ya llego tarde!

Bethany salió a toda velocidad. Bajó la escalinata de Gysforth House, subió al coche que Bullock había mantenido esperando y fue hasta el salón de té.

## CAPÍTULO 22

Bethany abrió la puerta de cristal del salón de té en el que había quedado con las hermanas Keeling, un lugar nuevo, situado en Trafalgar Square.

Era un local precioso, muy elegante, que ya desde la calle olía a pastas de anís y caramelo. Mientras sonaba la campanita, echó un vistazo alrededor. Tal como había prometido, Ruthie ya estaba allí. Ella y las gemelas la saludaron desde su mesa.

—Lo siento, tuve un pequeño percance y me vi obligada a volver a pasar por Gysforth House —les explicó, sentándose con ellas—. He dejado allí al señor Briggs y su hija Claire, mi antiguo servicio. Espero que a vuestro hermano no le importe.

—¡Seguro que no! —exclamó Lettie, con evidente picardía. Bethany se ruborizó. Lettie no había dicho nada durante el desayuno, pero por las expresiones de Lizzie y Ruthie, a esas alturas ya estaban al tanto de lo sucedido de madrugada, en el pasillo. Algo que quedó mucho más claro cuando Lizzie se inclinó hacia ella.

—¿Eres la amante de James? ¿En serio?

Bethany miró con censura a Lettie, pero la muchacha se limitó a sonreír, angelical. Claro, como si hubiese podido callarse algo así.

—No creo que sea un tema que deba... —empezó. Nada, ni caso.

—¡Qué escándalo! —exclamó Lettie, dando palmaditas con entusiasmo.

—¡Qué genial! —añadió Lizzie, con el mismo gesto—. ¿Vais a casaros? ¡Dinos que sí, por favor! ¡La alternativa es la hija idiota de Wallard-Stoneport!

—Y fea —aportó Lettie—. Aunque eso solo le importaría a James, creo.

Ruthie frunció ligeramente el ceño.

—Vosotras dos, a ver si os tomáis esto en serio. —Se volvió hacia Bethany—. Entonces, es verdad... —Bethany siguió sin responder, pero

Ruthie debió leer la respuesta en sus ojos. Carraspeó suavemente—. Pero ¿cómo ocurrió? Entiéndelo, Bethany, nosotras no os vamos a juzgar. James es nuestro hermano y los Keeling somos una familia unida. —Adelantó una mano y la cerró—. Los dedos de un puño.

—Eso decía mamá —asintió Lizzie, a la vez nostálgica y decidida.

—Jamás nos traicionamos, jamás nos juzgamos —aseguró Ruthie.

—La tía Hetty no cuenta —le advirtió Lettie—. Claro que ya casi no es Keeling, de ser tantas veces lady de otras cosas.

—¡Lettie! —exclamó Ruth.

—¿Qué? ¡Es verdad! Se pasa el día juzgándonos. Debe ser por eso y...

—Da igual —cortó su hermana mayor, empezando a enfadarse. Mantuvo los ojos fijos en ella hasta que estuvo segura de que no seguiría despotricando sobre su tía y volvió a centrarse en Bethany—. La cuestión es que nos agradas mucho, Bethany. Y creemos que debes ser muy importante para James, de otro modo no hubiera dado este paso tan... tan poco apropiado. Por eso nos gustaría que nos contaras qué sucedió, cómo os conocisteis y cómo es que terminaste en el dormitorio de la duquesa.

Bethany dudó, pero tenían razón. Aquellas muchachas habían sido sus amigas, la habían apoyado y, por lo visto, iban a seguir haciéndolo pese a todo. Lo menos que podía hacer era confiar en ellas, de modo que empezó a hablar.

Les contó a grandes rasgos la situación en la que había vivido desde hacía varios meses y con mayor detalle lo había pasado desde la noche en que Freddy la agredió y ella tuvo que huir. Subasta incluida.

Si antes estaban revueltas, en ese momento ya la miraron atónitas.

—¿Así que, James te compró? —preguntó Lizzie, entusiasmada.

Bethany asintió.

—Por mil libras esterlinas.

—¡Qué barbaridad! —Ruthie agitó la cabeza—. Si la tía Hetty llegara a enterarse...



—Se desmayaría. Lo sé.

—¡Pero es tan romántico! —exclamó Lettie—. ¡Porque estoy segura de que James está enamorado de ti!

Bethany la miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, de otro modo, no habría hecho algo así, claro está —fue Ruthie la que contestó—. Mi hermano podría salvar a una muchacha en esas circunstancias, desde luego, pero te aseguro que no se convertiría en su tutor ni la llevaría a casa ni, mucho menos, la instalaría en la habitación de la duquesa. Todos sabemos que no es apropiado, James incluido.

—Por eso no se lo ha mencionado a la vieja Hetty —asintió Lettie.

—No la llames así —protestó Lizzie—. A pesar de todo, no se lo merece.

Lettie le frunció el ceño pero tampoco insistió. Cogió otra pasta, con aire triste, y se la comió casi de un bocado. No la había tragado cuando ya tenía en la mano una más. Bethany tomó nota de que debería hablar con James sobre esa animadversión que tenía Lettie por su tía. Era mejor cortar el asunto de inmediato, antes de que se enquistase definitivamente.

O antes de que la pobre niña engordase demasiado. Daba la impresión de comer para intentar superar su angustia.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le preguntó Ruthie de pronto, trayéndola otra vez de vuelta a la realidad.

—Oh, la verdad, no lo sé. Estaba intentando reunir el dinero para pagarle.

—Vamos, Bethany, él no querría eso.

—Pero yo sí. Necesito que estemos... no sé, en paz.

—Deberías hablarlo con él. Ahora es tu tutor.

—Sí, lo sé. —Pensó hablarles de la curiosa confusión que la llevó a suponer que la había llevado a casa porque la había comprado en la subasta, mientras que él hablaba pensando en esa tutela, pero prefirió no entrar demasiado en el asunto.

—Bueno, vamos a casa. ¡Que tenemos que descansar un rato! —dijo

Lizzie—. ¡Hoy es miércoles! —Empezó a dar palmas y Lettie se le unió—. ¡Esta noche tenemos que ir a Almack's!

—Y mañana hemos de acudir a tres fiestas —suspiró Ruthie, con resignación. Bethany la miró con las cejas arqueadas.

—¿Tres?

—Qué poco conoces la temporada —rio Lettie—. Sí, a veces tenemos que ir corriendo de un lado a otro, porque se celebran varias a la vez, y es importante quedar bien con todo el mundo.

—Suena agotador.

—Lo es. Por eso tenemos que dormir una siesta.

Con esa idea volvieron a la casa. Gysforth todavía no había regresado, pero Claire y su padre habían sido instalados en dos habitaciones en la zona de los criados. El señor Briggs tenía bastante fiebre, así que el señor Simpson había hecho llamar al médico habitual de Gysforth House, que había diagnosticado una pulmonía. Ya le había puesto un tratamiento.

—El médico ha dicho que se pondrá bien en pocos días, si guarda reposo —le dijo Claire en un susurro, junto a la cama donde dormía el enfermo—. ¡Y le han dado un caldo de pollo riquísimo! —Bethany sonrió. El milagroso caldo de pollo de la señora Collins—. También me han dado de comer a mí, que llevaba días sin apenas probar bocado. No tengo palabras para agradecerse, milady

—No tiene importancia.

—¿Quiere que suba luego y la ayude a prepararse?

Le encantaría, porque Claire había crecido con ella y sabía lo que le gustaba y cómo, incluso mejor que la eficiente Tully. Pero no podía pagarle un sueldo y además su padre estaba enfermo.

—No, no te preocupes. Quizá más adelante. Ahora tienes que atender al señor Briggs. En estos momentos, él es lo único que importa.

Claire sonrió y Bethany volvió arriba. Se acostó, aunque le pidió a Tully que la despertara en cuanto llegase Gysforth, sin importar la hora que fuese.

Por suerte para ella, cuando la doncella la despertó, apenas quedaban diez minutos para tener que levantarse en cualquier caso.

—El coche de milord se acerca por la calle —le susurró Tully.

Bethany se levantó, se vistió a todo correr y bajó, con el pelo recogido en una larga coleta trenzada. Justo llegaba al vestíbulo cuando se abrió la puerta y entró Gysforth.

¿Sentiría siempre toda esa alegría al verle? ¿Y él? ¿Se le iluminaría la mirada de esa forma, por muchos años que pasasen? Estaban enamorados; ambos lo sabían, pero, de no haber sido así, lo hubiesen comprendido en ese instante de absoluta comunión.

Se sonrieron de una forma íntima, plena y cálida, que tuvieron que interrumpir cuando, de pronto, el señor Simpson salió por la puerta de servicio.

—Milord, buenas noches.

—Buenas noches, señor Simpson. —Permitió que el mayordomo cogiera sus cosas—. ¿Todo bien por aquí?

—Sí, milord. Todo en orden. —Se puso muy tieso para soltar lo siguiente—: Me he permitido acomodar a los invitados de lady Bethany. Espero haber actuado correctamente.

James la miró sorprendido.

—¿Invitados?

Bethany frunció el ceño.

—Gracias, señor Simpson, yo le explicaré la situación, si no le importa.

—Por supuesto que no, milady. —Un gesto rotundo de cabeza—. Lo considero muy apropiado.

Ella esperó a que se alejase antes de soltar un bufido.

—¡Qué hombre odioso! Creo que nunca vamos a congeniar.

—Dale tiempo —dijo James, aunque siguió al mayordomo con una mirada pensativa hasta que le vio desaparecer hacia las dependencias del servicio—. Lo que pasa es que es muy tradicional y está molesto con nosotros.

—No debería meterse en lo que hagas.

—Bethany, cariño, debes entender que Simpson lleva con nosotros desde los tiempos en que mi padre era de mi edad. Es una institución en la familia. Me consolaba de pequeño, me llevaba de paseo, me reñía cuando me portaba mal. ¡Hasta me enseñó a dibujar un ocho sin que se me torciera! —Sonrió—. Los criados de Gysforth House no son solo eso, criados. Algunos de ellos son parte de la familia.

Bethany asintió.

—Me alegra saberlo. Así creo que entenderás mejor mi problema y por qué he traído a esos... invitados. Son el señor Briggs, el mayordomo de mi padre, y su hija Claire, que siempre ha sido mi doncella. A ella ya la conoces, de hecho. Me acompañó a Sleeping Oak el día en que nos conocimos.

—Sí, la recuerdo. Intentó evitar que cometieras la locura de subir a la barca a solas conmigo.

Bethany sonrió al ver que lo recordaba bien.

—Rencoroso —le dijo. Él rio con la pulla—. El caso es que hace meses que no cobran su sueldo, y ni siquiera tenían dónde ir. Briggs está enfermo, tiene una pulmonía. No podía dejarlos en casa de Freddy.

—No, claro. Has hecho bien.

—¿De verdad no te importa?

—Claro que no, Bethany. —Alzó la mano, recogió uno de sus rizos y lo colocó con cuidado detrás de su oreja, en un gesto lleno de afecto—. En lo que a mí respecta, cariño, esta es tu casa. Puedes disponer de ella como lo haría yo, o cualquiera de mis hermanas.

Bethany miró a los lados para comprobar que no había nadie a la vista, le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas para besarle. Él recibió con agrado la muestra de cariño.

—Beth... Beth... —La cogió por la cintura y dio vueltas con ella—. Qué ganas tenía de volver a casa, para verte aquí. —La besó en el cuello—. Me vuelves loco.

—No, no... Quieto. Tendrás que esperar a la noche. Ahora tengo que reunirme con tus hermanas para empezar a prepararnos. —Movi6 las caderas, insinuante—. Tenemos que estar guapas para encontrar marido.

Había intentado hacer una broma, pero qued6 claro que no le hizo gracia. Se miraron a los ojos.

—SÍ, por supuesto —gruñó él.

—Vamos, James, solo intentaba ser graciosa. Pero no te importa, ¿verdad? —Se separó y retrocedió un paso, manteniéndole la mirada—. No puede importarte. Sabes tan bien como yo que tú y yo no tenemos futuro juntos en ese aspecto.

—Pero podríamos tenerlo en otro.

Le miró sorprendida.

—¿A qué te refieres?

Gysforth la cogió de la mano y la llevó hasta un despacho que no conocía. Había algunos papeles, pero no muchos. Seguramente, trabajaba allí de vez en cuando, con sus asuntos políticos. O quizá era Ruth la que lo usaba para escribir sus historias. Esa mañana, Bethany había tenido oportunidad de leer un par de sus relatos y era una buena escritora, con talento y estilo.

—He estado pensando... —dijo James, nada más entrar y cerrar la puerta. Ella se detuvo en el centro, intrigada—. Bethany, nos queremos, así que tenemos que pensar en cómo continuar con nuestra relación, pese a todo. ¿O acaso no lo deseas?

El corazón de Bethany empezó a latir más deprisa. ¿Iba a hacerlo? ¿Iba a proponerle luchar por casarse y fundar un hogar? ¡Qué momento perfecto! Le diría que sí, que sí, mil veces sí, y lucharía a su lado, hombro con hombro, contra todo Londres, contra todo el imperio británico de ser necesario.

—Sabes que no hay nada que desee más que estar siempre contigo, James. Te quiero.

Él asintió, pero Bethany empezó a desconfiar de que fuera a decirle lo que esperaba. Estaba demasiado serio.

—Entonces, esta es la solución: podría instalarte en una casa y visitarte allí diariamente. Tengo una en Center Street que te encantaría, y podría mantenerte como si fueras una reina. Además, tendrías tu propio carruaje, criados, cuenta abierta en todos los comercios de Londres... Por supuesto, no pondría límite a tus gastos.

Bethany no supo qué replicar. Tampoco supo definir cómo se sentía. Extraña, sin duda.

—¿Y cuando te cases?

—¿Qué importa eso? —Intentó parecer indiferente, quitarle importancia, pero ni él mismo lo creía, seguro—. No tendrían por qué cambiar las cosas.

Bethany palideció.

—Por favor, James, no vuelvas a ofenderme así.

Él apretó los labios. Se lo pensó un momento, agitando la cabeza.

—No he pretendido hacerlo —dijo, finalmente—. Tú lo sabes.

—Eso trato de creer. Pero quieres convertirme en tu amante...

Él arqueó una ceja.

—Ya eres mi amante, Bethany.

—Vale. Pues en tu mantenida. —Gysforth no dijo nada, pero ella se apresuró a añadirlo—. Vale, sí, ya sé que ahora mismo también me estás manteniendo. A mí, a Claire, al señor Briggs... Pero solo es temporal y pienso pagártelo, como voy a pagarte las mil libras que te debo.

James la miró perplejo.

—¿Qué mil libras?

—Las de la subasta. Las que pujaste por mí.

—Ah, eso. —Lanzó una risa seca—. No es necesario, amor mío. En realidad, ni siquiera llegué a pagarlas. ¿No lo recuerdas? Justo entonces llegó la Guardia y pudimos rescatarte.

—Oh. —Aquello suponía un alivio enorme pero, por alguna causa, también una pequeña decepción. La idea de que la hubiese comprado la había excitado mucho, aunque jamás lo admitiría en voz alta—. Bueno, da igual. Te

pagaré lo que sea que gastemos aquí y...

—Sabes que no lo voy a admitir —la cortó él, con voz fría—. Y menos, si viene de algún posible marido tuyo.

—No, no pienso buscar marido en esta absurda temporada ni en ninguna otra. Lo que voy a hacer es buscarme un empleo, posiblemente de institutriz.

Eso sí que le tomó por sorpresa.

—¿De institutriz?

—Sí. Es algo que ya había empezado a valorar cuando vivía con Freddy. Solo te pido que nos dejes estar aquí mientras nos organizamos.

Él puso las manos a la espalda, como si fuese un militar dando sus órdenes. Casi parecía querer imponer alguna clase de autoridad.

—No digas tonterías, Beth. No vas a ser institutriz.

—¿Por qué no? —No le contestó. Bethany frunció el ceño—. Perdona, pero eso lo decidiré yo.

—Bueno, si me veo obligado a ello, ya hablaremos de todo esto cuando seas mayor de edad. Hasta entonces, lo siento, pero no vas a trabajar.

—¡James! —exclamó sorprendida.

—¿Qué? No estoy diciendo nada fuera de lugar, al contrario. Soy tu tutor, tengo que protegerte del mundo que está ahí afuera y hasta de ti misma. No voy a permitir que vayas a casa de nadie a que te miren por encima del hombro, te humillen o vete a saber qué más puede ocurrir. Por lo que yo sé, no serías la primera institutriz en ser violada por el señor de la casa.

—¡James! —Esta vez, sonó escandalizada.

—Solo digo la verdad, de modo que no te daré mi permiso. Yo me ocuparé de lo que necesites. —De pronto, perdió fuerza y la miró con apremio—. Por favor, Beth, deja que haga esto por ti. Por lo menos, esto.

Bethany suspiró, sintiéndose derrotada. Y agradecida. Si Gysforth se ocupaba de ella hasta la mayoría de edad, luego tendría la vida resuelta por sí misma, gracias al dinero de su padre. Le estaba evitando tener que pasar por mil situaciones desagradables, seguro. Y ella podría devolverle el favor de

muchas otras maneras. Sería una acompañante para sus hermanas y para su tía, e intentaría aportar todo lo posible a la armonía del hogar de Gysforth House.

Pero no se acostaría con él por eso. Eso lo haría, simplemente, porque lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Muy bien. Disfrutemos entonces, del tiempo que tenemos —le dijo—. Conociendo los planes de tu tía, con esa tal lady Eve, no será mucho.

James parpadeó.

—Beth...

—No, James, por favor. Dejemos así las cosas. —Él titubeó, pero terminó asintiendo—. Ahora voy a reunirme con tus hermanas. —Extendió una mano y le acarició la mejilla—. Pero, esta noche, iré a tu dormitorio.

Gysforth sonrió apenas. Se quedó allí, mirándola fijamente. Bethany volvió al vestíbulo y subió. Desde el rellano en el que se bifurcaba la escalera, ya se oían las risas de las hermanas Keeling, embarcadas en la preparación de una nueva noche de la loca temporada londinense.



## CAPÍTULO 23

Podría acostumbrarse a esa vida.

Tres semanas después, James se sentía absolutamente feliz. Las jornadas seguían resultando agotadoras, sobre todo si le sumabas las fiestas nocturnas y las largas noches de amor con Bethany, pero todo ello merecía la pena. Ni siquiera se notaba cansado, al contrario: en realidad, bullía de energía. Era como si el amor fuese un combustible inagotable que llenara continuamente sus venas.

—¿Qué vais a hacer hoy? —preguntó en general, con una sonrisa, en la mesa del desayuno. Tenía a Bethany sentada en la otra cabecera, a Ruthie a su derecha y a las gemelas a la izquierda. Una disposición que se había hecho habitual y que le inspiraba una maravillosa sensación de familia.

—Nosotras tenemos una fiesta de cumpleaños por la tarde —dijo Lizzie, ya que Lettie tenía la boca llena y masticaba a dos carrillos.

—Lettie, una dama nunca se mete a la vez tanta comida en la boca, deberías saberlo. —La riñó Ruthie—. Y podéis ir a comprar el regalo, pero a mediodía os quiero aquí para las clases, como siempre.

Las gemelas pusieron mala cara.

—Hace un día estupendo —protestó Lizzie—. ¡Ya podíamos dejarlo para mañana! ¡Nadie se iba a enterar!

—Ni hablar. No tenéis institutriz, pero yo me ocupo de vuestra educación. Ese era el acuerdo. —Luego miró a James—. Creo que hoy no saldré. Voy a escribir un rato y quizá ayude al señor Speechley a ordenar tus papeles, hasta que vuelvan las gemelas.

James se la quedó mirando un segundo y ella hizo como si no se hubiera dado cuenta. Bethany, al otro lado de la mesa, negó apenas con la cabeza. Sí, sabía que tenía razón, que no debía meterse. Él mismo se lo había repetido muchas veces, desde que lo habló con su tía. Y George le parecía un gran

hombre...

Pero, la realidad, era que, si las cosas continuaban así, tendría que hacer algo.

Las gemelas salieron a comprar un regalo a su amiga y Ruthie se fue al despacho. Bethany y él se quedaron solos, con el mayordomo y un criado.

—Déjenos solos un momento, señor Simpson, por favor —le pidió Bethany. El mayordomo la miró sorprendido y consultó con su señor, que asintió ligeramente. Cuando salió, seguido del joven criado, ella abordó directamente el tema—. ¿Tienes pensado hacer algo con respecto a Ruthie?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Me resulta muy desagradable todo ese asunto. Hace algunas semanas lo hablé con la tía Hetty y le dejé claro que no me interpondría. De hecho, de ser por mí, bendeciría semejante unión. George me parece un joven estupendo, bien educado y trabajador, alguien ideal para Ruth.

—¿Pero? —dijo ella, ya que no añadía nada. James se limpió los dedos con la servilleta y la dejó junto al plato.

—Cariño, temo que Ruth sea demasiado joven para darse cuenta de lo que supondría semejante descenso social. Es hija de un duque, ha vivido siempre al más alto nivel, tanto de lujos como de consideración general. George heredará el título de baronet, pero ni siquiera forma parte de la nobleza, es solo algo honorífico.

—Esa es la palabra, «honorífico», James. George se lo ha ganado, no como todos esos nobles tan estirados que se pondrán a criticar.

—Bueno, para ser exactos, entonces George tampoco se lo habrá ganado, sino su padre.

Bethany se mordió los labios.

—Vale, sí, tienes razón. Pero, aun así, sería injusto entrometerse. Ambos son adultos. Si se enamoran y desean iniciar algo juntos, deberían poder decidir con toda libertad.

—¿En serio? ¿Tú crees? —Hizo una mueca—. Que yo sepa, nosotros no

tenemos esa opción.

—Sí la tenemos, James, claro que la tenemos. Otra cosa es que decidamos aprovecharla. O que nos atrevamos a hacerlo.

Se miraron fijamente.

—No estás diciendo lo que creo que estás diciendo —afirmó él. Pero seguramente sí que lo hacía. Quería que ignorase todas sus responsabilidades y se casase con ella—. Ah, demonios, deja que piense. —Se frotó la sien, impaciente—. Tiene que haber una solución.

—Espero que no repitas tu última propuesta.

—¿Por qué no, Bethany? ¿Qué diferencia habría entre eso y lo que estamos viviendo? Y algo así lo arreglaría todo. Podríamos ser muy discretos, como lo hemos sido hasta ahora.

—Claro que lo seremos, más me vale. Cada día me recuerdo que esto no debería estar pasando, de ninguna manera. Pero, la vida es así, y he aprendido a aceptarla como viene. —Le lanzó una mirada directa—. Yo te quiero, James, lo sabes. De modo que, mientras estés soltero, podremos seguir viéndonos. Podremos seguir acostándonos. Seguir como hasta ahora.

—¿Y después?

Bethany agitó la cabeza. Parecía muy dolida.

—Ya te lo dije. Si de verdad crees que voy a compartirte con otra mujer, siquiera por unos segundos, es que no me conoces.

—No hablas en serio. —Bufó, deduciendo por la expresión de la muchacha que sí, que lo decía convencida—. Por favor, Bethany. ¿Cuántas veces vamos a discutir sobre esto?

—Las que sean necesarias. No sé por qué pretendes que sea de otro modo. ¿Acaso me compartirías tú con un hombre?

James titubeó. Ni había pensado en semejante posibilidad. Desde el momento en que dijo que no buscaría marido en la temporada, había apartado aquellos miedos.

—Eso no viene al caso. Tú no necesitas casarte.

—¿Y tú sí?

—Por supuesto. He de darle un heredero al título.

—Ya. Y yo quiero tener hijos. No uno, y por semejante... semejante *causa* —lo dijo como si le pareciera una razón repugnante—, sino simplemente porque lo deseo de corazón. Quiero sentirlos en mi interior, notar cómo nacen, verlos crecer, reír, ser felices. No tendrán un título, pero sí el amor incondicional de su madre. Y si tú no te casas conmigo, ni quieres ser su padre, tarde o temprano, sí, tendré que casarme con otro hombre.

James hizo una mueca. Maldita fuera. Sabía que tenía razón. Pero la sola idea de imaginarla con otro, le sacaba de quicio.

—Beth...

—No, James. No hay nada más que hablar. Yo tendré que aceptar lo que decidas, pero tú también debes tener muy en cuenta que, en el mismo momento en que te comprometas con alguien, estarás rompiendo conmigo.

—A ver, no te pongas terca. Puedo entender que te indigne la situación, pero no deberías tomártelo tan a pecho. Un matrimonio no es más que un negocio, lo sabes tan bien como yo. Eres hija de un conde, seguramente has sido educada en esa idea, y sabiendo que, en cualquier momento, podían concertar tu matrimonio con alguien que ni siquiera te gustase.

—Pues no. Mi padre me quería, por lo que me dijo que debía buscar un marido adecuado, desde luego, pero no que fuera todo un negocio. Estoy segura de que me hubiese dejado elegir con total libertad, incluso aunque hubiese elegido un plebeyo, siempre que fuera un buen hombre.

James contuvo una mueca llena de amargura. Le hubiese gustado decir lo mismo, pero le resultaba imposible. Para su padre, la felicidad de sus hijos no había sido una prioridad, solo la gloria de su país y el cuidado del legado depositado sobre sus hombros. Desde su perspectiva de noble muy ocupado con asuntos trascendentales, las personas no importaban, solo los títulos.

—Yo no tengo esa libertad, Bethany. No puedo pensar solo en mí. —Por su mente pasaron sus hermanas, las consecuencias que sufrirían de no casarse él de un modo apropiado. Como poco, a su vez tendrían menos posibilidades

de conseguir unos matrimonios convenientes, pero la familia Gysforth en general perdería una oportunidad de oro de encumbrarse más todavía en el poder—. No puedo ser tan egoísta.

Bethany se ruborizó.

—No importa, perdóname, por supuesto, solo es una cuestión de egoísmo. —Se puso en pie—. Será mejor que me vaya.

No impidió su marcha. Solo pensó que ya no era tan feliz como al inicio del desayuno. Maldita fuera. ¿Por qué no aceptaba su propuesta? Todo se simplificaría mucho. Pero estaba claro que no iba a acceder.

Salió temprano para el Parlamento, donde hubo sesión toda la mañana, aunque hizo poco caso a lo que se dijo. Tampoco le importaba demasiado. Ni siquiera se detuvo a hablar con lord Dankworth, al encontrárselo por los pasillos. Dankworth se detuvo, le saludó educadamente y trató de iniciar una conversación, pero James se despidió abruptamente, alegando un fuerte dolor de cabeza. Y eso que era él quien solía perseguirle para ver si lograban acercar posturas. Pero no era el día adecuado.

—Si te encuentras mal, ¿por qué no te vas a casa, muchacho? —le sugirió en un aparte lord Manderland, el padre de Arthur. Richard Ravenscroft, duque de Manderland, se había casado muy joven y en esos momentos no era muy mayor, pero la desaparición de Minerva había hecho estragos en él. En los últimos años se había convertido en un anciano con el pelo blanco y el cuerpo encogido. Cada vez que le veía, James sentía una profunda lástima.

—No se preocupe, milord. Es solo que no he dormido bien. —El otro asintió y saludó para marcharse, pero, en el último momento, James decidió preguntarle—. ¿Cómo está Badfields? Hace días que no le veo.

El duque de Manderland torció el gesto.

—Como siempre, convertido en un auténtico crápula. Se pasa las noches de juerga y las mañanas durmiendo. Ahora se ha ido a Bath, ¿puedes creértelo? ¡Dice que necesita descansar! No sé de qué. —Bufó—. De hacer algo útil, no será.

—No diga eso. Badfields... se siente muy culpable, ¿sabe? No ha

superado lo ocurrido con lady Minerva.

No debió mencionarla. Notó cómo lord Manderland se retiraba hacia algún lugar profundo de su interior, aunque no se moviese del sitio.

—Ninguno lo hemos hecho, pero no por eso dejamos de comportarnos de un modo correcto. —Hizo un gesto cortés con la cabeza—. Discúlpame, Gysforth. Debo irme, me esperan.

—Sí, por supuesto... —replicó, aunque quizá no le oyó, porque ya se estaba alejando. Qué familias más complicadas tenían Badfields y él. Menos mal que Rutshore le daba un poco de normalidad al trío de amigos. Aunque sus padres habían muerto siendo él un muchacho, y había vivido desde entonces con sus abuelos maternos, al menos todos se habían querido y había sido una familia feliz.

Gysforth recordaba mucho a su padre, Ethan Truswell. Fue un estudioso, como Eddie, interesado en la historia europea, lo que le había llevado a viajar por todo el continente. Siempre que llegaba a Londres, los llevaba a los tres a algún sitio, les invitaba a lo que quisieran tomar, les daba sus regalos, traídos de los sitios más lejanos, y les contaba mil historias.

El joven James que era entonces hubiera dado un brazo por cambiar la realidad y hacer que aquel hombre amable y divertido fuese también su padre.

Así había salido Edward: tranquilo, previsible y más interesado en el pasado que en el presente o en el futuro. El día anterior le había mandado una carta desde París. Estaba fascinado por la antigua escritura egipcia, y por los adelantos que estaba realizando un francés llamado Champollion para descifrarla. Decía que seguramente se quedaría por allí algún tiempo más, así que les pedía paciencia porque quizá llevase a cabo su parte de la apuesta en verano. O terminaría pagando, y solucionado.

«Qué loco», pensó, porque ya no consideraba el juego de Arthur como un entretenimiento absurdo, sino como una auténtica oportunidad del destino. A pesar de todo, él solo lamentaba que aquel encuentro en el Támesis se hubiese producido tan tarde en su vida. De haber conocido a Bethany cuando

todavía era la hija del conde de Saxonshare, las cosas hubiesen sido muy distintas.

Pero, lamentablemente, eran como eran.

## CAPÍTULO 24

Al volver a la mansión, James se metió directamente en su despacho, pidiendo que no le molestaran por ninguna causa. Alegó que tenía que trabajar, algo que, aunque fuera verdad, sabía que no iba a poder hacer.

Tomó el té solo. Supo que sus hermanas estaban en casa porque oyó sus risas y se preguntó si estaría Bethany con ellas. Seguramente sí, y él ardía de deseos de subir y abrazarla, de pedirle perdón y de asegurarle que se le había ocurrido una idea estupenda para solucionar lo suyo; pero no era cierto y no se decidió a salir.

Simplemente estuvo sentado frente a la chimenea, observando las llamas y pensando.

Hubiera estado así hasta la hora en la que tendría que prepararse para la salida nocturna o hasta el fin del mundo, lo que llegase primero, pero de pronto llamaron a la puerta. Rápidamente, se levantó, fue al escritorio, cogió unos papeles y simuló estar leyendo.

—Adelante. —Era su secretario—. George, creí haber dejado claro que no quería que nadie me molestase.

—Lo sé, milord, pero me temo que debo consultarle. Está aquí lord Saxonshare, el primo de lady Bethany, que insiste en verle. No ha querido que la avise a ella, dice que quiere hablar directamente con usted.

¿Freddy? Qué infierno de hombre. Con el día que tenía, lo último que le apetecía era tener que hablar con él, pero supuso que era mejor recibirle, o aquel canalla podía cambiar de idea y tratar de ponerse en contacto con Bethany. Y James no quería que volviese a acercarse a ella.

—De acuerdo. Hazle pasar.

Segundos después, entraba Saxonshare, con un aspecto realmente lamentable. Ya nadie debía lavarle o plancharle la ropa, por lo que daba la impresión de que había decidido dejar de peinarse, para llevar el pelo acorde



con el desaliño general. Tampoco se afeitaba, aunque no había logrado una gran barba, solo algunos pelillos sueltos.

—Gracias por recibirme —dijo, con una voz ligeramente alterada por los nervios.

—No hay de qué. Sentía curiosidad por saber qué podría haberle traído aquí. No se siente —añadió, al ver que se dirigía hacia una silla—. Ni se le ocurra. Le he dejado entrar, pero tenga muy claro que no es bienvenido en esta casa. Supongo que no es necesario que le explique las razones.

Freddy le clavó aquellos ojos que tanto se parecían a los de Bethany, excepto en el brillo enajenado que mostraban.

—Sí, supongo... Yo no quise... Yo no...

—Un momento. —No quería escuchar ni sus excusas ni mucho menos una petulancia al respecto. James le dejó allí, de pie, y simuló terminar de tomar unas notas durante un par de minutos. Luego, colocó la pluma en su sitio y se centró en él—. Qué es lo que quiere.

Freddy tragó saliva.

—Necesito dinero.

—¿En serio? —Rio—. Le permito seguir viviendo en la mansión Saxonshare, le paso una renta de seis mil libras y ¿todavía necesita más dinero?

—No puedo... Con ese dinero apenas puedo pagar los intereses de algunas de mis deudas. —Se tiró nervioso de las solapas del abrigo—. Cometí el error de pedir prestado.

—¿A quién?

—Me lo recomendaron en un tugurio. Se llama Thynne.

James se tensó. Eso sí podía ser un problema.

—Thynne. Vaya por Dios.

—¿Le conoce?

—Algo. Lo suficiente.

—Pues, de ser así, ya sabe que no se anda con rodeos. Le debo mucho

dinero y dice que se le ha acabado la paciencia: o le pago o me matará. Pretende dar un ejemplo conmigo.

—Sí, suele ocurrir. —Repiqueteó los dedos sobre la mesa—. ¿No es suficiente con seis mil libras? ¿En serio?

—Tenía que jugar, para salir de este atolladero. Y no puedo jugar y vivir con esa cantidad. Con seis mil libras anuales no me llega para todo. ¡Ahora ni siquiera tengo servicio! Bethany vino a casa y se los llevó. ¿Cómo voy a mantener la casa en condiciones o mis camisas limpias?

Lo dijo casi indignado, como si tuviera todo el derecho a semejantes protestas. James bufó.

—Eres un imbécil.

Tomado por sorpresa, Saxonshare arqueó ambas cejas.

—¿Qué?

—Que eres un imbécil. —Esta vez, el muchacho lo oyó con total claridad y guardó silencio, aunque le miró con amargura, como si supiera que era cierto—. Te estoy dando una oportunidad de oro para salir adelante y la estás desperdiciando. De verdad que vas a conseguir terminar muerto.

Saxonshare se estremeció.

—Haré lo que quiera, lo que quiera, pero por favor, sálveme de Thynne.

Bethany hablaba poco de su primo, pero James sabía cuánto sufría al verle así, destruido por aquella inclinación malsana. «Es una enfermedad», le había dicho. Quizá lo fuera, y no un simple vicio, quizá el asunto fuera más complejo de lo que parecía a simple vista. Pero, tras lo ocurrido, tras aquel intento de violación, a James no le hubiese importado echarle a patadas, fuera cual fuese el caso. Había líneas que ningún hombre debía cruzar.

Si decidió ayudarle otra vez, fue por ella.

—¿Cuánto le debes?

—Cincuenta mil libras.

—¿Qué? —Le fulminó con la mirada—. Ahora eres tú el que piensa que el imbécil soy yo.

Freddy enrojeció.

—No, yo...

—No tengo ganas de escuchar mentiras. —Le estudió hasta que consiguió que apartase la mirada—. Vamos a hacer una cosa. Me pondré en contacto con Thynne. Si de verdad le debes esa cantidad, se lo pagaré, pero a cambio de que hagas exactamente lo que yo te diga.

—Bueno... —Titubeó—. He dicho una cantidad aproximada. Quizá es algo menos.

—Sí, ya me lo imagino. En todo caso, puesto que es una cuestión de vida o muerte, pagando la cantidad que sea, estaré comprando tu vida. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Ahora le miró asustado.

—Supongo...

—Con un «supongo» no me vale. Necesito que aceptes, porque, antes de pagar, haré que lleven a cabo los pasos necesarios para que seas incapacitado y quedes también bajo mi tutela, como Bethany.

—¿Qué? ¿Bajo su tutela? ¿Pero, qué pretende?

—Oh, te lo diré, no hay problema. No estás bien, Saxonshare. En serio, no estás bien. Algo te consume, te enloquece, en cuanto tienes una baraja o unos dados cerca. Por eso, tengo toda la intención de someterte a un tratamiento con el que tratarán de curarte.

—¿Qué? ¿En un manicomio?

—No. Tú tendrás suerte y será en alguna casa de reposo, quizá incluso solo con los médicos y los criados. Un lugar cómodo, con todos los lujos.

—¡Me da igual! ¡No voy a permitir que me encierre en ningún lado!

James se encogió de hombros.

—Entonces, no voy a pagar nada.

—¡Pero me matarán!

—Posiblemente. En tu mano está impedirlo.

Freddy apretó los puños.

—¡Es usted un canalla, Gysforth! —gritó, perdiendo los estribos. Tenía los ojos desencajados—. Ha convertido a mi prima en su amante, en una mujercuela sin futuro. Suerte tendrá si consigue un marido de cualquier clase. ¡Ha afrentado a mi familia! ¡Me debe ese dinero, como compensación!

James parpadeó un par de veces, arrastró la silla hacia atrás y se puso en pie. Saxonshare, con cara de susto, retrocedió un paso.

—Si vuelves a insultar a tu prima —le dijo James, con una tranquilidad que chocaba completamente con la agitación del otro—, seré yo quien te arranque la cabeza del cuerpo.

—No la he insultado. No quería. ¡Pero es verdad que es su amante!

—Algo que debería alegrarte porque, gracias a eso, estás en este despacho y te ofrezco mi ayuda. Pero todo tiene un precio, Freddy. Ya has oído el mío. Vuelve cuando estés dispuesto a firmar y me ocuparé de que no sea Thynne el que te mate, no ahora, al menos. Pero quedarás bajo mi tutela.

Saxonshare se giró muy enfadado y se marchó dando un portazo. James se quedó mirando la puerta durante largos minutos. Esperaba haberse librado de él para siempre, pero lo dudaba. En todo caso, no estaría de más avisar a sir John de lo que ocurría con Thynne. A pesar de lo que había hecho, tampoco deseaba que Freddy apareciera una mañana flotando en el Támesis.

Tocó la campanilla del escritorio y al cabo de un momento llegó George.

—¿Milord?

—Quiero que mandes a alguien a hablar con Thynne.

Su secretario le miró sorprendido.

—¿Con el hombre de Whitechapel, su excelencia?

—Eso es. Seguro que hay algún modo de contactar con él. Quiero que le preguntéis por las deudas que tiene lord Saxonshare con él. De haberlas, paga si son diez mil libras o menos. Si es más, ven a consultarme. Avisa a mis abogados, mañana quiero que vengan, vamos a redactar unos documentos... aunque no creo que sirvan de nada. —Dudaba de que Freddy llegara a firmarlos, pero a saber. Quizá si veía la muerte cerca, se animase—. Y voy a

escribir ahora mismo una nota para sir John Middleton. Esa quiero que se la lleves tú en persona y que le digas que le ruego que le preste toda la atención posible.

—Así se hará, milord.

George hizo una inclinación y dio media vuelta para irse, pero le detuvo.

—Una última cosa.

—¿Sí, milord?

—Si en el futuro viene ese hombre y no estoy, no le recibáis. Si estoy, preguntadme. Y si llegan mensajes de lord Saxonshare para lady Bethany, pásamelos a mí primero. No quiero que la moleste con tonterías, ni que la presione para que le dé un dinero que va a derrochar a los dos minutos en las mesas de juego.

—Entiendo, milord. Por supuesto.

No le gustaba la idea de actuar a espaldas de Bethany, pero se dijo que lo hacía por ella. A pesar de todo quería a su primo, podía verlo en su rostro cuando hablaban del tema, y todavía no había aceptado que era un caso perdido, que no podía hacerse nada por él, si él mismo no ponía algo de su parte. Debía cortar aquella relación o terminaría arrastrándola al infierno con él.

Esperó hasta que imaginó que sus hermanas y Bethany estaban acostadas, durmiendo sus siestas, y subió a su dormitorio. La puerta que comunicaba con la habitación de la duquesa estaba abierta. Cruzó el umbral y encontró a Bethany en la cama, en camisón.

—Me preguntaba si vendrías —dijo. Él entró, se quitó la chaqueta mientras iba a la puerta del dormitorio para echar el pestillo y la dejó caer en el diván.

—¿Qué tal el día?

Bethany se encogió de hombros.

—Como siempre. Te juro que me aburro mucho sin nada que hacer. En Mauve Meadow, al menos, estaba encargada de llevar la casa.

—Eso también puedes hacerlo aquí.

—Dios me libre. La señora Brown y el señor Simpson ya me tienen suficiente antipatía. Si me pongo a darles órdenes y a decirles cómo deben hacer las cosas, será ya la guerra abierta.

James se echó a reír.

—Lo siento. Estoy seguro de que no te tienen antipatía pero supongo que no sería apropiado. Quizá deba hacer algo para animarte.

—No sería mala idea. —Bethany apartó las sábanas, alzó una pierna y apoyó el pie en su cintura. Luego llevó el otro, sin importarle que el camisón se le subiese lo suficiente como para mostrar su pubis desnudo. James sintió que se enardecía, sobre todo cuando ese segundo pie se apoyó directamente sobre su miembro, que vibró atrapado en los pantalones—. A este paso, yo también me pondré a escribir historias románticas, como Ruthie.

—Ah, sí. —Acarició sus pies y le levantó el izquierdo, para mordisquearle los dedos—. Siempre le ha gustado escribir. Y no lo hace nada mal.

—En absoluto. Deberías ayudarla a publicar. Podría ser una nueva Jane Austen.

—Quizá lo haga. —Empezó a soltarse el pantalón, con los pies de Bethany ahora apoyados en su pecho—. Pero no es de ella de quien quiero hablar. Ni de literatura.

—Caramba, lord Gysforth. ¿Y de qué desea hablar?

—De amantes. —La sintió tensarse, pero no permitió que se apartase—. Quieta. —ordenó. Ella le frunció el ceño—. No me mires así. He estado dándole vueltas todo el día y voy a explicarte por qué vas a aceptar.

—Ah. ¿Es que voy a aceptar?

—No lo dudes. —Le separó las piernas y apoyó una rodilla en el borde de la cama, para colocarse en posición. Poco a poco, se dejó caer hacia delante. Cuando empezó a entrar en ella, Bethany se estremeció—. Y lo harás de buen grado, porque una amante es alguien muy especial.

—¿De verdad?

—Sí. A diferencia de la esposa, es la persona a la que has escogido amar. La persona que te excita, que te llena, como yo te estoy llenando ahora. No te engañes, Bethany. No es una cuestión sobre la que puedas decidir, porque me amas, y no me vas a dejar, nunca.

Ella se estremeció.

—Oh, por favor...

—Dilo. —Llevó las manos hacia delante, arrastrando el camisón, hasta abarcar sus pechos—. Di que no me vas a dejar nunca.

Bethany se mordió los labios.

—Estás haciendo trampas.

—Por supuesto que sí. Haré lo que tenga que hacer, lo que sea, para retenerla a mi lado, lady Bethany. Porque ya va siendo hora de que dejemos algunas cosas claras. —Se inclinó sobre ella y la besó, con fuerza, sintiéndose arrebatado por un millón de emociones intensas—. Vamos, dilo. ¡Dilo! Eres mía.

—No seas injusto —gimió—. No puedes hacerme esto.

—¿Que no puedo? Sabes tan bien como yo que jamás podrá haber otro hombre aquí. —Empujó con las caderas, para dejar claro a lo que se refería—. Nunca, jamás, podrás volver a sentir lo que estás sintiendo ahora, con ningún otro. Dilo, Bethany. Reconócelo.

—Yo... ¡Está bien! ¡Sí!

James se detuvo. Sonrió.

—Sí, ¿qué?

—¡Soy tuya! ¡Por favor sigue!

—Claro que eres mía. No lo olvides.

Ella le agarró por la camisa, y le dio un buen tirón.

—¿A qué viene esa sonrisa? ¿De verdad crees que has ganado alguna clase de pelea? Sí, yo soy tuya, es verdad. Pero también lo es que tú eres mío, Gysforth. Mío por siempre y para siempre. —Le acarició la mejilla—. Mírame bien y recuérdalo, porque de ello depende nuestra felicidad.

Sí, lo era, maldita fuera. Lo era, desde aquellos rizos de cabello brillante extendidos por la colcha hasta los pies que en ese momento entrecruzó a su espalda, encerrándole entre sus piernas. Era suyo, por completo, y no podría vivir la mentira de un matrimonio de conveniencia.

James la besó, arremetiendo tanta fuerza que se movieron sobre el colchón. Siguió así, una y otra vez, una y otra vez, en largas embestidas, intensas, intentando dejar marca en ella, en el recuerdo de aquel placer abrumador que estaban sintiendo, que solo podían sentir cuando estaban juntos.

Cuando ella se convulsionó por un fuerte orgasmo, apretando los labios para no lanzar un grito, él también se dejó llevar.



## CAPÍTULO 25

Otra fiesta, como todas.

Bethany llevaba poco tiempo inmersa en aquel espectáculo social que era la temporada, apenas un mes, y la suntuosidad de algunas de sus fiestas la había asombrado en un principio, pero empezaba a aburrirse mortalmente de todo. Noche tras noche, siempre contemplaba lo mismo: gentes que no le interesaban en absoluto se ponían sus mejores galas y se reunían para poder mercadear con sus hijas e hijos.

Cada vez echaba más de menos Mauve Meadow. Prefería con mucho las reuniones tranquilas del campo, cuando unos pocos conocidos, personas que se apreciaban de verdad, comentaban algún libro o tocaban algunas piezas de música y cantaban juntos. ¡En Londres era todo tan distinto! Las luces, la elegancia, la música maravillosa... Todo aquello que la había fascinado al principio, ocultaba un corazón podrido.

O así lo veía ella, al sentirse fuera, rechazada. Al no poder tener a James.

Sí, sabía que era eso. No podía disfrutar del momento porque ella no reunía los requisitos necesarios para conseguir lo que deseaba, y nada de allí le interesaba, porque ya había entregado su cuerpo y su corazón a James. Por eso prefería quedarse apartada, con la tía Hetty y lady Forrest, e incluso esconderse, con Ruthie.

Aun así, las dos ancianas acompañantes hacían auténticos esfuerzos por «situarla bien», tal como lo describían. Cada noche, le presentaban hombres de todas las edades y apariencias. Eran tantos que a Bethany le costaba retener los nombres, aunque tampoco importaba mucho porque, la mayor parte, no se mantenía muy cerca de ella cuando sabían quién era, una lady sin más fortuna que ser la pupila de Gysforth. Solo la rondaba algún que otro individuo suelto, con unas intenciones bastante claras y que definitivamente no tenían nada que ver con el matrimonio.

Bethany suspiró, pensando que estaba siendo injusta. Seguramente ahí, entre la multitud, habría alguien con quien sería capaz de conversar de cualquier tema y hasta hacerse muy amigos. Incluso, quizá, otro hombre del que pudiera llegar a enamorarse...

Pero lo dudaba muchísimo. Al menos, eso último.

—¿Estás bien? —le susurró James, mientras le tendía una copa. Ella asintió. Recordó lo que habían vivido esa tarde, esa intimidad única que compartían en secreto y no pudo evitar sonreír y ruborizarse.

Para su desgracia, la tía Hetty y lady Forrest estaban al acecho.

—Lord Gysforth, no debería mostrarse tan solícito con lady Bethany —dijo, de inmediato, lady Forrest—. Está evitando que otros jóvenes se animen a cortejarla. Y usted no va a hacerlo, por supuesto.

Lo dijo con tal rotundidad que James frunció el ceño. Seguramente para evitar contestar de mal talante, miró para la pista de baile. Pero no le sirvió de mucho.

—Hablando de eso... —empezó la tía Hetty, aunque a continuación miró a lo lejos y se llevó una mano a la mejilla—. ¡Oh, mira, Hermione! ¡Tu nieta, Roselyn, está hablando con lord Abbotyen! ¡Qué ideal! Pero ¿no deberías ir a decirles que se separen un poco?

—¡Oh! —Lady Forrest miró, ya horrorizada antes de ver nada. Roselyn y el joven Abbotyen estaban a dos pasos de distancia, nada escandaloso, pero por supuesto decidió aprovechar la oportunidad de intervenir en vidas ajenas—. No, por supuesto, Hetty. Gracias por avisar, voy ahora mismo.

En cuanto se alejó, la tía Hetty agitó la cabeza.

—Es una mujer tan simple... En fin. —Les miró a ellos—. Han llegado a mis oídos ciertos rumores maledicentes...

—¿Cuáles, tía Hetty? —preguntó Lizzie, muy interesada. Un poco más allá, Lettie puso la oreja.

—Nada que deba saber una jovencita, algo que también cuenta para tu hermana. Venga, aprovechad para ir a dar una vuelta y que se os vea bien,

pero permaneced siempre al alcance de mi vista. Ruthie, ve con ellas.

—¿Qué? —protestó Ruth—. Ni hablar. Yo no soy una jovencita ni quiero ser vista.

—Ruth, ve con ellas —insistió tía Hetty con mayor fuerza, y le lanzó la «mirada Keeling», que debía tener poderes, sobre todo cuando la usaba la vieja matriarca. Ruthie afirmó la mandíbula pero obedeció. Cuando se quedaron a solas, la anciana miró a Gysforth y a Bethany, mientras jugaba a golpear una mano con el abanico que sostenía con la otra—. Me han dicho que lady Bethany está acomodada en la habitación de la duquesa —añadió, en tono más bajo, lo justo para que oyeran ellos, pero nadie más—. Quiero saber si eso es cierto.

Bethany se ruborizó. ¿Cómo se había enterado? ¿Habría sido alguna de las hermanas de James? Pero no, imposible. Los Keeling eran un puño bien cerrado.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Gysforth, frunciendo el ceño.

—Eso no importa. Pero te recuerdo, mi querido sobrino, que en una casa de bien hay mucha gente que no forma parte de la familia. Hay que mantener la compostura, siempre y en todo momento.

—Los criados, claro —decidió él, y bufó—. ¡Maldita sea! ¡Voy a despedirlos a todos!

—Te cuidarás mucho de hacerlo. No sé quién habrá sido, imagino que alguna doncella nueva y con la lengua demasiado larga, da igual. El caso es que ya van dos veces que se me acercan distintas damas a informarme «con la mejor intención» de que eso es lo que se rumorea: que has instalado a tu amante en casa, bajo tu propio techo, mezclándola con tus hermanas. Dime, ¿es eso cierto?

James parecía haberse convertido en una estatua. Ni siquiera respiraba.

—Amo a lady Bethany —declaró por fin, y logró que Bethany le mirase eufórica. Ella sí que se sentía llena de amor.

Los ojos de su tía titilaron.

—No es eso lo que te he preguntado, James. Ya me imagino que, de hacer algo así, es porque has usado el corazón y no la cabeza. Pero te darás cuenta de que, lo que ha ocurrido, es algo que no puede seguir ocurriendo.

Él se resistió, pero terminó respondiendo:

—Lo sé.

—Bien. ¿Lady Bethany está de verdad bajo tu custodia? ¿Es legalmente tu pupila?

—Sí. Su primo me transfirió la tutela, mis abogados se ocuparon de todo.

—De acuerdo. Entonces, de aquí iré a mi casa. Se alojará conmigo hasta que solucionemos su futuro, ya sea buscándole un esposo o cualquier otra posibilidad aceptable.

—Tía...

—No, Gysforth —le interrumpió, y él no se atrevió a insistir—. En este asunto no puedes inmiscuirte más, a menos que decidas montar un escándalo. Sabes tan bien como yo que, lo que ahora es solo un rumor soterrado, sería una realidad a voces si anuncias que quieres casarte con ella. Y no lo vas a hacer.

—¿Por qué no?

—Porque tienes una reputación que mantener. ¿Qué pensarían tus enemigos, incluso tus partidarios en el Parlamento, ante algo así? ¡No solo has convertido a tu pupila en tu amante, sino que la has metido en casa, en la habitación que hubiese debido ocupar tu esposa! ¡Has hecho que tus hermanas convivieran con ella! ¿Quién iba a confiar en alguien capaz de hacer eso? Sabes tan bien como yo que todo eso te podría desprestigiar, y tus posibilidades políticas se verían considerablemente reducidas.

—Sí, lo sé —admitió él.

—Eso por no hablar de que tienes una familia ante la que debes responder. No puedes perjudicar los futuros de tus hermanas solo por una pasión... sea pasajera o no. —Agitó la cabeza—. Vamos, querido, yo sé que la quieres, solo hace falta verte la cara que estás poniendo ahora mismo. Pero, a estas

alturas, deberías ser un experto en el arte de disimular tus sentimientos.

—¿Lo dice porque soy el maldito duque de Gysforth?

—No, por supuesto que no. Lo digo porque eres inglés. Nosotros no somos como el resto del mundo. Somos elegantes, sabemos contenernos. — Quizá para apoyar la idea, James la miró inexpresivo. La tía Hetty se volvió hacia ella—. Ahora, mi querida niña, te voy a presentar a unas personas. Se trata de los vizcondes Cortland y su hijo, un muchacho de aspecto aceptable y excelente linaje, pero cuya familia está pasando por una pequeña crisis económica. Creo que puede convenirles una relación contigo, ya que cuentas con el respaldo de Gysforth. Estás de acuerdo, ¿no es cierto, sobrino?

James esquivó la mirada de Bethany.

—Sí, tía. Por supuesto.

—Perfecto. ¿Vamos?

—Sí... —dijo ella, todavía con las pupilas fijas en James. Él parecía culpable, pero decidido a no intervenir. Bethany apretó los labios. Antes se había sentido eufórica y rebotante de amor. Ahora, en la misma medida, estaba decepcionada. No quería echarse a llorar, así que irguió los hombros, dio la espalda a Gysforth y sonrió a la tía Hetty—. Veamos cómo es el honorable hijo del vizconde.

No resultó ser tan malo, pero a los diez minutos de charla le había quedado claro que Bernard Lambert, el futuro vizconde Cortland, tampoco conquistaría nunca su corazón. Bajito, regordete y rubicundo, hubiese podido pasar por alto su falta de atractivo físico de no ser por su falta de carácter. En el tiempo en que estuvieron juntos apenas pronunció un par de palabras, y ambas fueron para estar de acuerdo con su enérgica madre.

Pero, bueno, supuso que era un progreso, dentro de la rama familiar. El padre, de la misma constitución que su hijo y rasgos muy similares, ni siquiera dijo nada. Se limitó a asentir.

—¿Qué te han parecido? —le preguntó la tía Hetty, ya en el coche, de camino a su casa, tras dejar a lady Forrest y a las hermanas Keeling en sus respectivas casas.

Había sido difícil despedirse de Ruth, Lettie y Lizzie. Se sorprendieron y trataron de convencerla de que siguiera con ellas, aunque no insistieron mucho, seguramente porque imaginaban la causa de aquella decisión. Al final, habían prometido encargarse de enviar sus cosas con los criados a primera hora de la mañana y habían hablado de verse al día siguiente, en la siguiente fiesta. La tía Hetty podía ofrecerle lo imprescindible para esa primera noche.

—Encantadores —dijo ella, apática. La anciana se echó a reír.

—Vamos, niña, conmigo puedes ser sincera. Son abominables. Pero el caso es que, con lo ocurrido, tus posibilidades se han reducido mucho. Londres está lleno de rumores. Ahora mismo, ya no eres la pupila de Gysforth, con el lustre que hubiese podido darte algo así, sino simplemente su amante, en una historia más... indecorosa que romántica. —Suspiró—. No sé cómo lo vamos a arreglar.

Bethany miró por la ventana las silenciosas calles del Londres nocturno. Le importaba bien poco arreglar o no aquello, se sentía profundamente desgraciada. Después de la discusión con su tía, que ni llegó a eso, James se había sumido en un profundo mutismo. Se había mantenido lejos de ella, incluso había estado bailando con la tal lady Eve, y al salir se había despedido con frialdad, sin mirarla a los ojos.

No quería volver a verle. Tampoco quería saber nada de ningún hombre. Nadie volvería a romperle el corazón de esa manera.

—No me importa —dijo, en un susurro—. No quiero casarme, lady Morton.

La anciana agitó la cabeza.

—Llámame tía Hetty, bien sabe el cielo que te lo has ganado. Y ya imagino que no quieres casarte, sobre todo porque me consta que estás enamorada de Gysforth. —Bethany cerró los ojos, embargada por una ola de dolor—. Pero las cosas son así, no puedes casarte con él, niña. Y, hoy por hoy, el matrimonio es la única salida aceptable para una dama de nuestra posición.

—Yo ya no tengo esa posición.

—Claro que la tienes, querida. Eres la hija de un conde que era, además, un gran hombre. Eres una Saxonshare, aunque ese tonto de tu primo ostente ahora el título. Eres lady Bethany —concluyó—. Debes comportarte de acuerdo con el respeto debido a tu nombre y tus antepasados.

—Sí, de acuerdo. Pero también puedo buscar un trabajo. Quise ser institutriz, pero Gysforth no lo permitió.

La tía Hetty torció el gesto.

—Hizo bien. ¡Institutriz! ¡Qué ideas tienes! ¡Menuda tontería, tener que vivir de una forma miserable, siempre con la cabeza baja, aguantando lo que dicen viejas grullas como yo!

—¡Lady Morton!

—Te he dicho que me llames tía Hetty. Y no sé por qué te escandalizas, es la pura verdad, soy una vieja grulla. Conseguí que mis sobrinas salieran despavoridas de mi casa. —Gruñó, quizá enfadada consigo misma—. No las entiendo y solo espero que James sepa lidiar con ellas. Supongo que, el que hayan vivido tantos años sin una figura de autoridad en esa casa, las ha vuelto un tanto... traviesas.

A pesar de lo mal que se sentía, Bethany sonrió.

—Quizá debería decirles cuánto las quiere.

Lady Morton la miró de un modo extraño, pero ya estaban llegando a la casa y dejaron la conversación. Bethany observó la fachada del edificio. Era realmente bonito, bastante más pequeño que Gysforth House, pero muy coqueto y con un jardín encantador. A Bethany le hubiese gustado verla bien de inmediato, tanto por fuera como por dentro pero, como era muy tarde, decidieron que ya se la enseñarían al día siguiente.

Al fin y al cabo, iba a vivir allí durante algún tiempo. Lo sintió como un escondite, un refugio en el que poder lamer sus heridas y recuperarse.

Se despidieron en el pasillo y una doncella de mediana edad llamada Mery la condujo a un dormitorio amplio, de tonos cremas y rosas, muy femenino.

Se desvistió con su ayuda, se puso un camisón prestado y se acostó.

No quería pensar en Gysforth. No iba a llorar por él. Se sentía tan traicionada que hubiese deseado poder arrancarse de raíz la memoria y el corazón.

Creyó que no podría dormir, pero descansó profundamente.

No soñó con nada.



## CAPÍTULO 26

—¿Por qué no ha venido Bethany con nosotros? —preguntó Ruthie, al entrar en la casa. El señor Simpson sostenía su lámpara y trató de dar las buenas noches, como siempre, pero no le hicieron caso.

—Adivina —masculló James, demasiado enojado como para ser razonable. Ni siquiera se quitó el abrigo, ignorando el gesto del mayordomo. Se volvió hacia ellas y las increpó—. Creía que éramos una familia en la que unos guardamos los secretos de los otros.

Ruthie arqueó una ceja.

—¿Por qué dices eso?

—¿Quién ha dicho por ahí que Bethany estaba en la habitación de la duquesa?

El señor Simpson se mantuvo impertérrito. Sus tres hermanas le miraron de tal modo que no tuvo dudas sobre lo que ya imaginaba: no habían sido ellas, sino los criados. No los de siempre, pero últimamente había visto algunas caras nuevas, sobre todo entre las doncellas.

—¡Nosotras no fuimos! —exclamó Lizzie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lettie.

—Lo obvio —dijo Ruthie—. La tía Hetty se ha enterado y ha tomado medidas.

—Pues sí. —Los hombros de James se hundieron—. Bethany se va a quedar en su casa... una temporada.

El rostro del señor Simpson pareció cobrar nueva vida.

—Una gran noticia, milord.

—Simpson... —dijo él, en tono de advertencia. No estaba con ánimos de soportar sus críticas.

—Pues entonces, ya no volverá —dijo Lettie, apesadumbrada—. Se

quedará allí hasta que la tía Hetty le encuentre marido, supongo. Uno horrible. Viejo y gordo. Y repugnante. Eso sí, con título y muy rico.

—Oh, pobrecilla —se lamentó Lizzie. Miró a su hermano—. ¿Y no vas a hacer nada?

Él hizo una mueca.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Qué buena pregunta, James. —Ruthie parecía de pronto muy adulta—. Quizá se te ocurra también una buena respuesta.

Él inspiró profundamente. Y eso, ¿qué significaba? ¿Acaso querían que se casase con Bethany? ¡Si precisamente se estaba sacrificando por ellas! Fue a decírselo, pero prefirió callar. Sabía lo que ocurriría, de hacerlo: insistirían en que siguiera los impulsos de su corazón, que se ajustara como ellas al juramento que habían hecho, y él no podía seguir semejante consejo. Demasiadas cosas dependían de que actuase con cabeza en el tema de su matrimonio.

Sus hermanas le dieron las buenas noches y subieron escaleras arriba, en una fila de ceños fruncidos, bocas torcidas y sedas de distintos colores. James se quedó allí de pie, removiéndose inquieto sobre sí mismo. Pensó dejarlo estar, pero desde el principio supo que no iba a poder contenerse. En las condiciones en las que estaba, no podría pegar ojo.

—Señor Simpson, por favor, venga un momento —le dijo al mayordomo. El hombre se sobresaltó.

—Por supuesto, milord.

James le llevó a su despacho. Esperó a que encendiera una lámpara, se quitó por sí mismo el abrigo, dejó el sombrero y el bastón en una butaca, y se sentó tras el escritorio. Decidió abordar el tema sin rodeos.

—Usted sabe, señor Simpson, que valoro ante todo la lealtad.

¿Le miró dolido? Quizá. Cautó, sin duda.

—Así es, milord.

—Bien. Como acaba de oír, alguien de esta casa ha extendido rumores

acerca de lady Bethany y de mí.

El mayordomo puso mala cara.

—Si me permite, milord, ya le advertí que alojarla en la habitación de la duquesa no era una idea... feliz.

—No, no era feliz. Ni siquiera alegre, ya lo sé. —El señor Simpson no sonrió por la ligera broma. Quizá ni la entendió—. Pero no es eso lo que importa ahora. ¿Sabe quién puede haber sido? El que se ha ido de la lengua, me refiero.

Simpson apenas dudó un momento.

—El personal de siempre es de toda confianza, milord, Su Excelencia lo sabe bien. —Hizo una mueca—. Pero hay un par de doncellas nuevas. Desde que están sus hermanas, además de lady Bethany, hubo que contratar algunas. Diría que tiene que haber sido necesariamente una de ellas.

James asintió.

—Despídalas. Contrate en su lugar a la muchacha que vino con lady Bethany... No recuerdo su nombre.

El mayordomo asintió.

—La señorita Briggs, Claire Briggs. Muy bien, milord. Tengo que decirle que es un acierto. La señorita Briggs ha estado ayudando en la casa estos días...

—¿Ha ayudado? —Le miró indignado—. ¡Simpson! Le recuerdo que estaba en Gysforth House de invitada.

—Lo sé, milord, y traté de impedirlo, se lo juro, pero créame, ha sido muy difícil conseguir que se estuviera quieta. Gracias a eso, no puedo decir más que cosas buenas de ella. Ha demostrado ser muy trabajadora y eficaz, además de una buena hija. El señor Briggs se encuentra mucho mejor. El doctor dijo que pronto estará en condiciones de volver a la vida normal.

—Me alegra saberlo.

—Cuando eso ocurra, quizá le parezca bien que le busquemos algún empleo. En esta casa no es necesario un segundo mayordomo. —Le miró con

intención—. Al menos espero que esté de acuerdo conmigo en ello.

—No, desde luego que no.

—Estupendo, milord. Sin embargo, los marqueses de Ainsworth, nuestros vecinos inmediatos, tienen su mayordomo a punto de retirarse, porque es ya muy mayor. Si no le parece mal, lord Gysforth, me gustaría utilizar nuestras referencias para recomendarles al señor Briggs. Sería lo ideal, así su hija y él podrían mantener un contacto diario, estando tan cerca.

—Perfecto. Bien pensado, muy bien pensado, señor Simpson. Actúe como mejor le parezca, gracias. —Al menos, algo salía como era debido, en todo aquello. Seguro que a Bethany le alegraría saber que le había conseguido un buen trabajo a aquella chica y a su padre—. Bien. Eso es todo y ya es muy tarde. Vaya a descansar.

El señor Simpson saludó y se dirigió a la puerta, pero se detuvo a pocos pasos del umbral. Se volvió hacia él.

—Si me permite, milord... Gracias por creer en mi inocencia. Y hablo también en nombre de la señora Brown, la señora Collins, el señor Scrubbs y el señor Bullock. Todos agradecemos su confianza.

James le miró sorprendido. Agitó una mano en el aire.

—No tiene por qué darlas, hombre. Sé que ustedes nunca harían algo así. Desde el principio imaginé que podía ser por culpa de alguna nueva doncella.

—Sí, pero también le consta que no he simpatizado nunca con lady Bethany.

—Ahora que lo dice, ya podría haber sido algo más amable, sí.

—Lo lamento, milord. No tengo nada contra ella, faltaría más, es una dama encantadora, pero su situación irregular me resultaba sumamente incómoda.

—Lo entiendo. Puede estar tranquilo. A partir de ahora se alojará con lady Morton.

El señor Simpson asintió.

—Lo he oído y, créame, milord: es lo mejor para todos. Las cosas bien

hechas, bien acaban.

James bufó interiormente.

—Gracias por el consejo.

—Buenas noches, milord.

Solo cuando Simpson hubo salido vio la carta sobre la mesa, a un lado. Estaba dirigida a Bethany. No tenía remitente. Se levantó y se dirigió a la puerta. El mayordomo todavía no había entrado en el pasillo de servicio.

—¡Señor Simpson! Perdona un momento. ¿Quién ha traído esta carta?

—Oh, sí, milord, la olvidé. Fue un muchacho, a última hora, ustedes ya habían salido para la fiesta. De hecho, el señor Speechley estaba preparándose para volver a su casa y dijo que la dejásemos en su mesa, que usted se ocuparía de todo. Pero, ahora que lo pienso, con los últimos cambios, quizá deberíamos mandarla a la mansión de lady Morton.

—Sí. No se preocupe, yo mismo lo haré. Y si llegan más cartas para ella, me las pasan a mí.

Tal como le miró el mayordomo, seguro que pensó que iba a utilizar la carta de excusa para poder volver a ver a Bethany. Pero, como se sentía contento porque ya no estaba en la casa, no hizo mayor comentario al respecto.

—Como desee, milord. Buenas noches.

James volvió al despacho. El sobre casi quemaba en sus dedos. Tenía un mal presagio, pésimo.

Finalmente, lo abrió.

Querida Bethy:

Sé que no me he portado bien contigo, y lo siento mucho, no sabes cuánto, pero ¿puedes ayudarme? Estoy desesperado.

Por favor, te lo ruego, ven a verme cuanto antes. Es muy grave. ¡Mi vida depende de ello!

Freddy.

Pd: No le digas nada a Gysforth. Seguro que intenta disuadirte.

«Pequeño canalla rastrero», pensó. Exactamente, era lo que se temía. Como no había podido sacarle el dinero a él, iba a intentar presionarle a través de Bethany. Aquel majadero... ¿En qué pretendía meterla? Pues no pensaba tolerarlo. Hizo una bola con la carta y la lanzó a la chimenea.

El papel se consumió en pocos segundos. Asunto solucionado.

## CAPÍTULO 27

Unos días después, mientras Bethany desayunaba con la tía Hetty y lady Forrest, llegaron las hermanas Keeling al completo.

El mayordomo, el pobre señor Johnson de las orejas grandes, los dientes torcidos y la nariz enorme, las hizo pasar de inmediato. Las tres muchachas entraron muy serias y en formación casi militar, hasta colocarse en fila frente a la mesa.

Lady Forrest frunció el ceño, pero la tía Hetty las miró divertida.

—Buenos días, niñas.

—Buenos días, lady Forrest, tía Hetty... —respondieron todas, a coro, haciendo una inclinación similar. Siguió Lettie—. Venimos a ver a Beth. ¡Y a ustedes! —añadió al recibir un codazo de Lizzie. Pero el daño ya estaba hecho. Durante un segundo, la tía Hetty la miró dolida. Luego, se cubrió con su máscara habitual.

Fue lady Forrest la que contestó:

—No te preocupes, Lettie querida, tu tía se hace cargo de que, de ser por ti, no volverías a verla nunca más.

—Eso no es cierto —replicó la muchacha, algo abochornada.

—Claro que sí. Estás más cómoda allí donde nadie te dice que, si sigues comiendo de ese modo atroz, dentro de poco no habrá unas gemelas Keeling, sino la Keeling esbelta y la... bueno, la *gordita*.

—¡Lady Forrest! —exclamó Bethany, mortificada por la expresión de dolor de Lettie—. No es necesario ser cruel.

—La crueldad está poco valorada en estos tiempos, pero a veces es necesaria, querida, porque hay cosas que, o se atajan de inmediato o luego tienen mala solución. ¿No es cierto, Hetty? —Esta vez, lady Morton abrió la boca para hablar, pero la otra no le dio opción—. A ver, niñas, ¿cómo es lady Eve Wallard-Stoneport? —preguntó, frunciendo el ceño acusadoramente. No

dejó que contestaran—. ¡Ajá! Delicada. Delgadísima. Palidísima.

—Y feísima —añadió Ruth.

—¡Oh, eso no es verdad! —Como le clavaron varias cejas arqueadas, lady Forrest reculó—. En cualquier caso, no es culpa suya. Todos tenemos que aceptar la nariz que nos toca. Y los ojos. Y la boca... —siguió enumerando, porque no quedaba otro remedio, tan poco agraciada era la muchacha en sí. Bufó—. Bueno, bien, lady Eve no es guapa. Pero es delgadísima. Y palidísima.

—Solo por los polvos que se da, que me lo han dicho —aseguró Lizzie.

—¡Alguien como ella no cometería semejante ordinariez! ¡Y no me cambies de tema! —Hizo un gesto hacia Lettie—. Una niña que, al mirarla, hace pensar en un lechón sonrosado, solo porque no es capaz de dejar de atiborrarse con todo, no puede atraer a nadie. —Le frunció el ceño más todavía—. Te aseguro que no te gustará ser conocida como lady *Gordita* Keeling.

—¡Lady Forrest! —exclamó Ruthie, enfadada. Miró a su tía en busca de ayuda, pero lady Morton tenía los ojos clavados en su taza de té.

—¡Pues me da lo mismo! —gritó Lettie. Dio un paso al frente, temblando de pies a cabeza de pura indignación, con los puños muy prietos—. Merecerá la pena ponerme inmensamente gorda si así consigo librarme de los viejos horribles a los que ustedes dos pretenden entregarme como si fuera una... una... ¡una salchicha! —Bethany parpadeó, igual que Ruthie y Lizzie, todas tratando de imaginar la razón de semejante comparación. Debió darse cuenta, porque se encogió de hombros—. Tirándosela a los perros, se entiende.

—Claro que sí —afirmó lady Forrest—. Se entiende perfectamente, jovencita. Una forma muy poética de expresarlo, que dice mucho de la educación que os está procurando vuestro hermano. Ah, perdón, que desde la señorita Mayer os riñó, no ha querido poner os otra institutriz.

—Le recuerdo que la señorita Mayer tuvo la desfachatez de pegarles a Lizzie y a Lettie con una vara, lady Forrest —protestó Ruthie.

—Tonterías. ¡Ni que les hubiera roto algo! Sabes tan bien como yo que no



fue nada, y que las institutrices han usado la vara para enderezar a las niñas desde que el mundo es mundo, y aquí seguimos. Ya lo dice el refrán: «la letra, con sangre entra».

Ruthie se indignó aunque, en su caso, no hubo furia evidente. Sus ojos relampaguearon y habló con voz helada.

—Ese refrán se refiere a que hay que esforzarse para conseguir aprender, no a que haya que pegar a otros para enseñarles. Y le aseguro, lady Forrest, que mis hermanas no tienen por qué consentir que venga nadie a humillarlas por pura maldad, por no hablar de que, a día de hoy, son unas jóvenes muy cultas.

—¿Ah, sí?

—Sí —replicó, rotunda—. Le recuerdo que, para cuando ocurrió eso con la execrable señorita Mayer, yo ya sabía la suficiente literatura y las matemáticas necesarias. Desde entonces, les he enseñado cada día, sin faltar ni uno, excepto domingos.

—Es verdad —replicó lady Forrest, que la había escuchado con expresión desdeñosa—. Deben ser muy instructivas las novelas de la señorita Austen, porque creo que es lo único que lees hoy en día. Eso me dijo tu tía. Y te diré que...

—Basta. —La tía Hetty habló en un tono normal, pero su voz resonó con fuerza, silenciando la disputa—. Haz el favor de callarte de una vez, Hermione. Estoy harta, no quiero oírte ni una sola palabra envenenada más. —Su cuñada se quedó tan sorprendida que obedeció. Pasaron varios segundos y seguía sin reaccionar—. Y, si no te importa, te agradecería que te fueras de mi casa, ahora mismo. Mis sobrinas y yo tenemos que hablar. En familia, para variar.

—Pero... pero Hetty... ¿qué dices? —preguntó la otra, atónita—. Van a venir las Damas...

—Les presentaré tus excusas, no te preocupes. Sabes tan bien como yo que no van a echarte de menos, ni a ti ni a tus lamentables aportaciones, porque siempre has sido muy tacaña. Pero, ahora, debes irte.

—Hetty, ¿me estás echando de tu casa, en serio?

—Has insultado a mis sobrinas. Has hablado mal de mi sobrino y cuestionado sus decisiones. Y, sobre todo, me has aburrido a mí, hasta el límite. Sí. Me parece que sí. Te estoy echando. Largo de aquí.

—¡Qué desfachatez! —Lady Forrest apretó los labios—. ¡Si no fuera por la memoria del querido Bridgeport y de todos los años de amistad que nos unen...!

No terminó la frase, a saber qué tendría en mente. Se puso en pie muy rígida y salió por la puerta. En el silencio que se hizo entonces, las gemelas miraron atónitas a su tía y Ruthie sonrió.

—Bien hecho, tía Hetty. Ya era hora.

Lady Morton suspiró.

—Sí, bueno... Es una pena. Siempre quise tener una amiga especial, algo como una hermana, y tuve que conformarme con ella.

—Nunca entenderé por qué la aguanta.

—Porque le prometí a Bridgeport, en su lecho de muerte, que me ocuparía de Hermione, siempre. —El duque de Bridgeport fue el primer marido de la tía Hetty, hermano mayor de lady Forrest—. Él sabía bien cómo era su hermana y que, si no tenía cuidado, se quedaría sola. Sus hijos no la quieren y sus nietos no la soportan. Por lo tanto, cumpliré mi palabra. Mañana iré a visitarla, dejaré que suelte su enojo, le advertiré que no quiero que os moleste más y volveremos a la normalidad. No hagas eso —añadió, cuando Ruthie giró los ojos en las órbitas—. Sabes que no me gusta nada, no es propio de una dama.

—Perdón, tía Hetty. Es que me pareció ver pasar una mosca.

—¿En mi casa? No se atrevería. —Las jóvenes la miraron algo sorprendidas y se echaron a reír—. Lettie, te pido disculpas si te he molestado con mi insistencia. —Eso las sorprendió más todavía—. Tu hermano y yo ya lo hablamos en su momento: como tus hermanas, tendrás absoluta libertad para elegir esposo. —Arrugó el ceño—. Si te digo la verdad, no creo que sea muy inteligente dejar tal tarea en manos inexpertas, pero qué se le va a hacer.

Está claro que lord Birdwhistle no era lo que te convenía.

—Gracias, tía.

—Eso sí, tenemos que hacer algo con esa propensión que tienes a comer. No debes engordar más. No es el... ideal de una dama joven y atractiva.

Lettie le lanzó una mirada extraña.

—No, tía.

—Y, vosotras... tened un poco de paciencia. Lady Forrest y yo somos viejas y nos cuesta aceptar estos tiempos nuevos. —La anciana se puso en pie y avanzó con el bastón hacia la puerta—. Os dejo solas, que no tardarán en llegar las Damas de la Caridad Cristiana para nuestra reunión semanal y debo comprobar que está todo listo. ¡Bien sabe Dios que esas mujeres son muy poco caritativas a la hora de criticar! Señor Johnson, por favor, sirva a mis sobrinas un desayuno en condiciones. A saber qué pueden tomar en Gysforth House, sin la debida supervisión.

—La señora Collins es una cocinera excelente y se ocupa del menor detalle, tía Hetty —dijo Ruthie, muy tiesa.

—Ya, bueno. Desayunad, anda. Y tú, haz un esfuerzo por controlarte, Lettie. Lady Forrest puede haberse equivocado en las formas, pero no en el fondo. —La señaló con el bastón—. Recuérdalo.

—Os juro que a veces le tiraría algo a la cabeza —dijo Ruth cuando se quedaron a solas. Lettie no dijo nada, ni se movió, solo miró fijamente el suelo, o las punteras de sus zapatos, a saber qué. Su hermana mayor le pasó un brazo por los hombros—. ¿Estás bien, cariño?

—Sí. No. ¿Crees que tienen razón? ¡No puedo evitarlo, Ruthie! Últimamente estoy muy nerviosa y comer... no sé, comer me calma.

—¡No es verdad, no le hagas caso! —le dijo Lizzie abrazándola por el otro lado—. Además, somos gemelas. Seremos siempre idénticas.

Lettie se mordió los labios, insegura.

—Ya no me valen tus vestidos, Lizzie...

—Eso es porque... porque... —Miró a su hermana mayor, buscando

ayuda. Ruthie agitó la cabeza.

—Ya hablaremos de eso. No te preocupes. Vamos, siéntate y toma un té.

—¿Puedo coger una pasta de...?

—¡No! —exclamaron sus dos hermanas. Siguió Ruthie, más calmada—. Solo el té, Lettie. Ya has desayunado de sobra en casa.

Se sentaron a la mesa, con pocos ánimos. Bethany agitó la cabeza.

—Siento lo ocurrido. De lady Forrest puedo entenderlo todo, pero no de vuestra tía. Lady Morton siempre se porta muy amable conmigo.

—Porque no eres una Keeling —le explicó Ruth—. No tienes que estar a la altura de sus dichosas expectativas.

Bethany no estaba segura de eso, pero decidió no discutir.

—Es una pena. Deberíais encontrar el modo de conciliar posturas. Seguro que es posible, tiene mucho sentido del humor. —La miraron sorprendidas. Mejor cambiar de tema—. En fin, gracias por venir a verme.

—Teníamos que hacerlo. Es injusto lo que ha pasado —dijo Ruthie.

—Bueno, injusto, injusto... —Al fin y al cabo, Gysforth y ella eran culpables de haberse comportado de un modo poco propio. Lo raro era que hubiesen podido hacerlo durante tanto tiempo—. No diría tanto. Pero ha sido desagradable.

—James nos regañó —dijo Lettie, apurada—. Pero te juramos que nosotras no fuimos. Yo solo se lo conté a Ruthie y a Lizzie. Y ellas jamás se lo dirían a nadie.

Bethany extendió un brazo hacia ella y le acarició la mano.

—Ya lo sé, cariño, no os preocupéis.

—Es que... No podemos permitirlo, Bethany —aseguró Ruthie, muy seria—. Sabemos lo durísimo que es estar aquí, con la tía Hetty. Por eso, estamos decididas a pasar contigo este calvario. —Se miraron y asintieron—. Venimos dispuestas a establecernos otra vez aquí, contigo.

—Aunque, con lo que ha pasado, se me han quitado las pocas ganas que tenía, por completo —añadió Lettie. Resopló—. Pero, por ti, lo haré.

—¿Qué? —Bethany se sintió sobrecogida por una oleada de amor, amor sincero, de un tipo que no había experimentado nunca antes. Había crecido sin saber la maravilla de lo que era compartir penas y alegrías con una hermana, pero ahora tenía tres. A pesar de todo lo que le había ocurrido últimamente, no podía quejarse, la vida siempre le hacía regalos—. No, por favor, no puedo pedirlos eso. Os adoro por proponerlo, pero no voy a aceptar.

—Pero ¿no estarás muy sola? —preguntó Lizzie.

—Lady Morton es capaz de llenar por sí sola cualquier habitación. —Todas rieron. Bethany las miró pensativa—. En realidad, no sería mala idea que os quedarais porque creo de verdad que vuestra tía os quiere mucho, y que todo es cuestión de sentarse un día y hablar las cosas con calma. Pero es algo que tiene que salir de vosotras, no por hacerme a mí un favor.

Lettie hizo un gesto, incrédula.

—¿Hablar con ella? ¿Para qué? Por mí, ojalá se cayera en un agujero sin fondo y desapareciera por siempre.

Lizzie la miró compungida.

—No digas eso, Lettie.

—¿Por qué no? Es la verdad. —Apretó los puños—. Hoy ha estado más amable y ha decidido no insistir con el desagradable asunto de lord Birdwhistle, pero dudo que deje de intentar entrometerse. ¡Y, además, ya es demasiado tarde, a estas alturas ha estropeado por completo mi relación con David!

—¿David? —preguntó Bethany.

—Sí. El honorable David Beckett, segundo hijo de los condes de Cocks —le explicó Ruthie.

—Lettie está totalmente loca por él —añadió Lizzie—. ¡Y él por ella, mucho! ¡Le escribe unos poemas preciosos! ¡Es tan romántico! Lettie, ¿cómo era aquel...? El que empezaba:

Cómo pasan las horas a tu lado,  
que parecen volar con tanta prisa,

como dura en un niño la sonrisa,  
como agua resbalando en un tejado...

—No sé. Yo tampoco recuerdo cómo seguía. —Los ojos de Lettie se llenaron de lágrimas—. Y la tía Hetty lo quemó.

—Bueno... —Lizzie buscó algo con lo que consolar a su hermana—: En realidad, no era tan bueno. Nunca he creído que fuera apropiado plantear que la sonrisa de un niño dura poco. ¡Un niño debería sonreír siempre!

—Es que no decía eso —protestó Lettie, defendiendo a su poeta—. Decía «surge», porque los niños son de sonrisa rápida. *Como surge en un niño la sonrisa, como agua resbalando en un tejado...*

—Ah... —Lizzie dudó un momento, pero si había una Keeling entusiasta, esa era ella—. Pues aun así, podría haber rimado de otro modo y...

—¡Oh, por favor, Lizzie! —le pidió su gemela—. Déjalo estar. Desde que la tía habló con su padre, todo se estropeó. ¡David ni siquiera me mira en las fiestas en las que coincidimos! ¡La odio con todas mis fuerzas!

—La verdad, Lettie, no creo que la tía Hetty se diera cuenta de cómo estaban las cosas realmente —dijo Ruthie.

—¿No? Yo te diré cómo eran: ¡alejó a David y quiso comprometerme con un viejo repugnante! —Lettie apretó los puños—. Cuando me negué a seguir su juego, me dijo unas cosas horribles sobre mi deber y mi egoísmo. No, de verdad, no creo que me quiera.

Bethany sintió una profunda lástima. Empezaba a entender la situación.

—Solo buscaba asegurar tu futuro... —dijo, tratando de contemporizar.

Lettie la fulminó con la mirada. De pronto no parecía una niña, sino una mujer decidida y fuerte.

—No repitas sus frases, por favor, Beth. Eso es mentira. Solo buscaba mejorar su propia posición a través de mi sacrificio, metiéndome en la cama de un viejo asqueroso, como si fuera una... bueno, una, ya sabéis.

—¡Oh, Lettie! —exclamó Lizzie, escandalizada—. ¡No es lo mismo! ¡Lord Birdwhistle quiere casarse contigo!

—¿Y qué? No deja de ser lo mismo. Y encima, la tía Hetty tuvo el valor de llamarme niña mimada y egoísta. La odio.

Era mejor dejarlo estar. Lettie se sentía demasiado herida.

—Pues, con más razón, no podéis quedaros —decidió—. No ahora, ni así. Os lo agradezco mucho, pero es mejor que estéis con James. —Ella indagaría por su cuenta. Le preguntaría por aquel asunto a la tía Hetty, en un momento que considerase oportuno, y trataría de hacerle entender que no estaba siguiendo el camino correcto para llegar al corazón de Lettie—. Además, nos vamos a ver cada día. Os recuerdo que a mí también quieren buscarme un marido.

Puso tal cara de circunstancias que hasta Lettie soltó una risita.

—Por cierto, ayer llegó esta nota para ti —dijo Lizzie, intentando cambiar de tema. Sacó un sobre de su bolsito y se lo tendió. Bethany lo cogió intrigada. Reconoció la letra de Freddy al momento.

Querida Bethy:

¿Por qué no vienes a verme? ¿Por qué no respondes a mis cartas? Te juro que necesito tu ayuda, estoy desesperado. ¿Acaso se lo dijiste a Gysforth? ¿No te das cuenta de que ese hombre es una mala influencia, que yo soy toda la familia que te queda?

Por favor, ¡ven a casa!

Freddy.

Bethany parpadeó sorprendida.

—¿Han llegado otras cartas para mí?

—No, que nosotras sepamos —respondió Ruthie—. Esta me la dio un muchacho ayer por la tarde, cuando estaba en el jardín de casa. Como íbamos a venir, la guardé para dártela. Pero podemos preguntarle a James. Le suelen entregar toda la correspondencia, y él se encarga de repartirla, con el señor Speechley.

Claro, eso había sido. Freddy mandaba sus cartas y James las interceptaba y las rompía. Aunque no quisiera ver a su primo, se sintió un poco irritada.

Hubiese preferido que le preguntase su opinión. O que se las diese, para que decidiera por sí misma. Pero no, ni siquiera había ido a verla, en todo ese tiempo. Puesto que tampoco había acudido a las fiestas, no habían tenido oportunidad de coincidir.

Parecía habérselo tragado la tierra.

«No seré yo quien vaya a buscarte», le dijo mentalmente. Le hubiera gustado poder decir también que zanjaba por completo aquel asunto, pero sabía que siempre estaría enamorada de Gysforth.

Charló un rato más con las hermanas Keeling. Cuando se fueron, aliviadas por haber podido evitar su sacrificio, Bethany subió a su dormitorio y se preparó para salir. Se puso un sombrero, y cogió la chaqueta, los guantes y el bolsito. Pensaba irse sin decirle nada a nadie, pero, al bajar, se cruzó con lady Morton, que estaba cruzando el vestíbulo mientras daba órdenes a los criados.

—¿Adónde vas, querida? —le preguntó la mujer, con curiosidad.

—A hacer un recado, tía Hetty.

—No sin una doncella, espero.

Bethany titubeó, pero solo un segundo. De haberse tratado de Claire, hasta lo hubiera agradecido, porque no le apetecía ir sola. Pero iba a encontrarse con ese extraño en el que se había convertido su primo. No tenía ninguna gana de acudir a semejante cita acompañada de una desconocida, y menos si se trataba de una de las criadas de lady Morton. Ninguna de ellas bajaba de los cuarenta años, aunque eso hubiera podido ignorarlo y hacer buenas migas. Lo realmente grave era que no sonreían nunca, lo que la hacía sentir incómoda.

Pero no tenía sentido discutir, así que decidió tomar un atajo.

—Por supuesto. Ya le he dicho a Mery que vamos a salir. La esperaré en la puerta. —Sonrió y la besó en la mejilla. La anciana abrió los ojos como platos; luego, sonrió—. Gracias por preocuparse por mí, tía Hetty.

—No hay de qué, querida. —Se volvió rápidamente hacia su mayordomo, que también estaba ayudando a redecorar las estancias que iban a ver las visitantes—. No, no, por favor, señor Johnson, llévese ahora mismo ese



jarrón y traiga el chino. ¡No quiero que las Damas de la Caridad Cristiana piensen que vivimos en la indigencia!

En cuanto la vio desaparecer por el pasillo hacia el salón, inmersa en su vorágine ornamental, Bethany se puso los guantes y salió a la calle. Caminó dos manzanas antes de poder coger un coche hasta Saxonshare House. Una vez allí, llamó a la puerta, pero nadie abrió, así que usó su llave.

Arrugó la nariz. Allí dentro olía a aire viciado, a polvo, y daba una profunda sensación de abandono. Bethany se estremeció y caminó por la casa, casi conteniendo las lágrimas. Aunque no había vivido mucho allí, solo esporádicamente de niña, y aquella etapa de adulta que mejor prefería olvidar, le tenía cariño a aquel sitio. Además, así debía estar también Saxonshare Manor, si es que no había sido embargado o vendido, o desmantelado de cualquier manera, que ya se esperaba cualquier cosa de Freddy. ¡Qué lástima!

Subió al primer piso. Su habitación estaba revuelta, como saqueada con violencia. Faltaban muchas cosas por todos lados. Ropa, zapatos, algunas joyas menores, objetos de decoración, libros... Supuso que Freddy habría ido rebuscando por toda la casa para poder jugarse cuanto se iba encontrando por el camino. Pobre demonio. Qué bajo había caído.

¿Y su primo? ¿Dónde estaba? Empezaba a pensar que no se encontraba en la casa cuando, al girarse, le vio a su espalda.

—¿Freddy? ¿Qué ocurre? Esta mañana he recibido tu nota. —Él se limitó a mirarla. Casi parecía un espectro. Ojos hinchados y brillantes, desenfocados como los de un loco; mejillas hundidas; piel pálida, enfermiza; ropa arrugada y sucia... Con un movimiento determinado, cerró la puerta a su espalda—. ¿Qué ocurre? Me estás asustando.

—Yo no quería esto —dijo él. Bethany empezó a tener miedo. No debió ir sola, pensó de pronto. Tenía que haberle hecho caso a James, y a la tía Hetty—. Te lo juro, no quería...

—¿El qué? —Dio un paso atrás, para retroceder y quizá, con suerte, mantener las distancias, aunque fuera por poco tiempo; pero él fue más

rápido.

Bethany recibió el puñetazo en la mejilla y perdió el conocimiento.

## CAPÍTULO 28

James llevaba más de una semana luchando contra sí mismo y sabía que había perdido el combate. Por completo.

No había ido a ver a Bethany, no le había mandado notas, ni había propiciado encuentros. No había acudido a las fiestas en las que sabía que iba a estar ella y no se perdía ninguna en la que fuese a estar lady Eve. Bailaba con ella, charlaba con su padre, intentaba llevar la vida normal que tendría alguien de su posición antes de plantear un compromiso...

Casi consiguió creer que podría reconducir su vida en el camino que convenía a sus intereses políticos y sociales, y el que quería la tía Hetty. Casi.

Pero había llegado el momento de asumir que le resultaba imposible. Cada segundo que pasaba, tenía a Bethany en mente. Veía su sonrisa en otras bocas, su mirada en otros ojos. Y la echaba de menos, siempre.

Por eso, ese día, canceló todos los asuntos que tenía por la tarde, avisó a sus hermanas de que iría a tomar el té a casa, y mandó una nota a la de la tía Hetty, para que ella y Bethany estuvieran también presentes. Mejor hablarlo todo a la vez, con todas las mujeres de su vida juntas.

Pero, para su sorpresa, no estaban ni su tía ni Bethany.

—La tía Hetty ha mandado una nota diciendo que tiene invitadas, las Damas de la Caridad Cristiana —le explicó Ruthie—. De hecho, nos lo comentó esta mañana. Lo siento, hermano, pero le va a ser imposible venir.

—¿Y Bethany?

Su hermana hizo una mueca.

—Al parecer, salió poco después de irnos nosotras, y sin acompañante. Dijo que iba a hacer un recado, pero para cuando llegó tu nota, no había vuelto. Hemos dejado dicho que venga en cuanto pueda.

James arqueó una ceja.

—¿Salió sola? ¿Qué recado era ese?

—La tía no lo sabe. Está enfadada, porque Bethany le dijo que iba a llevarse con ella a Mery, su doncella, y luego resultó ser mentira. Se fue sola.

—Es pronto —les recordó Lizzie, intentando quitar hierro al asunto—. Puede que llegue en cualquier momento.

Ruth asintió.

—Eso es. ¿Por qué no vas contándonos de qué va todo esto, hermano?

¿Por qué no? Así, de haber alguna oposición, que lo dudaba no estando la tía Hetty, quedaría reducida a cenizas antes de que llegase Bethany, y luego podrían dedicarse a felicitarla, sin más.

Tomó aire y sonrió.

—Voy a pedirle a Bethany que se case conmigo.

Como imaginaba, sus hermanas estallaron en vítores y aplausos.

—Menos mal que has entrado en razón —dijo Ruth, con una amplia sonrisa.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Lizzie—. ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Cuándo?

—Hoy mismo —respondió James, divertido—. En cuanto llegue.

Lizzie lanzó una carcajada.

—¡No, digo casaros! —James rio con ella—. ¿Cuándo?

—Bueno, eso lo decidiremos entre todos, ¿no? Seguro que Bethany os pregunta también vuestra opinión al respecto. —Tomó un sorbo de té, satisfecho de cómo iba la cosa—. Por mi parte, prometo que no va a haber compromiso más importante en mi vida, así que... Señalaremos esa fecha y para mí será sagrada. Lo juro. Ningún asunto político va a poder hacerle sombra.

—Eso quiero verlo —replicó Ruthie, aunque sonreía feliz.

—¿Y qué harás cuando la tía Hetty ponga el grito en el cielo? —preguntó Lettie—. Porque lo hará, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sé. Esperaba verla hoy y calmarla, porque le va a dar más de un vahído, alguno incluso auténtico. Pero voy a casarme con Bethany se ponga como se ponga, estoy totalmente decidido. Espero contar con su

bendición pero, de no ser así, tendré que vivir con ello.

—Claro que sí. Lo que importa es que va a haber boda —dijo Lettie, y suspiró con aire romántico—. Yo espero que sea en verano. Que haya mucho sol.

—Pues yo prefiero la primavera —intervino Lettie—. Con montones de flores por todos lados.

Ruthie chasqueó la lengua.

—Me toca otoño, entonces. —Las tres rieron, y James con ellas—. Va a ser divertido prepararlo todo. ¡El vestido de novia!

—¡Y los nuestros!

James las dejó hablar, sintiéndose muy feliz. Escuchó sus mil planes mientras tomaban el té. Hasta se permitió luego una copa de licor para celebrar lo bien que iban las cosas. Casi no podía creer que estaba a punto de conseguir cuanto quería, el empeño más importante de cuantos había abordado en su vida: casarse con Bethany.

Tenía que llevarla a Sleeping Oak tras la boda. Podrían pasar allí unos días, tranquilos, a solas. Iba a ser un tiempo maravilloso.

—Da igual cómo queráis poner ese frunce —aseguró Ruthie. James salió de su ensueño, en el que se había visto otra vez con Bethany en su barca por el Támesis. ¿De qué estaban discutiendo? Ah, sí. Hablaban del vestido de novia. Estaban ideando un diseño, al parecer—. Será Bethany quien decida. Yo creo que...

—Hablando de Bethany... —la interrumpió James. Consultó el reloj. A ese paso tendría que irse sin haberla visto—. Maldita sea. ¿Adónde habrá ido? —Las miró—. ¿A qué hora decís que salió de casa de la tía Hetty?

—En su nota, la tía Hetty dijo que poco después de irnos nosotras. Serían las diez y media...

—Quizá las once.

James abrió mucho los ojos

—¿Desde entonces está desaparecida? ¿Y nadie se ha preocupado?

—¿Deberíamos? ¿Qué pasa?

—No lo sé. Pero precisamente, eso es parte del problema. Lleva muchas horas fuera de casa, sin que nadie sepa nada de ella. —Recordó el asunto de Thynne, lo terrible que fue todo aquello. No podía imaginar que se estuviese repitiendo—. Estoy tentado de llamar a la Guardia.

—No exageres —dijo Ruthie—. Se habrá entretenido con algo.

—Puede que el recado fuera por la carta —aventuró Lizzie, mirando a sus hermanas. James arqueó una ceja.

—¿Qué carta?

—Una, que le mandó su primo, lord Saxonshare. Me la dio ayer un mensajero y se la llevamos esta mañana, al ir a casa de la tía Hetty. Se sorprendió mucho y preguntó si habían llegado otras, antes y...

—¿Una nota de lord Saxonshare? —preguntó James, alarmado—. Oh, Dios... ¿Qué decía?

Sus tres hermanas se miraron con desconcierto.

—Eso no lo sabemos, no nos lo dijo, aunque sí es verdad que se alteró mucho al leerla —replicó Ruthie—. Preguntó eso, que si habían llegado otras cartas antes. No supimos qué decirle, excepto que te preguntase a ti, que tú te ocupas de la correspondencia, con la ayuda del señor Speechley.

«Maldita sea», se dijo James, seguro de que Bethany había llegado a las conclusiones correctas.

—Intentaba evitar que se pusiera en contacto con ella. Ese hombre está desesperado. Ya la atacó una vez, no tiene escrúpulos, puede cometer cualquier locura. Oh, maldición... —murmuró, mientras se ponía rápidamente en pie y se dirigía a la puerta.

No se detuvo a contestar las llamadas de sus hermanas, que le pedían que les explicase lo que estaba pasando. Salió por la parte de atrás de la casa, pidió al chico de la caballeriza que le ensillase de inmediato un caballo y partió lo más rápido que pudo hacia Saxonshare House, atravesando el centro de Londres de una forma temeraria, a todo galope.

Al llegar, saltó al suelo y llamó a la puerta con fuerza, sin importarle montar un escándalo en aquel barrio tan elegante y tranquilo. Como Saxonshare no parecía por la labor de contestar, tuvo que añadir unas cuantas voces, jurando que cortaría su asignación, para conseguir que le abriese, aunque solo fuera un resquicio.

Le miró con ojos vidriosos desde el poco espacio que dejaba la puerta entreabierta.

—¿Qué demonios quieres, Gysforth? —le preguntó. O mucho se equivocaba, o estaba bastante borracho—. ¡No eres bienvenido aquí! Que yo sepa, tú y yo no tenemos nada que decirnos sin que estén presentes nuestros abogados.

«Mentecato», pensó, pero optó por ir a lo importante.

—¿Dónde está Bethany?

—Tú sabrás. Solo tienes que seguir el rastro de los rumores. —Hizo un gesto algo payaso, inclinando la cabeza a un lado—. ¿Los oyes? ¡Cada vez se habla más de vosotros! Así que querías ser su tutor, ¿eh, canalla? —añadió, lleno de veneno—. En realidad, solo querías acostarte con ella. Admítelo, cabrón. —Se echó a reír y trató de cerrar—. Anda, lárgat...

—Calla de una vez, imbécil. —James puso una mano en la puerta y empujó con fuerza, lanzándole hacia atrás. Abrió del todo y entró en un vestíbulo de lo que parecía una casa deshabitada. Por no haber, no tenía ni lámparas ni alfombras. Supuso que lo habría vendido todo. Qué lamentable.

—¿Qué haces? —preguntó Saxonshare—. ¿Cómo te atreves?

—¿Dónde está Bethany? —Decidió echarse un farol, algo en lo que era mucho mejor que aquel mequetrefe—. Sé que ha venido aquí, me lo dijo, así que guárdate mucho de mentirme. —Avanzó otro paso hacia él, que retrocedió, manteniendo la distancia—. Dímelo o juro por Dios que te parto la cara y luego llamo a la Guardia.

—¡No me pegues! ¡No! —gritó el otro, ocultando el rostro entre los brazos—. ¡Está arriba, en su cuarto! ¡De verdad! —Chilló, cuando James hizo amago de golpearle—. Pero te aconsejo que te vayas de aquí mientras

puedas.

James quería preguntarle a qué venía semejante advertencia, pero le urgía más saber cómo se encontraba Bethany. Sin pensarlo dos veces, subió corriendo y avanzó por el pasillo del primer piso abriendo de golpe puertas a un lado y a otro. No tardó en dar con el dormitorio de la muchacha.

Bethany estaba en la cama, con las muñecas atadas a la cabecera. Tenía los ojos cerrados, como si estuviese inconsciente, o dormida.

O muerta.

—¡Bethany! Oh, cariño... —Se lanzó hacia ella y comprobó su estado. Tenía pulso, regular. Le dio palmaditas en las mejillas, llamándola. Al cabo de un par de segundos, la joven empezó a rebullir y parpadeó. Empezó a desatarla—. Menos mal. ¿Estás bien?

Ella frunció el ceño, aturdida.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Tu primo ha perdido totalmente la razón. No sé en qué anda...

—En un asunto de negocios —dijo una voz a su espalda.

James se giró de un salto. En el umbral, había dos hombres, y reconoció al más grande. Era Jeremiah, el matón de Thynne. Por alguna causa que no logró adivinar, llevaba un cubo con agua y un trapo, como si se dispusiese a limpiar algo. El otro usaba gafas de montura redonda y tenía aspecto de galeno.

Los dos individuos entraron en el dormitorio. El de las gafas miró a Bethany.

—¿Por qué sigue viva, Saxonsshare?

Freddy, en el umbral de la puerta, se estremeció y abrió los ojos como platos.

—¿Qué dice? ¡No voy a hacerlo yo!

—Oh, vaya, qué inconveniente. ¿De verdad?

—¿Qué significa esto? —preguntó James, con el ceño fruncido—. ¿Quién es usted?



El individuo de las gafas se volvió hacia él.

—Ya que lo pregunta, soy el doctor Culpepper. ¿Y usted?

—Es el duque de Gysforth —dijo Saxonshare.

—Es el que provocó el incidente en el «Red Pussy», doctor —añadió Jeremiah, con una voz profunda que encajaba bien con su corpachón—. A Thynne le encantaría que le llevásemos su cabeza.

—Ah, caramba. —El doctor Culpepper se echó a reír—. De haber sabido que estaría aquí alguien tan importante, hubiésemos venido con nuestros mejores trajes. —Como nadie pareció encontrar graciosa su broma, hizo una mueca, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con un pañuelo medianamente sucio—. Lamentablemente, necesitamos a la chica. Bueno, nosotros, no. Saxonshare.

—¿Para qué?

El doctor sonrió a Saxonshare.

—¿Se lo contamos?

—No, no...

—Sí, hombre, claro que sí. Le va a encantar la historia. —Volvió a fijarse en James—. Resulta que hay un seguro de vida en *The Equitable Lief Assurance Society*. —James arqueó ambas cejas, alerta. Allí tenía también una póliza él, en beneficio de sus hermanas. Cuando tuvo que asumir su tutela decidió añadir aquella aportación propia a su seguridad. Siempre convenía ser precavido, por lo que pudiese ocurrir—. Está a punto de vencer el último pago y aquí nuestro amigo no tiene para seguir manteniéndola, o sea, que se perderá. —Se encogió de hombros—. Convendrá conmigo en que sería una lástima no aprovecharlo.

—Lo comprendo. Supongo que es una cantidad importante.

—Desde luego. Son veinte mil libras: no lo suficiente como para pagar todas sus deudas con Thynne, pero sí lo bastante como para ganar algo de tiempo. Además, al parecer hay otra cantidad en el banco, supuestamente para cuando la joven llegase a la mayoría de edad, que, con su muerte,

pasaría a Saxonshare. Otras veinticinco mil libras. —Silbó—. Con eso, se saldará el resto y dejaremos que Saxonshare siga formando parte del mundo de los vivos. Hasta le prestaremos algo, para que pueda volver a jugar.

—Un buen plan —reconoció James, sarcástico—. Pero no creo que el asesinato cuente como causa de muerte en esa póliza.

—No, claro que no. Por eso tiene que parecer que ha ocurrido un accidente, hombre. Recogeremos un poco por aquí, pondremos... —Cogió una silla, la llevó cerca de la ventana y la dejó tumbada de lado—. Sí, aquí, esta silla para que parezca que se cayó mientras limpiaba la ventana, con el cubo de agua y el trapo. —Hizo un gesto y Jeremiah lo dejó en el suelo, al lado—. Perfecto, eso es. —Culpepper sonrió—. Ahora, pregúntame por qué te lo estoy contando, milord.

«Idiota», pensó James.

—No es necesario. No esperas que salga de aquí.

Culpepper rio.

—Al final, va a ser que sois listos y todo, en la aristocracia.

—Algunos no somos tan diferentes de los tipos listos de la calle, no.

—Bien. —El doctor sacó una pistola y le apuntó—. Pues, hechas las aclaraciones, apártate de la chica. ¡Vamos!

—Hazlo, James —exclamó Bethany, asustada—. Por favor.

Sí, era lo más sensato, al menos de momento. Obedeció, con las manos en alto, a la espera de una oportunidad. El doctor hizo un gesto al su compañero.

—Cógela. —Jeremiah avanzó, agarró por un brazo a Bethany y la levantó de la cama de un tirón—. Vamos a movernos todos con cuidado. Tú, principito, hacia allí. —Indicó la dirección con unos movimientos del cañón de la pistola. James empezó a caminar lentamente, seguro de que, si cometía un error, sería el último—. Y tú, Jeremiah, tira a la chica por la ventana.

—¡No, espera! —ordenó James. Dio un paso al frente, pero el otro le apuntó con mayor determinación. A esa distancia, a bocajarro, lo único que

conseguiría sería recibir un tiro mortal. Bethany empezó a forcejear mientras el matón la arrastraba al gran ventanal del dormitorio—. Has dicho que esto es un asunto de negocios: negociemos pues. Dime cuánto quieres.

Culpepper arqueó las cejas.

—¿Intentas comprarme?

—Es evidente que sí. Y dudo que tú te guíes por otra norma que no sea la de hacer dinero, cuanto más mejor, así que dime cuál es tu precio y acabemos. No te voy a escatimar ni un penique.

El otro le estudió pensativo un par de segundos y chasqueó la lengua, contrariado.

—Una lástima. Me interesaría, de no ser porque en el otro lado de la balanza está Thynne, un individuo muy poderoso que raramente olvida una afrenta, y que nos mataría sin dejarnos disfrutar de lo conseguido. —Hizo un gesto hacia Jeremiah, animándole a seguir—. Me temo que no podemos llegar a un acuerdo.

—¡James! —gritó ella, viéndose arrastrada. James perdió gran parte de su seguridad.

—¡Espera! ¡Alto! ¡No puedes desperdiciar así una ocasión tan buena! ¡Yo tengo más recursos que Thynne y todos sus amigos juntos!

—No apostaré yo por ello, amigo.

—¡Alto! ¡Suéltala! ¡Te digo que la sueltes!

El doctor lanzó una carcajada.

—Lo hará en un momento, cuando esté al otro lado del alféizar. Eso sí, me temo que va a ser un proceso lento. Estamos en un primer piso y sospecho que no hay bastante altura como para que se mate con la caída, así que tú —le dijo a Freddy—, ve bajando ya y, si tras el golpe sigue con vida, coges una piedra y rematas la tarea.

James apretó los puños.

—¡Maldito hijo de puta!

—Sí, bueno. A mí también me gusta la moza, es muy guapa la condenada,

pero ya te he dicho que, aunque no pueda aceptar tu oferta, se trata de una cuestión de negocios. Lamentablemente, vale más muerta que viva. —Hizo un gesto a Jeremiah—. ¿A qué esperas? ¡Tírala de una vez!

—¡No! ¡No! —gritó Bethany, forcejeando y pataleando con todas sus fuerzas. Resultó inútil. La zarandéo, terminando de destrozarse su moño y la larga trenza rubia se soltó sobre su espalda—. ¡Por favor!

—¡Acaba ya! —ordenó el jefe, enfadado. Miró a Freddy—. ¡Y tú, imbécil, baja de una vez!

—No, por favor... —Freddy no dejaba de temblar—. Por favor...

—¿Ahora te lamentas, cobarde? ¡Eres tú quien la ha condenado a muerte! ¡Son tus manos las que la van a arrojar por esa ventana, la tengas que rematar abajo o no! —Freddy le miró horrorizado—. ¡Muévete, te digo!

James no desaprovechó la oportunidad. Se lanzó al frente, cogió la mano armada por la muñeca y la apartó a un lado. El disparo resonó con fuerza y destrozó parte de la escayola del techo. A partir de ahí, la cosa se complicó. James había pensado resolver el asunto rápidamente, pero, pese a su apariencia de hombre de ciencia, el doctor resultó ser un individuo duro, acostumbrado a la pelea callejera.

El rufián trató de liberarse de un tirón y, al no poder hacerlo, le dio un fuerte cabezazo, tan brutal que casi consiguió aturdirle, pero James no podía permitirse ese lujo. Apretó los dientes, alejando la oscuridad que quería tragárselo y empujó con un grito de rabia. Puso tanta fuerza en el empeño que consiguió mover a su adversario hasta hacerle chocar de espaldas contra la pared.

—¡Saxonshare, muévete! —gritó el hombre con más fuerza—. ¡Vamos, tirad a esa puta de una vez!

Aterrado, vio que Freddy reaccionaba por fin y corría hacia Bethany y el matón de Thynne, que ya casi la tenía asomada al alféizar.

—¡No! —Se llevó un golpe. Si soltaba a aquel canalla, estaba muerto. Si no lo soltaba, la matarían a ella—. ¡Saxonshare! ¡No lo hagas, por el amor de Dios! ¡Es tu prima!

Iba a soltarlo. Iba a dejarle libre y a correr hacia la ventana, y morir con ella de ser necesario, si no podía salvarla. Todo le daba igual. Fue una sensación extraña, una revelación: sin aquella mujer, nada le importaba en la vida. El mundo no sería más que un decorado absurdo con una sucesión de gentes que jamás conseguirían hacerle vibrar de la misma manera.

Pero, entonces, Saxonshare hizo algo inesperado. Sujetó a su prima mientras daba un fuerte puñetazo al matón. Luego, aprovechando que estaba aturdido, le empujó con todas sus fuerzas hacia la ventana, haciéndole perder el equilibrio. El hombre reaccionó en el último momento y se aferró a él, medio colgado sobre el vacío. Ambos forcejearon en el alféizar.

—¡Freddy! —exclamó Bethany, y acudió a ayudarlo.

—¡Aparta! —gritó él, pero Jeremiah consiguió agarrarla por un brazo. Freddy se echó sobre él y le mordió con saña en la muñeca hasta que la soltó. Bethany salió disparada hacia atrás y cayó sentada en el suelo y él contuvo a Jeremiah, que quería volver a entrar y era mucho más fuerte. Quedó claro que no podría impedirlo por mucho tiempo. Miró a su prima. Tenía la boca manchada con la sangre del matón—. Perdón, Bethy. Perdón. Perdóname.

—Freddy... —Debió darse cuenta de lo mismo que percibió James, porque alzó una mano en su dirección.

Saxonshare agitó apenas la cabeza, apretó los dientes y empujó con todas sus fuerzas, usando el propio peso de su cuerpo para terminar de arrojar a Jeremiah por la ventana. Como el hombre se había agarrado a él, se vio también arrastrado en el movimiento, y no pudo hacer nada por impedirlo.

De hecho, tampoco lo impidió.

Los dos cayeron al vacío.

—¡Freddy! —gritó Bethany.

—Mierda —gruñó Culpepper.

—Tu negocio acaba de irse por la ventana —le dijo James—. ¿No te ríes ahora?

—Muy gracioso, Gysforth. Esto no va a gustarle nada a Thynne. Ya

tendrás noticias nuestras. —Se soltó bruscamente, le golpeó en la cara con la pistola y optó por intentar escapar, pero él no estaba por la labor de permitirlo. Intercambiando golpes, llegaron hasta la escalera.

Allí, el hombre logró coger por fin algo de distancia y le apuntó con el arma.

—¡Maldito loco! ¡No quería matarte sin consultarlo antes con Thynne, pero tú te lo has buscado! ¡Vete al infierno!

La detonación fue tan inmediata que James apenas tuvo tiempo de llevarse la mano al pecho, al corazón, donde debía impactar el proyectil. No podía fallar: a esa distancia, la bala le abriría el pecho y le reventaría por dentro.

Estaba muerto.

Atónito, se palpó, sin encontrar nada. La tela del chaleco no estaba rota, ni manchada de sangre. No sentía dolor, a excepción del latido estruendoso de su pulso, que casi llegaba a hacer daño. El hombre, frente a él, se había quedado muy quieto. Miraba al frente, pero ya no parecía verle. Se le aflojaron las piernas y cayó de rodillas. Tras un último tambaleo, se derrumbó de lado.

—¡Oh, James, James! —exclamó Bethany, apareciendo de pronto para lanzarse en sus brazos—. ¿Estás bien?

—Sí... —No sabía ni cómo lograba mantenerse en pie. Tras la tensión y el susto del disparo, le temblaban las piernas—. ¿Y tú?

—Perfectamente. —Se estrechó contra él como si quisiera fundirse con su pecho—. Gracias a ti.

James la abrazó. ¿Qué había pasado? Lo comprendió al momento, al ver tres figuras abajo, en la puerta de entrada. Una era George Speechley; las otras dos, parecían hombres de la Guardia. Iban armados.

—¿Está bien, milord? —preguntó George, subiendo a toda velocidad.

—Sí. Gracias, George. Parece que me has salvado la vida.

—Ha sido el señor Carter. —Señaló a uno de sus dos acompañantes. El hombre estaba pálido, pero determinado.

—Tuve que disparar, milord. Daba la impresión de que ese hombre estaba dispuesto a matarle.

—Se lo aseguro: lo hubiera hecho.

Bethany le soltó y regresó corriendo al dormitorio. El grupo de hombres fue detrás. La muchacha se dirigió directamente a la ventana y se asomó. Se llevó una mano a la boca.

Abajo, los cuerpos de Freddy y el matón estaban quietos sobre la franja de losas de piedra gris que bordeaba todo el edificio, rodeados de un charco de sangre.

Bethany volvió a ir hacia la puerta.

—¡Beth, espera! —llamó él, pero no le hizo caso, así que la siguió. Bajó corriendo hasta el primer piso y fue por la puerta trasera hacia el jardín. Cuando llegó, se arrodilló junto a su primo, sin importarle la sangre, y lloró, aparentemente sin saber qué hacer.

—Bethy... —susurró Freddy de pronto. Bethany se inclinó sobre él.

—¡Estoy aquí, estoy aquí, Freddy! Estoy contigo.

—Perdón. Perdóname, Bethy, por todo. No sé qué me pasó... Te lo juro, no quería, me angustiaba, pero no podía parar, y cada vez estaba más hundido, más desesperado...

—No te preocupes, todo se arreglará —mintió ella, entre sollozos—. Te pondrás bien. —Apoyó la cabeza de Freddy en su regazo y le acunó—. Volveremos a Mauve Meadow, a Saxonshare Manor. Volveremos a ser los de siempre... Los niños que buscaban hadas en el bosque.

—Me gustaba mucho ir. Yo te adoraba, Bethy. De verdad.

—Lo sé. Lo sé, cariño.

Él jadeó y sus labios se mancharon de sangre, esta vez propia.

—¿De verdad crees que mi padre... se avergonzaría de mí?

A saber qué hubiese contestado Bethany, pero no le dio tiempo. Los ojos de Saxonshare se quedaron sin vida. Bethany se encogió sobre sí misma, entre sollozos, y James se arrodilló a su lado para abrazarla.

## CAPÍTULO 29

La boda del duque de Gysforth con lady Bethany Howland se celebró en la abadía de Westminster a finales de verano.

Según contó *The Times* en la extensa crónica social que publicó al día siguiente, firmada por un tal Zackary Clemens, el tiempo acompañó con un clima espléndido y acudió a ella todo el Londres elegante, ataviado con sus mejores galas. También asistió el rey, por supuesto, aunque George IV se retiró pronto, en cuanto lo permitieron las circunstancias.

El periódico no daba explicaciones al respecto, pero no eran necesarias. Nadie ignoraba la poca simpatía mutua que sentían él y el novio.

Tras la ceremonia religiosa, hubo recepción con distintos entretenimientos en los jardines de Gysforth House y luego una cena, preparada por la señora Collins y servida por un regimiento de criados, muchos de ellos contratados para la ocasión pero bien vigilados por el señor Simpson.

En realidad, tanto Collins como Simpson habían sido invitados formalmente a la boda, al igual que el resto del servicio veterano de la casa, pero recibieron la noticia con escándalo y ninguno de ellos había considerado adecuado aceptar.

Ni siquiera la propuesta de Bethany de ofrecerles algo discreto, una mesa propia separada por un biombo del resto de los invitados, pudo convencerles.

—¡Oh, no, no, eso sería totalmente inapropiado, milord, milady! —les contestó Simpson, en nombre del resto—. Nosotros tendremos nuestra propia celebración abajo. No se preocupen, no nos faltará de nada.

—Pero, señor Simpson, ustedes... —James se calló, pero Bethany supo qué estaba pensando: que en el gran comedor de Gysforth House iba a haber mucha gente a la que apenas conocía, y otra a la que detestaba. Le hubiese gustado tener a su lado a los que quería, y que de verdad sabía que le apreciaban, pero hasta él se daba cuenta de que no podía ser. Asintió,



dándose por vencido—. Como deseen, por supuesto.

El señor Simpson pareció aliviado.

—Además, saben tan bien como yo que, si no nos ocupamos nosotros de que todo se haga como es debido, puede ocurrir cualquier desastre. —Sonrió, incluso a Bethany, que le devolvió la sonrisa encantada. Por fin habían empezado a congeniar—. Pero agradecemos enormemente el detalle. Y no duden de que brindaremos por su felicidad, abajo, en la cocina. —Miró con picardía a James—. Con unas botellas del mejor champán.

James se echó a reír.

—Por supuesto, señor Simpson. Las que necesiten.

Después de cenar, tras el vals lento con el que James y ella abrieron el baile, Bethany subió a cambiarse de ropa y ponerse algo más cómodo. El vestido que había diseñado para la boda, con la ayuda de las hermanas Keeling, era realmente precioso, pero agotador: con todo el cuerpo cubierto por un entramado de perlas y diminutos diamantes, llevaba capas y capas de sedas y tules sobre varias enaguas de encajes y una crinolina especialmente voluminosa. Por elegante que fuera, y por mucho que le gustase, estaba deseando ponerse algo más sencillo.

Ruthie, Lizzie y Lettie subieron con ella, para ayudarla, y aprovecharon para comentar detalles del convite. Estaban riendo a carcajadas en el dormitorio de la duquesa, cuando se abrió la puerta.

Era la tía Hetty.

—¿Tienes un momento, Bethany, querida? —preguntó, en el silencio tenso que se produjo.

—Claro, por supuesto, tía Hetty. —Miró a las chicas, sin saber si debía pedirles que se fueran o mejor que se quedasen. Decidió dejarlo a su gusto—. Pase, por favor.

—Nosotras nos vamos —anunció Lettie, algo seca—. ¡Tenemos... tenemos cosas que hacer!

—¡Muchas cosas! —la apoyó Lizzie, con cara de querer mencionar al

menos una de ellas, pero como no se le ocurrió nada, salió corriendo detrás. Ruthie guardó silencio. Se limitó a girar discretamente los ojos, antes de cerrar la puerta, para que solo Bethany la viese. No pudo evitar una sonrisa.

—No tienen nada que hacer, todas lo sabemos —murmuró la tía Hetty, apoyada en su bastón—. Excepto divertirse, claro. —Alzó una mano—. No creas que se lo reprocho, no. ¡En absoluto! Son jóvenes y esto es una fiesta.

—¿Quiere sentarse un poco, tía Hetty? —invitó ella, señalando uno de los sillones—. Parece cansada.

—Lo estoy, lo estoy. —Fue hacia allí y tomó asiento. Miró el almohadón que había a su derecha y lo recolocó de otro modo—. Son cosas de la edad, querida. A mis años, hay días buenos y días malos. Lo mejor es olvidar los malos, aprovechar los buenos y seguir adelante. No lo olvides.

—No lo haré. Espero que este haya sido uno de esos días buenos.

Lady Morton sonrió.

—De los mejores días de mi vida, niña.

Bethany se sentó a su lado y apoyó una mano sobre las que la anciana tenía cruzadas en el pomo del bastón.

—Gracias por venir, tía Hetty. Se lo digo de verdad, de todo corazón. Me ha hecho realmente feliz.

La anciana la miró sorprendida.

—Bueno, como comprenderás, no podía faltar a la boda de mi único sobrino varón, el heredero del título. Hubiese sido muy poco apropiado. —Rio, al ver su expresión—. Pero no pongas esa cara. Admito que, además, quería venir.

—¿Seguro? —Bethany se mordisqueó el labio inferior—. Sé que se siente decepcionada por la elección de James.

—¿Decepcionada? ¿Yo? ¡No! ¡No, Bethany, cariño! ¿Cómo podría ser? Tú me gustaste desde el primer momento. —Hizo una mueca—. A pesar de que me has soltado alguna que otra mentirijilla...

Lo de la doncella, Mary, para irse sola a Saxonshare House, claro.

Bethany se sintió mortificada.

—Lo siento. Lamento mucho haber mentido aquel día, tía Hetty. Sé que no debí hacerlo, que estuvo muy mal, pero tiene que hacerse cargo, me encontraba en una situación muy difícil.

La anciana frunció el ceño.

—Sí, claro. Ese primo tuyo... —rumió lo que fuera, pero no debió llegar a ninguna conclusión, porque descartó aquellas ideas y siguió con lo suyo—. Me gustaste. Me gustas. Eres una joven cariñosa y de buen corazón. De poder elegir libremente, no dudes de que te hubiese escogido a ti como compañera de James en ese mismo instante.

—¿En serio?

—Totalmente, querida. —Se encogió de hombros—. Por lo tanto, supongo que todo está bien así.

Bethany la miró con tristeza. Apenas habían visto a la tía Hetty desde que James y ella se reunieron con ella para informarle de que iban a contraer matrimonio, y eso que había permanecido alojada en su casa, como indicaban las buenas costumbres, durante los meses que tardaron en preparar la boda. De hecho, allí se había celebrado la fiesta del anuncio del compromiso y de allí había salido para casarse.

El día en que le dijeron que iban a casarse, poco después del funeral de Freddy, no se opuso. Les felicitó algo fría y se marchó del salón, alegando que estaba muy ocupada. Luego, durante todo ese tiempo, tanto James como Bethany habían intentado recuperar una relación normal con ella, pero la tía Hetty hizo lo imposible por evitarles. Habían llegado a pensar que estaba muy enfadada con ellos.

—Tía Hetty... —Carraspeó—. Me hubiera gustado contar con su ayuda, para los detalles de la boda. Sus consejos nos hubieran sido de gran utilidad.

Lady Morton le sonrió con cariño.

—¿Lo ves? Eres un auténtico encanto, niña. James tiene mucha suerte. Pero no, he hecho bien en mantenerme al margen. —Agitó una mano en el aire, como espantando la posibilidad—. Ambas sabemos que os hubiera

vuelto locas, que hubiésemos estado de acuerdo en pocas cosas y que hubiese puesto a las niñas de pésimo humor, algo muy feo en unas damas jovencitas como ellas. Además, me ha venido bien recapacitar. Y he llegado a una muy buena conclusión.

—¿Cuál? —preguntó Bethany, puesto que parecía estar esperando a que lo hiciese.

—Que, quizá, a veces exigimos más en este tema del matrimonio porque, si ves que otros no se sacrifican también llegado el momento, tu propio sacrificio pierde todo sentido.

—¿A qué se refiere? —La respuesta se le ocurrió por sí misma—. Usted amaba a alguien, ¿verdad, tía Hetty? Estuvo enamorada de alguien, y renunció a él por su familia.

La anciana agitó la cabeza.

—Supongo que eran otras épocas. Ya ves, Lettie me ha plantado cara, y la admiro por ello. Yo no tuve el valor suficiente como para dar el paso. Además, me consta que mis padres nunca lo hubiesen permitido y, en mis tiempos, se respetaba puntillosamente la voluntad de nuestros mayores.

Bethany asintió.

— Lo siento muchísimo. ¿Quién era? ¿Cómo pasó? Me encantaría escuchar esa historia.

—No, no es momento de hablar de ello. Ni de lamentarse. A pesar de todo, no puedo quejarme, no sería justo. Otros hombres me amaron mucho y me dieron una buena vida.

—Debió ser maravilloso.

—Desde luego. A lo largo de los años he tenido mis victorias y mis derrotas, y todas las he disfrutado. —Hizo presión en el bastón—. Y, a mi edad, ya me ves. Aquí sigo, firme, en el campo de batalla.

Bethany la miró con cariño.

—Es usted única, tía Hetty. Espero ser igual a su edad.

La anciana asintió y le dedicó una sonrisa.

—Sigo pensando que un matrimonio debe... debe ser «conveniente», pero supongo que puede serlo de muchos modos distintos. Sé que tú vas a hacer feliz a James. Eso es importante. De hecho, lo más importante.

—Gracias, tía Hetty.

—No, niña, en absoluto. Gracias a ti. —Suspiró y retomó el aire ligero de otras ocasiones—: Pero es una pena que, además de belleza, simpatía y buen corazón, no tengas una fortuna que traer a la familia. Y también que tu pobre padre muriese demasiado pronto, con lo que se perdió el título de conde de Saxonshare para los hijos de James. Bueno, y ya puestos, que tu primo fuese ese absoluto desastre que ha dado tanto y tanto que hablar...

Bethany contuvo las ganas de girar los ojos como Ruthie.

—Una pena, sí. Supongo que no se puede tener todo.

Lady Morton se echó a reír.

—En realidad, sí, jovencita. ¡Hay que aspirar a todo y más, y no conformarse con menos! Ya lo iremos comentando con el tiempo, porque tú también tienes mucho que aprender, no solo yo.

Bethany secundó su risa.

—Seguro que sí. Y lo haré encantada, tía Hetty. Espero pasar mucho tiempo con usted.

—Me alegra saberlo. Yo también disfruto mucho de tu compañía. Y ten en cuenta, además, que ahora tendrás que ayudarme a situar bien a las hermanas de James. ¡Esas jovencitas me tienen muy preocupada! Debemos encontrarles tres buenos maridos cuanto antes, Bethany.

—¿Encontrarles marido? —preguntó ella, arqueando ambas cejas—. ¿Yo?

—¡Claro que sí! Ahora eres una Keeling, parte de la familia, la esposa de su hermano mayor. Seguro que a ti te hacen más caso que a la vieja grulla de su tía Hetty. —Lady Morton le dio un par de palmaditas en la mano—. Verás qué bien lo pasamos, sobrina.

Bethany se echó a reír.

—Seguro que sí, tía Hetty.

## EPÍLOGO

El lugar seguía siendo precioso.

Lady Bethany, duquesa de Gysforth desde hacía ya tres meses, sonrió al salir de la casita de Sleeping Oak y ocultó con la mano un bostezo mientras contemplaba el resplandor del Támesis bajo la luz de la mañana. ¡Qué bien había descansado! Allí, lejos del bullicioso Londres, había una calma maravillosa, y el aire siempre olía a esa mezcla soberbia de bosque y río.

«Un lugar fuera del tiempo y a un paso de la magia», había dicho el abuelo de James. Qué gran verdad.

Caminó hacia el pequeño atracadero de la casa, en el que se movían incansables sus dos barcas, y luego siguió por la orilla. Al pasar junto a unos rosales salvajes, cogió una flor y empezó a ponérsela en el pelo. ¡Cómo se alegraba de estar allí! Le había costado un esfuerzo enorme, porque su marido era un hombre muy ocupado, con todos aquellos asuntos de leyes y proyectos sociales, pero al final había logrado convencerle de ir a pasar un par de días a solas, lejos de todo y de todos.

Era el sitio perfecto para decirle que esperaban un hijo.

—¿James? —llamó, mirando alrededor—. ¿James?

¿Dónde se habría metido? No tardó en llegarle la respuesta.

—¡Aquí!

Sorprendida, Bethany volvió sobre sus pasos, cruzó la parte delantera de la casa y se dirigió a la trasera, por el otro lado. Era el lugar donde se levantaba el gran roble, entre cuyas raíces estaban las lápidas de los abuelos Keeling.

Por fin le vio. James se encontraba allí, casi trepando por el grueso tronco, con aire misterioso, en mangas de camisa y con el pelo revuelto. ¡Estaba tan guapo! Pero su amor por él iba ya mucho más allá de su físico. James Keeling la había salvado en un momento trágico de su vida. Luego, se había casado con ella, la había amado como nunca hubiese creído posible, y había

vuelto a comprar todo lo que le había robado su primo, incluso las joyas de su madre, que fueron muy difíciles de localizar, dispersas por toda Inglaterra.

¡Y Saxonshare Manor! Fue muy duro descubrir que Freddy también se lo había jugado a las cartas y lo había perdido. De hecho, fue algo que ocurrió muy al principio de su estancia en Londres, inmediatamente después de su llegada a la ciudad, y se lo había callado. Bethany suponía que no se atrevía a decírselo.

Pero por eso no había querido dejarla volver a Mauve Meadow, aunque fuera sola, tal y como le suplicaba cada poco. No podía, claro. Saxonshare Manor había pasado a ser una más de las posesiones de un barón que jamás había puesto un pie allí y no tenía mayor interés en la propiedad.

¡Qué impotencia, qué frustración había sentido Bethany al enterarse! Y menos mal que James había podido solucionarlo sin mayores contratiempos. De no haber sido así, aunque le había perdonado en el momento de su muerte, hubiese vuelto a maldecir a su primo, una y otra vez.

Pero, por suerte, Saxonshare Manor volvía a ser suyo, ahora para siempre, porque ya no estaba vinculado al título, al haberlo transferido el conde en persona. Ahora era una de las muchas propiedades de lord Gysforth y su esposa.

¿Y qué diablos hacía esos momentos el muy noble duque? James tenía una navaja en la mano y trabajaba sobre algo tallado tiempo atrás.

La *E* de Evelyn, seguramente.

No pudo evitar sentir una punzada de pánico. ¿Estaba marcándola más, para que no desapareciese con el tiempo? Al fin y al cabo, ¿quién podía luchar contra el recuerdo de un primer amor?

Pero cuando James se apartó a un lado, con aire más que satisfecho, Bethany se llevó una sorpresa. En el tronco había una única letra.

Una *B*

—¿Qué es eso? —preguntó, sorprendida, aunque lo comprendió al momento, sin necesidad de explicaciones. Su marido había tallado la corteza, uniendo los extremos de la vieja *E*, hasta convertirla en una *B*.

James sonrió.

—Es la inicial de la última mujer que me robó el corazón.



Si te ha gustado  
*Una mañana en el Támesis*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Legado de sangre*  
de Karen Delorbe

*Selección RNR*

KAREN DELORBE

*Legado  
de sangre*

DHAMPYR 2



Romance Paranormal

INTRODUCCIÓN

## ¡TÚ!

La brisa sacudió su corto cabello rojo.

—Linda noche para correr —se dijo poniéndose los auriculares.

Se dirigió al parque. Subió el volumen de la música *heavy metal* y comenzó a trotar mientras el resto del campus dormía. Las doce de la noche era el horario perfecto porque no había nadie dando vueltas por ahí. Era cuando más despierta se encontraba.

Su novio Andy no la entendía. Tampoco su amiga Marissa. Quizás en alguna parte, hubiera alguien que sí lo hiciera; quizás esa persona no estuviera tan lejos como ella pensaba.

Hacía dos años que había ingresado a la universidad; dos años desde que había conocido a su novio. Y todavía se sentía como una extraña entre ellos. Su vida no terminaba de encajar. ¿Sería que debía estar en otra parte?

Alguien se movió entre las sombras.

Apagó la música y se detuvo a prestar atención. Se agazapó y aguzó el oído. Si se concentraba, era capaz de percibir una respiración entrecortada o un corazón agitado en la lejanía. Sus sentidos se habían desarrollado de un modo extraordinario durante los últimos tres años. Le hubiera gustado tener a alguien con quien compartir sus progresos; sin embargo, no lo había. Su abuela había enfermado; apenas la reconocía, y su abuelo, el padre de su padre, era un viejo traicionero y vil con cara de gárgola con el que apenas podía cruzar dos palabras.

Las únicas personas con las que hubiera podido contar ya no se hallaban con ella. No quería recordarlos porque le surgían ganas de llorar. Y llorar era para los débiles. Si quería fortalecerse, tenía que olvidarse de su pasado y de todos los que habían significado algo para ella. En especial, de esa persona cuyo rostro veía cada noche en sus pesadillas.

El farol más cercano titiló, emitió un chispazo y se apagó.

—Adiós a mi momento de esparcimiento —se quejó.

Contempló los alrededores lista para correr o atacar. Podía con uno, quizás dos. Pero no más. Aún no era lo suficientemente diestra. No como su hermano, quien hubiera podido acabar con diez sin perder el aliento.

Algún día sería como él.

—¡Sal de tu escondite, quienquiera que seas! —masculló—. ¡No te tengo miedo! Así que, si intentas asustarme, te advierto que vas mal. Muy mal.

Apretó los puños y respiró con fuerza.

Era una suerte que Andy no estuviera con ella. No lo imaginaba en una situación semejante. Detestaba la noche, la soledad y, por encima de todo, las peleas. Él jamás de los jamases haría una locura como esa. Lo más osado que había hecho en su vida había sido ver *IT* solo. Y había pasado una semana entera sin dormir. Un hombre de piel pálida y rota salió de detrás de un árbol. Sus ojos fulguraban con el color de la sangre.

Ella hizo un mohín. ¿Por qué siempre le tocaba pelear con hombres feos?

—¡Cuidado! —exclamó alguien, empujándola al piso. Enseguida le hizo frente al tipo que la había estado siguiendo.

La muchacha no vio su rostro. Llevaba puesto un casco negro de motociclista.

¿Quién se creía que era, para empujarla así?

—¡Ey! ¿Qué haces? —preguntó, poniéndose de pie y sacudiéndose el polvo de la ropa.

—Sal de aquí —dijo él, con brusquedad, colocándose delante de ella para protegerla—. Esto se va a poner feo.

Por debajo del casco asomaba su cabello oscuro y desprolijo, largo hasta los hombros. Lo único bueno que le vio fue esa fabulosa y entallada chaqueta de cuero marrón. Por lo demás, parecía rudo y descortés. Y seguro que también era feo. Horrible.

—No iré a ninguna parte. —contestó ella. Era ese sujeto quien no sabía en qué se estaba metiendo. Tenía que hacer que se largara.

El tipo de la chaqueta emitió un gruñido.

—¡Vete! —gritó, deteniendo por los hombros al de los ojos rojos, que parecía querer lanzarse sobre ella con una furia asesina.

—Es un vampiro —comunicó al motociclista, que se empeñaba en hacerse el héroe.

—Lo sé —dijo él.

Debía de estar drogado. No había otra explicación para su comportamiento. ¿Acaso se creía Van Hellsing?

—¿Qué crees que haces? Va a matarte. —La muchacha no podía irse. Era ella quien tenía que deshacerse de la criatura.

Con un veloz movimiento, el joven del casco le dio una patada al vampiro. Este se estrelló contra un banco de madera que quedó destruido por el impacto.

El muchacho se volteó hacia ella.

—Te equivocas, linda.

La joven se quedó paralizada: ningún humano ordinario hubiese podido hacer eso.

La criatura se incorporó con rapidez y corrió hacia ellos, mostrando los colmillos. Se trataba de un impuro, un monstruo con sed de sangre.

El motociclista sacó una pistola de su cinturón y le disparó a la criatura entre los ojos. El vampiro nunca llegó a tocar el suelo: su cuerpo se deshizo en una nube de ceniza.

—Me preguntaste qué hacía. —El extraño guardó el arma. Se encontraba de espaldas—. La respuesta es matar al maldito antes de que te ponga una mano encima.

Su voz le produjo a la muchacha un escalofrío.

El joven, entonces, se quitó el casco y se volteó. Sus ojos verdemar centellearon, y a ella se le estrujó el corazón.

—¡Tú!

—Yo.

Grimm se le acercó. ¿Cuántas veces se había quedado dormida con los ojos hinchados de tanto llorar? ¿Cuántas veces en la soledad de su cuarto había imaginado a Ruthven asesinándolo? ¿Por cuánto tiempo se había quedado esperándolo, imaginando lo peor? Se había convencido de que no había ido por ella porque estaba muerto. Pero se había equivocado. Estaba vivo. Frente a ella.

—Ha pasado tiempo—susurró él.

—Tres años.

«Tres años tratando de olvidarte», pensó.

—No hubo un solo día en el que no pensara en ti. —Grimm la estrechó con fuerza entre sus brazos—. Al fin te encuentro, Natasha.